





EUDOXIA
HIJA DE BELISARIO.

LIBRO PRIMERO.

POR DON PEDRO MONTENGON.

Francisco Surda y Carbonell



CON LICENCIA: BARCELONA:

OFICINA DE JUAN FRANCISCO PIFERRER IMPRESOR

LE S. M. 1826.

EUDOXIA

PQ6540
.M6E77

ILLA DE RELISARIO

LIBRO PRIMERO.

CON DON PEDRO MONTENEGRO

Gift
John A. Reed
July 21 '35

THE END OF THE WORLD

PRINTED BY THE UNIVERSITY PRESS

LONDON

EUDOXIA.

LIBRO PRIMERO.

Pocos hombres nos presenta la historia mas célebres é ilustres que Belisario general del emperador Justiniano. Este, después de haber recobrado por su medio muchos reinos y provincias en el Asia y Africa con las victorias, que obtuvo de Cosroes y de Gelimer rey de los Vandalos, resolvió enviarlo á Italia contra Vitiges, rey de los Godos, que sacudido el yugo del imperio, aspiraba al entero dominio de la Italia.

Belisario, disfrutada apenas la gloria del triunfo del rey Gelimer, que llevó cautivo á Constantinopla, partió con un pequeño ejército á la nueva conquista, desprendiéndose de los brazos de su esposa Antonina, y de su hija Eudoxia, á quien amaba tiernamente por única y por las excelentes prendas que la adornaban. La naturaleza no la dotó á esta

de particular hermosura; pero la suplían su gentileza y gracias, como la amable suavidad de su genio y modesto caracter, que la hacían sumamente agradable en su edad ya nubil.

Su ilustre padre había sido su maestro desde su niñez, esmerándose en perfeccionar el talento de su hija con las luces y conocimientos de algunas ciencias, queriendo sacar en ella un particular modelo de educación: Estas eran las miras de su paterno amor y su mas gustosa ocupacion, siempre que el glorioso empleo de la milicia le permitia volver á descansar en el seno de su familia. Así le acontecia varias veces bajar del carro del triunfo, y desprenderse de los brazos de la victoria, para ir á entender en la instruccion de su Eudoxia, que mucho mas que la gloria le tenia merecido su tierno afecto.

En sus frecuentes y forzosas ausencias descansaba su paterno cariño en los esmeros de su esposa Antonina, matrona respetable por su nobleza y por la integridad de sus costumbres, aunque acompañada de cierta soberanía de genio, que inclinaba á la altivez y á la severidad; preludios de la ambicion y soberbia, de que no estaba exenta su alma engreída con las victorias y honores de su marido.

No dejaba de conocer Belisario estos defectos, pero por comunes y casi connaturales al sexo y al estado de grandeza en que ella se hallaba, no le permitian á su prudencia afear lo

que era ya imposible de corregir. Bien que , temiendo que su hija Eudoxía contrajese aquellos mismos defectos con el ejemplo y trato de su madre , echó mano de una sábia y virtuosa muger , para que en su ausencia cuidase de su hija y la instruyese en la virtud. Llamabase Domitila , viuda de un oficial , que murió en la última guerra de Africa , peleando esforzadamente contra un escuadron de Vandalos , que en la batalla aspiraban á quitar la vida á Belisario.

Agradecido este á la defensa y valor de Ancilio , que así se llamaba el oficial , ofreció su casa , y bienes á Domitila , destinándola un rico dote , caso que prefiriese otro estado á la amistad de su hija Eudoxía , que como hermana la encomendaba. Domitila reconocida del mismo modo á la generosa oferta de Belisario , y prendada del suave genio de Eudoxía , resolvió quedarse en su compañía. Así Eudoxía tuvo en ella una maestra de virtud , tanto mas propia para enseñarla , cuanto menos apariencia llevaba de ello , siendo considerada solamente como una amiga y compañera , que la habia dado su padre.

No desmentia tampoco estos títulos la edad de Domitila , contando apenas cinco lustros. Era á mas de esto de lindo rostro y de muy graciosa presencia , ennoblecida de singular modestia y recato y de genio igualmente dócil , que el de Eudoxía , pero formado ya á la vir-

tud, en que su marido Ancilio la habia doctrinado. La temprana muerte de éste y el amor que la tenia, contribuyeron para consolidar en el corazon de Domitila las virtuosas máximas, que le habia inspirado, y para que ella las infundiese en el ánimo de Eudoxía, con el motivo de estar casi siempre en compañía suya, consintiéndolo Antonina, por el grande aprecio y concepto, que desde luego le merecieron las respetables prendas de Domitila, y sus excelentes calidades de recato, moderacion y prudencia.

Pasaba con ella Eudoxía suavemente sus más dichosos dias, prestándose á los consejos, que le insinuaba su amiga, por via de confidencial conversacion y trato; con ella abria su pecho, y no le ocultaba sus mas íntimos afectos é inclinaciones, que Domitila fomentaba ó reprendia, segun las circunstancias lo exigian. Se habia ya insinuado el amor en su pecho, y mantenía en él su inclinacion aunque inocente á un jóven noble, llamado Maximio, con quien por razon de la inmediacion de la casa, y de la amistad de sus padres, se entretenia en los tiernos años de su infancia, creciendo despues con la edad el afecto que concibieron sus corazones en la niñez, especialmente despues que Antonina vedó á Maximio la entrada en su casa, no por otro motivo que por querer desprenderse enteramente de la amistad y trato de sus padres.

Eran estos de una de las principales familias romanas, que fueron á establecerse á Constantinopla, cuando se trasladó á la Tracia con tanto desacierto el trono del imperio. Pero el tiempo y la suerte, que acaban con las familias mas ilustres, sin perdonar tampoco á sus haberes y grandeza, redujeron á estrechos límites la de los padres de Maximio, el cual llegó á experimentar en su pasion, que la nobleza, sin el apoyo de los caudales, es un vano sonido, que redundá en mayor confusion y abatimiento.—

Pero léjos de que la riqueza y gloria del padre de Eudoxía solicitasen al interes del afecto de Maximio, la amaba éste con pura y desinteresada pasion, aun despues que llegó á conocer el motivo, porque Antonina le negó la entrada en su casa engréida con las gloriosas conquistas y honores de su marido.

Cuesta tanto el conservar la moderacion en el auge de la grandeza, que no era de estrañar que Antonina, á pesar de sus inculpables costumbres, se dejase deslumbrar de los nuevos resplandores de la gloria; y que la vanidad y ambicion la enagenasen poco á poco de la antigua amistad, que tenia con los padres de Maximio, y que este se viese privado del inocente trato con su amada Eudoxía. Mas en vez de entibiarse por ello sus inclinaciones, avivábalas al contrario la misma privacion, con el motivo de poderse ver frecuentemente desde

sus casas respectivas y darse pruebas de su constante afecto con los saludos y miradas de Maximio, y á las que ella no se mostraba esquiva, aunque á hurto de su madre Antonina.

Antes que la razon y el entendimiento conozcan el mal, engendra este sospechas de sí mismo, aun en la conciencia agena todavía de malicia. No por otro motivo se recataba la inocente Eudoxia que su madre la sorprendiese en las vistas con Maximio, teniéndola siempre oculta la inclinacion que sentia, hasta que la combinacion de ponerla Antonina en lance de descubrirela, lo hizo ella con confesion ingenua, antes que faltar á la verdad y envilecer y empañar su bella alma con la bajeza de la mentira.

Ocasion de ello fueron las cartas que acababa de recibir su madre, en las cuales le participaba Belisario su victoria y conquista de Ravena, con la prision del rey Vitiges y de su familia, y el casamiento que acababa de concertar entre su hija Eudoxia y Basíides, hijo del general Basíides, mozo de singulares prendas y valor, con que se habia distinguido en aquella conquista. Alegre Antonina por tan inesperadas nuevas, especialmente por la del casamiento de Eudoxia, resolvió comunicársela preparando su ánimo con algunos consejos, como solia, diciéndola así: Hija mia, la modestia es la prenda mas amable de una doncella, aun en cotejo de la hermosura.

Esta, no hay duda, alhaga y solicita mucho mas la pasion del hombre, pero aquella se grangea su mayor estimacion y aprecio. La pasion nace de los atractivos, que le hacen amar aquello que la provoca; mas el aprecio y estimacion, que infunde el decoro de la modestia, proceden del respeto, que adora en la exterior compostura de un rostro la belleza interior del alma, á quien aquella retrata.

Aquella misma es tambien seguro indicio de la dulzura de genio, y de la suavidad del carácter, á quienes sirve de alma, de la cual espera su mayor satisfaccion y dicha en el casamiento el hombre, que pretende poseerla. La hermosura es dón accidental de la naturaleza, que entre pocas la reparte; pero la hermosura interior del alma la dá la virtud sola á cualquiera que desea conseguirla.

Connigo, ni contigo, Eudoxía, no anduvo ciertamente muy liberal la naturaleza de exterior belleza de rostro; sin embargo, el aprecio que mis padres procuraron infundirme al decoro exterior de la modestia, me grangeó la preferencia de tu ilustre padre Belisario, en cotejo de mayores hermosuras, segun él mismo me dijo. Solo este ejemplo pudiera ser bastante para persuadirte lo que te aconsejo; y si todas las doncellas dieran crédito á la hermosura de la virtud, y si sus padres las aficionasen á ella desde niñas, me persuado que ella sola fuera capaz de reformar en parte las estragadas cos-

tumbres y acrecentar el número de los casamientos, haciéndolos mas apetecibles y dichosos.

Pueden los hombres mostrarse inclinados á la disolucion ; manifestar esteriormente desden á la modestia que solicitan ; mas no podrán sufocar al interior respeto y veneracion, que la engendra en sus corazones. Ella enfrena al atrevimiento , que pretende avasallar nuestra flaqueza ; ni nos dió otros medios mas nobles la naturaleza para repeler sus atrevidas solicitudes, que la modesta virtud, acompañada de la dulzura, y animada al mismo tiempo de la severidad del recato, que dá á una doncella la semejanza de deidad respetable, y ennobleciendo todas sus acciones, puede reprimir en parte con solo su llanto la altivez del genio del marido, si á alguna le llegó á tocar por mala suerte.

Es, no hay duda, desgracia y gran desgracia un marido de genio áspero, extravagante y obstinado ; mas si de algun modo se puede aliviar tal desventura, es con la fortaleza de la modestia, y de la blanda conformidad con las combinaciones del destino ; sin ella solo agrazamos nuestro infeliz estado en matrimonios, cuyos sagrados lazos no se rompen con malos modos, ni se ablandan, ni corrigen los duros genios, á quienes estamos sujetas, con demostraciones de resentimiento y enojo ; ni la desesperacion nos exime de su dominio.—

Toda descompostura esterior de ira y de venganza, parece que desdice de nuestra comple-

xion blanda, y de los alicientes suaves de las gracias de nuestro sexo, á quien compiten al contrario la dulzura del recato, y la mansedumbre de la exterior modestia y compostura. Yo no ceso, Eudoxia, de encomendártelas, y puedo parecer en ello importuna. Pero si las madres, hija mia, no se esfuerzan en esto, difícilmente podrán prender tales máximas en el corazón de una doncella, á quien todo la distrae y aparta para conocerlas por sí misma. Aquellas, que jamás las oigan de sus padres, y que inducidas de los malos ejemplos las miran con desden y con menosprecio, piensan tal vez que con darse aires desvanecidos, desenvueltos y libres, conquistarán mas presto el afecto de aquellos que las galantean.

Mas el hombre que manifiesta prenderse de aquella franqueza y desenvoltura, aunque llegue á cebarse en ella su pasion, quisiera sin embargo poder apreciar mucho mas el recato y modestia que echa menos, y que es siempre la prenda mas amable de la hermosura, y la que solo consolida con el tiempo la constante estimacion de los maridos. El hombre presto deja de amar la belleza que posee; mas las blandas y modestas calidades de la hermosura interior del alma fomentan de continuo el aprecio, y se grangean la amigable confianza, que rara vez padece quiebra. Muy al reves sucede en aquellas, que haciendo alarde vano de sus exteriores atractivos, como poniendo en

venta su hermosura , se esponen á encontrar malos compradores , y peores apreciadores , que las hacen arrepentir de su liviandad.

Pero tengo , Eudoxia , el consuelo de conocer que son demas estos consejos para tí ; bien que ahora mas que nunca debo renovártelos , por cuanto tu ilustre padre tiene determinado darte un esposo , digno de tu nacimiento , luego que vuelva de su gloriosa expedicion de Italia. Lo acabo de saber por carta que me envia desde Ravena , donde dice haber entrado victorioso del rey Vitiges , y de su real familia. ¡ Que otro solemne triunfo se le espera á tu padre en Constantinopla ! ¡ Con qué nuevos honores premiará el emperador esta victoria , que decide la conquista de toda la Italia !...

Mas ¿ cómo es Eudoxia , que no echo de ver en tí ningun asomo de júbilo por tan gran noticia ? otras veces salias de tí misma , y casi llorabas de gozo al oir las victorias de tu padre , pero ésta , aunque procuro ensalzarla , parece que nada te toca , antes bien noto en tí una repentina alteracion y mudanza , que empaña tu natural jovialidad , y la hace casi inclinar á la tristeza.... ¿ Nada me respondes , Eudoxia ? ese tu silencio , ese tu rubor y afligido semblante ¿ qué significa ? ¿ qué me quieres decir con eso ? Habla y espícate con tu madre. ¿ No eché de ver por ventura tu sorpresa , cuando te dije que tu padre te tenia destinado marido ? ¿ Acaso te sientes no inclinada al casamiento ?

Si así lo determinó mi padre, respondió la modesta Eudoxia, nada tengo que decir; me casaré y obedeceré á sus determinaciones.

¿Te casarás solo por obedecer á las determinaciones de tu padre? No, hija mia, no es esto lo que yo, ni tu padre pretendemos de tu obediencia. Si el esposo que tu padre te destina no merece tu afecto y tu inclinacion, de ningun modo violentaremos tu voluntad. La eleccion depende de nosotros, pero la aprobacion queda reservada á tu alvedrío. Sin este, nada se resolverá. Deseamos tu dicha y tu contento, no el sacrificio de tu libertad en el casamiento. Sobran á tu padre riquezas y gloria, para que ningun motivo de interes le induzca á sacrificar su amada hija.

Háceseme por lo mismo mucho mas estraña tu afliccion, ni acabo de comprender tu respuesta; pues sin saber cual sea el esposo que tu padre te destina, manifiestas en tu misma resignacion que no apruebas el casamiento. Señal, que ó no quieres casarte, ó bien que de antemano empeñó á tu corazon el amor de algun otro sugeto. Si es así, quisiera Eudoxia, merecer de tí esta espontánea confianza, antes que exigirla. ¿A quién puedes manifestar con mayor satisfaccion tu pecho, que á tu madre, que te ama tanto? ¿Quién mas que yo querrá dejarlo satisfecho, si se inclina á sugeto digno de la gloria adquirida de tu padre, y de la grandeza de tu estado? ¿es éste, se-

gun sospecho, el motivo de tu afliccion? =
 = Eso mismo es, madre mia. Amé y amo á.... = ¿A quién? ¿A qué viene ese reparo de declararlo? = A Maximio. = ¿A Maximio! ¿Hijo de padres, aunque nobles, tan pobres en tu cotejo!.... mas ¿como es que lo amas? ¿sabes por ventura, que corresponda él á tu amor, y á tu inclinacion? = Me hace tan afectuosas demostraciones desde su casa siempre que me vé, que no me deja duda que está muy prendado de mí. = ¿De cuando acá te hace Maximio esas demostraciones? = Sabeis, madre mia, que la inmediacion de su casa, y la antigua amistad de sus padres nos proporcionaron el que nos conociésemos desde niños, y que nos llamamos esposos por juego. Aunque ya crecido Maximio le vedasteis la entrada en nuestra casa, no impidió tal prohibicion, que creciese tambien el afecto que me profesa, y el que yo le tengo.

¿Me pasas el alma, Eudoxía, con esa declaracion! Jamás hubiera creido que la hija de Belisario se abatiera á poner sus ojos en el hijo de Septimio: y si no me prometiera de tu virtud, que llegará á sufocar esa inclinacion, tan opuesta á la voluntad de tus padres, tendria motivo de un eterno dolor y pesadumbre.

= No madre mia, no tendreis motivo para ello. Desde ahora procuraré apagar un afecto, contrario á vuestra declarada voluntad, que me es respetable. No veré mas á Maximio. Borraré, si lo puedo, hasta su nombre de mi memoria. =

¿ Si lo puedes? Lo podrás, sin duda, si lo quieres. Ninguna cosa engaña mas, Eudoxía, al corazon de una doncella que el amor. Sus primeras impresiones son fuertes, no lo niego; ni se pueden borrar tan presto con la sola determinacion de la voluntad. Mas ésta recaba suprimirlas con el tiempo, como me lo prometo de la tuya. No es esto, hija mia, pretender violentar tu eleccion: antes bien llevarla mas allá del corto limite, á que la ceñiste, y estenderla á objetos mas dignos. Maximio no es el solo jóven en el mundo, que puede ser acreedor al efecto y á la inclinacion de tu genio. Si te prendaste de él, antes que de ningun otro, fue solamente porque le conociste antes que á otro, y porque fue el primero en solicitar tu corazon.

Es este el primer engaño del amor en las doncellas. Aficionadas al primer objeto que se les presenta, cegadas de sus cariñosas demostraciones, ya no saben ver, ni conocer á otro; y si no tienen quien contenga su desacertada passion, se arrojan en los brazos de su contraria suerte, sin indagar antes el estado y circunstancias de los que las pretenden, ni sus costumbres y caracter, que deben ser los preludios de una acertada y juiciosa eleccion. A pesar de estos necesarios conocimientos, se padecen, Eudoxía, frecuentes y amargos engaños. Las prendas exteriores de un sugeto contribuyen tal vez para mantener el afecto en los casamientos: mas si estas prendas no corresponden á las interiores

del alma, solo sirven para acrecentar los disgustos y pesares de las que se dejaron llevar de aquella falaz apariencia.

Ba bien, que no sea contrahecho, ni feo, ni defectuoso el amante, y que sea antes apuesto y hermoso, si así lo quieres: pero á la larga, créeme, Eudoxia, vale mas á las veces tener un marido no tan apuesto, aunque con honrados y virtuosos sentimientos, que otro lindo y bello, pero de genio altanero, imperioso y disoluto. He aquí, hija mia, porque la naturaleza en primer lugar, luego la conveniencia y las leyes dan á los padres el justo derecho y la autoridad, no de hacer servir la libertad y dependencia de las hijas á sus miras, intereses y caprichos, sino de alumbrarlas y de rectificar sus elecciones, para que no yerren, ni se engañen en ellas.

La poca edad de las doncellas, la falta de luces y conocimiento del mundo y de sus engaños, el retiro y recato á que el decoro de su sexo las condena, no les permiten conocer lo que mas importa en los casamientos. La sola vista es un pésimo juez en este particular. Por lo mismo conviene que los padres sean jueces de la eleccion de sus hijas. Ni yo ni tu padre, violentaremos jamás tu genio, para que tomes por esposo un sugeto antes que otro. Este es derecho de tu libertad. Bien si, nos oponemos á que escojas al que menos te conviene. Este es el derecho de nuestra autoridad, para que no yerres en

tu eleccion , poniendo los ojos en aquel , que te puede hacer arrepentir de tu temprano afecto.

Si no te agradare el primero que te proponemos , faltarás á la confianza que nos debes , en no confesarlo ingenuamente. Habrá otros , que podrán satisfacer á tu genio. Mas para esto importa que borres en tu pecho las primeras impresiones del amor , ya que tuviste la desgracia de recibirlas. Mientras estas duraren , será difícil que te pueda contentar ningun otro. Verdad es , que la naturaleza , asi como sujetó nuestro flaco sexo al mas fuerte , así tambien nos hizo generalmente á las mugeres mas fáciles en la eleccion del casamiento. Pero luego que el amor de un determinado sugeto preocupa el corazon de una doncella , hace tenaz presa en él , ni la deja libertad para aficionarse á otro , aunque por todos títulos preferible.

Ved , porque suele ser tan dañoso y nocivo á las doncellas el que encubran á sus padres sus primeros amores y pasion , especialmente con sugetos que no conocen , y á cuyas pretensiones pueden tener los padres justos motivos de oponerse. Entonces la doncella ya enamorada , que no puede ver cumplidos los deseos de su pasion , se rebela interiormente contra la sagrada autoridad de sus padres. Su forzada dependencia , impelida de su irritado afecto , la fuerza á prorrumpir en llanto , quejas y denuestos contra su suerte , y contra los que....

Tiemblo , Eudoxía , de acabar de proferir lo

que pudiera hacer horrorizar tu oído y tu virtuoso y sumiso corazón. Por lo que pasa tal vez en él, deducirás lo que quise decir. Tales son, hija mía, entre muchos otros, los efectos perniciosos de los ocultos amores, é inclinaciones de las doncellas, que por lo mismo no debieran dejarse avasallar de las primeras demostraciones de sus amantes, ni encubrir á sus padres sus declaraciones. Se hacen estas sospechosas y suelen ser engañadas, luego que toman secretos y desviados caminos. Muchos mozos se aficionan por sola veleidad; otros por desvanecimiento; no pocos con traidoras intenciones; los mas por pasatiempo, que se quieren tomar del incauto candor é inocente facilidad de las doncellas, para jactarse de ello con sus conocidos y amigos.

Siento, Eudoxia, no haber prevenido de antemano tu corazón con estas advertencias. Creia que el recomendarte tantas veces la modestia y recato bastase para precaver los fatales efectos, que veo con dolor arraigados en tu corazón. Si me engañó mi confianza, tengo á lo menos el consuelo y la satisfaccion, que me causan tu confesion ingenua, y la promesa que me acabas de hacer, de que sufocarás en tu pecho la pasión que te inspiró Maximio. Para que lo consigas mas facilmente, contribuirá el conocimiento del uso que debes hacer de la modestia y que hubiera yo debido advertirte antes. Espero sin embargo hacerlo á tiempo toda-

via, que te pueda servir su esplicacion. —

La modestia exterior es solo un velo superficial, y tal vez mentiroso, si no dimana de la modestia interior del ánimo. Aquella compone nuestros ojos y presencia, contiene nuestras acciones y ademanes, dándoles cierta nobleza, que realza las gracias y atractivo de nuestro sexo. Mas se envilece facilmente, si no la fortalece el interior recato. Este se forma y nace del mayor ó menor aprecio, que hacemos de nuestro decoro sostenido de cierta noble severidad, por decirlo asi, que no desdice de la virtud, que antes bien se alimenta de ella, y con ella se fortalece para no rendirse á lo que no es honesto, y que por consiguiente pudiera abatir y ofuscar al pudor.

Estos nobles sentimientos trascendiendo á nuestro exterior ponen en él por guardas al recato y miramiento, que rechazan y apartan todo lo que le puede ofender, asi de palabra como de obra ó demostracion, que nos pierda el respeto ó que haga que se nos pierda, ó bien que nos induzca á veleidades y bajezas indignas del decoro y de la magestad, que debe conservar en nosotras la virtud. Puedes inferir de aquí, hija mia, que faltaste al recato y modestia prestando tus ojos y tu afecto á las demostraciones livianas, con que Maximio solicitó tu sencillo corazon. Así quedaste avasallada de ellas, hecha juguete vil de los ademanes de un jóven que siendo pobre, busca antes tu rico

dote y herencia que tu persona y la hermosura, que te falta.

Quiero ceñir mis sospechas al solo interés de Maximio, sin ir á indagar las otras miras que puede tener en galantearte. No estando yo enterada de sus costumbres ni de su caracter, no pretendo desengañar tu pasion á costa de la fama agena. Basta lo dicho para que se te hagan sospechosas sus demostraciones. Tienes á mas de esto luces y talento, para apreciar algo mas el honor y gloria de tu familia; y por último no te falta virtud para recobrar la superioridad de tu decoro y recato, y para eximir tu corazon de los indignos lazos del amor; de cuyo triunfo, si se jactó tal vez Maximio, podrás hacerle arrepentir y humillarle con tu justo menosprecio. =

No lo dudeis madre mia, Maximio no avasallará mas mi corazon; este recobrará su señoría: quedo convencida de vuestros consejos, y dispuesta á avasallar mi pasion. Cualquiera que sea el esposo que mi padre me destina, á él consagraré mi afecto, y lo preferiré á Maximio. = Así me lo prometo, Eudoxia, de tu virtud. Y para que veas que quedo persuadida de ello, te diré ahora que el esposo que escogió tu padre, lleva todas las ventajas á Máximio, así en gloria y en nobleza, como apostura y gentileza. Este es Basilides hijo del General Basilides, que manda el ejército en la Esclavonia. X

Tu padre puso los ojos en él, no solamente

por las nobles calidades que lo adornan, sino tambien porque entre todós los jóvenes ilustres, que siguen sus banderas, ninguno dió mayores pruebas de consejo y de esfuerzo en las armas que él. Tuvo él mismo gran parte en el rendimiento del rey Gelimer, refugiado en las seranías del monte Pappuas, despues de la batalla en que tu padre derrotó su ejército. Veo, hija mia, cuantos motivos tienes para olvidar á Maximio, y para consolarte con la eleccion, que hizo tu padre de tan digno esposo. =

Ninguno de todos estos títulos prepondera tanto en mi corazon, quanto el de haber sido elegido de mi padre para consorte mio. Este solo hará que lo estime y aprecie como debo. = No lo dudo Eudoxía. Acabas con esto de restituir á mi pecho toda la complacencia y gozo, que me acibaraste con tu declaracion. Así procuraba Antonina destruir del corazon de Eudoxía su concebida pasion. No contenta con esto, pensó en dar quejas á los padres de Maximio, por el atrevimiento de este en solicitar el efecto de su hija Eudoxía, para que lo reprendiesen y le vedasen galantearla en adelante. Ocurriendole despues, que los padres mismos de Maximio pudieran tener interés y parte en su galanteo, y que en vez de reprenderle, recibirian acaso su instancia con desden, resolvió hacer llamar al mismo Maximio, y hablarle de por si, de modo que pudiera estar segura de la correccion, atemorizandole con su autoridad y amenazas,

á fin que desistiera de su empeño.

Hízole pues llamar por uno de sus esclavos principales. La novedad de este extraordinario, é impensado llamamiento suscitó en el amoroso pecho del mancebo un tumulto repentino de esperanzas, de lisonjas y temores, sin poder atinar en el motivo y fin, para que era llamado. El amor hacia preponderar en su corazón la lisonja, de que Antonina lo llamaba para darle por esposa á Eudoxía en fuerza de la declaración, que hubiera podido hacerle la misma, del afecto é inclinación, que le profesaba. Mas el dudoso júbilo, que le daba esta ocurrencia, no podia levantar cabeza entre los recelos que lo contenian, haciendo el cotejo de su pobre estado con el rico y opulento de Eudoxía. /

Sin embargo agitado de mil encontrados afectos, entra palpitando en el templo de su adorada deidad, y se presenta á Antonina, que lo recibió sin altivez, pero con tan magestuosa seriedad, que el consternado jóven llegó á leer en su rostro lo que queria ella decirle. Antonina á fin de empeñar mas el ánimo del mozo en la atención y condescendencia de lo que deseaba, se comidió con él haciéndole sentar, aunque en asiento un poco distante del que ella ocupaba, y le habló de esta manera.

No deberá pareceros extraño, Maximio, el aviso que os hice pasar, si poneis los ojos en vuestra conciencia. En ella habreis leído tal vez el motivo que tuve para ello, y que por

su entidad merece que os haya incomodado. Sufrid pues el oirme por pocos momentos. Os quiero ahorrar el rubor de una confesion que no os pido, porque no la necesito. Estoy sobrado segura é informada de vuestra pasion á mi hija Eudoxía, para perder el tiempo en oír fingidas excusas y vanas protestas. No podreis negar las demostraciones pueriles y atrevidas, con que vaís solicitando el inocente corazon de mi hija

Esto solo merecia que yo lo tomase de otra suerte, y que diese agrias quejas á vuestros padres por vuestra poco decorosa indiscrecion. Atendiendo no obstante á que todo procede de liviandades, antes que de esperanza ó persuasion, de que podais obtener algun dia á la que os es por todos títulos tan superior, resolví deciros en confianza mi sentir, para que en adelante desistais de vuestras ridiculas pretensiones.

Vuestra edad, no madura todavía, no os habrá dejado advertir el agravio, que haceis á una familia ilustre, ahora sean sinceras vuestras intenciones, ahora falsas y engañosas. De cualquier modo agraviais á los padres de una doncella, que no os compete; abusais del recato y candor de la misma; pervertís (tal es á lo menos vuestra pretension) sus virtuosos sentimientos, así acerca de la dependencia y sumision, que debe á sus padres, como tambien de todas las otras obligaciones de su estado; enágenais á mas de esto su corazon, con el fin de grangea-

ros su solicitado afecto; sois causa de que en caso que se le proporcione un partido digno, se halle descontenta, ó bien que se disguste de él, ó de que viva inquieta y desasosegada en su retiro; conturbais los mas dulces años de su vida; y no queda por vuestra parte el que no se empañe la pureza y candor de su inocencia.

Si bien considerais estos dañosos efectos que os hice advertir, echareis de ver, que aunque deban reputarse delitos morales, pueden tambien ser adjudicados al fuero de la justicia, y entender ésta en castigarlos como merecen. Pero espero que me ahorraráis este paso, y que bastará el haberos prevenido sobre mi justo resentimiento y disgusto, para que desistais de una loca pretension, que debiera merecer antes mi desprecio, que la formalidad con que la tomo: mas lo hago asi en atencion solo de vuestros padres. Y para que acabeis de desengañaros, si por ventura os queda alguna lisonja acerca de mi hija Eudoxia, sabed que está ya prometida á otro, y que nada os queda que ver con ella.

¡O infelíz de mí!... exclamó entonces Maximio, sacandolo de su turbacion y enagenamiento las últimas palabras de Antonina sobre el casamiento de Eudoxia, que hirieron vivamente su corazon. Antonina viendo que Maximio acompañó la exclamacion con un violento ademán revistiendose de severidad le dijo: no es este lugar, Maximio, para necios lamentos. Os hice llamar para haceros saber mi justa indig-

nacion, no para que la provoqueis con indignas exclamaciones. Estais ya enterado de mi voluntad; no os queda ya que hacer aquí. ¡ Ah! perdonad un involuntario desahogo de mi fiero dolor, dijo Maximio. Dejasteis sobrado humillado mi ánimo, para que me quede valor de ofenderos con un ademan inocente, á que me forzó la pasion que me devora.

A pesar de un sincero afecto ultrajado por vos, veneraré la tierna intimacion de la ilustre madre de Eudoxia. Permitidme solamente que os diga, que el hijo de Septimio no sabe ver en su amor, aunque desdichado, todos estos delitos que realzais. Mi pobreza es mi mayor delito. Este solo agrava los demas; lo veo. Los miraré sin embargo como tales, puesto que así lo quiere mi cruel destino. Vais á quedar satisfecha. Evitaré la vista de Eudoxia, si así lo quereis; mas no será posible borrar su memoria de mi mente, ni que deje de quedarle mi amor para siempre consagrado, aunque otro..... ¡ O suerte cruel la mia....!

El llanto en que prorrumpió no le dejó acabar. Mas Antonina aunque conmovida, se esforzó en decirle con tono imperioso: ya os dije Maximio, que no es este lugar de exclamaciones impertinentes. Id á desahogar á otro lugar vuestra indiscreta pasion. Maximio queriendo obedecer á la severa instancia de Antonina para que se fuese, se levantó del asiento. Mas no resistiendo su pecho á la fuerte impre-

sion del dolor, por perder para siempre su Eudoxia, dijo: os obedeciera, si no faltase á mis ojos la luz del dia, y no falleciesen mis pasos. Mandad socorrerme... ¡O Eudoxia! ¡O eterno amor mio!...

Dicho esto, cae sin sentido en el mismo asiento de donde se acababa de levantar para partir. Antonina consternada á tal vista, comenzó á dar voces para que acudiese gente á socorrer al caido. Eudoxia oyendo los gritos de su madre, acude asustada á su llamamiento con dos esclavas, que estaban con ella, bien agena de encontrar á su infeliz amante en aquel estado deplorable, y en la estancia de su madre. Su tierno corazon preocupado del sobresalto, que le infundieron las voces, no pudo resistir á la fuerte y repentina impresion, que la hizo la sorpresa de ver allí á su amante con aspecto moribundo, tendido en la silla como si de hecho hubiera muerto, pendiendole un brazo fuera del que tenia el asiento, y su cabeza caida sobre el.

Avivándole á tal vista el amor las mas funestas y tristes ideas sacadas del discurso, que poco antes la hizo su madre contra su amor á Maximio, oprimió de tal modo su ánimo, que perdidas las fuerzas la obligára á dar consigo en el suelo, si las esclavas que venian con ella, y la misma Antonina, advirtiendo su desfallecimiento en la sufocacion de sus sollozos, no acudieran de pronto á sostenerla con sus brazos, en que quedó desmayada. ¡O Eudoxia! No ha

muerto, no, tu fiel Maximio. El servirá de premio á tu virtud. La suerte, que se rie y burla de todas esas ideales grandezas y honores de la vana opinion, y que las da y quita á su antojo, te lo destina por esposo. El será el mayor y mas fuerte amparo de aquella misma, que ahora le arroja de sí con desden y con menosprecio.

El repentino accidente de Eudoxía hubiera causado otro igual á su madre Antonina, si resentida esta contra Maximio, y alterada por la llegada de Eudoxía en aquellas circunstancias, no sintiera disminuida la compasion y ternura en el desfallecimiento de su hija, quedándole presencia de ánimo para mandar á las esclavas, que llevasen á Eudoxía á su estancia: á donde la siguió, luego que dió orden á los esclavos para que atendiesen á socorrer á Maximio y lo acompañasen á su casa.

Pudo este recobrase antes que Eudoxía; y luego que se sintió con fuerzas, sin querer que lo acompañasen ni ver á Antonina, se encaminó á su vecina casa, procurando encubrir el suceso á sus padres, á quienes tenia contrarios en su desgraciada pasion desdeñandò ellos el parentesco de Antonina, por lo mismo que esta desdeñaba el suyo. La opinion de la propia nobleza no pierde su altivez, aunque reducida á pobre estado, mirando desde él con cierto desden las ajenas riquezas, que le faltan, y cuya ostentacion y fasto la humillan. De aquí procedian la contradiccion de Septímio y de Dantí-

la, padres de Maximio, á el amor que este tenia á Eudoxía. Tales son las necias puerilidades de los desvanecidos mortales.

Pero el sincero y puro amor mas sublime, que todas aquellas vanas etiquetas, no hace distincion sino de la sublimidad de los corazones. A ella había levantado los de Eudoxía y Maximio, víctimas de la oposicion de sus padres. Pero Maximio cuyo genio intrépido, irritado de su pasion, no sufría ni los consejos de sus padres, ni temía sus amenazas, no reconociéndose en igual obligacion á la que oponian á Eudoxía su sexo, su estado y su virtud, sentía mucho mas que ella el peso de su desventura, y se abandonaba en su dolor á todos los excesos de su desesperacion y resentimiento.

¿Qué hubiera sido, si su desmayo ante Antonina le hubiera permitido ver á su amada Eudoxía privada por su causa de sentido en los brazos de sus esclavas? ¿Si hubiese podido oír los gemidos y dolorosas espresiones, en que prorumpió apenas recobrada de su desfallecimiento, diciendo á su madre presente, que se esmeraba en aliviarla: "¡O madre mia! ¿qué sucedió á Maximio? ¡El murió sin duda! ¡Quiso venir á espirar á mis ojos, para que fuese yo testigo de su desventura! La madre que con el restablecimiento de Eudoxía acabó de recobrase del susto de su desmayo, oyendo las espresiones de Eudoxía, que indicaban conservarle toda su pasion, la dijo algo seria: ¿son esas Eudoxía,

las promesas , que me hicisteis de olvidar para siempre á Maximio? =

¡O mi amada madre! perdonad la indiscrecion de mi enagenado sentimiento. No sé lo que me digo. No nombraré mas á Maximio. Procuraré sufocar el dolor mismo, que me privó de sentidos. = Sosiegate pues , hija mia. Esperimentas en tí los funestos efectos de un inconsiderado amor. = No han sido efectos del amor, sino del susto que me dió el verle muerto. = Mal te lo parece Eudoxía. Si de antemano no hubieras rendido tu pecho al indigno amor, que todavía queda arraigado en él , á pesar de los esfuerzos de tu virtud , no hubieras padecido este accidente , que me dió no poco que sentir. Mas ya que te hallas recobrada , no se hable mas de la materia. Acaba pues de tranquilizarte. X

Dicho esto , fue á saber el estado en que se encontraba Maximio , que dejó encomendado á los esclavos. Informada por estos , que acababa de partir , abrió su pecho á la entera complacencia y satisfaccion que probaba , por verse libre de aquel accidente y de los embarazos , en que la puso el temor de que tuviera peores consecuencias el desmayo de Maximio. Creció luego su contento con el honorífico mensaje, que recibió aquel mismo dia de parte del emperador, por medio de dos principales cortesanos, que fueron á darle los parabienes por la victoria de su marido Belisario , obtenida del rey

Vitiges y por la toma de la ciudad de Ravena.

Sabia ya Antonina la noticia por las cartas de Belisario, en que le participaba tambien el tratado casamiento de Eudoxia con Basilides. Tuvo sin embargo motivo de mayor alborozo y satisfaccion con la honra, que el emperador le hacia, y luego con el júbilo, á que se entregó el pueblo de Constantinopla, celebrando con entusiasmo la nueva victoria de Belisario, cuando se divulgó la noticia por la ciudad.

Era sobremanera grande el concepto, que se ganó Belisario de todos los griegos, así por sus continuas y rápidas victorias, como por su singular humanidad, que hacia mucho mas admirable su gloria, viéndole de vuelta de sus ilustres conquistas ir sin vestidos de distincion, tratar igualmente los grandes que los plebeyos, parándose á ser juez de las diferencias, que entre estos nacia en los juegos y divertimientos públicos, si accidentalmente daba con ellos, y entreteniéndose con los mismos menesterosos, al tiempo que generosamente los socorria. Belisario era la continua materia de los discursos hasta en las remotas partes del imperio. Dábanle los nombres mas ilustres, las mas sublimes alabanzas, que se oian celebradas con cantos en las ciudades y en las aldeas, aliviando con ellos en los campos los labradores su trabajo, y fatigas.

Pero la nueva victoria obtenida de Vitiges,

parecia haber sacado fuera de sí al pueblo de Constantinopla. Viéronse todas las casas iluminadas: comparecieron con ingeniosos adornos todas las oficinas y talleres: presentaban muchas calles varios arcos de triunfo formados del mismo pueblo. Se admiraban representadas en otros parages las victorias conseguidas de Cosroes, de Gelimer y de sus generales. Los conquistados reinos y provincias del Asia, Africa, Sicilia é Italia. La defensa de Roma, en que lo sitió Vitiges con mas de cien mil combatientes, derrotando Belisario con poca gente ejército tan numeroso y obligando al mismo rey á refugiarse en Ravena, donde lo hizo prisionero, con que acabó de destruir la dominacion de los Godos en Italia. X

Iba el pueblo de tropel por las calles, repitiendo á gritos el nombre de Belisario; llevaba sus estatuas coronadas de laureles, acompañándolas con sones y cantares, excediéndose en sus demostraciones delante de la casa del mismo Belisario, adornando los linteles de las puertas con festones de triunfo, celebrando sus hazañas, llamándolo el mayor ornamento y gloria del imperio y su principal sustento y defensa, y uniendo á su nombre el de Antonina y Eudoxia, que tenian la dicha de ser su muger é hija. Disfrutaba Antonina estos honores tan apetecibles á su ambicion, abriendo de par en par su corazon á aquellos loores, con que desahogaba el pueblo su exaltado afecto y la ve-

neracion que profesaba á Belisario. ¡Cuán agena estaba entouces ella de pensar que todos aquellos honores y gloria, que parecian haber de durar eternamente, tan presto y tan impensadamente se hubiesen de desvanecer, y que el hombre mas ilustre del imperio se habia de ver derribado desde tan excelso asiento en el estado mas abatido y miserable de la tierra!

Maximio entretanto rabioso y desesperado por el fiero discurso de Antonina, se abandonaba á los excesos de su pasion y dolor, llamando la muerte en su retiro, para que viniese á poner fin á sus males y desventura. Maldecia su suerte y su pobreza; culpábase á sí mismo, por no haber abrazado con tiempo la milicia, que le hubiera podido llevar á merecer con alguna proeza á su amada Eudoxia, ó bien la muerte en la batalla, que acabára de una vez con su vida miserable. El amor lo hacia valiente y esforzado.

Luego ocurriéndole vivamente el dicho de Antonina de estar Eudoxia prometida á otro, le parecia sobrado largo plazo á su amoroso resentimiento el ir á buscar la muerte á manos de los enemigos, debiendo valerse de las suyas para conseguirlo, antes que llegase el funesto dia de ver á Eudoxia en posesion agena. Irritada su fantasía de estas especies, lo inducia á buscar un cuchillo, ó á servirse de un lazo para hacer violencia á su vida. Contenta acaso su terca desesperacion, á vista del cuchillo que se

le presentó, é iba á echar mano de él, para poner en ejecucion sus furiosos intentos, cuando al tiempo de dar impulso al golpe, lo sorprende y contiene la grito del pueblo que llegaba celebrando las hazañas de Belisario ante su misma casa.

Ignorando Maximio el motivo de aquella repentina vocería, que le pareció de tumulto, semejante al que poco tiempo antes habia casi des-poblado la ciudad, acude sobresaltado á satisfacer su agitada curiosidad. Viendo lo que era, aunque se asesegó su agitacion, quiso volver á ejecutar sus furiosos designios. Pero la tregua, que le puso el pasado sobresalto, le hizo tambien ver la locura de las pretensiones de su amor en aspirar á la posesion de aquella, que le era tan superior; y los cantares del pueblo lo obligaron á detenerse, para ver si entre los elogios, que daba tambien á Eudoxía, apuntaba algo de su tratado casamiento; porque siendo éste el motivo de mayor consideracion para un amante, esperaba que el pueblo no lo ignoraria, ni lo pasaria en silencio.

No oyendo nada de esto, cobraron nuevo aliento sus temores y recelos, sugiriéndole el amor que tal vez Antonina le habia supuesto el casamiento de Eudoxía, solo á fin de hacerle desistir de su apasionado empeño; pues nada la obligaba á hacerle esta confesion, aunque fuese verdadero el casamiento y no fingido, como lo comenzaba á sospechar. No pudiendo

descansar su corazon sobre estas dudas, y sucediendo nuevas esperanzas á su desvanecida desesperacion, le ocurrió que podria darle alguna luz sobre ello un amigo suyo, hijo de uno de los principales señores de la corte, á quien le tenia confiados sus amores. Determinado á esto, sale de casa en busca de su amigo, pasando con dificultad por entre el pueblo, que todavía celebraba en la calle las hazañas de Belisario.

Luego que cesaron sus demostraciones y honras, que tanto llenaron el corazon de Antonina, y aliviaron en parte el de Eudoxia, volvió ésta á su retiro, donde acabó de desahogar la afliccion de su pecho, comunicando á su amiga Domitila todo lo que le habia pasado con la vista de Maximio, y el discurso que la hizo su madre sobre su pasion, á que añadió la promesa, que le habia hecho de no pensar mas en Maximio, y de sufocar enteramente el afecto que le tenia, rogando á su amiga le diese algunos consejos para conseguirlo.

Domitila, despues de haberla oido, la dijo: eso hija mia no se alcanza con solos los consejos y deseos, ó se consigue tarde y dificilmente; y yo quisiera veros presto sosegada y contenta. El amor es la pasion mas viva, que nos infundió la naturaleza. Nuestro sexo, como mas blando y fácil, está sujeto á sus mas fuertes impresiones, que se hacen mas sensibles, segun las contrariedades que experimentan, y á las

veces son funestas al ánimo que las padece, si como os dije en otras ocasiones no fortalece nuestros afectos la virtud. De esta depende, Eudoxía, el sosiego de nuestro corazón. Ella es el bien mayor del ánimo, y la mas eficaz medicina de sus penas y disgustos. Los que acabais de probar, os deben ser motivo para excitaros mas en la moderacion, que es aquel sentimiento y afecto del ánimo, que vela sobre todas las siniestras inclinaciones y deseos, á quienes no deja pasar los límites de la decencia y conveniencia, que nos debemos á nosotros mismos y á todos los demás.

Ella ciñe con fortaleza todos nuestros anhelos á los límites del estado, en que la suerte nos coloca: si pobre, para llevar con magnanimidad la falta de las riquezas y de las comodidades; si rico, para no dejarnos engreir de ellas, y de la ufana satisfaccion y confianza que las mismas infunden. Ella nos aconseja á no desear con ansia, ni con solicitud lo que no podemos alcanzar, ora sea el objeto que amamos, ora el estado superior en que vemos levantados á otros. Ella refrena las solicitudes y afanes, que solemos padecer por lucir, por parecer ricas y hermosas, y los limita á una aseada decencia y compostura.

Verdad es, que las pasiones nos prometen mayor satisfaccion y complacencia en las galas, en las ricas preseas, en los honores, en los divertimientos públicos y particulares, y en los galan-

teos. Casi todas las mugeres nos dejamos llevar y seducir de estas falsas lisonjas, porque no nos enseñaron á ejercitar la moderacion; pero de hecho experimentamos todas, que donde nos lisongeabamos encontrar nuestra dicha y consuelo, solo probamos mayores cuidados, disgustos y pesadumbres. Esto mismo sucede en los anhelos de una amorosa pasion, como lo experimentais en la vuestra, por sola la oposicion, que encuentra en la autoridad de vuestra madre. ¿Qué fuera, si pudiéndola satisfacer, probarais con el tiempo los fatales efectos, que tuviera tal vez vuestro casamiento con Maximio?

No dejó pasar adelante á Domitila en su discurso comenzado la llegada de Antonina, que recibido el honroso mensaje, que la enviaba el emperador, sobre la victoria obtenida de Belisario, fue inmediatamente á dar orden á Eudoxia para que se compusiese y adornase, para ir con ella á palacio. Era costumbre que las damas honradas con semejantes demostraciones del emperador fuesen á agradecerse las en persona. Antonina, ambiciosa de tales honores, se afanaba en sacar las joyas y adornos mas ricos para su tocado y prendido, y tambien para el de Eudoxia.

Como no habia entonces ningun particular mas rico ni opulento que Belisario, por las riquezas y presas, que adquirió con las victorias de Cosroes y de Gelimer, no habia tampoco ninguna dama, que pudiese igualar á Antonina

en las joyas de un valor inestimable que poseia. Ni pudo resistir á la tentacion de hacer alarde en aquel lance de todas ellas á los ojos de la corte, á la cual se habia de presentar. Parte de aquellos preciosos joyeles envió á Eudoxía para que se los pusiese, y parte reservó para sí.

Domitíla, que estaba con Eudoxía, y que ayudaba tambien á su atavío, reparando en el aire triste con que ella se dejaba engalonar de las esclavas, la dijo: parece Eudoxía, que no os dejais vestir de buena gana. Me moveis la curiosidad de saber, si este dejamiento, que manifestais, procede en vos de la contrastada inclinacion á Maximio, ó bien de repugnancia que sentís á la molestia del prendido. = No sé decirlo, Domitíla. A un pecho afligido y en disgusto suelen sentar mal las mas ricas joyas. Por otra parte, estas alegran naturalmente el ánimo, segun oigo decir, aunque á la verdad yo no lo esperimento por ahora; tal vez acertais en vuestras sospechas. Espero sin embargo, que la ida á palacio acabará de volverme la serenidad, y suplirá al remedio de vuestro discurso interrumpido.

Os lo deseo, Eudoxía, por lo mucho que me intereso en la tranquilidad y sosiego de vuestro ánimo, que es nuestro mayor interes: pero recelo, que si ese adorno y compostura engañan por un poco los afectos de vuestra amorosa pasion, sean al mismo tiempo fomento de otra pasion, acaso igualmente dañosa para el ánimo,

que la del amor. = ¿ De la vanidad quereis decir? mas os puedo asegurar que si probé los honestos efectos del amor, no conozco hasta ahora los de la ambicion y vanidad, que dicen ser muy comunes á todas las mugeres, especialmente la pasion, que padecen por las joyas y adornos. =

Las pasiones, Eudoxía, obran en los ánimos al tenor de la fuerza, que las hacen cobrar los genios y complexiones que las fomentan. Las unas son mas fuertes en unos corazones que en otros. La vanidad no os causará todavía desazones é inquietudes, como el amor; ninguno se aflige ni se atormenta por lo que le sobra, sino por lo que le falta y desea. El amor mismo os fuera dulce y delicioso, sino encontrára oposicion. Sentís sus daños, no pudiendo satisfacer vuestros deseos. Lo mismo os sucederia acerca de las joyas, si os faltasen en vez de sobraros. = Aunque debo confesar que no me disgusta adornarme con ellas, me parece sin embargo, que ningun afan me causáran, si me faltasen. =

No sé si será eso efecto de haber abierto vuestro pecho á los consejos de la moderacion, ó bien de genio inclinado á ella y enemigo de la vanidad, de cuyos dañosos efectos raras mugeres se libran, ó por los pesares y disgustos que les acarrean, ó por las acciones indecorosas que las inducen á cometer, si les faltan honestos medios para satisfacer á su ambicion. Otras viven tristes, abatidas y disgustadas de su estado, con el cual atropellan; otras, á pesar de

sus estrechese, á fin de salir con sus vanos an-
tojos ; y otras , sin respetar la fidelidad conjugal
y decoro , sacrifican y venden su honestidad al
lucimiento y al deseo de parecer lo que no son,
y mucho mas de lo que son.

Otras, que como vos abundan de joyas y de
riquezas , con que facilmente pueden satisfacer
sus ansias ambiciosas y vanas, fomentan una al-
tivez y jactancia , que se les echa de ver entre
los resplandores con que brillan , mirando con
desprecio interior y tal vez exterior , á las que
no las igualan en lucimiento , como si las pie-
dras abriantadas , ó el oro de sus adornos les
dieran un ser superior. De aquí nace en muchas
de ellas la mortal afliccion y abatimiento, si la
fortuna llega á oprimir su jactancia y vanidad,
privándolas de todas las riquezas para dejarlas
pobres y necesitadas.

A muchas señoras principales les parece esto
imposible ; pero dejando aparte los tristes ejem-
plos, que vimos con nuestros ojos , os traeré solo
á la memoria el reciente caso de la reina
Tealda muger de Gelimer , que perdiendo con
la libertad y el trono todas sus joyas y rique-
zas , la vimos llevar cadenas por las calles de
Constantinopla en el carro del triunfo, en que
vuestro padre Belisario la entró cautiva. Y si no
me engaño Eudoxia , este precioso brinquin
fue de aquella infeliz reina. = ; Ah Domitila,
que memoria me renovais ! no es posible que yo
me ponga ese brinquin. No lo llevaré. Dejadlo

escondido; mi madre no reparará si me falta este adorno. ¡Pobre reina! ¡Su memoria oprime mi corazón! =

No lo dije por tanto Eudoxía. No quisiera que os lo dejaseis de poner en fuerza de mi discurso. Solo si deseára que esa memoria contribuyera, para que moderaseis los sentimientos de ambicion y vanidad, en caso que con el tiempo asaltasen vuestro corazón. Ningun mal es llevar todas esas joyas, llevándolas con interior desestimacion de las mismas, como bienes solo prestados de la fortuna, y que ésta puede quitar. El cuerpo puede ir cargado con toda la riqueza del suelo, sin que el alma se engria por ello, ni pierda la noble superioridad de los sentimientos de la moderacion y soberanía de la virtud,

¡Creeis Domitíla, que conseguiré esa superioridad, si echo al suelo estas joyas, y las piso? Poco me costará el hacerlo. El triste ejemplo de la reina Tealda me exhorta á ello. = Contribuyen tal vez las demostraciones exteriores para fortalecer los afectos de un ánimo virtuoso. Mas la virtud, Eudoxía, obra antes por conviccion del entendimiento y de la voluntad, que por exterioridades que poco ó nada aprovechan. Pero si os persuadís, en fuerza de las ventajas que os puede acarrear el menosprecio de toda riqueza exterior, que con pisar esas joyas lo adquirireis, aunque yo no os lo aconsejo, no supiera tampoco oponer-

me á ello. = Vedlo , pues , ejecutado.

Diciendo esto Eudoxía , echó mano de las joyas que quedaban sobre la mesa , y las echó al suelo para hollarlas , al tiempo que entraba su madre Antonina en busca de una joya , que inadvertidamente envió á Eudoxía , y que entonces la queria para sí , muy agena de sorprender á su hija en aquella accion. Turbóse un poco Eudoxía de la inesperada vista de su madre , temiendo que la reprendiese : mas su alma fortalecida del mismo acto del menosprecio de las joyas recobró luego su noble serenidad , sin bajarse á recogerlas , haciéndolo una de las esclavas que la vestian.

Antonina , que vió la accion de Eudoxía , creyendo que fuese efecto de resentimiento por la reprension , que la hizo sobre sus amores con Maximio , se dejó llevar del ímpetu del enojo , que le causó el ver tratar con tal mal modo aquellos adornos que ella estimaba tanto , y acercándose á su inocente hija , la dió un recio bofeton , olvidada de su caracter , y diciéndola con airada severidad : ¿ Accion tan indigna podia yo esperar de tí ? ¿ De esta manera te vengas de la justa reprension , que te hice por tus indignos amores ? ¿ Este es el aprecio que haces de los preciosos dones de tu padre Belisario , frutos de sus gloriosas victorias ? Agradece á las circunstancias del dia , y á la obligacion de presentarse al emperador , el que no acabe de castigar tu atrevimiento como merece.

¡Santa y adorable virtud , á quien Eudoxía prepara ya en su corazon inocente un digno templo , fortalécela , para que sepa recibir sin bajeza ese castigo , aunque no merecido , de su respetable madre !

Aturdida Eudoxía de aquel golpe repentino , dejó asomar el llanto á sus ojos , en fuerza de la verguenza y confusion que la causaba al verse maltratada de su madre , que hasta entonces jamas se habia propasado con ella . Mas sin rendir su ánimo al menor resentimiento por tan indigno castigo , llena al contrario de heroica sumision y respeto , se postra de rodillas delante de ella , diciendo : os pido humildemente perdón , madre mia ; no pensé que os debiese ofender una accion , que nada tiene que ver con el resentimiento que sospechais , y que no me causaron vuestras respetables correcciones .

Domitíla compadecida entonces é interesada por su amada Eudoxía , se interpuso , diciendo á la madre : señora , yo y estas esclavas somos testigos de las inocentes intenciones de Eudoxía . La mayor culpa del hecho recae sobre mí , que no procuré impedirlo , y que en cierto modo fuí la causa principal de la accion . Mas Antonina , sin querer atender á las razones de Domitíla , vuelta á las esclavas , les dió orden que continuasen en vestir luego á Eudoxía , y tomando la joya que buscaba , se fue dejando á su hija en la misma postura humilde y suplicante .

Abrazóla Domitíla luego que desapareció An-

tonina , diciéndola con ternura : á mí , á mí se me debe , amada Eudoxía , el perdon que os pido . ¡ Cuán sensible me ha sido este lance ! ¡ Si hubiese podido oponer mi rostro , cuan de buena gana recibiera el golpe , que traspasó mi corazon ! = Mucho mas que el golpe , sentí el haber enojado y ofendido á mi madre . = Su enojo y ofensa cesarán luego que yo la entere del fin y motivo que tuvisteis en aquel exterior desprecio : no quiero diferirlo , voy ahora mismo á hacérselo saber y vuelvo luego á enteraros de mis cariñosos oficios .

Lo cumplió Domitila , y mientras las esclavas acababan de vestir á Eudoxía , fue ella á verse con Antonina , á quien encontró casi del todo vestida , y en estado de salir , bien que arrepentida de haber mortificado de tal modo á su hija . Todo arretrato de enojo , aunque con motivo en apariencia justo , engendra arrepentimiento . Así lo prueban aquellos mismos , que se reputan autorizados de su caracter para reprender y castigar . La cólera y la venganza animan comunmente á los deseos de corregir . Los padres mismos no están exêntos de esta tacha en los castigos que dan á sus hijos . Raro es el que se muestra , y sea sabio en dar correccion .

Esto mismo pasó en Antonina , castigando tan indecentemente á su virtuosa hija , é hiriendo su rostro , que siendo el asiento de la modestia , y hermosura de la muger , como del decoro del hombre , parece que debiera estar exênto de to-

do agravio y castigo, propio solo de los hombres mas bajos y soeces. Semejante reflexion hizo suceder el arrepentimiento al enojo en el ánimo de Antonina; y así, luego que vió comparecer á Domitíla, la previno diciéndola: debeis perdonar, Domitíla, el indigno arrebató de mí cólera. A la verdad me propasé, aunque Eudoxía me ofendió sobremanera, no tanto por el desprecio de las joyas, quanto porque con él manifestó el resentimiento, que conserva á la correccion, que la hice sobre su pasion á Maximio. =

Está muy agena Eudoxía de fomentar ese resentimiento que decís; al contrario, recibió vuestra correccion con todo respeto, y con firme voluntad de sufocar su afecto, é inclinacion á Maximio. = ¿Qué es pues lo que la movió á cometer esa locura de echar las joyas por el suelo? = Fue un motivo inocente, y en apariencia virtuoso, que os voy á decir. Trataba con ella sobre el bien, que alcanza el alma con el ejercicio de la moderacion; y recayendo el discurso sobre la vanidad que engendran y fomentan las joyas y riquezas, hizo tal impresion en su ánimo, que me dijo se sentia movida á echarlas de sí, pareciéndole que con este acto se sobrepondria á la vanidad. Yo la respondí, que así como no se lo aconsejaba, tampoco me oponia; pero que de hecho poco ó nada contribuian tales demostraciones exteriores, para adquirir el sabio é interior menosprecio de esos dijes de la ambicion. Veis que en cierto modo fuí yo la

causa principal, siendo la consejera de ello. =

No hay culpa, donde no hay culpable intencion: solo recae sobre mi indiscreto enojo, por no haber advertido, que estando Eudoxia con vos, no podia propasarse á una accion que desdijese de vuestros prudentes consejos. Perdonad, Domitila, pues siento haberme propasado tan injustamente con mi inocente Eudoxia. Ella quedará sin duda muy mortificada y afligida. = La sola afliccion que le queda, es por haberos dado motivo aunque inocente de disgusto, como me lo acaba de decir, poniéndose inmediatamente en manos de las esclavas para dejarse adornar. Tan léjos está tambien de fomentar resentimiento alguno por el castigo que le disteis, que me dijo, que aquel accidente contribuiria para perfeccionar su corazon en la virtud. =

Tenia de ella sobradas pruebas. Veo ahora que me cegó el demasiado aprecio que hago de mis joyas. Id inmediatamente á enterarla de la persuasion, en que quedo de su inocencia, y del sentimiento que tengo de haberla ofendido tan injustamente. Domitila alegre con tan gustoso encargo, fue á llevárselo á Eudoxia, que con ansia la esperaba, y que por su rostro conoció el buen despacho que traia. Se lo confirmó Domitila, diciéndola: consolaos, Eudoxia, vuestra madre queda enterada de la inocencia de vuestras intenciones y arrepentida del transporte de su enojo. Me encarga que os lo participe, y vendrá ella misma á daros pruebas de la ter-

nura que os conserva. = No podiais darme nueva mas agradable. Mucho os lo agradezco, Domitíla. Mi corazon se hallaba sobradamente angustiado por el pesar y disgusto que la dí, para que deje de probar el mas tierno consuelo de vuestro oficioso cariño.

Apenas acababa de decir esto Eudoxía, cuando Antonina, llevada de la ternura de su materno amor, y del ansia de borrar con sus brazos el exceso de su cólera, entró en la estancia. Olvidada del resplandor de su preciosa compostura, se acerca á Eudoxía con los brazos abiertos para recibirla en ellos. Eudoxía, conmovida de la demostracion de su madre, postróse de rodillas, prorrumpiendo en tierno llanto. Enternecida mucho mas entonces Antonina con aquel humilde y respetuoso ademan de su hija, no pudo contener tampoco las lágrimas, con que la decia: no te conviene mas, hija mia, esa postura; levántate. Yo fuí la que ofendí tu virtud y tu inocencia con un injusto é indecente castigo. Estos abrazos te sean prueba de mi dolor y arrepentimiento. Así, levántate, dame este gusto y consuelo.

Eudoxía, obedeciendo al orden de la madre, se levantó diciendo: siempre respeté, madre mia, vuestros consejos; y tengo sobradas pruebas de vuestra materna ternura, para que queerais mortificar mi reconocimiento con vuestras justificaciones. Unió tambien Domitíla sus expresiones y llanto al de Eudoxía y Antonina,

con que desahogaban sus tiernos afectos, hasta que avisada Antonina para partir, desistió de ellos, y se encaminó con su hija al palacio del emperador.

Fueron recibidas allí con todas las demostraciones de respeto y estimacion, que los grandes las hacian, esmerándose en cortejarlas, hasta que fueron introducidas á la presencia del emperador. No cabia en sí de gozo Antonina por aquellos gloriosos parabienes, que recibia. Reconociase en la cumbre de la gloria, y se echaban de ver los asomos de su ambiciosa satisfaccion en la misma afable magestad, con que agradecia las adulaciones de los cortesanos, y de que se reian interiormente ellos mismos, teniendo ya tramada la ruina de Belisario. Igual engaño padecen frecuentemente los que se dejan engreir de las alabanzas ajenas, haciéndose juguetes del sonido de voces mentirosas, y de embusteros ademanes.

Llegadas á la presencia del emperador, le hizo Antonina su estudiado cumplido, diciéndole en breve, que el honor con que se habia dignado distinguirla, haciéndola participar la victoria de su marido, la obligó á llegar en persona para manifestar su eterno y respetuoso agradecimiento. El emperador mudó luego el discurso en otros familiares, que denotaban confianza y estimacion, deseando saber de Eudoxia que edad tenia, si se casaba y con quien. Estas preguntas del emperador no nacian de sola

familiar curiosidad , como lo parecian. Acababa de saber el tratado casamiento de Eudoxia con Basíides , y queriendo impedirlo bajo mano , por tener ya determinada la prision y ruina de Belisario , deseaba certificarse de la verdad.

Confirmósele Eudoxia , satisfaciendo con gran modestia y gracia á las preguntas del emperador , y aunque este se entretuvo en hacer otras á Antonina , jamas le mencionó en ellas , ni en todo su discurso , á Belisario y su victoria. Antonina , que se lisongeaba de tener tambien la complacencia de oír de boca del emperador las alabanzas de su marido , salió de su presencia no poco mortificada y suspensa , aunque bien agena de sospechar la vecina y funesta desgracia de su marido. Volvió á recibir , sin embargo , con la misma ufana complacencia las enhorabuenas y agasajos , con que los grandes la cortejaban en su salida y volvió á su casa igualmente confiada y satisfecha de todas sus demostraciones.

Eudoxia , agoviada de aquel largo ceremonial , ansiaba llegar al libre asilo de su quietud , y á su amada Domitila , á quien contó las angustias y mortificaciones , que pádecía con tan enfadosa sujecion , que la hacia mucho mas amable la libertad de su retiro. Quiso luego despojarse de todas aquellas joyas y adornos que le dieron tanto que sentir , y que fueron cabalmente motivo para que los grandes agravasen las delaciones contra Belisario y Antonina. Por-

que algunos de ellos, que habian militado en la guerra de Africa contra Gelimer, sabiendo que Belisario se apoderó de los tesoros de aquel rey, fueron inmediatamente á referir á la emperatriz Teodora, que Antonina y su hija se habian presentado ante el emperador adornadas de algunas preseas de la infeliz reina Tealda.

La adulacion no pudo ser mas fina, para con quien estaba ya prevenida contra la altanería de Antonina, y con quien no le cedia en codicia y ambicion. Así, creyendo ganarse Antonina mayor respeto y estima con la ostentacion de toda aquella riqueza, no la sirvió sino de instrumento para apresurar su desventura, y la ruina de su marido y familia.

EUDOXIA.

LIBRO SEGUNDO.

Maximio entretanto, ansioso de certificarse sobre el casamiento de Eudoxia, no paró hasta encontrar el amigo á quien buscaba, llamado Faustino, é hijo de uno de los cortesanos, que acababan de presentar á Antonina al empera-

dor y émulo tambien de Belisario. El jóven Faustino, oida la pregunta de Maximio le dice, que nada habia oido sobre el casamiento de Eudoxia con Basíledes; pero que sí sabia una funesta noticia sobre Belisario. Maximio, á quien tanto interesaba todo lo que pudiese interesar á su amada Eudoxia, insta y ruega, para que le comunicase lo que sabia.

Faustino le dice ser cosa de gran importancia, y que no se atrevia á comunicársela, sin exígir antes juramento de su amistad de guardarle inviolable secreto sobre ella. Avivada con todas estas precauciones la curiosidad de Maximio, le promete y jura de guardarle el secreto que le pedia. Cuéntale entonces que dos dias antes, habiéndose echado por antojo entre unos mirtos del jardin de su casa despues de comer, vió llegar luego sus padres y sentarse cerca de donde estaba sin reparar en él. Que entonces, viniéndole curiosidad de oir lo que trataban entre sí, oyó que su madre se quejaba de Antonina por el aire de superioridad y soberanía que tomaba entre las otros damas principales, por las etiquetas de preeminencia que pretendia le fuesen debidas, y por la manifiesta presuncion que le infundian los honores de su marido.

Que su padre, oido todo esto, le respondió, que no quedaba largo plazo à la altivez de Antonina, pues estaba ya decretada la prision de Belisario, luego que volviese de Italia, á donde habian ido ya órdenes, para que se embarcase

inmediatamente , y se restituyese á Constantino-
pla. Maximio , al oír esto , comienza á temblar
interiormente por la desgracia que amenazaba
á Eudoxia. Disimula sin embargo su turbacion,
prometiendole de nuevo á Faustino , que le man-
tendria el juramento hecho. Pero apenas se se-
paró de él , cuando el amor avivándole la lás-
tima y dolor por la inminente desventura de su
amada Eudoxia , sintió vivos impulsos de valer-
se de la noticia , para verse con ella y comuni-
cársela , con fin de que la previniese y evitase
si se podia.

Por otra parte tuvieron luego en freno á estos
impulsos no solamente la promesa , que acababa
de hacer á su amigo , sino tambien las órdenes
de Antonina , para que no se acercase á su casa ,
ni viese , ni hablase á Eudoxia , y las amenazas
que le hizo si á ello se atrevia. A pesar de to-
do esto , prevaleciendo en su corazon amante las
ansias de poder ser causa de evitar la desgra-
cia de Belisario y de su hija , resuelve verse
con ésta á cualquier coste , pues se trataba de
lo que pudiera interesar á la vida y gloria de
su padre.

Abrazada esta resolucion , iba trazando me-
dios en su mente para verla cumplida , mas nin-
guno cuadraba á su acobardado atrevimiento ;
temia de ir á dar en el escollo de Antonina , ó
que ésta lo llegase á saber. En medio de las di-
ficultades que se cruzaban á sus intentos , sugi-
rióle el mismo amor ardiente , que suele á las

veces inspirar acciones heróicas , ir á presentarse á la misma Antonina y usar con ella de la generosidad de descubrirla el secreto , que siendo de tal importancia , y que tanto pudiera interesarla , seria causa de que ella trocase su antiguo resentimiento en mayor aprecio de quien se lo comunicaba. Mas acordándosele vivamente , no tanto su altanería , quanto el menosprecio , que hizo de la pobreza de sus padres y de su estado , dejó de llevar adelante su resolucion , temiendo no ser creido y ultrajado de nuevo de la misma.

Busca , pues , otros medios en su imaginacion ardiente y fecunda para poder ver y hablar á Eudoxia , sin que su madre lo supiera , en que llevaba dia y noche ocupado su corazon amante. Parecióle el mas seguro expediente valerse de una de las esclavas para conseguirlo. Mas al tiempo que espiaba el momento oportuno , se le ofreció á la memoria la traza de Ulises para ver y hablar al jóven Aquiles , cuando este estaba encerrado en el palacio del rey Licomedes , bajo el nombre de Pirra.

Este traza , así por su celebridad , como por convenir mejor al heroismo del amor , cuadró sumamente á su osadía , y sin detenerse comienza á proveer todo el arreo y trage de mercader , para imitar en todo la astucia del hijo de Laertes y poder llegar mas facilmente á la presencia de su amada , entrando en su casa disfrazado con aquel trage , so color de vender á precio

barato cualquiera de las bujerías que llevase.

Mientras se ocupaba Maximio en proveerse de todo lo necesario para ejecutar sus intentos, se empleaba Antonina en los preparativos para el casamiento de Eudoxía, debiéndose celebrar su boda luego que llegase á Constantinopla su padre Belisario. Quiso que la misma Eudoxía cosiese parte de su ropa nupcial, pareciéndole que esta ocupacion contribuiria para que acabase de desipar su inclinacion á Maximio. No necesitaba Eudoxía de esta tarea para procurar destruir en su pecho su arraigado afecto, pues de cualquier modo se esforzaba en hacerlo, arrojando de sí cualquiera idea ó pensamiento que le venia, reputándolo enemigo de la tranquilidad de su corazon. Así esperaba la misma arrojar con el tiempo de su ánimo una pasion, que le era imposible sufocar de presto, á pesar de todos sus esmeros y de los sinceros deseos, que fomentaba para obedecer y complacer á su madre.

No era ya esto lo que mas pena le daba, sino la repugnancia que se le avivaba al casamiento de Basíledes. Toda aficion se concibe por los ojos, y por ellos se pierde. Ninguno ama por violencia, que el amor no sufre. Valiasse sin embargo Eudoxía de razones, que buscaba para destruir aquella repugnancia que sentia. Se esforzaba en persuadir su mente, diciéndose á sí misma para ello, que amándola tanto su padre Belisario, no hubiera hecho la eleccion de

Basíledes por esposo suyo, si no concurrieran en él todas las prendas y calidades, que pudiesen grangearla su amor y tierno afecto.

Nada de todo esto aprovechaba, antes bien su contrastada repugnancia del casamiento con Basíledes resolvió confiarsela á Domitíla, y pedirle consejo para vencerla. Domitíla la dijo, que uno de los motivos porque es tan conveniente aun á las mugeres el estudio de la ciencia moral, es por la luz que nos da para conocer las pasiones, su origen y grado, pues así las podemos tener mas facilmente en freno, ó remediarlas, segun las mismas exigen. Por esto no dudo, que os será mas facil vencer esa repugnancia que me confiais tener á Basíledes, luego que llegueis á conocer de donde procede.

En primer lugar, si bien lo considerais, es sola repugnancia de imaginacion, antes que de la voluntad, porque no conociendo vos á Basíledes, ni habiéndolo visto jamas, no podreis tener motivo ni para amarlo, ni para aborrecerlo. De donde infiero, que es sola aversion á casaros con cualquiera otro que no fuese Maximio, porque prevenidos vuestro corazon y sentidos con la vista, especies y afecto al mismo, no os deja admitir ninguna otra determinada aficion. Cualquiera que sea el afecto, se concibe en la fantasía antes que ésta lo engendre en la voluntad; en que aquella lo aviva. Sin ojos y sin fantasía, no se forma ninguna fuerte pasion, ni afecto; como tampoco se puede odiar y aborrecer lo

que jamas se conoció, y sin tener motivo para ello.

No obstante sentís suma repugnancia al casamiento con Basíldes, á quien no visteis jamas. Esto, en vez de destruir mi proposicion, es prueba de que tal repugnancia es un mero antojo engendrado de la previa pasion á Maximio. Para convenceros de ello, conviene recurrir á las sabias reflexiones, que como sabeis, son el remedio mas eficaz contra todos los males del ánimo opuestos á la virtud. Casi todos ellos proceden de la irreflexion, y por lo mismo con reflexion se destruyen. La voluntad no se convence con esfuerzos, ni con ellos se ama ó se desama; cede solo á la fuerza de la razon que la convence. Busquemosla, pues, con la reflexion.

Llamé mero antojo vuestra repugnancia á tal casamiento, porque le falta causa física que á ello induzca la voluntad, no excitándola ningun motivo visible, cual lo fuera la fealdad, el mal continente, el estado ó cualquiera otra cosa ó defecto, que pudiera engendrar esa aversion que sentís. Otra reflexion se me ofrece para convencer vuestra voluntad, y es, que tal vez ese mismo Basíldes os podrá agradar mas que Maximio luego que lo veais, y tener él mismo mejores prendas y partidas que este, y amaros finalmente con mas puro amor, y seros mas constante y atento que Maximio.

Veis que prescindo de todas las otras cosas que se aprecian en los casamientos, como

son honores y riquezas: pues sabeis que en ellas es tan superior Basílides á Maximio. Me ciño solo á las prendas del cuerpo y ánimo, que son todavia inciertas en vuestro concepto, porque no podeis formar juicio con vuestros ojos. No obstante, bajo esta supuesta incertidumbre, formo otras dos opuestas reflexiones. Esto es, que os pueda agradar mas Basílides cuando lo veais, ó bien que os pueda de hecho desagradar y acrecentar vuestra repugnancia.

En la primera suposicion padeciera ahora injustamente engaño y disgusto vuestro ánimo, afligiéndose y atormentándose por aquello mismo, que dentro de poco le ha de dar complacencia y consuelo. Esta reflexion es sobrado persuasiva, para que inculque sobre ella; y la opuesta que os haya de desagradar Basílides, supone sobrado, paraque yo saque buen partido de conviccion; sin embargo me permitiréis que lleve adelante mi discurso, que fundo sobre una duda que varias veces me ha ocurrido, y es, si por ventura la naturaleza, así como dió al hombre con la fortaleza cierta preeminencia sobre la muger, así tambien le haya concedido con ella el derecho de la eleccion, pues á él solo le es lícito el buscar y elegir, y á la muger condescender ó desaprobando la eleccion de los que se declaran, entre quienes hubiera comunmente poco para escoger.

Esto lo vemos establecido en todas las partes del mundo, y si la naturaleza nos hizo esta in-

justicia, la resarcíó en parte con los dones de hermosura y sus fuertes atractivos, á que sujetó y avasalló en cierto modo aquella preeminencia, y haciéndonos mas felices en acomodarnos á la eleccion de la persona y estado, que se nos presenta. No niego por esto, que deje de hacer impresion en el ánimo de la muger la belleza y gallardia del hombre; pero aunque generalmente agraden mas tales prendas, no son ellas los vínculos mas fuertes del amor en los casamientos. La pasion mas ardiente, que parecia prometernos la mas dulce felicidad, nos lleva al contrario á nuestra mayor desventura. La diferencia, ó bien la repugnancia, que probamos á un propuesto casamiento, se suele trocar del mismo modo en nuestra mayor satisfaccion y consuelo.

Lo que á muchas sucede, os puede tambien acontecer á vos, y lo que de otras se puede esperar sin el estudio de la virtud, me lo debo prometer de vos, que la profesais. Saco esta lisonja de la naturaleza de las pasiones humanas y de la esperiencia. Se supone que los casamientos estén cimentados en el amor, aunque no siempre suceda así, llevando otras miras de intereses, ó de vanidad, ó de ambicion, que son á las veces mas poderosas que la hermosura. Esta puede encender una pasion fuerte y vehemente; pero vemos que facilmente tambien se apaga. Así acontece que los que dieron reinos por conseguir un hermoso objeto, se cansan de

él despues que lo han conseguido , y tal vez lo aborrecen , porque ven y prueban entonces los defectos y vicios, que acompañan á la hermosura, y que antes no conocieron.

Otras , que se casaron sin pasion , y tal vez con repugnancia , la vieron trocada en solido y constante afecto , por haberse engañado en el aprecio de la persona que no conocian , apreciándola por solo su exterior. Todos experimentan finalmente , que la interior hermosura y bondad del alma y genio es preferible á la del cuerpo, y hacerse con el tiempo mas estimable , aunque no engendre , como la exterior belleza , una viva pasion , sino que produzca un afecto dulce , quieto y continuado , una sincera estimacion , que no se cansa , y que en vez de disminuirse con el tiempo , se fortalece.

La pasion fuerte , avivada de los incentivos de la hermosura , transporta y enagena al corazon. Mas el afecto , nacido de la hermosura de un amable y virtuoso genio , llena al alma de suave satisfaccion y dulce tranquilidad. Aquella desasosiega y perturba el ánimo y la mente , y pone en movimiento otros dañosos y molestos afectos , que acarrean zelos , inquietudes , vanidad y zozobras. El puro amor y tierno afecto produce solo pacíficos y morigerados sentimientos , que fomentan la moderacion , la modestia y la suave concordia.

No dejó acabar á Domitila su discurso una de las esclavas , que entró entonces diciendo á

Eudoxia : señora , acaba de llegar un mercader de Smirna , que deseára haceros ver las bujerias que trae , y que dice dará á precio barato , á trueque de deshacerse de ellas , para poder restituirse á su patria. Eudoxia , que se ocupaba en la labor de su ropa nupcial , desea ver lo que traia aquel mercader , esperando encontrar algun particular adorno , y lo hace entrar. ¿Cómo pudiera ella imaginarse que aquel supuesto mercader fuese su amante Maximio , que llevando adelante sus osados pensamientos , habia tomado aquel disfraz , para poderla avisar de la desgracia , que amenazaba á sus padres?

Era muy diverso el traje que llevaba de aquel que habia determinado tomar , cuando le ocurrió , la especie de Ulises , echando de ver que este no siendo conocido de Aquiles , ni de Laodamia , podia presentarse con su rostro descubierto , aunque disfrazado en mercader , pero que siendo él conocido de Eudoxia y Antonina , le convenia disfrazarse tambien el rostro. Para remediar este inconveniente le ocurrió , que habiendo en Constantinopla un mercader de Smirna , que llevaba á vender sus mercaderias , con un parche en uno de los ojos , por tenerlo dañado , podria esconder su fisonomia con un parche semejante , representando en un todo á dicho mercader , si conseguia que éste le prestase uno de sus vestidos.

Esta feliz ocurrencia , prendiendo en su imaginacion , no lo dejó descansar , hasta que dió con él. Pidele entonces uno de sus vestidos , pre-

testando motivos especiosos y ofreciéndole logro por el préstamo, que aceptó decontado el mercader. Maximio lleno de gozo, carga con el vestido; y luego que supo el dia y hora en que se habia de ausentar de casa Antonina sin su hija Eudoxia, á fin de evitar cualquier accidente que pudiera acontecer, si por ventura llegaba ella á conocerle, se puso luego el vestido, se aplicó al ojo el parche sostenido de la gorra calada hasta las cejas, cubriendo en cuanto pudo lo restante del rostro con las guedejas sacadas, y tomando la cajuela de las mercaderías, se presenta atrevidamente á Eudoxia, confiado en la ausencia de su madre Antonina.

El amor habia fomentado en su ánimo las esperanzas de hallarla sola, para comunicarle el secreto, ó en compañía de alguna esclava que no se lo estorbaria. Mas viendo que trabajaba con ella Domitila, se turba, ni sabe que hacerse, ni que decirse. La turbacion engendra temblor á sus miembros, haciendo temblar tambien al armatoste que tenia en las manos, hasta que lo dejó en un asiento, para que pudiese satisfacer Eudoxia su curiosidad. La vista de las mercaderías se llevó toda su atencion, sin reparar en el mercader, que con afectuosa agitacion á su grado la contemplaba, sin atreverse á desplegar sus labios.

De todas aquellas bujerías solo cebaron sus ganas unas flores artificiales, que mostró querer comprar. No hubo regateo en el precio, ateniend-

dose el mercader amante al que las quiso poner Eudoxía, á quien hubiera dado en aquel dichoso momento todos los tesoros de la tierra. Mas en medio de la deliciosa satisfaccion y consuelo que disfrutaba con su vista, padacia no poco, así por no encontrar ocasion ni espediente para comunicarle el secreto que deseaba, como tambien por el temor que lo angustiaba de que llegase Antonina y lo sorprendiese.

Recelaba por otra parte que le seria muy difícil podersele proporcionar ocasion mas feliz que aquella, si la perdia, yéndose sin avisarla de la desgracia de su padre. Luchaban así su temor y atrevimiento, hasta que la misma Eudoxía le proporcionó otra ocasion de verla, diciéndole que no podia entregarle el precio de las flores, si no esperaba que volviese su madre. Esto era cabalmente lo que mas temia Maximio, y lo que queria evitar, á costa de perder las flores y su precio; y como con el motivo de evitar la llegada de Antonina se le proporcionaba el volver otro dia para cobrar el dinero, se atuvo á este partido, diciendo: que las flores quedaban en buenas manos, que no podia esperar, y que otro dia volveria por el dinero.

Dicho esto, se despide con afectuosa demostracion que Eudoxía no comprendió, y se fue lleno de lisonjas de volverla á ver y hablarla, sin temor de que Antonina le conociese, pues no lo habia conocido Eudoxía, bien agena ésta de sospechar que aquel mercader fuese su fiel aman-

te. Llegada la madre, la hace ver las flores, diciendola no haberlas pagado, pero que volveria por el dinero el mercader. Antonina se muestra satisfecha de la compra, y apresta el dinero creyendo que el mercader volviese aquel mismo dia, ó el siguiente; mas viendo que no comparecia en muchos dias consecutivos, aunque estaban solícitas por su tardanza, sospecharon que hubiera embarcado para su patria, como él mismo les habia insinuado.

Continuaba entretanto Eudoxia su labor, perdiendo poco á poco las especies de Maximio, al paso que iba tambien disminuyendo su repugnancia al casamiento de Basílides, en fuerza de los sabios discursos de Domitila, con que ésta solia aliviar el ocio de su trabajo. Un dia con la ocasion de tratar sobre la educacion que la habia dado su padre Belisario, instruyendola de por sí en la geometría, en la historia y geografia, como se quejase Domitila de la ignorancia, en que comunmente eran educadas las niñas, deseó saber Eudoxia el motivo, porque generalmente se hacia esta injuria á las mugeres, dejando de instruir las en cosas que les pudieran ser útiles, y tal vez necesarias en una culta sociedad.

Respondió Domitila ser muchos á su parecer los motivos fundados en el caracter del sexo, á quien no era permitido, por el continente decoro y honestidad, acudir á las escuelas públicas, ni tener particular enseñanza de los que se las pudieran dar, como sucede en los muchachos. A

mas de esto se cree , proseguia en decirle Domitila , que tenemos las mugeres hartas ocupaciones en cuidar de los hijos , y en atender á su crianza y á la economia , para que podamos perder tiempo en el estudio de las ciencias ajenas de nuestro estado , y que de poco ó nada nos pueden servir.

No hay duda que no todas las doncellas están en estado de dedicarse al estudio ; pero hay muchas , á quienes por las circunstancias de su nacimiento no solo les fuera útil tal enseñanza , sino que tambien les conviniera. Antes bien de muchas de ellas , y de la educacion que les dan , infiero la consecuencia general de la preocupacion de los hombres en este particular , y la de los mismos padres , que esmerándose en que sus hijas aprendan las artes que contribuyen á pulir y perfeccionar su presencia exterior , descuiden tanto de las ciencias , que ilustran al entendimiento y animo de las mismas , sirviéndola de adorno mas apreciable toda su vida.

La mas hermosa muger , apenas dilata el imperio de sus gracias y belleza mas allá de la mitad de su carrera vital. Entonces ve descaecer insensiblemente su estimacion , si no la sostienen las luces adquiridas de las ciencias y los conocimientos , que recibió con la educacion ó con su privado estudio , pues aunque la naturaleza organizó con alguna diversidad nuestros cuerpos , no diversificó nuestras almas y entendimientos , ni hizo de inferior especie nuestras almas , ni de

peor condicion nuestros talentos. Estoy antes bien persuadida que si las mugeres hubiesemos tenido siempre igual instruccion que los hombres, en todos tiempos y edades los hubieramos aventajado en las producciones del genio, á pesar de las mayores ventajas y mejores proporciones que pueden ellos tener para ilustrar su entendimiento.

Esto agrava la injusticia que se nos hace en criarnos ignorantes, y añade estrañeza al general motivo que los hombres tuvieron para ello, y que yo atribuyo á la antigua barbarie de los tiempos, y al continuo ejercicio de las armas, á que dieron siempre los hombres la preferencia sobre todas las demas artes y ciencias, que cuestan tanto de adquirir. La civilizacion y cultura de las naciones fue siempre obra de los siglos. El sexo fuerte, y solo superior en esto al de las mugeres, así como quiso que todo plegase y se humillase al poder y fuerza de su brazo, así tambien quiso avasallar nuestra flaqueza, á la cual impuso todas las leyes que se le antojaron.

Así se vió humillado nuestro sexo, reducida nuestra industria á la economía de la familia, empleadas nuestras luces en los solos cuidados y ocupaciones caseras, y arrinconado en el hogar nuestro entendimiento, mientras los hombres, llevados de la loca pasion de dominar la tierra, se estendian, armados de hierro, por las vecinas y remotas provincias, á fin de robarlas y dilatar así su señorío, ó esponian sus pechos por la defensa de las mismas, de sus hijos, hogares y mu-

geres. Tales fueron siempre las miras y anhelos de la ambicion con el furioso empleo de las armas, que tan injustamente ennoblecieron los hombres para robar y adquirir. De esta ennoblecida ferocidad proceden nuestra sujecion y dependencia.

No habrá quien pueda llevar la luz de sus conocimientos entre las tinieblas, con que cubrió el tiempo, las historias de los egipcios y de los pueblos que los precedieron. Son pocas é inciertas las noticias que nos quedan de sus ciencias y cultura; pero la Grecia, que despues del Egipto fue la primera en cultivar el ingenio, vió redundar sus gloriosos efectos en las producciones de los talentos de las mugeres célebres, que en ella florecieron, y que quedan todavia por aventajar de todos los esfuerzos, que hicieron para ello los hombres en los siglos posteriores.

Otras tales hubiera visto y admirado Roma, si los romanos, cimentando tambien su gloria en las armas y en la ambicion de señorear al suelo, no tardáran en pulirse y civilizarse con el estudio de las ciencias y de las artes liberales. Luego que con el ócio de la paz se dedicaron á ello, parecia que hubiesen de igualar, y aun aventajar á los griegos en la cultura. Mas las disensiones civiles y las guerras, que inmediatamente nacieron, turbaron los tiempos mas felices de la república, dieron lugar á una cruel dominacion que envileció sus ánimos, y que agravada de su mismo peso y grandeza, sin el apoyo de

su antiguo esfuerzo y patriotismo, cedió al impulso de los pueblos bárbaros que la aniquilaron, y la devolvieron á su antigua rudeza.

En ella quedó otra vez envuelta la cultura de nuestro sexo, que por consiguiente continuó en experimentar el menosprecio y humillacion, en que nos tienen los hombres, porque somos flacas en su cotejo, y porque no podemos armadas de acero herir, matar y conquistar como ellos. Mas cuando lleguen los hombres á apreciar la humanidad y á detestar la guerra, si por ventura llega ese tiempo feliz; cuando pongan la mayor dicha y gloria de una nacion en la paz, en la cultura del ingenio y de las artes, entonces verán redundar sus benéficos influjos en nuestra mejor enseñanza, disipándose aunque lentamente las preocupaciones, que fomentan acerca de nuestra instruccion. Con ella se desvanecerá el bajo concepto en que son tenidos nuestros talentos, disminuyéndose en parte el aprecio, que hicieron siempre del esfuerzo y valor, en que los aventajan los tigres y leones.

De aquí nacen, á mi parecer, las preocupaciones que todavia fomentan sobre nuestra educacion, y sobre los inconvenientes que se imaginan y dicen que nacerán si nos instruimos en las ciencias; porque piensan que el estudio nos distraerá de nuestras principales ocupaciones; que nos hará mas presumidas de lo que somos naturalmente; que serémos por lo mismo bachilleras; que los libros no nos convienen, ó que

no nos convienen otros que los de devocion; que somos fáciles en admitir nuevas máximas, y que por consiguiente las contraeremos dañosas en los libros, en que nos distraerá nuestra curiosidad; que con el deseo de parecer sabias é ilustradas tendremos mayor trato y mas frecuentes galanteos, y así de otros daños con que pretenden cargar nuestro sexo, si se les diera á las doncellas una científica educacion.

Pero en primer lugar me parece que tal enseñanza contribuiria para sacar su entendimiento de las tenebras de la ignorancia y del error, y no para hacerlas letradas ni doctas. Este es un empeño árduo y difícil á los mismos hombres que se emplean en el estudio toda su vida; y dado caso que una ú otra muger lo consiguiese, dedicándose solo al estudio de las letras y ciencias, aunque desatendiendo á las ocupaciones de su familia, no digo yo que quedase recompensado el daño, pero sí que sería menos malo que si desatendiera á sus obligaciones, como muchas lo hacen, ó por la natural é invencible desidia, ó por el cortejo, ó por vanos pasatiempos, ó por emplearse dias enteros en tocarse y adornarse, á fin de desmentir lo que son.

No veo tampoco porque debiesen tener las mugeres motivo de presumir, por saber los primeros rudimentos de las ciencias, mucho menos si esta enseñanza se hiciese entre ellas comun, y si las precediera el estudio de la virtud, ó ciencia moral, que jamas se enseñó, y

de que se ignora hasta el nombre; pero si á pesar de esto, hubiera algunas que presumieran de sí por haber aprendido algunos problemas de geometría, ó adquirido algunas noticias de la estension y situacion de la tierra y de la esfera, ó de algunas causas de la naturaleza y sus efectos, ó de los sucesos de la historia, fuera á la verdad risible tal presuncion si la manifestasen. ¿Mas los hombres no presumen tambien de sí, y á las veces por saber ciencias ridículas, que les valiera mas que las desaprendiesen, por estudios y conocimientos insulsos y miserables?

No pretendo por esto defender nuestra vanidad en este particular; mas no veo porque solo á nosotras nos deba ser nociva tal presuncion, y se nos achaque solo el defecto. ¿No mereceríamos á mas de esto mas indulgencia por presumir de saber, que por ser hermosas, ricas y bien nacidas? Estos son bienes accidentales, y aquel es adquirido. Y si fueran entonces bachilleras, é hiciesen ostentacion de saber, recaeria el daño en el mismo buen concepto de las mismas, por cuanto en vez de ser reputadas sabias, se gran-gearian el menosprecio de las demas.

Tampoco sé, porque deban competirnos libros solos de devocion. Este zelo no nace en los hombres de deseo de nuestro aprovechamiento, sino del bajo concepto en que nos tienen. Raros son los libros científicos que contengan máximas dañosas, y es falso que seamos mas fáciles que los hombres en embeberlas. Esta opinion nace tam-

bien en ellos de la presuncion, que alimentan, por haberse erigido en jueces de los modos de opinar, y con ellos el derecho de juzgar, al tiempo que nos apartan de ellos, y nos los vedan, temiendo que á mas de todos aquellos daños, se nos siga tambien el otro de acrecentar nuestros cortejos y galanteos. Mas los hombres buscan antes para ello la hermosura y la disolucion que las ciencias y la sabiduría: lo consiguen mas facilmente en el libre trato de las ignorantes que en la compostura y seriedad de las entendidas y discretas.

¿Cuántas mugeres se entregan, aun sin querer y de mala gana, á cortejos que aunque honestos en sí, dan sin embargo que decir, y á los cuales renunciáran decontado, para eximirse de los engaños del trato, si desde niñas se hubieran aficionado á las letras, pues con el estudio no se aburririan en la soledad de su retiro? Las ocupaciones caseras, por muchas que sean, exigen descanso, y dan comunmente muchos dias y horas de tregua; mas no hay descanso ni tregua peor que el no saber que hacerse, ni en que emplearse.

El descanso debe servir de alivio al ánimo, distrayéndolo de la tarea y de la labor; pero en vez de aliviarle, engendra enfado y aborrecimiento, no encontrando el alma con que divagar el ócio peor que la fátiga. Esto es lo que produjo el juego, los cortejos y otros divertimientos perniciosos. ¿De cuánto mayor y mas

útil recreo les fuera á muchas el estudio de las ciencias, que el juego, que los bayles, que otros pasatiempos insulsos? ¿Cuántas mayores ventajas les acarrearía para la instruccion y enseñanza de sus hijos é hijas, y para destruir en sí mismas muchos errores vulgares y muchos vanos antojos?

Entonces no pondrian todas sus miras en el tocador, ni su único estudio en sus peinados y vestidos, ni se apasionarian tanto por estravagantes modas y adornos mas costosos de lo que pueden sufrir tal vez las circunstancias de su estado y condicion, ni tendria tanto cebo y fomento el lujo. Se ceñirian á la sola modesta elegancia y aseo, que sin hacerlas malgastar tantas horas, ni causarlas tantos desvelos, las haria mas estimables. Y aunque así no fuera, adquiririan á lo menos con el estudio y tal cual aplicacion, muchas luces y conocimientos que las harian respetar mucho mas en el trato, en las conversaciones, en las visitas, en los concursos y fueran causa de que muchos hombres se instruyeran, á quienes harian rebajar algun tanto de la presuncion en que viven de sí mismos y de su saber.

Pero demos, Eudoxía, que las mugeres instruidas tuvieran mayores cortejos y galanteos, que las que se quedan en su ignorancia y rudeza. ¿Dejarian por eso de ser honestas? ¿Por tener mayores luces, deberian por eso ser menos recatadas? ¿El número mayor de visitas haria

inclinan sus ánimos á la disolucion? ¿Cuánto mas facil es fomentar una particular pasion con el trato de pocos que con el de muchos? Los libertinos y disolutos no van en busca de las luces del entendimiento, sino de las tinieblas de la ignorancia. Esta no exime nuestro sexo de caida, ni la falta de conocimientos precave que se pervierta el corazon.

Mucho gusto tengo de oiros, Domitíla, pero me despertais la curiosidad de saber ¿qué enseñanza hubierais dado á vuestras hijas, si las hubierais tenido, y qué ciencias enseñado? = La aritmética la primera. Esta es la ciencia mas útil y la mas necesaria despues de la moral. A cada paso ocurre servirse de ella en las familias, asi al hombre como á la muger. Esta misma supone de antemano la lectura y la escritura, cuya falta hacerse sumamente sensible y dañosa á muchas mugeres, á quienes sus padres ó por ignorancia, ó por descuido, ó por preocupaciones ridículas, dejan de enseñársela ó de hacérsela enseñar. Despues de la aritmética, las instruirla en aquellas ciencias, que contribuyen para rectificar las ideas y los juicios, y para ayudar al entendimiento á discernir la verdad, á conocer algunas causas y efectos de la naturaleza, sin grande ni profunda meditacion; y si en alguna de mis hijas reconociera un talento extraordinario, no reusaria que se dedicase al estudio y ciencias, que mas empeñasen su genio y voluntad.

Sabeis que mi marido Ancilio solia darme algunas lecciones , como á vos vuestro padre Belisario. De las luces que entonces adquirí me valdria para comunicarlas á mis hijas , y si me faltasen tales conocimientos , me valdria de ancianos respetables , que se las enseñasen en mi presencia y no de otro modo. Y cuando la instruccion de nuestro sexo fuera general , y se hiciera comun , habria , no lo dudo , mugeres que enseñarian tambien las ciencias á las niñas , y este sería un nuevo ramo de noble industria, con que muchos remediarian las estrecheces de su estado , y que supliera la falta de bienes heredados. Esta os parecerá una estraña ocurrencia, pero cosas mas estravagantes en sus principios nos hacen ver los tiempos , que despues se reciben con aprecio y cunden con utilidad.=

¿ Y no las enseñariais la labor ? = Esta debe ser el fundamento de la enseñanza y educacion de las doncellas. Por la labor deben comenzar desde niñas , y tenerla aprendida antes que ninguna otra ciencia , á que debe ser preferida por la real utilidad , que acarrea á las familias y á las mismas costumbres de las doncellas. La aficion á la labor la pongo entre las principales calidades del sexo. Por ella evitan el ócio , por ella dejan de poner sus pensamientos en el galanteo y en otros devaneos , de donde dimanan los pesares y desarreglos de las familias.

Comprendo en el ejercicio de la labor todas las ocupaciones caseras , hasta las que tocan

á la limpieza. La muger limpia es otro tanto estimable. Un genio amigo de la labor y de la limpieza supone una alma superior á la desidia y dejamiento, vicios muy aborrecibles y dañosos en las mugeres. Me acuerdo que tratando un dia con una amiga mia sobre esto, me contó un caso de una dama principal muy devota, la cual, á fin de ejercitar en la humildad á tres hijas que tenia, las hacia emplear en todas las ocupaciones caseras, que llaman bajas, como el barrer, entender en ciertos dias en el hogar, y en limpiar los muebles de la casa, como si fueran criadas. Pero si no consiguió con esto el fin principal de hacerlas humildes, logró á lo menos que saliesen excelentes madres de familia.

El efecto era natural. La inclinacion y aficion á las cosas materiales y hacenderas se forma con ejercicio material de las mismas, y con la costumbre de hacerlas. No se convence así el entendimiento y el corazon sino con razones, que inspiren en ellos sentimientos blandos y moderados. Las materialidades no persuaden. Yo talvez imitaria el ejemplo de aquella dama en mis hijas, pero no con el fin de hacerlas devotas, sino que saliesen hacendosas. Los moderados afectos se los procuraria inspirar diciéndolas así: hijas mias, es verdad que nacisteis nobles y ricas, y que no teneis necesidad de emplearos en la labor mas aseada, pero es bien que os empleeis en ella, porque no sabeis lo que el tiempo venidero dará de sí. Las desgracias son frecuentes

en este mundo, y de ellas no se exâmen ni la nobleza, ni las riquezas. Lo que á otras muchas acontece, os puede suceder tambien á vosotras.

No os deberá parecer imposible teniendo á la vista tantos ejemplos de señores grandes é ilustres, que por ódio del príncipe, ó por pérdidas de pleitos, ó por guerras, ó por malas conductas y propios vicios ven arruinadas sus familias, y reducidas á estado muy inferior: y si por desgracia de vuestros maridos llegais á estado semejante, cogereís entonces el fruto de esta presente ocupacion, haciéndola con ánimo esforzado: los señores ricos y principales ponen tambien sus ojos y aprecio en esta calidad de una doncella, aunque sea noble. Las familias mismas mas opulentas é ilustres tienen tambien sus límites. Las mayores riquezas son motivo de mayores gastos y ostentacion; las mismas padecen tambien sus estrecheses, que exigen industriosas y económicas miras de una rica madre de familia, especialmente si tiene muchos hijos.

Léjos, pues, de dejar de inspirar á las doncellas la aficion á la labor y á la economía, deben al contrario poner las madres su mayor cuidado en ello, por ser esta la parte mas principal de la educacion de las hijas. Las ciencias y su estudio lo reservaria yo para las horas de distraccion, especialmente en los dias festivos. De esta manera haria de la enseñanza de mis hijas tres objetos principales; el de la labor

y economía, en que comprenderia tambien todo lo que toca á pulir y ennoblecer su exterior y sus naturales gracias; el del entendimiento, reduciéndolo á los principios de las ciencias mas útiles, á fin de ilustrar su mente y disipar las tinieblas de la ignorancia y de los errores vulgares; y el del ánimo, que es el objeto principal de la virtud, para moderar los siniestros afectos del corazon y las pasiones. Este merece particular discurso, que os dará una idea del estudio de la ciencia moral, y espero que no os disgustará el oirlo.

Antes bien lo oiré de muy buena gana, Domitíla; hacedme el favor de continuar. = Bien, pues, proseguiré. Por ciencia moral entiendo el estudio de los afectos y pasiones del ánimo, para conocer cuales inclinan al bien honesto y loable, cuales al mal dañoso y aborrecible. Unos y otros tienen su origen..... Paróse aquí Domitíla sobresaltada no menos que Eudoxía del gran alboroto, que oyeron en la casa, de voces y corridas de esclavas y esclavos; y acudiendo á ver lo que era, oyen que Antonina se hallaba de repente en peligro de la vida por haberla picado una araña. Eudoxía se conmueve sobre manera oyendo el peligro de su madre, y se encamina con agitada zozobra á su estancia. Domitíla, algo mas sosegada, sabiendo lo que era, la sigue sin embargo, y entra con ella en la estancia de Antonina.

Hallabase ésta reclinada en su asiento lloran-

do amargamente, y desesperándose por la picadura, temiendo que fuese mortal. Tenia aplicada la mano al rostro con un pañuelo, donde la habia picado la araña, é instaba para que llamasen cuanto antes á los médicos. Creció su llanto y desesperacion al ver entrar á su hija Eudoxia, que unia sus lágrimas y consternacion á las de su madre. Esta asiendola cariñosamente de la mano, comenzó á lamentarse desesperadamente, diciendola que viese su desventura; que no habia muger mas infeliz que ella, reducida á morir emponzoñada, sin poder tener el consuelo de ver sus desposorios, sin probar otra vez la gloriosa satisfaccion de ver triunfar á su marido Belisario. Decia no saber, en que habia merecido tal castigo de los cielos; que el dolor de morir y de dejar á su dulce hija para siempre despedazaba su corazon.

Así proseguia Antonina en lamentarse, afligiendo al sensible y tierno ánimo de Eudoxia, que sollozaba con ella, mientras Domitila se esforzaba en consolar y persuadir á la madre que las arañas no mataban, que solo causaban dolor é hinchazon, pero que se desvanecerian luego con los remedios. Hacia vanas las persuaciones la temerosa aprension de Antonina, que proseguia en sus lamentos, sin quererla dar oidos, moviendo cielo y tierra para ser socorrida cuanto antes, instando replicadamente para que viniesen los médicos. Este es el efecto de las opiniones ridículas, en que suelen ser criadas las mugeres

desde niñas, y que una vez embebidas, son difíciles de desarraigar, y causa de muchos males y temores frecuentes, que despues padecen.

Llegaron finalmente los llamados médicos y examinando el mal le aplicaron los oportunos remedios. Se le alivió luego el dolor en fuerza del antídoto, ni tardó á ceder la hinchazon, dejando en breve restablecida y sana á la enferma, que no por eso dejó su concebida preocupacion y temor. Sosegada tambien Eudoxía con el restablecimiento de la tranquilidad de su madre, volvió á su labor interrumpida; donde con el motivo de la pasada agitacion y susto, tratando con Domitíla sobre la aprension de su madre, le contó haberla oido decir que murió un labrador picado de una araña en el campo, á quien ella habia conocido. Pudo ser muy bien, respondió Domitíla, que ese labrador muriese picado de alguna araña muy ponzoñosa, cuyo mal despreciado y dejado sin remedio, le acarrearía tal vez la muerte. Mas las tales arañas no se crian ciertamente entre tapi-
cerias.

Sabeis que yo estuve una temporada en el campo, donde me crié desde niña. Sin embargo no oí jamás que hubiera tales arañas en la casa, antes bien advertia que los labradores no reparaban en matar con sus propias manos las que veian discurrir por las paredes, estrujándolas con los dedos. Basta formar una opinion temerosa, aunque ridícula, para que dure toda la

vida. Yo esperaba que los médicos desimpresionasen á vuestra madre , pero sin duda no les debió ocurrir. Por lo que ha pasado podeis inferir , Eudoxía , cuan dañosos efectos tienen todas las vulgares preocupaciones, que concebimos desde la niñez. Visteis las mortales angustias de vuestra madre, sus desesperados lamentos, la agitacion y susto que causó en toda la familia, las quejas en que prorrumpió contra su desgracia , contra las esclavas y esclavos , como si con toda su atencion pudiesen ellos estorbar, que se desprendiera una araña del techo y la picase.

Estas cosas y muchas otras á estas semejantes, entran en el número de los males del ánimo, contra los cuales conviene prevenir el corazon, para que no le perturben ni alteren su tranquilidad , fin principal de la ciencia moral, cuyo discurso nos interrumpieron, y cuyo estudio nos es tan necesario para que no nos dejemos avasallar de ridículos temores , ni perdamos la interior quietud y soberanía del alma , en que consiste la mas segura felicidad.

Vuestra madre , no hay duda alguna , es devota y de muy santas costumbres ; sin embargo su devocion no la exime de muchas pequeñeces y de inconvenientes que la conmueven y alteran á cada paso, por haberle faltado el estudio de la ciencia moral, sin la cual conserva y fomenta toda la preocupacion con que la educaron. No se cree que estos hayan de tener con el tiempo malas resultas , pero de hecho se padecen otros

efectos peores que los que experimentó vuestra madre de ideas semejantes. Tal fue el de una dama principal que murió desgraciadamente por el terror pánico, que la hicieron concebir á los ratones; pues estando ocupada en su labor, en compañía de dos hijas suyas, como le saltase accidentalmente encima un raton, fue tal su susto y sobresalto, que con el ímpetu de quererle evitar, cayó de espaldas con la silla, y dando con la sien en la punta de un braserillo que allí había, quedó muerta de repente.

Hácese por esto muy culpable el descuido, ó imprudencia de los padres y de las esclavas que nos crían, quienes en vez de disminuir tales temores, ó de no infundirlos en los ánimos de los niños, se los fomentan y acrecientan no solamente con ademanes risibles, y con narraciones verdaderas que debieran pasar en silencio, sino tambien con impertinentes cuentos y ridículos consejos. No niego que á las veces es natural el miedo en las niñas, especialmente á los ratones, mas este mismo miedo se puede destruir con el tiempo. Yo á lo menos lo recabaria, á mi parecer, en mis hijas, si las tuviera, haciendo hacer algunos de esos insectos al natural, que les daria á manosear, y se los pondria en los cestos de su labor, para que con la frecuencia y costumbre de ver y familiarizarse con la semejanza dejasen de temer el original.

Nuestra complexión por su delicadeza está mas sujeta al miedo que la del hombre. Senti-

mos á mas de esto cierta inclinacion á hacer alarde de nuestra misma flaqueza y timidez; sea porque nos parece que acrecentamos con ello nuestras gracias, sea porque nos persuadimos que no nos compete el esfuerzo y animosidad. Cualquiera que sea el motivo, siempre es mejor que sacudamos el miedo, en cuanto podamos, para precaver los sustos y sobresaltos que nos causa. La flaqueza de nuestro sexo no es tal, que no se pueda fortalecer con la buena educacion.

Oí una vez decir á un médico, que en la larga esperiencia que tenia en curas, así de hombres como de mugeres, habia notado que estas resistian con mayor esfuerzo al dolor, y sufrían con mayor animosidad que aquellos los filos de sus instrumentos. Si esto fuera así, probaria que nuestro sexo no es tan flaco como se cree; y que lo que nos falta de fuerte agilidad y desenvoltura de nervios en la organizacion, que nos impide el ejercicio de las armas, lo podemos suplir con la fortaleza del alma y de los sentimientos, avivados con el estudio de la virtud, sobre el cual proseguiré ahora, si os parece, el discurso que dejamos comenzado, ya que se nos viene á las manos. = Con mucho gusto Domitíla. Decidlo: os oiré con atencion.

Dejé dicho, si no me engaño, que todo bien y mal moral tenia origen en el ánimo del hombre, en que la naturaleza infundió afectos enteramente opuestos, para que pudiera ejercitar el alvedrío de su voluntad, sin el cual no se le

imputaria á delito el mal que obrase , ni á virtud el bien que hiciese. El libre alvedrío caracteriza , pues , las acciones del hombre , y lo distingue del bruto , que obra por solo impulso de su apetito , ni puede salir de los límites de su natural rudeza. Mas el hombre libre , ayudado de las luces de la filosofía moral su entendimiento , puede mejorar y perfeccionar su ser , destruyendo sus pasiones y afectos viciosos , con que hace su corazon templo de la virtud , que es una imperfecta imágen de la divinidad.

Las otras ciencias iluminan el entendimiento del hombre , y disipan en parte las tinieblas de su ignorancia ; pero poco ó nada contribuyen para moderar los siniestros afectos y pasiones del ánimo , que tenemos comunes con los brutos , y que nos agitan , perturban é inquietan como á ellos , y emponzoñan nuestra felicidad , aun en medio de las riquezas y honores , que se reputan las cosas mas apetecibles en la tierra. Mas este es un engaño de la ambicion , por quanto no puede haber dicha sólida y verdadera sin la virtud.

Las pasiones nos aconsejan lo contrario. Ellas inclinan á los placeres , á los honores , á la grandeza , y nos incitan á que las busquemos y apreciemos sobre todas las demas cosas de este suelo. La virtud con la luz de la filosofía moral nos hace ver que todas esas cosas no son sino bienes inciertos , que da y quita la fortuna , que jamas llegan á satisfacer enteramente al

corazon humano , cuya dicha mayor consiste en disfrutar esos bienes si los tiene , y el pasar igualmente sin ellos , si la fortuna se los niega , que así alcanzará la mayor soberanía y satisfaccion interior , y se sobrepondrá á sus afectos viciosos , sin que la adversidad lo altere , ni entristezca , ni se ensoberbezca en la prosperidad.

¿ Mas el ánimo que prueba en sí esta contrariedad de afectos , cómo formará justo aprecio del bien que la virtud le aconseja , y del provecho que se le ha de seguir en resistir los anhelos de las pasiones ? El mismo lo puede quilatar en sí por los efectos mismos que experimenta , obrando lo honesto ó lo deshonesto , como tambien por el juicio que formaron siempre los hombres de todas edades y pueblos , á pesar de la diversidad de sus ritos , costumbres , y religiones , conviniendo todos en apreciar y ensalzar las acciones virtuosas , y en aborrecer y castigar las malas y deshonestas.

De esta antigua y constante opinion de los hombres deducen los sabios que el ánimo y entendimiento racional recibió del autor de la naturaleza un destello de luz superior , que le hace discernir y apreciar lo bueno , en cotejo de lo malo , por mas que las pasiones lo inciten á obrar mal , antes que bien. Verdad es que por lo comun no combate ni resiste á sus sugerencias , sino que se deja vencer y arrastrar de ellas. Su opinion queda convencida de la mayor utilidad de lo honesto , pero no lo ejercita , porque le

falta la fortaleza de la virtud necesaria, que saca el hombre de los motivos sublimes y de los ejemplos de la religion , que añade nuevas luces y razones á la filosofía moral.

Una y otra nos persuaden que las pasiones no llevan por mira sino una felicidad aparente, dudosa é inconstante , un interes momentaneo y solo exterior; y que al contrario la virtud aspira á la sólida y duradera felicidad, que tiene su trono en lo interior del ánimo. Mas como estas felicidades falsas y verdaderas se forman de bienes y males físicos é ideales ó de opinion, engañandose á sí el hombre en apreciarlos, conviene exâminarlos á la luz de la ciencia moral, sin intervencion de las preocupaciones de la ignorancia y del amor propio.

Mal físico y real no hay otro que el dolor, como no hay tampoco otro bien físico que la salud. La naturaleza no reconoce otros males y bienes; con ellos constituye nuestro ser y existencia, ó la destruye y disuelve; todos los demas son ideales y de opinion estraños al hombre. Hay quienes los buscan y estiman, hay tambien quienes los desestiman y desprecian. Tales son los honores, las riquezas, la gloria, la desgracia, la pobreza, la ignominia, de los cuales nacen otros bienes y males físicos, no porque tengan su principal origen en la naturaleza, sino porque ella los experimenta, nacidos y suscitados de la opinion, que formamos de los objetos; por esto yo los llamára mejor males y

bienes morales. Tales son el gozo, la satisfacción, el consuelo, la imperturbabilidad, la tristeza, los afanes, la agitación, las zozobras, que contribuyen á formar nuestra dicha, ó desdicha.

Establecido, pues, que fuera de la salud, del dolor, del contento y de la tristeza, que ellos engendran, no hay bien ni mal físico, sino en nuestra fantasía y en el engañado aprecio, que hacemos de las cosas de la tierra, debemos convenir, no pudiendo pasar los hombres sin el uso de ellas, y sin sentir los efectos, que causa el poseerlas, ó el estar privados de las mismas, de donde proceden nuestro gozo ó tristeza moral en su posesion ó privacion, importa que aprendamos á hacer buen uso de los bienes, si los tenemos, y á soportar los males, si nos vienen, disminuyendo la opinion que de ellos nos formamos; pues solo así conseguiremos la paz y sosiego interior, la soberanía del ánimo, la sublime satisfacción, é inalterabilidad, aun en la desgracia, en la pobreza, y en la ignominia.

Este es el toque, en que se quilata la verdadera felicidad del ánimo que posee la virtud, y en que muestran su liga miserable los bienes apetecidos de las pasiones, pues á prueba de la menor desgracia y de un fatal accidente se desvanece su felicidad, aunque en medio de la mayor grandeza y opulencia. Esto me confirma mucho, mas que el origen de nuestra dicha ó desdicha está en el ánimo y en los sentimientos principales, que son el fomite, por decirlo así,

de todas las pasiones que las avivan y agitan, sirviendose para ello de la opinion que formamos del bien y del mal; porque el hombre desea y busca necesariamente el bien conocido, teme, y evita el conocido mal.

Apenas nacidos deseamos lo que nuestros ojos alcanzan, luego deseamos lo que vemos que estiman y desean los demas. Del mismo modo tememos primero lo que nos amedrenta, y luego lo que vemos temen y aborrecen los demas. Así la opinion propia y agena es siempre el movíl de nuestras pasiones. Veamos como estas nacen de nuestros deseos y temores, mediante la opinion, pues de este modo tendremos mayores luces y motivos para moderarlas y conseguir así nuestra interior felicidad y contento inalterable, que es el fin que se propone la virtud.

Dejamos asentado que es principio innato en el hombre el desear. Todo deseo engendra agitation en el ánimo, mientras espera alcanzar el bien á que aspira, luego disgusto y pesar si no puede alcanzarlo, ó si lo pierde. Para conseguirlo nos desvelamos, trabajamos, rogamos, nos abatimos á medios, tal vez, ruines é indecorosos, pues nada contiene á un deseo vehemente. Vemos los otros ricos, luego deseamos las riquezas, y de este deseo se forma la codicia: los vemos levantados á los primeros empleos, aspiramos luego á los honores y empleos, de donde nace la ambicion. Deseamos luego el rico trage el adorno, la presea, la frusleria, con que ve-

mos parecer bien á las demas, y esto forma insensiblemente nuestra vanidad. Demos que todas estas cosas, que podemos desear ó deseamos, son honestas; mas engendran pasion, si se desean con ansia, con inquietud y porfia, que conturban el ánimo, y lo desazonan, mientras se desean, y lo hacen infeliz, si no las consigue.

Para vivir pues feliz, conviene que yo no desee, ó que á lo menos no desee con ansia y afan: esto no es posible, si yo no destruyo primero la errada opinion, que formé de las cosas que deseo, y si no tengo de ellas el verdadero conocimiento de lo que son, y de lo que dan de sí, suministrandome luces y razones la ciencia moral y la esperiencia. Estas me enseñan, que ninguna cosa de cuantas desean las pasiones, apagan sus deseos y los satisfacen enteramente. Se desean mientras no se poseen; poseidas las miramos con indiferencia, ó suscitan otros mayores deseos. Me enseñan á mas de esto, que no todo lo que se desea se alcanza, aunque las esperanzas nos lo prometen; que aunque lo consigamos con gozo, lo podemos perder con mayor dolor, no dependiendo de nosotros, ni de nuestra voluntad el disfrutarlo, sino de los antojos de la fortuna y de otros accidentes. Que lo mismo que con mayor anhelo y ansia pretendemos, nos puede ser fatal y funesto, y de donde esperabamos se nos siguiera la mayor felicidad, se nos sigue la mayor infelicidad y desdicha.

Que al contrario, por refrenar mis deseos se me alcanzará un consuelo dulce, una satisfaccion imperturbable en medio de la falta, que padezco sin culpa mia; sacaré la paz pura y constante del ánimo; el sublime señorío de mis afectos; la fuerte y noble indiferencia que probaré, ora alcance lo que no tengo, ora lo pierda despues de poseido; que no seré vana, codiciosa, ni ambiciosa, sino que conseguire la soberania de la moderacion, que me hará superior á todos los falsos bienes de la tierra, y hará que no les eche menos, porque nada falta á quien nada desea.

Mas esto no se alcanza facilmente. El ejercicio de la virtud dura toda la vida. Ni son solos aquellos grandes deseos de honores y de riquezas que padecemos. Los siniestros afectos renacen de continuo en el ánimo, y engendran otros deseos inferiores, que no se vencen á brazo partido, sino con el tiempo y con la reflexion. Los mismos no se echan de ver á las veces, ni se repara en ellos, porque no hacen grande impresion en el ánimo; pero despreciados fomentan y engendran poco á poco las pasiones mayores. A vos os parecerá que os hallais exênta de todo dañoso deseo, no deseando ni honores ni riquezas; pero si poneis los ojos en vuestro interior, hallaréis que sentís deseo de parecer bien, de ser tenuta por rica, por hija de Belisario, y así de otros muchos efectos de la vanidad, de la codicia y ambicion, que retoñan de continuo

en el ánimo, y que lo sorprenden y sojuzgan, si no vela en su guarda la moderacion.

El sentirlos no es falta de virtud, bien si el engreirse y complacerse con ellos, y vencense facilmente con el menosprecio, luego que quedamos instruidos por el estudio de la ciencia moral de los engaños, que comunmente padecen los que fometan deseos de alabanza y de la estimacion agena; que todos naturalmente apetecemos, porque el amor propio no nos deja apreciar la entidad del ageno concepto, ni ver el interés ó miras que llevan los que nos alaban. Así los que con ellas nos engreimos, nos hacemos juguete por lo comun de cortesanos embustes, y del eco de espresiones engañosas. Mas el ánimo que va sobre sí, y que tiene sus afectos y deseos al freno de la moderacion, conociendo la liviandad de las honras y de los aplausos que se le hacen, aunque esteriormente parece que los recibe con reconocimiento, los rechaza de su corazon, sin dejarse avasallar de sus falsos alhagos, y dulzura.

De este modo pudiera internarme en otros muchos deseos, que brotan de continuo en el ánimo, y lo molestan, si no se oprimen con el ejercicio de la virtud, pero así como fuera cosa muy larga, así no me dejaría tratar del otro origen de nuestras pasiones, que dije ser el temor; sobre el cual haré algunas reflexiones semejantes á las que hice sobre los deseos.

Todo viviente desea y teme; afectos indes-

tructibles en el ánimo, infundidos por la naturaleza, como medios de la conservacion de su ser, ó como preservativos de su destruccion. Mas no todo temor lo infunde la naturaleza, hay muchos temores que nacen de la ilusa fantasía, de las preocupaciones y de nuestro viciado natural. De donde deduzco que hay temores verdaderos y falsos, unos y otros susceptibles del freno de la moderacion y de las luces de la sabiduría. Los brutos padecen muchos menos temores que los hombres. A estos se los acrecientan sus ridiculas ó vanas opiniones, que contribuyen para acrecentar tambien el número de sus males y desazones: y como son tantas las inquietudes que causan, conviene sobreponerse á ellas, en cuanto se pueda, con la ayuda de las reflexiones morales, para conservar la serenidad y contento del ánimo, y la dicha constante, que de ello se le sigue.

Todo lo contrario de lo que el hombre desea y teme. Teme la pobreza, el deshonor, el abatimiento, la pérdida de su fama, de su concepto, de la salud: teme finalmente la muerte, que es su mayor temor por lo comun, y la que barre y disipa, como al polvo, todas las mayores grandezas y felicidades de la tierra. Siendo, pues, la muerte la cosa mas temible al mortal, comencemos por ella, pues si el ánimo llega á tener como sufocado este temor, recabará tener avasallados.....

Apenas llegó Domitíla á esta parte de su dis-

curso, entró una esclava, diciendo á Eudoxía con alborozada agitacion: señora, señora, compareció el mercader de Smirna: viene con nuevas mercaderias, que os desea mostrar. Eudoxía que ya no pensaba mas en él, oyendo su inesperado arribo, lo recibe con complacencia, y lo hace entrar, curiosa de saber el motivo de su larga ausencia y de ver las nuevas mercaderias que traia.

Hasta entonces estuvo alerta Maximio, esperando que Antonina saliese otra vez sola de su casa, sin su hija, para entrar con menor afan: pues aunque no temia que Antonina le conociese con aquel disfraz, queria entrar con mayor seguridad y satisfaccion. No pudo sin embargo ver cumplidos sus deseos y esperanzas, que le hacian diferir el plazo, hasta que se lo proporciónó la picadura de la araña. El alboroto que movió entonces Antonina fue tan grande, que se divulgó inmediatamente por el barrio, que moria. El impaciente Maximio, certificado del caso, no tardó en aprovecharse de aquella circunstancia, para dar á Eudoxía la urgente noticia de la desgracia que amenazaba á su padre, para que pudiese hacerlo avisar de ella cuanto antes, y la evitase.

La vista de los médicos, que entraron sucesivamente en la casa, confirmó á Maximio en la verdad del accidente, y arrojó de su pecho todos los reparos y recelos que le quedaban, y le detenia, yendo sobre la marcha á disfrazarse.

Lo ejecutó con tanto mayor aliento y satisfaccion que la vez primera, por quanto no le quedaba ahora como entonces á su corazon fiel y honrado el escrupulo de faltar á la promesa de su amigo, y al juramento hecho de guardarle el secreto. El tiempo que pasó le sugirió medio, para que sin faltar al juramento hecho pudiese descubrir el secreto á Eudoxía.

Fue pues el fingirse astrólogo, y decir á Eudoxía su desgracia por via de pronostico. Alegre con este medio término, y con la escusa que imaginó, para pretestar su tardansa, en caso que le preguntasen el motivo, se encamina disfrazado, como antes, á casa de Belisario, persuadido que se hallase Antonina en el estado, en que la fama la representaba: y aunque hallase á Eudoxía afligida por tal causa, pensaba hacerla avisar de lo que igualmente debia importarla como la vida de su madre. Mas entretanto que fue à tomar el vestido y la mercaderia, los médicos curaron á Antonina, sosegaron la casa, y restituyeron á Eudoxía su serenidad.

Ignorante de esto Maximio, estrañó por lo mismo no ver en la casa, ni en los esclavos ningun indicio de la turbacion y tristeza que suponía. Maravillóse mucho mas de la jovialidad y complacencia, con que lo recibieron Eudoxía y Domitíla, cuando las creía oprimidas del dolor, por la desgracia de Antonina. Alegróse en parte su corazon por el padecido engaño, realzado de la dulce afabilidad, con que Eudoxía le dijo:

bien venido seais, mercader nos tuvo con cuidado vuestra tardanza, no sabiendo el motivo de ella: temiamos que os hubieseis embarcado para Smirna. ¿Cómo es que no venisteis á cobrar vuestro dinero? = Agravóseme el mal de este ojo, y en vez de embarcarme para Smirna, me embarqué en la cama. =

Siento que haya sido ese el motivo, y deseára que curaseis enteramente. = Hagalo el cielo, señora, y me conceda el mismo que llegue á ver con mis dos ojos sanos lo que mas amo y deseo. = ¿Qué nuevas mercaderias traeis? Veamoslas. = Estas son telas finísimas de Sidon, y estas otras de Canópo. = Cabalmente las que mi madre deseaba comprar. Venid conmigo, que tal vez las tomará, y os entregará con su precio el de las flores que os compramos. Dicho esto, sin detenerse se encamina á la estancia de su madre, arrastrando tras sí, en fuerza de su insinuacion, al aturdido y turbado Maximio, que la seguia temblando, temiendo ir á encontrar la presencia de Antonina, que con tanto cuidado habia procurado eludir. Pero puesto en el lance, atendió á salir felizmente de él, sosegando algun tanto á su ánimo las renacidas lisonjas de que Antonina no le conoceria.

Confortábalo no poco la amable presencia de Eudoxia, que le introducía, y la inocente confianza con que le presentó á su madre, la cual le hizo casi las mismas preguntas sobre su tardanza, y sobre las mercaderias que traía. Sa-

tisfizo á todo Maximio , le mostró las telas, que agradaron de contado á Antonina, y mucho mas el precio barato á que las daba , á fin de salir cuanto antes del embarazo y recelos, en que se hallaba. Rebosó por lo mismo su corazon de gozo , cuando vió que Antonina se levantaba para ir á contar el dinero y entregárselo. Por otra parte estaba solícito é impaciente por hacer á Eudoxía el pronostico de la desgracia de su padre: y como le daba ocasion para ello la detencion de Antonina en contar el dinero , se aprovecha de ella , diciendo á Eudoxía, que lo miraba: ¿ Cuan mal me viene la revolucion de los astros para volver á mi patria! ; Rara vez salen las cosas á medida de los deseos del hombre! Ahora que el mitigado mal me concedia satisfacer á mis ansias, los ástros me lo vedan. =

¿Qué tienen que ver ellos con vuestra resolution? = Mas de lo que os parece; á impulso de sus influjos acaecen todos los accidentes buenos y malos de este suelo. Los consulté sobre mi navegacion á la patria, y me hicieron ver por ciertas señales infalibles, que me será muy infausta, si el erizado Jove no deja de mirar con aspero seño al acobardado Saturno =; Cómo? ¿vos entendeis de astrología? = Esa ciencia aprendí desde niño. Yerro pocos de mis pronosticos. Si deseais saber los accidentes que os han de suceder en la vida, pudiera satisfacer vuestros deseos, sin que falle ninguno de cuantos os pronostique: permitidme

solamente que vea la palma de vuestra mano.

¿No teneis bastantes indicios sin ver la mano? = La palma de la mano los ha de verificar: permitidme, os ruego, que la vea; y si yerro en lo que os diré de importante, tenedme por loco. = Eso no lo permitiré yo, aunque me cueste el ignorarlo. = ¡Ah...! ¡Cuanto deseára no ver lo que observo con dolor!... Eudoxia, el pronostico os ha de ser funesto. = ¿Cómo funesto? ¿por qué? = Debo sin embargo preveniros, que avisandoos con tiempo podeis precaverle, y evitarle. A este fin solo os lo diré. ¡Ojalá sea yo creido! = Como quiera que sea, decidlo; me teneis impaciente por saberlo. = Lo diré, pues, con dos condiciones: la una, que lo debo decir en secreto á vuestro oido: la otra, que lo debeis solo comunicar á vuestra madre, y á ningun otro. = Las admito: decidlo.

Maximio, transportado de la sublime satisfaccion y consuelo de tener la licencia de su amante, no pudo dejar de esclamar, en ademán de inspirado adivino, diciendo; ¡Ah señora, digna de los respetos de los mortales, y míos, ¡Ah! Eudoxia: la inminente desgracia de vuestro padre Belisario y vuestra interrumpe mi mas dulce discurso. Fuerza es acabar de decirlo. El salió ya de Ravena, mas con agüeros bien infaustos. El emperador lo hará prender luego que llegue á Constantinopla, si desde luego no habeis que le llegue esta noticia enviándole un barco con este secreto mensaje. Creedme, Eudo-

xía ; su desgracia es inevitable , si no haceis lo que os digo con el mas vivo sentimiento.

¿ Cómo es posible ? ; cielos ! de donde sacais este pronostico , exclamó Eudoxía , luego que Maximio acabó de decirselo en voz baja al oido , y al tiempo que volvia Antonina con el dinero , la cual oyendo la exclamacion de Eudoxía , deseó saber de ella lo que era . Díjola entonces Maximio , que se lo comunicaria todo Eudoxía , pues tenia ya su palabra , que ninguno fuera de ella lo sabia . Decialo esto Maximio por mira de Domitíla , y de una de las esclavas que estaban presentes ; lo que entendido de Antonina , sin persistir en su curiosidad , le entregó el dinero , diciendole que lo contase . Reusó el hacerlo Maximio , pero obligado de las instancias de Antonina obedeció ; no cabiendo en su corazon el gozo , por haber salido tan felizmente con todos sus deseos , y por la dicha de haber comunicado su secreto á su amada .

Mas si pudo pronosticarla la desgracia de Belisario , negaronle los astros que previese la desdicha que á el mismo le amenazaba de ser descubierto á los ojos de Eudoxía , y de Antonina , por medio de un accidente extravagante , que habia de agravar su dolor y su impostura , y fue , que esparcidas por la ciudad las voces de la inminente muerte de Antonina , como llégasen estas , aunque tarde , á los oidos de su hermano Severo , movido él de aquella repentina novedad , acudió á saber el estado de su herma-

na Antonina. Pero antes de entrar, informado por los esclavos de su restablecida salud, se sosegó, y pudo presentarse á Antonina, con toda la jovialidad y franqueza que le era natural, dandole los parabienes por haber vuelto tan presto á la vida.

Entraba diciendo esto, al tiempo que el supuesto mercader, recobrado el dinero, se despedía. Desgraciadamente para Maximio aconteció, que aquel mismo mercader, que le prestó el vestido y las telas, habia engañado el dia antes á Severo, cambiandole una pieza de tela fina, que le habia vendido, por otra muy inferior, que substituyó en su lugar, mientras Severo contaba el dinero para pagarle. Partido el mercader, conoció el engaño, que le enojó sobremanera incitando su pecho á vengarse de él á cualquier coste, si lo encontraba.

La inesperada vista del disfrazado Maximio, en la estancia de su hermana, el vestido talar, el parche, la misma gorra, las telas vendidas, todo le hacen ver y creer, que sea el mismo mercader que le engañó, y arrebatado de su resentimiento, usando de la libertad y confianza que le daba su hermana Antonina, acomete al desventurado Maximio, y de un fiero tornison hacele saltar la gorra con el fingido parche, llamandole bribon y vellaco, y descubriendo así enteramente el rostro de Maximio, con su embuste, sin cesar de darle puntapiés y maltratarle.

¡O Timante! ¡si yo supiera, como tú, retratar al vivo los sentimientos del ánimo, cuan atras quedára Agamemnon bajo el velo con que espresaste su paterno dolor, por su degollada Efigenia, en cotejo del atónito Maximio, descubierto tan sin pensar á los terribles ojos de Antonina y de su amada Eudoxía! ¿Cómo explicar el tumulto de encontrados afectos que acometieron de un golpe su corazon aturdido, y que quitandole de los ojos la luz del dia, no le dejaban ver el lugar en que se hallaba, ni lo que le sucedia, sin saber tampoco defenderse de los insultos, con que Severo agravaba su humillacion.

Desistió este de atropellarlo luego que Antonina, certificada con gran sorpresa suya, de ser Maximio aquel á quien creyeron mercader, le comenzó á decir muy alterada: ¿con tan descarada ficcion osasteis venir á insultarme en mi propia casa, hijo indigno de Septimio, y envilecer con ese disfraz vuestra condicion y nacimiento, á fin de ultrajarme? Severo, contenido de las palabras de Antonina, reconoce no sin admiracion á Maximio, á quien acababa de maltratar, creyendole el mercader; y sentido de lo hecho, se comedió luego con él, diciendole: perdonad, Maximio, si me propasé con vos sin conoceros, tomandoos, engañado de ese trage, por un mercader que lo lleva semejante, y que ayer mismo me dejó una pieza de tela ruin, en vez de otra fina que le compré.

Eudoxia, atónita, confusa, compadecida, é interesada por la turbacion y aturdimiento, en que veia al descubierto y ultrajado Maximio, quedó muda, pálida, y revestida de los sentimientos de su infeliz amante, que con el pretesto de aquel disfraz y de la astrología habia tenido en sus manos la suya, y pronosticadole tal desventura. Mil agitados efectos y dudas, nacidas de estas circunstancias, agravaban las solitudes y angustias de su corazon, pareciendole un pesado sueño lo que la pasaba y veia. Maximio, como si saliera de un abismo de tinieblas, llamado de las escusas y del comediimiento de Severo, no podia proferir palabra, mucho menos, continuando á decirle Antonina, exâsperada de su ficcion: ¿ es este, Maximio, el respeto que teneis á mi casa, á mí misma y á mi hija, que venisteis por la segunda vez á solicitar con ese mentido trage, que realza vuestro descaro y atrevimiento?

Maximio, á pesar de su consternacion y verguenza, como se hallaba confortado de la pureza de sus intenciones, tan diversas de lo que Antonina se imaginaba, la respondió: llamo por testigo al todo poderoso del fin compasivo por el cual tomé este disfraz. Seducido solamente de vuestro bien y del de Eudoxia, entré en vuestra casa. Ojala deje el tiempo de aclarar y hacer patente, lo que no puedo descubrir, desmintiendo los pronosticos de mi astrología, aunque sea á costa de mi mayor confusion, é ignominia. Mas

Antonina , vivamente resentida contra él , le dijo : no penseis , Maximio , con palabras solapadas y misteriosas , ni con supuestos bienes , preocupar mi corazon , justamente indignado contra vuestro descarado proceder. Os amenacé que haria mis debidos recursos , si volviais á poner los pies en mi casa , no hay ya para que repita vanamente lo que debo poner en ejecucion. Partid.

Severo , que nada sabia de lo que Antonina insinuaba , y que arrepentido de los ultrajes hechos á Maximio , se sentia movido á compasion por él , quiso sosegar á su hermana é interceder por el ofendido , diciendo : que todo se podia componer buenamente sin romper lanzas , y que así desearia saber lo que antes habia pasado entre ellos. Pero Antonina implacable en su enojo , le respondió , persistiendo en su resolucion , que nada habia que saber , ni que componer , sino que fuera muy en hora mala aquel atrevido y descocado embustero.

Maximio , penetrado de estos nuevos improprios de Antonina , haciendo un compasivo ademán con la mano , exclamó : ¡ ah ! quiera el cielo , Antonina , que esa mala hora , en que me enviais , no caiga sobre vos y sobre vuestra familia ! Me iré , sí , pero con el dolor de no poder decir de veras lo que pareciendo embuste , me grangea vuestros injustos ultrages y maldiciones. A Dios. Dicho esto , dando una dolorosa y ardiente mirada á Eudoxía , partió Maximio , dejando á su amante consternada con lo que

acababa de proferir, pues parecia aludir con afirmacion al pronóstico que la hizo.

Creció la tristeza y desconsuelo de Eudoxia, viendo resuelta á su madre en hacer instancias á la justicia, para que castigase el atrevimiento de Maximio, sin que pudiesen apartarla de su determinacion los consejos de su hermano Severo, para que desistiese de aquel ridículo empeño, despues que supo que se reducía todo á haberse disfrazado Maximio dos veces, para ver á Eudoxia; y aunque dejó á su hermana, persuadido de su silencio, que no delataria el caso á la justicia, no fue así, pues inmediatamente envió uno de sus mayordomos, para pedir satisfaccion y castigo.

No contenta con esto, recelando que Eudoxia estuviese de inteligencia con él, por quanto la vez primera que estuvo Maximio disfrazado en su casa, se hallaba ella ausente, quiso exâminarla, para certificarse de la verdad, como tambien para saber el pronóstico que la dijo al oído, y que solo debia comunicar á su madre. Fue facil á Eudoxia justificar su inocencia con las ingenuas protestas que la hizo; y aunque la turbó no poco con el pronóstico de la prision y muerte que amenazaba á su marido Belisario, luego que llegase á Constantinopla, le costó poco tambien sacudir los asomos de sus temores, reputandolo todo ficcion y embuste de Maximio; y no desistió por eso de agravar su delacion á la justicia.

No tardó á tener su recurso el fin que Antonina deseaba. El desgraciado Maximio fue preso y llevado á la cárcel, sin que nada supiesen sus padres, y sin que pudiesen sacarlo de ella despues que lo supieron, á pesar de sus manejos y diligencias, llorándo dia y noche el infeliz Maximio su desventura, y mucho mas que su propia ignominia y desgracia, lo que sabia que amenazaba á su amada Eudoxía, cuyo nombre repetia con ternura, al paso que detestaba el de su orgullosa madre. No estaba menos afligida, ni triste Eudoxía, por la prision de su deplorable amante, sufocando en su interior el dolor, que probaba por la severa resolucion de su madre y por las penas de Maximio, que el amor le acrecentaba en su fantasía entre los horrores del calabozo.

Ni tenia otro consuelo, que el de aliviar su sensible corazon con Domitila, la cual se esmeraba en fortalecer su virtud con sabios consejos y reflexiones, especialmente contra los temores y recelos de la desgracia de su padre, que le habia pronosticado Maximio, y que poco despues de su prision le avivaron las cartas de su padre Belisario, confirmando el mismo su salida de Ravena, y dando mayor peso al pronóstico, que al principio parecia despreciable. No sirvieron de grande alivio á su ánimo afligido las cartas de su prometido esposo Basíledes, que Belisario incluyó en las suyas, y en que le participaba su tratado casamiento. Le decia la suma

satisfaccion que probaba por suerte tan feliz, atendidas las gloriosas circunstancias, y muchas las adorables prendas que la adornaban, y que ansiaba llegar cuanto antes á Constantino-
pla, para darle con la entrega de su mano, y de su fiel y apasionado corazon, la mayor y mas segura prenda de su amor eterno.

Nada de todo esto podia acallar los temores de Eudoxia sobre la desgracia de su padre, ni borrar de su memoria las funestas especies de la prision de Maximio, que interesaba mas á su corazon triste y compasivo, que las glorias de su casamiento con Basíides. Solo le sirvieron de algun confortativo las nuevas demostraciones de júbilo que hizo el pueblo, luego que se divulgó en la ciudad la vuelta de Belisario. Creian todos que venia á triunfar del Rey Vitiges, como habia triunfado del vencido Gelimer, y en esta persuasion hacian costosos preparativos para que fuese mas solemne y pomposo. Esmerabase tambien Antonina en hacerlos en su casa, en atencion de las bodas de Eudoxia y de Basíides, segun Belisario la prevenia. ¡Cómo pudiera ella imaginarse, que se hubiese de verificar tan presto el pronóstico del preso Maximio!

Guardaba sobre ello la corte un riguroso silencio, y si la casualidad de escuchar el amigo de Maximio el discurso de sus padres sobre la prision de Belisario, no descubriera las intenciones del emperador, ninguna sospecha de ella hubiera podido caber en la imaginacion de ninguno.

Eran bien visibles y notorios al emperador los estremos del júbilo del pueblo , y las disposiciones que tomaba para honrar á Belisario, pero no se daba por entendido dejándole obrar , para disimular mas las tomadas resoluciones. Para poderlas ejecutar con mayor seguridad , se envió órden á Narses, general del ejército, que guardaba las fronteras de la *Vulgaria* , para que se fuese acercando á *Constantinopla* con el cuerpo de gente mas escogida, á fin de contener al pueblo , si por ventura se alborotaba en la prision de Belisario, como era muy temible , atendido el entusiasmo de afecto, que se habia grangeado su valor é ilustre fama.

No tardó á manifestarlo el mismo pueblo, luego que la armada estuvo á vista del puerto , y que se esparció por la ciudad la noticia, desamparando todos sus casas , sus oficinas y los trabajos en que se empleaban , para acudir á la playa , en que hacian resonar el ilustre nombre de Belisario con sus repetidas voces y aclamaciones. Las madres llevaban en sus brazos á sus tiernos hijos , para que pudiesen tambien ellos tener el gozo de contar á los venideros , que habian visto y conocido aquel hombre singular.

Luego que tuvo aviso Antonina de la entrada de la armada en el puerto , agitada del ardiente gozo y de las ansias , que fomentaba de ver cuanto antes á su triunfante marido , y de darle los parabienes de su llegada , se encaminó inmediatamente con su hija *Eudoxia* , ácia el puerto,

seguida del mayor número de sus lucidos esclavos y esclavas. Mas fue con esto la primera en recibir los primeros indicios de la mudanza de su fortuna, vedandole los guardias pasar adelante, como pretendia, para ir á la nave á saludar á su marido.

Este agravio y sonrojo, reputados tales de su resentimiento, aunque excusados por las centinelas, que le dijeron no tener orden para ello, obligaron sin embargo á la ofendida Antonina á volver á su casa sumamente confusa y enojada. Volvia tambien con ella Eudoxia, ¡ mas con cuan diversos sentimientos! Veia verificados en las quejas y dolor de su madre los efectos de los deseos desordenados, cuando no quedaban satisfechos, sobre los cuales le habia dado Domítilla tales consejos. Deshaciase en llanto Antonina, hacia resonar las estancias con sus lamentos, que hallaban pábulo en las ideas de su ofendida ambicion, por su ultrajado decoro, representandose la entrada triunfante de su marido, las aclamaciones con que el pueblo lo recibiria, la solemne embajada que le enviaria el emperador á la nave, para darle los parabienes de su llegada: honores, de que ella hubiera participado, si los desatentos guardas no la hubiesen impedido el embarco.

Era de hecho costumbre de los emperadores enviar esta especie de honorífico mensaje á los generales, cuando llegaban victoriosos al puerto, y el mismo emperador Justiniano lo habia

enviado otras veces á Belisario. Mas ahora , que estaba ya decretada su prision y muerte , dejó de usar con él todas las demostraciones , que pudieran manifestar aprecio de su conducta , permitiendo al pueblo las que le hacia , por no poder impedir las , contentandose de duplicar los guardas en las cercanías del puerto , con pretexto de que no naciese alguna desgracia con la confusion del concurso del pueblo.

Belisario , que segun costumbre , esperaba el mensaje y aviso del emperador para desembarcar , no se movia de la nave , con la mira de no defraudar al carácter de general victorioso , antes que á su persona , aquel honor acostumbrado , que pudiera redundar en perdida del derecho que hasta entonces habian conservado los generales vencedores. Pero luego que se le hizo saber que no se le enviaba el mensaje , por hallarse indispuerto el emperador , desembarcó inmediatamente sin aquella honra , que ni su adquirida gloria , ni su ánimo excelso echaban menos , á pesar de la estrañeza que le causaba aquella excusa por parte del emperador , la que unida á su repentino llamamiento cuando estaba para acabar la conquista de toda la Italia , no dejó de acrecentar sus sospechas sobre su desgracia.

Suplió á todos los honores que se le negaron , el ardiente afecto y entusiasmo del pueblo , que ansioso , é impaciente por ver y honrar á Belisario , atropelló con los duplicados guardas que se

lo vedaban , amontonandose cōn porfia en la orilla del puertø donde habia de desembarcar , y sin dejarle poner el pie en tierra , entre sus repetidos gritos de gozo , le puso por fuerza en sus hombros , y le introdujo así en la ciudad , llevándolo en triunfo por las calles , y haciendole pasar por delante del palacio del emperador, sin cesar de aclamarlo , dandole los mas estraordinarios elogios , hasta que le introdujo de aquel modo en su casa , y en la presencia de Antonina y de Eudoxia , que salieron desaladas á recibir con lágrimas de indecible gozo y consuelo sus tiernos abrazos.

A la suma y tierna satisfaccion de sus mutuos parabienes sucedió la declaracion del resentimiento que todavía conservaba Antonina, por haberle impedido los centinelas llegar á la nave, como lo deseaba , privandola con este sonrojo de la complacencia que hubiera tenido de verle cuanto antes. Procuró Belisario sosegarla , disimulando sus acrecentadas sospechas , para no alterar el contento en su llegada. Antes bien se esforzaba en animarla con festivas espresiones , manifestando con ellas su consuelo y complacencia , especialmente á su amada hija Eudoxia , en cuya dulce modestia y seriedad suave sumamente se complacia , como tambien de la vista y presencia de la virtuosa Domitila , á quien profesaba sumo aprecio.

Aunque Belisario, atendidas todas las circunstancias de su venida y recibimiento , no dudaba

ya de su desgracia , no creia sin embargo , que llegase al exceso de privarlo de su libertad , y mucho menos de la vida. Sus señalados servicios y su inocencia no le dejaban entrar en tales sospechas, persuadiéndose solamente, que se le quitase el mando , y se le negasen los honores del triunfo. Crecieron estos sus recelos, al otro dia de su llegada , con la venida de Sulpiciano enviado del emperador. Era este uno de sus mayores émulos en la corte. Acompañabanlo otros dos caballeros principales , para dar color de honorífico á aquel fingido mensage. Recibióles Belisario con atentas y oficiosas demostraciones, y ya juntos , sin otros testigos , Sulpiciano, que llevaba la voz , le habló de esta manera.

„La indisposicion , de que desgraciadamente adolecia el emperador á vuestra llegada al puerto, así como le impidió enviaros el mensage acostumbrado , así tambien privó al mismo de la complacencia que hubiera tenido de ir en persona á recibirlos. Quiso , no obstante , poner el colmo á su dignacion , enviandome á mí y á estos caballeros , para que le informasemos del estado de vuestra salud ; pues á la verdad le apareció estraño , que habiendo vos entrado en la ciudad, os hayais encaminado antes á vuestra casa y familia , que á su palacio, donde os esperaba. Esta estrañeza por su parte procede solo de las ansias que tenia de veros. Por lo tanto , os ruego querais insinuarle alguna disculpa y satisfaccion que pueda sosegarlo.”

Belisario oyó con sorpresa este inconsecuente discurso de Sulpiciano, y revistiendose de toda la grandeza de su ánimo, como tambien de su sabia cautela, le respondió: la suma dignacion del emperador, que me insinuais, Sulpiciano, y que con complacencia experimento, es sobrada recompensa y premio de mis servicios, para que deje de apreciarla con todo el respeto y reconocimiento que debo. Ella me hace mucho mas sensible su indisposicion, á pesar de esta nueva honra, que de su parte recibo con vuestro encargo, que pone el colmo á su augusta beneficencia. Por lo que toca á la dilacion de presentarme al mismo, no puedo excusarla, sino con la violencia del pueblo, que sin dejarme sentar el pie en tierra me trasladó, á pesar mio, en sus hombros desde el borde de la lancha al seno de mi familia, donde apenas satisfechos los paternales officios, me disponia para ir á cumplir con mi obligacion principal, dando parte á su augusta persona de mi espedicion y llegada. Debo prometerme, que esta satisfaccion llenará sus deseos, mucho mas siendo vos Sulpiciano, á quien tengo el honor de encargarla.

Por lo que á mi toca, dijo entonces Sulpiciano, podeis estar seguro, Belisario, que miraré por vos, como lo hice siempre, con apasionado afecto. Si no teneis otro encargo que darme, iré á cumplir con este, con que acabais de honrarme. Mas debo preveniros, que el emperador os dispensa de la ida á palacio, que insinuais.

Cuando me honró con esta gustosa comision comenzaba á agravarsele el mal , y hasta mañana no me será posible participarle vuestro encargo. Le haré saber entonces vuestras intenciones y justos deseos , y en caso que quiera dignarse daros audiencia , como lo espero , no tardaré en comunicaros su determinacion.

Dicho esto se despide Sulpiciano , dando mayores motivos de sospecha á Belisario con aquel discurso doloso y lleno de contradiccion , en el cual se le vedaba el cumplir con un oficio , que al mismo tiempo se le echaba menos , y se le pedia satisfaccion por haberlo dejado de hacer , aunque no se ignoraba el patente motivo que se lo impidió. Tan estraña es la política en sus refinadas cavilaciones , siempre que máquina la maldad para oprimir la inocencia coronada del mérito. Pueda una vez arrojar léjos de sí , y de su excelso asiento á la vil envidia , que le inspira tan bajos recelos y temores , dando , en vez de ella , cabida á la noble integridad de los sentimientos , que suele infundir la prudencia iluminada de la sabiduría.

EUDOXIA.

LIBRO TERCERO.

Partido apenas Sulpiciano , Antonina que estaba muy solícita y curiosa de saber el motivo de su venida , fue inmediatamente á verse con Belisario para preguntarselo. Procuró Belisario referirselo de modo que nada pudiese sospechar de infausto Antonina. Mas como ella dedujese así de su relacion , como de las cosas pasadas la inevitable desgracia , comenzó á lamentarse de su suerte , acordándosele vivamente el pronóstico de Maximio , que antes habia menospreciado , especialmente las últimas palabras que profirió el mismo , que ojalá no recayese jamas sobre ella aquella mala hora , y que se iba con el dolor de no poder decir de veras , lo que pareciendo embuste , le grangeaba su vituperio.

Belisario , que nada sabia de Maximio , ni de su pronóstico , oyendo que Antonina lo repetia en sus quejas y lamentos , deseó que le informase. Refierele entonces ella los amores de Maximio y de Eudoxia , y la prohibicion que le hizo á Maximio de poner los pies en su casa , como de solicitar el afecto de su hija. Mas que él apa-

sionado por ver y hablar á Eudoxía, se disfrazó en mercader para obtener sus intentos , y que con este motivo hizo el pronóstico á Eudoxía de la desgracia , que amenazaba á su padre luego que llegase á Constantinopla. A esto añadió el modo , como le descubrió Severo , que llegó accidentalmente , creyendo que fuese de hecho el mercader , cuyo traje habia tomado Maximio.

Belisario, oyendo esto , despues de manifestar su sentimiento , con un ademan de afliccion , la dijo: la habeis errado , Antonina , os tocará llorar ese lance toda la vida , haciendole poner en la cárcel por tal causa. Si Maximio es hijo de pobres padres , nos sobran las riquezas para hacerle tambien rico. Su nobleza no es inferior á la nuestra, y por lo que se me acuerda del mismo las veces que lo ví en sus tiernos años, debe ser de corazon excelente y honrado. Si Eudoxía estaba prendada de él, ¿por qué no prevenirmelo, cuando os avisé de mi determinacion de casar á Eudoxía con Basíledes? = Supe solo sus amores, despues que me participasteis el casamiento ya establecido. =

¿ Está todavía Maximio en la cárcel? = No sé que le hayan dado la libertad. = ; Quanto deseára poder recompensar su fiel y constante amor á Eudoxía, y el interés generoso que llevaba en su disfraz! ; Qué otra cosa pretendia con su pronóstico , sino el deseo de que yo evitase la desgracia que me amenazaba , y que él debió saber sin duda por algun accidente? Si hay lugar, y las

circunstancias me lo permiten, él será el esposo de Eudoxia. = Y Basíledes? = ¿Habeis visto comparecer en vuestra casa al llegado Basíledes? ¿Ha enviado por ventura á disculparse, ó decir el motivo de no venir á ver á su esposa prometida? Esto os sea prueba de que Basíledes no piensa mas en ella, ni en nosotros. =

= ¿Mas no está establecido el casamiento? = ¿Qué importa eso, cuando se mudaron las circunstancias? Basíledes está ya enterado sin duda de cuanto me amenaza, ó se le vedó el desembarcar. ¿Cuanto mas digno de Eudoxia era Maximio, á quien tratasteis con tanto rigor! La gloria y la fortuna nos deslumbran, Antonina. La desgracia nos hace solo abrir los ojos, y conocer la verdad. = ¿Este es el gozo y complacencia, que me prometia en vuestra llegada y en vuestro triunfo! = No espereis ya mas triunfos Antonina. Conviene que comencemos á armar nos de constancia contra la mudanza de la fortuna. Por lo que ví y toqué, temo no tardará la suerte en ponerme á prueba de sus reveses, y que se cumpla en mí á la letra el pronóstico de Maximio. = ¿Ah! ¿hubiese yo á lo menos seguido su consejo, de enviaros un barco para avisaros de lo que se tramaba en la corte! =

Ese aviso hubiera servido solamente para hacerme apreciar antes la fidelidad y amor de Maximio, que para evitar la desgracia, aunque estuviera cierto de venir á encontrarla. Cuando la fortuna nos levanta al grado en que me veo, no

deja otro partido en sus disfavores y contrariedades, que el soportarlas con fortaleza. Con esta haredis menor vuestra afliccion, cualquiera que sea la suerte que amenaza. =; Despedazais mi corazon !=Vale mas, Antonina, que os acostumbréis á oirlo de mi boca, que no os llegue el golpe impensadamente, y que se os haga mas sensible. Voy entretanto á verme con Eudoxia; quiero exâminar sus sentimientos sobre Maximio.

Dicho esto, deja Belisario á su muger Antonina sumergida en llanto. Su ambicion, vivamente acometida de la desgracia, que parecia inevitable, se abandonó facilmente á las fieras penas y congojas, que acabaron poco despues con ella. Tenia sobre todo en su alma Belisario á su amada hija Eudoxia, y queria prevenirla con tiempo sobre la mudanza de su fortuna, para consolarla y fortalecer su corazon con sabios consejos. Ignoraba él lo mucho, que habia contribuido Domitila para consolidar en su ánimo la virtud; despues de haber renovado el gozo de su mutua y tierna confianza, la dijo: siento, amada Eudoxia, haber ignorado tu afecto á Maximio antes de establecer tu casamiento con Basílides, y siento mucho mas que su constante y apasionado amor haya sido motivo de su prision. Pero si por su causa sentiste en tu pecho repugnancia al casamiento con Basílides, consuelate hija mia, pues recelo, que no le verás efectuado.

Eudoxia, que estaba bien agena de oir tal discurso de boca de su padre, aunque sorpren-

dida y penetrada del reconocimiento al amor paternal, le respondió: mi mayor consuelo, padre mio, es el obedecer á vuestras determinaciones, y dejar satisfechos vuestros deseos. Amé, es verdad, apasionadamente á Maximio, y sentí por su causa aversion al casamiento con Basíldes; pero Domitíla no solamente disminuyó esta repugnancia mia con sus sabios consejos, sino que tambien moderó mi amor á Maximio. Así me teneis dispuesta á tomar por marido aquel, que sea propuesto por vuestra voluntad. Cualquiera de vuestras determinaciones me será siempre respetable. =

Alabo, Eudoxía, vuestra virtuosa resignacion, y me dais motivo para apreciar mucho mas los sabios consejos de Domitíla, que os la inspiraron. Con mayor satisfaccion podré, pues, participaros, que temo se desvanezca vuestro establecido casamiento con Basíldes, especialmente si se llegan á verificar los fundados recelos, que padezco sobre mi desgracia. Mas si esta sucede, temo tambien que no se pueda efectuar tampoco vuestro casamiento con Maximio. Sintiera sobre todo no poder recompensar de algun modo las generosas intenciones que este alimentaba, y los mismos medios de que se valió para que fuese informado de las amenazas de mi contraria suerte, á fin que la evitase, tomando el pronóstico, que recelo se cumpla. =

¡ Ah! padre mio, ¿ qué decís? él me pronósticó vuestra prision y muerte. = ¿ Y bien? ¿ no pu-

diera suceder uno y otro? ¿Qué cosa podemos estrañar en este suelo? en ese caso deseára saber, hija mia, cómo llevariais la desgracia de vuestro padre. = ¡O amado padre! ¡La sola insinuacion oprime mi pecho y despedaza mis entrañas! = Esto no es mas Eudoxia, que una suposicion de mi amor, para hacer prueba de vuestros sentimientos, aunque todo nos esté diciendo, que no hay desgracia que no pueda suceder al hombre. Supongamosla, pues, á pesar del dolor, para fortalecer así de antemano el corazon, en casa que la veamos cumplida. ¿Cómo os comportariais, si vierais llevar á la cárcel á vuestro padre, y sacarlo de ella para darle la muerte en un cadahalso, hecho triste ejemplo y fatal espectáculo de la mudanza de la fortuna, y de la instabilidad de las grandezas humanas? =

¡No mas, padre mio, no mas! ¡O cielo! no existo.... ¡Ah padre! ¡me dais la muerte!... = ¡O amada Eudoxia!.. perdona, hija mia, perdona; creia que el renovar por mí mismo la idea de mi muerte, pudiera seros menos sensible, y que lo fuera tambien á mí mismo. Pero es sobrado funesta para un padre y para una hija, de suerte que deje... de unir sus lágrimas á esas vuestras... ¡Ah! fortuna, no podrás ya grabar en mi pecho herida mas profunda, que esta que me acabo de hacer á mí mismo. Eudoxia, hija mia... = ¡O padre mio, yo muero! ¡Me falta aliento!... = Fuí sobrado cruel, hija mia, lo veo. Se desmintió mi corazon, que aprendió á no te-

mer la muerte en el campo de batalla. Mas el amor paterno es mas fuerte que tu virtud, y que Belisario.

Lo que no recabára de mi pecho la fortuna, ni la muerte en otros lances lo obtienen en este con vuestro llanto y desconsuelo. Mas ni el cadahalso, ni la ignominia misma podrán ya amedrentar, Eudoxia, á tu padre Belisario, despues que su dolor mas intenso no lo sufocó en tus brazos. Tal vez la representacion en idea de lo que reputaba mas terrible para mí, lo hará menos sensible de hecho, si acaso sucediere. Dimos ya, hija mia, todo el justo tributo de llanto y de dolor á la naturaleza; en ninguna otra deuda le quedamos. Hicimos la esperiencia mas cruel de nuestros corazones; demos tregua á nuestro acerbo sentimiento. Se sienten mucho mas los males, si nos asaltan de repente, cogien-donos desprevenidos. Es bien que recobren nuestros pechos su alterado sosiego. El temor de la desgracia no debe turbar, ni borrar la memoria de nuestras obligaciones.

Entre las mias cuento, Eudoxia, el aliviar las penas de Maximio. El está encerrado en la cárcel, no por otro motivo que por haber querido desviar mi desgracia. El justo reconocimiento á sus generosas intenciones me sugiere que me emplee en conseguirle la libertad, mientras la tengo yo de hacerlo. Creo que será grato este mi oficio á vuestro amor para con él. Esto mismo aliviará en parte las funestas ideas, que os

suscité.= ; Todo se acabó ya , padre mio , para mí ! ; Cómo es posible que ningun objeto en la tierra alivie mi corazon , penetrado de la imágen de vuestra muerte ? =Hija mia , la suposicion que os hice de ella , no es prueba cierta de que deba suceder . Pero si acontece , tu virtud queda ya prevenida ; tu padre puso á prueba los consejos que te dio Domitila.=

Cómo puede hacer la virtud , que permanezca insensible el corazon de una hija , que ve á su amado padre espuesto... ; O Dios mio !...= La muerte , Eudoxia , es el termino de todos los males y accidentes de esta vida . Sea de enfermedad , ó de herida en la batalla , ó al golpe del verdugo , muere con la misma constancia el hombre fuerte . Se somete del mismo modo en cualquiera de estos lances á la superior fuerza de la necesidad , que todo lo avasalla en la tierra . La ignominia acompaña solamente al delito . La gloria de tu padre no se ofuscará en el cadavalso ; no lo permitirá mi inocencia . Las suertes desgraciadas de los reyes que vencí , en vez de engreir mi corazon con las victorias conseguidas , me enseñaron al contrario , que no hay gloria , ni grandeza en este suelo , que no esté sujeta á mudanza . Si Cosroes , si Gelimer , si Vitiges , vieron trocadas sus fortunas , no deberá estrañar Belisario ver mudada la suya : no lo deberá su hija Eudoxia.=

No lo estraño , padre mio , no lo estraño . No es tampoco la pérdida de vuestra grandeza

y honores la que oprime mi corazon. Viles son para mí todos los bienes y riquezas de la tierra, en cotejo de vuestra vida.—Esa misma vida, Eudoxia, es un bien incierto y sujeto, como los otros, á la variacion de la fortuna. Nacemos para morir. El rico y comodo lecho no hace siempre la muerte mas dichosa, ni es tampoco la peor la que padece el hombre honrado á vista del pueblo que lo llora, y lo justifica. Insta el tiempo hija mia, y quiero ir á verme con el juez, para escusar, si puedo, la conducta de Maximio, á fin de conseguirle la libertad. — ¡O padre mio..! ¡Ah! vais á la muerte... ¡O infeliz de mi..! — No es así, hija mia. Sosiegate. Si fuera á morir, no pudiera dispensarse mi amor de darte el último abrazo. Voy á obtener la libertad para Maximio, si esto se me concede.

Mal asegurada la inconsolable Eudoxia de las protestas de su padre, no se hubiera podido desprender de él, si acudiendo Domitila no hubiera persuadido y confortado su corazon con sus amigables razones y consejos. Pudo así Belisario, sin comunicar á ningun otro de su familia sus intenciones, encaminarse á boca noche ácia la casa del juez, á quien conocia, y que hizo encarcelar á Maximio, para disculpar su proceder, á fin de obtenerle la libertad. Se habian combinado entretanto en una junta de corte todos los expedientes y medios, que se debian tomar para prender aquella misma noche á Belisario, juntamente con su muger Antonina, y su hija

Eudoxía, sin que el pueblo lo sospechase: pues así no le quedaria al siguiente dia ningun objeto que pudiese excitarlo á revolucion.

Ninguna pequeña circunstancia se perdió de vista en el plan de la ruina de Belisario. Entraba tambien en él, el humillar la ambicion y altanería de Antonina, muy mal vista de la emperatriz Teodora, muger de Justiniano, y odiada y envidiada de las mugeres de los cortesanos enemigos de Belisario. Antonina y su inocente hija Eudoxía, debian ser llevadas fuera de la ciudad á una pequeña casa alqueria, que era porcion de los bienes que tuvo en dote Antonina, la que concediendosela por gracia del emperador, hacia campear la misericordia cruel, que se usaba con ella, dejándola disfrutar aquel techo y término, para que pudiese subsistir con los escasos productos que cultivaban algunos esclavos, á quienes habian tambien prendido, y sentir así mucho mas el peso de su desolacion, miseria y abatimiento.

Se envió al mismo tiempo orden secreta á la armada, para que se hiciese á la vela aquella misma noche, despues que se hubiese hecho desembarcar el prisionero rey Vitiges y su familia. A Basíldes, prometido esposo de Eudoxía, se le dió el mando de aquella espedicion, estorbando así su casamiento con la hija de Belisario. Solo se esperaba con impaciencia la llegada de Narces, con parte de la tropa que guardaba las fronteras de la *Vulgaria*, para contener al pue-

blo, é impedir algun alboroto en la determinada prision. Mas perdidas enteramente las esperanzas de que Narces llegase, no quisieron dejar pasar aquella noche sin haberse asegurado de Belisario, valiéndose para ello de la tropa que habia en la ciudad, y de la que hicieron desembarcar de las naves á este mismo fin.

Aunque Belisario preveia su prision, quiso cumplir con el generoso oficio en favor de Maximio, intercediendo con el juez para que lo sacase de la cárcel. Mas no pudiendo conseguir por entonces su libertad, volvió mas satisfecho á su casa con la promesa del juez, de restituir cuanto antes el preso á sus afligidos padres. Llegado á ella, encontró á dos deudos de Antonina, que la estaban consolando, atendidos los temores y congojas, que ella misma manifestaba sobre la desgracia de su marido. Desmintió Belisario con su jovial serenidad los recelos de su muger y los que el mismo fomentaba de que no pasaria aquella noche sin verse preso, deduciendo del mensaje de Sulpiciano; y de no haber comparecido en su casa ninguno de los oficiales de la armada, especialmente Basílides, para ver y saludar á lo menos á su prometida esposa.

Movido de esto, quiso cumplir cuanto antes con los oficios de marido, de padre y de amigo, otorgando en favor de los suyos el testamento. Para ello halló pretextos, á fin de ausentarse por poco tiempo de la compañía que habia venido á saludarlo, y que empeñada en consolar

á Antonina , le dió tiempo para declarar su postrera voluntad en escrito, dando por razon de hacerlo entonces , el preveer de antemano su prision y su muerte, aunque no veia en sí ningun motivo que lo acusase reo en su conciencia. Que por lo tanto de todos sus haberes dejaba herederas su muger Antonina y su hija Eudoxia , determinando dos cantidades espresadas que mandaba á Domitila, y á Maximio , para manifestarles la gratitud que les debia. Rogaba por último al emperador quisiese atender antes á la inocencia de los que dejaba heredados , que á los servicios y victorias con que habia procurado estender la gloria del imperio.

Acabado de otorgar el testamento , volvió á la estancia , donde lo esperaban algunos de sus deudos y amigos , para despedirse , por ser ya tarde. Mas apenas comenzó á entretenerse con ellos , cuando entran dos esclavos consternados, diciendo : que la casa estaba llena de soldados, que iban apresando á cuantos encontraban. Turbanse los presentes al oir esto : Antonina se abandona al terror que sufocó su llanto y lamentos; algunos de sus deudos vencidos del susto , iban á esconderse en otras estancias , al tiempo que los sorprende Sulpiciano , que entraba capitaneando los soldados. A él , como á mayor enemigo de Belisario , se le habia confiado la prision.

Antonina , poseida del terror , no pudo resistir á la vista repentina de toda aquella gente armada; sino que rindiendose á la terrible cons-

ternacion que le infundió, y que le confirmaba el funesto pronóstico de Maximio, cayó casi muerta en el mismo asiento, de donde se habia levantado, despues de haber arrojado un fuerte grito. Belisario en pie, sin mudar la postura en que estaba conversando con un allegado suyo, esperó que llegasen allí á prenderlo sin manifestar alteracion en su presencia. Sulpiciano, atento á su comision y conservando en ella su taimado caracter, se acercó á él diciéndole con comedimiento severo: Belisario, la determinacion del emperador no me dejó ningun arbitrio para escusarme de una comision, la mas triste para mí. Espero por lo mismo, que no me obligareis á que falte á los modos atentos que deseo guardar en ella. Ignoro los motivos que tiene el emperador para mandarme vuestra prision. Vuestra entereza me hace esperar que se os concederá plazo para justificar vuestra conducta.

Belisario, despues de haberle dejado decir, con sosegada serenidad le respondió así: Sulpiciano, no me llega de nuevo mi prision. La preví en el mismo mensaje que me trajisteis de parte del emperador. Esto os debe asegurar, que no hallarán ningun estorbo los atentos modos que quisieseis usar conmigo. Mi justificacion, ó mi condenacion, inquietan poco á la entereza de mi conciencia. Asegurado de mi conducta, poca pena me da lo demas. Aquí me teneis. Solo os hago presente, que dejo otorgado el testamento de mi puño, y solo os ruego me permitais dar el

último abrazo á mi muger é hija Eudoxia. Pero habiendolo ya rodeado los soldados, se escusó Sulpiciano, diciendo: que las órdenes que tenia del emperador no sufrían ulteriores dilaciones.

Fueron tambien presos los deudos y amigos que se hallaban presentes. Mas al tiempo que sacaban de la estancia á Belisario, su hija Eudoxia, que se hallaba en otra parte con Domitila, buscando alivio á su acerbo sentimiento, avisada por una de las esclavas de la prision de su padre, salió llevada de su fiero dolor, para verle y abrazarle juntamente con Domitila, que la seguia. Pero como no las dejasen acercar los soldados, se abandonaron á las tristes demostraciones de su acerbo dolor, con altos sollozos y lamentos. Eudoxia especialmente, levantando los brazos, deshecha en llanto decia á los soldados: si es que le llevais á la muerte, aquí estoy, crueles, aquí me teneis. ¡Desmentid vuestra crueldad, uniendo la hija infeliz á su desgraciado padre!

Belisario, peñetrado de la vista de su amada hija, sintiendo casi desfallecer su heroica fortaleza hizo ademan de querer pararse para abrazar á su Eudoxia. Mas no permitiéndoselo los soldados, solo se despidió de ella diciéndola á Dios, y encomendósele á Domitila, la cual sintió faltarle la virtud, agitada del terror de aquel funesto espectáculo. Mas viendo que Eudoxia iba á caer desfallecida, penetrada de la fatal despedida de su padre, la pudo sostener en sus brazos y llevarla á la estancia mas vecina, donde

acabó de perder enteramente sus sentidos. Pero socorrida al instante de los remedios y esmeros de Domitila, los recobró en breve, y con ellos la constancia y virtud bastante, para llevar con mayor esfuerzo la nueva desgracia que la amenazaba, y que no tardó á llegar, viniendo á prenderla tambien otros soldados, luego que sacaron de la casa á su padre Belisario.

Eudoxia, que se abandonó al dolor en la funesta separacion de su amado padre, sostuvo con decoro y esfuerzo heroico su prision, sin manifestar asomo de terror ni de flaqueza. No así la desdichada Antonina; pues aunque fue socorrida de sus esclavas en el desfallecimiento que padeció, cuando vió entrar á Sulpiciano, parecia sin embargo haber perdido enteramente el uso de sus sentidos, quedando estos como embotados, y sin conocimiento de cuanto pasaba por ella. En este estado la sacaron los guardias para unirla á su hija Eudoxia; la cual al ver á su madre, aunque prorrumpió en llanto, lo sofocó para decir-la: madre mia, la fortuna nos pone en una de sus mayores pruebas; pero despues que ví sin morir arrancado de nuestro seno á mi buen padre Belisario, no creo que haya desgracia en la tierra que pueda acobardarnos, aunque sea la misma muerte.

Nada le respondió Antonina en su enagenamiento, manifestando no conocer á su hija, y dejandose llevar de los soldados, que no se opusieron á la resolucion de Domitila, de seguir pre-

sa á su prisionera amiga, á quien confortaba con su ejemplo y consejos. Así las sacaron á todas tres fuera de casa y de la ciudad, para llevarlas á la alquería indicada ya á los soldados, sin saber ellas á donde las conducian.

Apoderaronse entretanto otros comisionados de todas las riquezas, preciosos muebles y alhajas de la casa, que en otro tiempo, y aun poco antes, eran el cebo de la ambicion y vanidad de Antonina. Prendieron á todos los esclavos y esclavas, para que no pudiesen dar indicio de la prision de Belisario, pretendiendo tenerla secreta hasta la llegada de Narses, á quien esperaban de un momento á otro. Así en una sola noche, y en pocas horas, desaparecieron los grandes haberes y gloria del ilustre Belisario vencedor de tres Reyes, y conquistador de tantos reynos y provincias. ¡O fortuna inconstante y desconocida! ¡Y habrá quien inciense tus altares? Quien vilmente se abata y humille para implorar tus funestos favores?

Luego que el Emperador tuvo aviso de la prision de Belisario, envió orden á la armada para que zarpase, á fin de impedir que los soldados, aficionados á Belisario, se alborotasen, si llegaban á saber su prision. En fuerza de estos miedos, se habia resuelto en la junta de corte que se le diese garrote luego que llegase á la cárcel. El mismo emperador condescendió tacitamente á esta cruel determinacion; pero reusó ratificar tal sentencia, no viendo en tan ilustre general

manifiesto delito de la infidelidad, que se le imputaba, de quererse alzar con el reyno de Italia, pues las solas sospechas y temores, de que hubiese podido hacerlo, quedaban satisfechos con su venida á Constantinopla y con su prision.

Así se pasó aquella noche infausta, cuyas tinieblas habian facilitado el prender, sin tumulto al vencedor de Vitiges. Pero á pesar de todos los expedientes y cautelas que se tomaron, para ocultar la prision al pueblo, la descubrió la luz del dia siguiente, divulgandose inmediatamente por toda la ciudad, con consternacion y dolor de cuantos la oian. Novedad tan estraña y sensible tuvo al principio en suspension los juicios de gran parte de la gente, que nõ sabia atinar la grandeza del delito que suponía un proceder tan severo por parte de la corte. Mas apenas se sosegó la consternacion de los ánimos, dieron lugar en ellos á las verdaderas sospechas sobre el motivo de la prision de un hombre tan ilustre, que por lo mismo era temido.

Cuanto mayor era el concepto que de él tenían, y el afecto que todos le profesaban, tanto mas creian lo que sospechaban, excitandose la indignacion en sus pechos. Luego no reparaban los mas atrevidos á quejarse, ya en secreto, ya en público, de la ingratitude del emperador con el hombre mas glorioso y benemérito. Estas quejas cundian en públicos corrillos, y las avivaban las noticias, que iban adquiriendo sobre la prision, y sobre los que tuvieron parte en

ella; lo que provocaba mas sus pechos á la venganza. Toman de aquí motivo los mas poderosos para excitar bajo mano á los mas osados de la plebe, para que comenzasen á gritar por las calles, que fuese puesto en libertad Belisario, y muriesen sus enemigos.

Cunden estas voces, y cobran cuerpo con los que se iban llegando á los primeros. Su número, creciendo bastante, para no temer á los soldados, los hace mas atrevidos, y se declara el motin, repitiendo á gritos por las calles, que muriesen los enemigos de Belisario, y obligando á cuantos encontraban á formar cuerpo con ellos. Hechos así mas fuertes y licenciosos, no dudan en acometer las principales casas de los cortesanos, de quienes sospechaban haber contribuido á la ruina de Belisario. Cayó desgraciadamente en sus manos Sulpiciano y otros, en quienes desahogaron el rencor de su venganza, sacandolos ignominiosamente de sus casas, y arrastrandolos por las calles, hacian mofa y escarnio de ellos, atormentando cruelmente sus cuerpos, hasta que espiraron á fuerza de sus fieros ultrages.

Cebados en su sangre los sediciosos, y en la de los soldados, que quisieron oponerse á sus crueles insolencias, no dudan presentarse ante el palacio del emperador, pidiendo á gritos la libertad de Belisario, y amenazando incendiar la ciudad, si no se lo entregaban vivo. Al primer aviso que recibió el emperador del tumulto y

de las voces del pueblo, que pedia la libertad de Belisario, sintió no haber seguido el parecer de los que le aconsejaban darle luego la muerte: y aunque hubiera deseado enviar luego orden para que lo ejecutasen, lo contuvo el temor que le infundió el pueblo furioso, que instaba por la libertad del preso, y que unia sus ruegos á las amenazas, sin poderle hacer resistencia.

Pero temia por otra parte, que el mismo pueblo osase proclamar emperador en vez suya, á Belisario, si se lo entregaba libre, como lo pretendia, y se verificasen las sospechas sobre las acusaciones que le hicieron sus enemigos de aspirar al imperio. Entre estas temerosas congojas le sugieren el espediente de enviar orden secreto á la cárcel, para que sin ninguna dilacion lo privasen de la vista, pues así no tendria ya porque temerlo sin ojos, aunque se le diese la libertad.

El emperador aprueba el sugerimiento, y lo manda poner luego en ejecucion. Los verdugos, recibido el orden, cumplen con él á toda priesa, obligando á Belisario á recibir en los ojos el humo ardiente del vinagre que derramaban sobre las ascuas, teniendo estirados por fuerza sus párpados. Prestóse Belisario á este tormento sin quejarse, ni desplegar sus labios, hasta que conociendo que quedaba enteramente sin vista, dijo á los que le atormentaban, que no habia ya que temer que alcanzase otras victorias, ni trajese otros reyes cautivos á Constantinopla. Este fu-

nesto premio le destinaba la fortuna, por colmo de sus favores, á todas sus gloriosas empresas. Quedaron así en eternas tinieblas aquellos ojos, cuya luz unida á la de su gran mente, formó aquella admirable táctica, que lo hizo uno de los mas ilustres generales de su tiempo, y de los siglos venideros.

Prometia entretanto el emperador á los amotinados que instaban la libertad de Belisario, que condescenderia con su peticion, si se sosegaban, obligando para ello su real palabra. Tal era su ánimo; pero les daba largas con esta promesa condicionada, esperando el aviso, de haberse ejecutado el orden de la privacion de la vista del preso. Mas ellos enfurecidos, viendo que no se les concedia luego y de grado, lo que pedian, resuelven obtenerlo con la fuerza; y sin detenerse corren á forzar las cárceles para dar libertad á cuantos presos habia en ellas, para acrecentar el número de los facinerosos, y proceder con ellos á mayores desacatos. Consiguieron entrar en algunas con violencia, mas no pudieron forzar las torres, donde se hallaba Belisario, defendidas del mayor número de soldados que se habian recogido en ellas, y cuya oposicion fue causa de que creciese el motin, y que sueltos la mayor parte de los presos, cometiesen en la ciudad mil desafueros.

Entre los puestos en libertad se hallaba tambien el desdichado Maximio, á quien sacaron de la cárcel los amotinados, muy ageno de pen-

sar que se hubiese verificado tan presto su pronóstico, ignorando todavía la llegada de Belisario. Mas luego que supo hallarse preso, y que habian sacado de la ciudad á su muger Antonina, y á su hija Eudoxia, olvidandose de su casa y de sus padres, solo atendió á informarse del paradero de su amada, cuya memoria, arrojando de su pecho todas las pasadas angustias y afanes, avivaba en el las esperanzas de poseer en la desgracia á la que le negaban antes, la fortuna y la grandeza de la misma. Informado pues del sitio en que se hallaba, sin detenerse á descansar de sus padecidos trabajos, ni á consolar con su presencia sus afligidos padres, resuelve ir en busca de su amada Eudoxia, determinado á servirla, y á servirla de esclavo. ¿A qué no obliga, y de que no es capaz un amor tierno y ardiente?

Tomando, pues, el camino de la indicada alquería, lo seguia con un ardiente gozo, mezclado del contrario afecto de tristeza que le infunde el estado de miseria en que la hallaria, perdidos todos sus grandes haberes, grandezas y gloria, con la pérdida mas sensible de su amado padre, á quien ella lloraria en su acerba afiecion y abatimiento. Se lisonjeaba, sin embargo, poderla prestar algun alivio y consuelo en su desgracia con sus servicios, y con ellos merecer su posesion, mucho mas despues que supo en la ciudad haber partido Basíledes con su armada; noticia que llenó de júbilo su cora-

zon, y que avivaba sus pasos hácia el sitio que se le habia destinado á su infeliz amante de la que iba tomando lengua por el camino.

Mas antes de llegar, acordandosele que Antonina podia servir de estorbo á sus amorosos intentos, y que tal vez lo echaria de sí, desdeñando sus ofrecimientos, si los hacia á cara descubierta, pensó fingirse mendigo, como se habia fingido antes mercader: pues de este modo, con el pretexto de entrar á pedir limosna, veria el estado en que se hallaban madre é hija, y las circunstancias de la casa, para tomar mejor sus medidas, y conseguir lo que queria. Apenas le vino esta feliz ocurrencia, la abraza, y resuelve poner en ejecucion sobre la marcha, y sin detenerse se disfraza en mendigo del mejor modo que pudo. Para ello, se desprende del manto bastante decente que llevaba, y lo deja sobre un ribazo á la ventura del primero que lo encontrase; ciñese la frente con un pañuelo súcio, que le habia servido en la cárcel, dejando caer las greñas por las mejillas, á fin de desfigurar su fisonomía. Ensucia con polvo y lodo su túnica, en que hizo muchos rasgones, y con algunos pedazos de ella se vendó una pierna, con que fingia tener en ella una llaga, sosteniendo á este fin su cogera con un tosco ramo, que le vino á las manos por el camino.

De esta suerte se presenta Maximio, palpítandole el corazon, á la infeliz casilla que indicaron, solo y triste asilo que dejó la fortuna á las

que poco antes aventajaban en riquezas y abundancia á los mayores grandes del imperio. Tenian órden los soldados que las condujeron á ella de dejarlas inmediatamente, sin prestarlas ningun socorro, y así lo hicieron, obedeciendo á quien los capitaneaba. Por todo el camino, la desdichada Antonina continuó á estar en su entorpecido enagenamiento. Eudoxia, aunque oprimida de dolor y de susto, viendose llevar de aquella gente armada entre las tinieblas de la noche, creia que las condujesen á la muerte, á un lugar apartado de la ciudad; y en esta funesta idea plañia la muerte de su buen padre, antes que la propia, y la de Domitila, su constante amiga, que quiso acompañarla en aquel terrible lance, temiendo que la matasen tambien por su causa. La misma Domitila no iba agena de estos temores; pero su esforzada resolucion en seguir á su amada Eudoxia, le servia de algun consuelo, en caso que hubiese de morir con ella.

Duraron estas funestas sospechas, hasta que llegadas á la casilla, la intimó el capitan las órdenes que tenia de dejarlas en ella, destinandose la por morada la clemencia del Emperador. Eudoxia, al reconocerse, y verse sola con su madre y Domitila, desemparadas de los soldados que las condujeron, aunque sintió desvanecerse de un golpe los temores de la muerte, no pudo dejar de abrazarse con su madre, prorrumpiendo en tan ardientes sollozos, que casi la sufocaban, sin poder proferir palabra. No pudo conte-

ner tampoco los suyos Domitíla á tal vista, yá la de la miseria y pobreza que le presentaban los desnudos cuartos de aquella infeliz habitacion, á la escasa luz del dia que comenzaba á despuntar, sin ver otros muebles, ni otro lecho, donde poder descansar, que unas pajas amontonadas en un rincon.

Esta vista avivó en su pecho los fuertes sentimientos de la virtud, y los santos consejos que dió sobre ella á Eudoxía; de los mismos se sirvió entonces para consolarla y confortarla en aquella miseria y desolacion; sufocando, pues, su propia ternura, y el llanto que la arrancaba su inconsolable amiga, abrazada con su madre, la dijo: que aquellos sollozos y lamentos no remediaban á su buena madre en el infeliz estado en que se hallaba; pues no pudiendo tenerse en pie, seria bien que la llevasen á descansar sobre las pajas que alli habia. Eudoxía, echando de ver en su dolor la necesidad de su madre, condescendió con la instancia de Domitíla, sin desistir de su llanto, y entre las dos la dejaron colocada en aquel lecho miserable.

Pareció que despertase ella entonces de un profundo letargo, arrojando algunos suspiros, y dejando caer de sus ojos, por las mejillas, algunas lágrimas. Eudoxía se sentó junto á ella continuando en su llanto, compadecida é interesada por su madre, cuya infelicidad sentia antes que la propia, y asiendola de una mano, movida de su tierno amor, la decia: ó madre mia, el cielo

ha querido probarnos con estos terribles trabajos y desventuras. Una sola de ellas hubiera podido acabar con nosotras: mas ya que no se nos concedió la muerte, saquemos partido de la virtud para soportar nuestros trabajos con resignacion y constancia.

Aunque Antonina mostraba irse recobrando poco á poco de su fiera consternacion y aturdimiento, nada respondia á su hija, que se esmeraba en confortarla y consolarla, arrojando solo profundos y dolorosos suspiros. Demitida, atendiendo á las fatales circunstancias en que se hallaban, pensó en ir resgistrando aquella infeliz habitacion, para ver si encontraba algun utensilio, ó comestible, para socorrer á la desfallecida Antonina. No encontrando cosa alguna, y echando de ver que la habian privado de todo socorro humano, reduciendolas á la mas horrible mendicidad, resolvió ir á implorar la compasion de los primeros labradores que encontrase, para poder socorrer de algun modo á la desdichada y casi moribunda Antonina.

Propone, pues, á Eudoxia sus intenciones, cuando al tiempo de ir á ponerlas en ejecucion, oyen tocar á la puerta. Era cabalmente el disfrazado Maximio, el cual antes de llegar á la casilla, haciendo, compungido á su vista, un rápido cotejo en su imaginacion de aquella pobreza y soledad con la magnificencia y riqueza de la casa, que antes habitaba su adorada Eudoxia, servida de tantos esclavos y esclavas, no pudo contener

las lágrimas que casi enfriaron las ardientes ansias con que llegaba. Ocurriendole luego, que aquel mismo llanto podia contribuir para remedar mejor el mendigo, que representaba, se esforzó en llegar á la puerta, que halló abierta, y tocando á ella con el palo que llevaba, decia: ¡buenas almas, apiadaos de un miserable que no puede ganar la vida con sus manos, impedido de los ayes, con que quiso mortificarlo su desventura! Quiera el cielo remunerar la misericordia, que con él usareis, y que os pido con llanto animado de la mayor veneracion y respeto.

Domitila, que iba á poner en ejecucion sus piadosas intenciones, contenida del repentino llamamiento y voces del pobre, volvió atras para decir á Eudoxia, que el cielo les enviaba oportunamente aquel mendigo; porque siendo tal vez de aquellos contornos, las podia servir en la necesidad y falta de todas las cosas, en que se encontraban, que para esto iba á llamarlo. Así lo hizo, diciendo luego que vió à Maximio sin conocerle, entrad, que estamos tambien en estado de recibir caridad de vos; así nos lo haremos mutuamente. El accidental hallazgo de una prenda amada no suele causar tanto gozo, quanto la vista de Domitila al ansioso Maximio, y mucho mas el convite que le hacia para que entrase, que era lo que principalmente anhelaba, y así la respondió: que lo haria de muy buena gana, que allí le tenia á su servicio. Diciendo esto, entró siguiendo á Domitila, que le precedia, hácia el cuarto en

que se hallaba Antonina tendida sobre la paja, y Eudoxía á su lado, que la confortaba.

Maximio, al descubrir el objeto de sus amorosos anhelos en aquel estado de miseria, sentada sobre la paja, sin ver ningun mueble, en un negro cuarto que horrorizaba; la ternura, el amor, la compasion y el sentimiento oprimieron tan improvisamente á su pecho, que dando al traves con su instantaneo gozo, le obligaron á apoyarse de veras al tosco palo, que llevaba para no caer en el suelo, prorrumpiendo al mismo tiempo en tales y tan recios sollozos, que llamó la atencion de Eudoxía y Domitíla que en vez de hacerle el encargo que queria, se vió precisada á preguntarle por qué lloraba tanto, y si eran tan grandes sus males y desventuras que le obligasen á ello.

El sollozante Maximio, que llevaba de antemano meditado lo que habia de fingir, para encubrirse mas á sus ojos, se valió entonces de su meditada ficcion, que disimulaba, y escusaba su gran llanto, respondiendo á Domitíla sin cesar de llorar. ¡O y si son grandes mis males! mi nombre solo os dirá bastante, cuales son ellos, pues no habrán podido dejar de llegar á vuestros oidos. Soy el infeliz Damasio, de la villa de Esterobea, poco distante de aquí. Ninguna noticia tuvimos de vuestras desgracias, le respondió Domitíla muy compadecida, ni oimos tampoco jamas vuestro nombre; mas grandes deberan ser vuestras desgracias, si por el solo nom-

bre hemos de tener conocimiento de ellas. Largo fuera contarlas por entero, dijo Maximio, ni el llanto en que día y noche me desahogo me lo permite. Sabed en breve, que mi padre Enehisio fue privado de la vida, y despojado de sus grandes haberes por el Emperador, y yo, aunque inocente, echado de mi casa, y desposeido de la herencia paterna, me veo precisado á mendigar el sustento, en la horrible laceria, y pobreza en que me veis.

Eudoxía, oyendo una semejanza cabal de su estado en aquel infeliz mozo, que hacia tan interesante su relacion, no pudo dejar de renovar sus sollozos. Domitila, aunque enternecida tambien, se esforzó á decirle, en igual desgracia nos encontramos nosotras. Bien tenemos motivo para compadeceros, y nos vemos necesitadas á rogaros querais ayudarnos en nuestra necesidad. No conocemos á ninguno de estos contornos, y faltas de todo mueble y comestible, quisieramos proveer algun sustento, para socorrer á esa enferma, que veis ahí tendida sobre la paja.

¡ Ah! exclamó Maximio; permitid que os manifieste tambien mi enternecida compasion y maravilla, al ver el estraño contraste de objetos, que se me presentan á la vista. Esta pobre casa desnuda; tres mugeres solas en trage de ricas ciudadanas; vuestros rostros que llevan impresos el terror, el dolor y la afliccion; la falta de aquellos pobres muebles, de que estan abastecidos los mas miserables labradores; todo, en fin,

me está diciendo, que hay aquí una estraña novedad y desgracia que ignoro, y que deseára saber. En dos palabras vais á quedar enterado, dijo Domítla. Aquella es la muger, esta es la hija de Belisario. ¡O cielos! exclamó con llanto Maximio, y levantando las manos al cielo, luego volvió á decir: ¡aquella la muger, esta la hija de Belisario?.. ¡Ah! perdonad, si mi aturdida admiracion manifiesta en cierto modo desconfiar de todo lo que decís. A quien no deberá parecer imposible ver á la hija del ilustre Belisario, del vencedor....

No pudo pasar adelante Maximio, prorrumpiendo en nuevos sollozos, y haciendo prorrumpir en ellos á Eudoxia, inconsolable con la memoria que le renovaba Maximio de su amado padre Belisario, á quien nombraba en sus lamentos. Vióse precisada Domítla á decirles con esos llantos no remediamos la urgente necesidad de socorrer á la enferma. Y así, Damasio, escusad el renovar pasadas memorias, y hacednos el favor de proveernos algun sustento. Aquí teneis estos pendientes, que podeis vender en la vecina villa ds Esterobea; con ellos... No, Domítla, no dijo Eudoxia, interrumpiendola: me despedazais el corazon. Conservad esos pendientes, aquí está este collar de perlas que llevo. Este debe servir para proveer lo necesario para mi madre.

Este servirá para otra ocasion, dijo Domítla, quiero hacer primero esperiencia con estos

pendientes, que valen mucho menos, de la fidelidad de Damasio. Su sincero llanto y su ingenua compasion no dejan ninguna duda á la confianza que me merece. Mas persistiendo Eudoxia en querer entregarle el collar, Maximio reusó uno y otro, diciendo; ¡ah! para manifestaros mis sinceros sentimientos, no necesito de prenda alguna de vuestra confianza. Espero socorrer sin ella vuestra presente necesidad. ¿Qué se me negará de cuanto pidiere en nombre de quienes tan de cerca pertenecen al ilustre Belisario? Dicho esto, sin querer atender á sus instancias, las vuelve la espalda y se va afectando su cogera, que avivaba la satisfaccion, que sentia de no haber sido conocido.

Le quedada algun dinero, del que le suministraron sus padres en la cárcel, y con él esperaba socorrer la necesidad de su amada Eudoxia y Domitila, y de aquella misma Antonina que fue causa de su prision, y cuyo horrible estado de abandono y miseria acabó de sufocar en su pecho el resentimiento que conservaba á su altanería, y á los soberbios modos con que le trató, hasta hacerlo poner en la cárcel. Ahora movido á compasion por ella, se encaminó á una vecina casa de labradores, á quienes rogó quisiesen venderle todo lo necesario para socorrer y alimentar á la muger é hija del ilustre Belisario, que se hallaban en la mas terrible miseria.

Ignoraba todavia aquella gente la desgracia de Belisario, y que tuviesen tan cerca la muger

é hija del mismo. Les parecia por esto imposible, lo que aquel pobre les decia, temiendo que les quisiese engañar con aquel pretesto. Mas diciendoles él: que á mas de desmentir con su dinero lo que reputaban ficcion, podian ir á certificarse con sus ojos de la verdad de lo que les decia, le entregaron parte de lo necesario, para alimentar á la enferma, y parte quiso llevarlo por si una labradora y su hija curiosas de ver, y averiguar aquella novedad, que no acababan de creer, hasta que se certificaron con asustada admiracion, de lo que les parecia imposible.

Enternecidas de aquella lastimosa vista, que les presentaban las tres ilustres desgraciadas, se ofrecieron á servir las en todo lo que quisiesen mandarlas. Eudoxia y Domitila agradecieron á las labradoras sus compasivos ofrecimientos, y la diligencia y servicios á Damasio, el cual recibidas sus agradecidas espresiones atendia á disponer el hogar, que habia en aquel mismo cuarto, para poner el puchero á la lumbre, yendo tambien á este fin á recoger leña por el campo. El amor enardecia sus pasos y sus esmeros. La labradora entretanto apiadada del infeliz estado de Antonina, que parecia querer morir de dolor, propuso á Eudoxia y á Domitila, que si querian, podia dar en su casa á la enferma un lecho, aunque pobre, pues no lo tenia mejor.

Eudoxia, oido esto, deseando aliviar á su madre, y sacarla de aquella paja, en que estaba casi sumida, le refirió el ofrecimiento de aquella

caritativa labradora, exhortandola á que se aprovechase de él, á lo menos hasta que se restableciese de su consternacion y mortal abatimiento. Pero Antonina abandonada á su tétrica desesperacion, le respondió; que nada queria, sino la muerte, que ella sola podia poner fin á sus males intolerables. En vano se esforzaba tambien Domitila en persuadirla á aceptar aquella oferta. Desechaba Antonina todos los atentos oficios y alivios que se le querian prestar, resuelta á dejarse morir de la fiera afliccion que hizo terrible presa en su ánimo ambicioso y vano, al verse, tan abatida y desgraciada, diciendo: que queria seguir voluntariamente al sepulcro á su infeliz marido Belisario.

Esta obstinacion, y las espresiones con que la acompañaba sobre la infeliz suerte de Belisario, renovó el dolor y la memoria de su padre en el ánimo de Eudoxia, que prorrumpió en nuevos sollozos y lamentos como si el dicho de su madre Antonina confirmase de hecho la muerte de su padre. Damasio que la oia, mientras acababa de disponer el hogar, se sintió movido á sacarla de sus dolorosas dudas, yendo á la ciudad, para saber el exito del motin y de la prision de Belisario, estando ya seguro, que seria bien visto y recibido, siempre que volviese á aquel infeliz asilo, que dejó la fortuna á su adorada Eudoxia.

Se lisonjeó á mas de esto, que si los amotinados conseguian sacar de la prision á Belisario, segun manifestaban querer, cuando lo sacaron á

él de la cárcel, podia ir á darle noticia del lugar en que se hallaban su muger y su hija, con lo cual ganaria su amor aquellas albricias, y las que tambien se prometia de Eudoxia, volviendo á darle las alegres nuevas de la libertad de su padre. Avivadas con esta ocurrencia sus ansias, dirige la palabra á Eudoxia, que continuaba en sus lamentos y sollozos, diciendola con afectuosa espresion nacida de la amorosa ternura: señora, quedais servida en lo que os dignasteis mandarme, si quereis, iré tambien á la ciudad á informarme del paradero de vuestro padre.

¿De mi padre? exclamó Eudoxia. ¡O cielos! ¡Lo perdí para siempre!... No por cierto, replicó Damasio, á no ser que haya muerto en el tiempo que me hallo aquí, pues antes de venir supe que vivia. ¿Será posible? continuó á decir Eudoxia en sus sollozos. ¡Ah! ¿Cómo podré satisfacer á tan señalado servicio, que me quereis hacer? No pretendo otra satisfaccion, señora, que la misma que yo pruebo en servirlos, y en el cumplimiento de vuestros deseos: si no quereis mas que esto, voy inmediatamente á ejecutarlo. Parte luego al punto Damasio, impelido del gozo de servir á su amada, llevando consigo la deliciosa satisfaccion de haberla visto y hablado tan á su grado, sin haber sido tampoco conocido de la misma.

Un sucesivo tumulto de dulces lisonjas y esperanzas nacia á cada instante en su corazon, pareciendole que ya la poseia; que la suerte habia derribado á Eudoxia de su grandeza y abundan-

cia, solo para que él la consiguiese, y para hacerle con ella el hombre mas dichoso de la tierra. Con tan suaves afectos iba prosiguiendo á largo paso su camino, ansioso de llegar á la ciudad, y de saber el exito del motin. Mas comenzaron luego á enfriar sus ansias y deseos los muchos que iba encontrando, y que huyendo de la ciudad, le decian, que el general Narses habia entrado en ella, y hacia una horrenda carnicería de los amotinados, sin perdonar á edad, ni á sexo.

Asustado, y contenido de esta triste noticia, no se atrevió llegar aquella tarde á Constantinopla, resolviendo pasar la noche en algun establo ó pajar de las vecinas alquerías, para poder tener noticias mas individuales al siguiente dia, y entrar así con mas seguridad y confianza, encubierto con su disfraz de mendígo; pues esperaba que la noche pondria fin al estrago que hacian los soldados de Narses en los ciudadanos.

Entretanto que Damasio se encaminaba á la ciudad, viendo la oficiosa labradora, que quedó con su hija en la alquería, que eran inútiles las instancias de Eudoxía y de Domitíla, para que Antonina pasase á su casa, y á la cama que en ella le ofrecia, quiso traerla allí, esperando que á su vista se resolveria á aceptarla la enferma. Vinieron bien en ello Eudoxía y Domitíla, que entraron en las mismas lisonjas de la oficiosa labradora. Domitíla para empeñarla mas, y manifestarle su reconocimiento, le dió en regalo los pendientes que reusó Damasio; y que ella

aceptó de mil amores, sin que lo echase de ver Eudoxia, de lo cual quiso recatarse Domitila, para que no lo sintiese.

Traida la pobre cama, conoció Antonina el oficio que se le queria hacer, y despues de haber manifestado oponerse, exclamó: ¡Ay de mí la mas infeliz y miserable de todas las mugeres! Dejadme morir, os ruego, dejadme morir. La afligida Eudoxia, esperando hacerla condescender á sus ruegos, le dijo entónces: ¡ó mi muy amada madre! el cielo permitió que nos viesemos pobres é infelices, para que purificasemos nuestros corazones en el crisol de tantos trabajos y desdichas. Con ellas nos quiere manifestar que no hay ningun bien ni grandeza segura ni permanente en la tierra, sino la virtud. Esta nos aconseja, á que conformemos nuestros sentimientos con la determinacion de la divina providencia. =

¡Ah! ¡infeliz hija mia! ¿Cómo es posible sobrevivir á tan horrible ignominia y abandono? ¿Qué se dirá de mí? ¿Qué pensarán de mí miserable, reducida á tal oprobio y necesidad? ¡Ah!... = ¡O madre mia, esas ideas solo sirven para acrecentar vuestra mortal afliccion. El pobre, que acaba de partir, y de prestarnos sus atentos y compasivos servicios, perdió tambien su padre, sus haberes y comodidades y se ve reducido, como nosotras, á un estado miserable. No somos solas desgraciadas en la tierra; ni nuestra pasada grandeza debe ahora contribuir para agravar nuestra tristeza y desventura; co-

mencemos, madre mia, á llevarla con resignacion. = ¡Tantas preciosas joyas perdidas! ¡tantos honores desvanecidos! ¡Y en tan grande miseria se pudo ver la muger de Belisario? ¡O crueles memorias! me dais la muerte. =

Ahora experimentais, que ni esas joyas, ni esos honores y riquezas eran nuestras, sino bienes prestados de la fortuna, que los quiso recobrar cuando se le antojó. Por lo mismo los debéis ahora mirar con menosprecio; así no sentiréis tanto su pérdida, ni vuestra presente pobreza y necesidad. = ¡Y Belisario?... ¡Qué se hizo Belisario? ¡Qué es de él? ¡O cielos! . = Ese solo bien escusa nuestras lágrimas, y nuestro justo dolor. Mas todavía no sabemos haberlo perdido enteramente. = Si, si, lo perdimos. ¡Me lo asegura el fiero dolor, que me sufoca, que taladra mis entrañas! = Su inocencia y entereza deben antes, madre mia, fomentar las esperanzas de recobrarlo. El pobre que encaminó aquí el cielo, se fue á la ciudad á informarse de su paradero, y me prometió que me traeria nuevas, asegurandome, que vivia. Tranquilizad vuestro espíritu, y sobreponéos á vuestra terrible afliccion, la cual puede acarrearos la muerte. = Esta es la que deseo. Ella sola puede poner fin á una vida aborrecible y que detesto.

Así proseguia en lamentarse Antonina, y en consolarla, aunque en vano su hija Eudoxia, sin poder recabar que pasase á la cama, que aderezaron las labradoras, ayudadas de Domitila,

mientras Eudoxía la estaba confortando. Siendo inútiles sus esmeros, tentaron ofrecerle el alimento, que podia ser de alivio á su flaqueza; pero Antonina lo reusó tambien con obstinacion, diciendoles: que no se cansasen, que estaba resuelta á morir; que desistiesen de querer prolongar su intolerable desventura. Persuadida entonces Eudoxía de la firme resolucion de su madre en querer morir, no pudo contener el llanto, temiendo perderla de hecho. Movida de su dolor, postróse ante ella de rodillas, y juntas las manos, la decia bañada en lágrimas. ¡O amada madre! ¿Por qué quereis que la muerte os usurpe el mérito que pudiera adquirir vuestra resignacion y paciencia? estas harán vuestra alma acreedora, en medio de tantos males, á la piedad del Omnipotente, único autor de nuestra vida y muerte. A su divino arbitrio queda reservado el derecho de disponer de la vida que nos concede. =

¡Me despedazas el alma, Eudoxía! ¡me despedazas el alma! = Conceded á lo menos á mi llanto, á mi dolor, el consuelo de veros recibir este escaso alimento. Tomadlo siquiera por amor mio: por amor de vuestra hija Eudoxía, que aquí de rodillas os suplica con el mas ardiente afecto. Mostrad en esta condescendencia, que me amais, que no me quereis desamparar por ceder al dolor de vuestros perdidos bienes, antes que á mis esmeros y cariño. Si llegais á morir, si os pierdo, madre mia, pierdo con vos mi mayor alivio y consuelo en la desgracia. Con vos se me hará

Llevadera la pobreza, la mayor miseria. Con vos soportaré con esfuerzo, y si quereis, con complacencia, la ignominia y el oprobio. Por vos arrostraré el menosprecio, y se atreverá vuestra hija, la hija de Belisario, á implorar la conmisericordia de los hombres, pidiendoles el sustento para aliviar vuestra necesidad=

No mas, Eudoxia, no mas... ¡O infeliz Antonina! ¡O muerte acaba!.. = No madre mia, no me será sensible pedir limosna por vos. Antes bien lo haré con dulce satisfaccion, que yo prefiera á toda nuestra antigua grandeza, si solo así pudiera sustentar vuestra vida. Mas antes de vernos reducidas á pedir limosna nos quedan brazos, y firme voluntad para ganar vuestro sustento con la labor. La buena Domitila nos ayudará, y nos confortará con sus consejos. No querais, madre mia, desconocer sus atentos esmeros y los cuidados que puso en proveer ese alimento, que con tanto cariño os ofrece. A lo menos con voluntad, dijo Domitila, de verla recobrar sus piadosos afectos. La muger de Belisario, en ese mismo infeliz estado, debiera reputarse superior á todos sus perdidos bienes y grandeza.

No, Antonina, la fortuna adversa no os puede quitar este glorioso título, que os hace mas respetable, tendida en esa paja, que ataviada con las ricas galas y joyas. Si os vieran en tal estado los que os redujeron á él, en vez de tener motivo de complacerse de vuestra miseria, se llenarian de confusion, si os vieran en ella, ma-

yor que todos los males, que os causaron, llevandolos con heroica serenidad y resignacion. Os fuera entonces mas illustre esta pobre casa, esta miseria y abandono en que os hallais, con vuestros magníficos palacios y los mentidos cortejos y honores que os hacian aquellos, que antes os acataban en vuestra riqueza y fortuna. = ¡Ah! ¡desdichada de mí! Todo lo perdí, Domítela, todo lo perdí! = Nada habreis perdido, si nada de todo lo perdido continúa á merecer vuestra estimacion y aprecio. = ¡Antes tanta riqueza, y ahora tanta miseria, y oprobio! ¡Ah! no os canséis, dejad que muera en mi funesta humillacion y abatimiento.

Dicho esto, arroja un profundo suspiro volviendo luego á su enagenamiento é insensible inmovilidad, que hizo vanos los ultteriores ruegos é instancias, que le hacian con llanto Eudoxia y Domítela. La labradora, viendo la resistencia de Antonina en pasar á la cama ya dispuesta, pensó en ir á llamar á su marido y á un hijo suyo, para que ellos la trasladasen en brazos, obligandola á condescender con los ruegos de su hija Eudoxia. Llegaron estos al tiempo en que Antonina, sorprendida de su doloroso parasismo, no pudo impedir, ni resistir su atento oficio, siendo trasladada por ellos á la cama, sin que lo conociese, ni sintiese; lo que infundió tristísimas sospechas á Eudoxia, de que hubiese muerto. Sosególa Domítela, reconociendo en ella vital palpitation, y asegurada de esto, agradeció á los labradores su com-

pasivo servicio, y les rogó por ser ya tarde, se volviesen á su casa, pues habian de madrugar para volver á su trabajo.

Partidos todos los labradores, quedaron solas Eudoxia y Domitila en compañía de la enagenada Antonina. Mas las tinieblas de la noche, realzando el horror de aquella obscura y triste soledad, á la escasa luz de la lumbre que ardia en el hogar, agravaron la aficcion y dolor, en que Eudoxia se hallaba por el infeliz estado de su madre á quien, sin embargo, quiso despertar de su letargo con llorosas inspiraciones y lamentos. Antonina á las voces de su hija adolorida respondió solo con algunos suspiros, por respuesta. Le aconsejó entonces Domitila, que no la molestase mas, sino que la dejase descansar; pues si podia tomar el sueño, tal vez este contribuiria á dar tregua á su suma aficcion y sentimiento.

Condescendió Eudoxia con la insinuacion de Domitila, é impelida del tierno reconocimiento á la cordial bondad y virtud de tal amiga, se abraza de repente con ella, sollozando amargamente y con lágrimas le decia: ¡ó dulcísima y respetable amiga mia! ¡Qué fuera de mi, si me hubiese faltado vuestro amparo, vuestra asistencia, vuestros santos consejos? ¡Sin ellos, sin vos, como hubiera podido yo resistir al peso de sus desventuras, que todas á una se desplomaron sobre mi corazon sensible? Mil veces hubiera yo muerto: por lo mismo no estraño los crueles efectos del sentimiento, á que se rindió mi buena madre.

La debemos compadecer, no hay duda, le dijo Domitíla; mucho mas no habiendo tenido su corazon de antemano luz alguna de sabiduría, ni estudio moral, que la fortaleciese contra las desgracias y males, que la pudieran sobrevenir. Verdad es, que vuestra madre era devota, piadosa y de inculpables costumbres, pero esto mismo os servirá de prueba, que la devocion y piedad, sin el estudio moral que instruya y convenza al entendimiento, no son bastantes para que el ánimo se sobreponga á los males y desgracias que le acontecen. Suelen algunos al verse humillados y oprimidos de la desgracia, recurrir al cielo y á su Criador, para que los conforte y saque de su oprobio y miseria.

Este expediente es loable, mas fuera un milagro que el cielo los hiciese superiores á su tristeza y abatimiento, por quanto el Criador deja obrar en la tierra á las causas que recibieron su primer impulso, quedando al alvedrío del hombre el valerse de los medios y luces que le ofreció, para gobernarse en este suelo, y perfeccionar su interior, sin lo cual lo avasallaran necesariamente su ignorancia, sus preocupaciones, sus pasiones; y el alma señoreada de la vanidad, de la ambicion, del demasiado aprecio de las riquezas, humillada y abatida en la pérdida de las mismas, saca alguna especie de satisfaccion de su fervoroso recurso á la piedad omnipotente; por quanto aquella confianza que pierde en los hombres que la desamparan, la pone con

certidumbre en la divina misericordia. Mas este alivio es pasagero, ni destruye la tristeza, ni el sentimiento, que quedan pegados al corazon, que lo oprime y atormenta, avivando el aprecio de los bienes que le quitó la desgracia, y en los cuales confiaba.

Así, pues, como fuera milagro que un idiota adquiriese una ciencia en fuerza de sus súplicas al cielo, lo fuera así tambien, que en fuerza de iguales súplicas, adquiriesen los desgraciados la serena superioridad y la fuerte indiferencia, que conserva la virtud en las desgracias que le suceden, y que la misma infunde á los que en ella de antemano se ejercitaron; pues su adquisicion, en términos naturales, exige mayor estudio y ejercicio de reflexion que las otras ciencias, que se aprenden, debiendo luchar la razon y el entendimiento con los rebeldes afectos del ánimo, con las opiniones del mundo, que debe combatir con opiniones enteramente opuestas, para alcanzar aquella sublime fuerza de sentimientos y aquella imperturbabilidad, de que dijeron los mismos gentiles, que no habia cosa mas digna del Criador y de las adoraciones de los hombres.

Lo es, no hay duda, por quanto se reputa lo mas arduo y dificil de conseguir. Mas no por eso se hace imposible á quien se ejercita por grados en la virtud, pues lo consigue insensiblemente, y sin que se eche de ver. Podrá bien, si, conmovirse y resentirse al golpe de la desventura:

podrá padecer afliccion y dolor á vista de la pobreza y del oprobrio que lo asalta; cederá á la fuerza que lo arroja en el seno de la miseria; mas volviendo luego en sí, hallará remedio en las reflexiones y afectos virtuosos que adquirió su mente y su corazon; los cuales le servirán de alivio y de consuelo en medio de la miseria y de los males que la cercan, le harán llevaderos sus trabajos, y tal vez, alegrarse con su ignominia.

En este caso nos hallamos, amada Eudoxía. Vos recibisteis luces y conocimiento de sabiduria moral; os ejercitasteis en la virtud, y con sus reflexiones y ejercicio, dispusisteis poco á poco vuestro animo para resistir á la desgracia, aunque parecia imposible, que viniese. Mas vino, y tronó impensadamente. El rayo tocó vuestro corazon sensible, y aturdió vuestros sentidos, mas no pudo abatir enteramente vuestro ánimo ya fortalecido. Sobrevino, es verdad, el dolor, la afliccion, el llanto; pero si estos no cedieron del todo á la dulce fuerza de la virtud, tambien consternada del repentino acontecimiento, no tardarán á recóbrar el señorío de la misma en vuestro corazon, que os hará sobreponer á todos vuestros flacos afectos y tristeza.

Entonces; con qué segura satisfaccion y confianza podreis recurrir al cielo, para que haga permanente vuestra fortaleza, y con ella la serenidad y el consuelo, en medio de la miseria y de la falta de todo lo necesario? Entonces, del mismo llanto con que regareis los cadáveres

de vuestros padres, y del dolor mismo de verlos espirar en vuestros brazos, vereis nacer una, no digo complacencia, mas bien si, un equivalente, que lengua mortal no sabe espresar, pero que hará vuestro animo como impasible y superior á todas las cosas mortales. Entonces, abrazada con la misma miseria, experimentaréis el inalterable señorío de vuestra indiferente voluntad, en el uso de las cosas pobres que deben servir á la vida, y lo que es mas, el sosiego sereno á vista de la muerte, que cuando llegare, no exigirá con terror y espanto, como de los demas, el forzoso tributo de la vida, sino que os lo pedirá con respeto, y lo esperará con sumision de vuestra serena conformidad á las leyes de la naturaleza. =

Siempre me interesaron, amada Domitíla, vuestros discursos, llenos de sabiduría, mas este en las presentes circunstancias en que nos hallamos, me sirve de consuelo particular. Con él aliviais en parte mi dolor y afliccion; ni me quedan ya otros motivos de sentimiento, que el infeliz estado de mi madre, y la penosa incertidumbre, en que me veo, de la prision de mi buen padre Belisario. Otra cosa no queda ya en la tierra, á mi parecer, que me pueda afligir ni conturbar, antes bien ahora experimento el provecho que me redunda del ejercicio de la moderacion y del menosprecio, que procurasteis infundirme á las joyas y riquezas; pues os aseguro que nada siento su pérdida, y la de las

comodidades y abundancia en que me ví. Aquellos dos únicos motivos tienen todavia á mi alma en triste agitacion aunque contenida, en parte, de vuestros consejos. ¿Mas creéis que llegue yo á regar con mi llanto los cadáveres de mis padres, y que de ese llanto haya de sacar ese indecible consuelo que decís?—

No quisiera que tomaseis mi dicho por pronostico. Comunmente mueren los padres antes que los hijos. Si esto sucediere á los vuestros, espero que vuestro sentimiento podrá tener un gran alivio en la virtud. Mas esta necesita tambien, Eudoxia, de descanso exterior. No hemos dormido, ni descansado en dos dias consecutivos, y será bien que lo hagamos ahora para fortalecer la naturaleza contra los accidentes que nos pueden sobrevenir en adelante. Condescendió con lo propuesto por su virtuosa amiga, echandose con ella sobre la paja, que habia servido de lecho á su madre, despues que les pareció que esta durmiese, lo que no disminuyó la solicitud de su buena hija en toda la noche, como tampoco la que fomentaba por su amado padre, ansiando que llegase el siguiente dia para saber las nuevas que le prometió traer el pobre Damasio.

No tuvo este mejor lecho que Eudoxia aquella noche en el pajar en que se recogió, por no haberse atrevido á entrar la tarde antes en la ciudad, amedrentado de las noticias del estrago, que hicieron en el pueblo los soldados de Nar-

ses. No por eso quiso dejar de satisfacer sus deseos y la curiosidad al siguiente dia, en que esperaba se hubiese sosegado el tumulto y mortandad. Se lisongeaba, á lo menos, que no tendria por que temer en aquel trage y disfraz que habia tomado de mendigo. Animado de estas lisonjas, apenas los primeros albores del dia iluminaron al establo, se levanta y prosigue su camino. Informado que se habia sosegado el tumulto, sin saberle dar razon ninguno de Belisario, resolvió entrar en Constantinopla, confortado de la dulce memoria de su amada Eudoxia y de la esperanza de poseerla.

Ningun obstáculo halló en las puertas, mas se le acrecentaba el miedo y el horror, al paso que se internaba en la ciudad, viendo los charcos de sangre que quedaban en las calles, y en algunas los cadáveres tendidos en el suelo, que no habian cargado todavia en los carros, que iban y venian por la ciudad á este fin. Acrecentaba su espanto el triste y horroroso silencio que la ocupaba, cerradas las oficinas y tiendas de los artesanos y mercaderes, resonando solo á lo lejos el llanto y lamentos, que entreoia al pasar por algunas casas. Estaba tentado Damasio de volver atras; pero el amor que lo animaba, le sugirió llegarse á las torres, en que sabia se hallaba Belisario, pues así podria mas facilmente y con mayor disimulo informarse de su paradero. Así lo ejecutó, poniendose á vista de las mismas, en un sitio un poco apartado, donde

comenzó á remedar el mendígo, importunando con sus lamentos á los que pasaban.

Despues que triunfaron la fuerza y la violencia de los amotinados, quedó harto tiempo al Emperador para determinar el suplicio de Belisario, mas habiendo perecido á manos del pueblo sus mayores émulos y enemigos, no quedaba ninguno que solicitase su muerte; antes bien compadecidos todos de aquel ilustre reo, á quien se le habia ya privado de la vista, y de todos sus bienes y riquezas, aconsejaron al Emperador á que lo pusiese en libertad, atendida la palabra que habia dado de hacerlo, pudiendola cumplir sin ningun miedo, y sirviendo esta misma gracia para hacer campear la irresistencia de su poder, y para acrecentar el terror del mismo pueblo, viendo á Belisario libre, condenado á su ceguera y á la mendicidad, á que debia recurrir para sustentarse.

Prevaleciendo este parecer, se dió luego órden para que lo sacasen de la cárcel, y lo dejasen en la calle á su ventura. Así lo ejecutaron los guardias, dejando ciego, pobre y desamparado, al que poco antes habia sido la admiracion de todo el imperio, y que habia llevado en el carro del triunfo, por aquellas mismas calles, al vencido rey Gelimer y á su familia, donde ahora ninguno osaba llegarse para darle la mano, y mucho mas para socorrerle, viendose obligado aquel ilustre miserable á tantear el viento con las manos, y el suelo

con los pies, para llevar con alguna seguridad sus pasos en medio de las funestas tinieblas que le circundaban.

Maximio, que estaba muy atento á la cruel formalidad, con que los soldados dejaban libre en la calle á Belisario, no pudo resistir á la palpitacion y terror que le causó al ver al victorioso padre de Eudoxia reducido á tan miserable estado, y á la cruel privacion de la vista, como lo manifestaban los ademanes que hacia con los brazos, y el tiento y cautela con que arrasaba sus pasos sin quejarse, ni decir palabra, pareciendo buscar una pared, que le sirviese de guia. Mas no pudiendo dudar de aquella funesta pena de Belisario, á quien veia caminar á tientas y sin acierto, aunque sentia impulsos de ir á ponerle en camino, y de darle noticias de su muger y de su hija, le retenia, sin embargo, el temor de los soldados, que estaban contemplando el embarazo de aquel respetable ciego, desde la puerta de la cárcel á donde se habian retirado, despues que lo dejaron en medio de la calle.

Pero el amor, avivando los impulsos en el corazon de Maximio, con la memoria de Eudoxia, le hizo atropellar con todos sus temores y reparos, y lo induxo no solamente á que se llegase á él, sino tambien á decirle con compasiva resolucion y franqueza: Belisario, dad acá la mano, os serviré de guia hasta el lugar que me insinueis. Belisario, aturdido todavia, á pe-

sar de la excelsa fortaleza de su ánimo, de todo lo que acababa de pasar por él, reconociéndose libre entre las funestas tinieblas, que iba palpando, y necesitado de agena mano que lo condujese, mostróse reconocido á aquella persona que le ofrecia la suya, diciéndole: quien quiera que seais, pues no puedo tener el gozo de conoceros, os agradezco vuestra compasiva y generosa atencion. Mal asegurado de la cruel libertad que se me concede, y abandonado á mi funesta suerte, no sé si me queda asilo en la tierra, ni quien me ampare. ¿Sabeis por ventura si viven mi muger y mi hija?

Si deseais que os conduzca á donde estan, lo haré de mil amores; dad acá la mano, venid conmigo.= ¿Mas ellas dónde se hallan, pues me intimaron que quedaba enteramente privado de todos mis haberes, y que se me abandonaba á la pobreza por clemencia del Emperador?— Oí decir que las sacaron fuera de la ciudad; nos informaremos por el camino de su paradero.= Vamos allá os ruego. ¡Ah! no lo perdió todo Belisario. No se atrevió el supuesto Damasio á declarar á Belisario el sitio en que se hallaban su muger é hija, mientras caminaban por las calles de la ciudad, ni contestaba tampoco á otras preguntas que él le hacia, hasta que hallandose ya fuera de las puertas, le paró para decirle asi: Belisario, estamos ya en el campo. Os puedo decir ahora con toda libertad lo que antes no me atrevia.

Sabed, pues, que vuestra hija Eudoxia sumamente afanada y solícita por saber el éxito de vuestra prision me encargó que viniese á Constantinopla, para que pudiese, á lo menos, tener alguna noticia de vuestro estado. A este fin me puse cerca de la cárcel, esperando se me proporcionase un momento oportuno para satisfacer á los deseos de vuestra hija y á los míos, cuando impensadamente ví que os sacaban de las torres, y os dejaban en libertad. Asi pude atreverme á ofréceros mi mano, y hacer con vos este piadoso oficio, mucho mas honroso y estimable para mí, que todos los honores y riquezas que me pudiera dar el Emperador.

¿Qué escucho? ¡cielos! exclamó Belisario; no, no soy del todo infeliz! ¿Esto quién lo creyera? Hallo quién prefiere servirme en mi miseria á los dones y favores de la fortuna. Vuestras increíbles espresiones me hacen sentir mucho mas la falta de la vista, no pudiendo conocer á quien debo tan estimable oficio y tan generosos sentimientos. Decidme á lo menos ¿quién sois? = Un pobre infeliz, que como vos, perdí tambien todos mis haberes, y me veo reducido á la mendicidad. Empleado en este miserable estado de vida, dí accidentalmente en la pobre casa, á donde llevaron á vuestra muger y vuestra hija; la cual con el motivo de pedirle yo limosna, y de decirle que iba á Constantinopla, me hizo con lágrimas el encargo que os insinué. = ¡No esperaba tener tan presto este

consuelo! ; Eudoxia vive, pues: y vive tambien Antonina, aunque en esa pobre casa que insinuais? No podeis pensar cuan grande es el consuelo, que me causais. El cielo os lo remuneré, pues yo no puedo satisfacer á medida de mis deseos á tan generoso favor. = El consuelo es mio de servir de guia al ilustre vencedor de Gelimer, y de Vitiges. =

Viste, hijo, los males que me han acarreado esos honores. Nada puede ya interesarme en la tierra, sino mi muger, mi hija y vos, que sobremanera empeñais mi reconocimiento. Por lo tanto, os ruego, ante todas cosas, me digais vuestro nombre, y como es que perdisteis vuestros haberes. = Llámome Damasio, y soy de la Villa de Esterobea; perdí á mi padre hace tres años, y con él la paterna herencia, que confiscó el Emperador. Así me veo reducido á vivir pordiosando mi sustento. = Sobremanera siento vuestra desgracia, y quisiera poder remediarla. Mas decidme tambien si sabeis ; de qué modo se sustentan mi hija y mi muger? ; Hanlas dejado bienes con que pasar la vida, ó las han reducido tambien á la pobreza? =

No puede ser mayor la miseria en que se hallan. No me atrevo, Belisario, haceros la descripcion del lastimoso estado en que las ví. La sola memoria me entenece. = Hijo, en mi prision preví el exceso de las desventuras que podian acompañar mi desgracia. Nada me parecerá estraño. No teneis, pues, por que recelar y

temer en hacerme una pintura de ellas; ninguna cosa será ya capaz de envilecer y abatir al corazón de Belisario. = Sabed, pues, que con el motivo de llegar á la puerta á pedir limosna, salió á mi llamamiento una señora jóven á quien oí que llamaban Domitíla... = ¿Cómo? ¿Qué me cuentas, hijo? ¿Domitíla está con ellas? = Ella me introdujo en la estancia, donde ví á vuestra muger Antonina tendida sobre la paja, y á vuestra hija Eudoxía, que á su lado lloraba. =

¡O Antonina! ¡O hija mia! ¡Ah! ¿A qué no está espuesto el hombre en la tierra?... Pasa adelante, Damasio. Domitíla, que las confortaba, y que atendia á aliviarles sus penas, me rogó que fuese á proveerles un poco de sustento, dandome para ello sus pendientes, lo que visto por Eudoxía, no quiso permitir que yo los recibiera, sino que quitandose un precioso collar de perlas que llevaba al cuello, me lo ofrecia, para que lo vendiese y comprase con él lo necesario. Reusé aceptar uno y otro, lisongeandome traerles sin ello el sustento de que necesitaban, como lo hice, dejandolas allí para venir á Constantinopla á informarme de vos, segun vuestra hija me lo rogó encarecidamente. =

Ellas, pues, ignoran que estoy libre, y que me privaron de la vista. El gozo y consuelo que probarán por verme en libertad y en su dulce compañía compensará al dolor de verme ciego y necesitado. = A la verdad, han exercitado con

vos una cruel ingratitud. ¡Privaros cabalmente de la vista, á que debe el imperio su mayor gloria, y su dilatada grandeza! = No lo estrañes, Damasio. No hay cosa mas liberal ni mas ingrata al mismo tiempo que la fortuna. Sin la dulce satisfaccion de mi inocente honradez y entereza, seria yo muy infeliz. = ¿No lo sois del mismo modo? = No: Belisario inocente, aunque mendígo y ciego, no tiene porque echar menos sus perdidos bienes. La fortuna pudo despejarle de los adornos de la grandeza, mas no de sus sentimientos.

Proseguian así su razonamiento Belisario y el supuesto Damasio, interrumpiendoles frecuentemente las personas compasivas que couocian á Belisario, á quien ofrecian sus vecinas habitaciones. El les agradecia sus atentos ofrecimientos, sin aceptarlos, ansioso de llegar cuanto antes al sitio donde se hallaban su muger y su hija con Domitila. ¿Qué sintiera y dijera aquel ilustre ciego, si supiese que aquel Damasio, que espontáneamente le servia de lazarillo, era aquel mismo Maximio, á quien él procuró sacar de la cárcel, en que le hizo poner Antonina, y el digno y fiel amante de Eudoxia, cuyo casamiento preferia al de Basíledes el mismo Belisario, despues que supo el afecto que Eudoxia le tenia?

Tentado estaba á cada paso Damasio de descubrirse á Belisario por Maximio: pero contenia sus deseos é impulsos, no tanto el mismo Belisario, quanto Eudoxia, á cuyos ojos queria

quedar todavía encubierto , pareciendole que seria muy inoportuno su descubrimiento en medio del sumo alborozo de la misma , con el recobro de su amado padre. Resolvió , pues , diferirlo á otra ocasion mejor , contentandose por entonces de la dulcísima satisfaccion de cumplirle la palabra , que le dió de traerle nuevas de su padre , conduciéndosele en persona. Pero persuadido que el consuelo que ella probaria , seria tanto mayor , quanto mas impensadamente la presentase su padre , no quiso avisar , ni tocar á la puerta , quando llegó , sino que hallandola abierta , entró conduciendole de la mano hasta la estancia.

Estaban entonces Eudoxía y Domitíla muy afanadas y tristes junto á la pobre cama , en que habian incorporado á Antonina , sumamente estenuada , persuadiendola á que recibiese el sustento que le presentaban , y persistiendo ella en reusarle y en querer morir , quando llamada toda su suspensa atencion de la voz de Belisario , que entraba , y del pobre Damasio que le conducia , los reconocen. Eudoxía , aturdida y arrebatada de la vista de su padre , y deslumbrada al mismo tiempo del gozo excesivo é inesperado , que le infundió , fue á precipitarse en sus brazos , sin reparar en su ceguera , diciendo con sollozos , arrimado su rostro al esforzado pecho de su padre , que la tenia entre sus brazos : ¡ ó padre mio !... ¡ ó padre mio ! ¡ recobro mi mayor bien ! ¡ Cuánto debo á Damasio ! nada falta á mi dicha....

Te reconozco, amada Eudoxía, le decia su padre sumamente enternecido, te abrazo, hija mia, te abrazo. Mas ¡ah! no quiso la cruel fortuna concederme el consuelo tambien de volverte á ver con mis ojos. Eudoxía, advertida entonces de aquella nueva desgracia de su padre, en que no habia reparado, prorrumpió en llanto, diciendo: ¡ó desventurada de mí! ¡qué veo? ¡ah! era sobrada dicha para vuestra hija el recobraros, amado padre, aunque pobre y mendigo. ¿Pero ciego? ¡ó cielos! ¡ciego?... Pero tu padre, hija mia, aunque pobre y ciego, te recobró, y te abraza. Aquí me teneis, dijo Domitíla penetrada de dolor, al ver la crueldad, que han egercitado con vos. Antonina, que estaba incorporada en la cama, y arrimada de espaldas á la pared, llamada de la voz de su marido, como reconociese todo el exceso de la cruel ingratitud, que habian usado con él, no pudo resistir al mas fiero impulso de su dolor, que la oprimió enteramente, haciendola arrojar un agudo grito, que fue el último aliento de su vida.

Aunque su cuerpo cayó sin alma sobre la cama en que estaba medio incorporada, ni Eudoxía ni Domitíla repararon en su trance, sumamente aturcidas y dolientes de la vista y expresiones de Belisario, hasta que este, insistiendo en que le llevasen hácia la cama para abrazarla, se ofreció Domitíla, diciendole: ahí en la cama está, donde la postró su mortal afliccion. Y llegada con Belisario á la cama, no creyen-

dola muerta, auuque la vió tendida, la llamó, diciéndola: aquí teneis, Antonina, á vuestro marido Belisario. Este palpando el cuerpo para asirla de la mano, la decia: aqui me teneis, Antonina, no lo perdimos todo. ¿Mas cómo? ¿no me responde, ni me da señal de vida?... ¿Mas qué significan esos recios sollozos? ¿No sois vos, Domitíla, la que sollozais? ¿No es tambien Eudoxía la que prorrumpe en tan amargo llanto?.. ¿Qué viene á ser esto?.. ¿No me respondeis?

Reconoció luego Domitíla que habia muerto Antonina, y se confirmó en ello Eudoxía por los sollozos de Domitíla, y por la postura de su madre, sin poder una ni otra responder á Belisario, ni certificarlo de su trance, vedándose los sus sollozos y su dolor, hasta que Domitíla, forzada de sus instancias, se lo dijo con medias palabras. Confirmado entonces Belisario en sus sospechas, póstrase con dolor sobre la cama, y sobre la mano de Antonina, que habia asido, y aplicando á ella sus labios, exclamó: ¡O infeliz Belisario!... ¡O Antonina...! Este golpe cruel me reservaba tambien mi enemiga suerte, para amargar mucho mas el gozo de mi libertad y de vuestro recobro!...

En estas y otras espresiones dolorosas prorrumpió Belisario, postrado sobre la cama y sobre el cuerpo de la difunta, avivando mucho mas con este espectáculo el dolor de Domitíla y de Eudoxía, que se habia arrimado á su buena amiga, buscando naturalmente alivio á su senti-

miento en la pérdida de su madre. Mas esta misma confianza avivando su enternecimiento y dolor, con las tristes demostraciones de su padre, la hizo desfallecer dejandose caer sin sentidos en los brazos de Domitila, que la recibió en ellos, advertida de su ademan. Damasio, que hasta entonces habia sido mudo espectador de aquella escena lamentable, no pudo resistir á la fuerte conmocion que le causó el ver á su amada, que privada de sentidos y con rostro moribundo, parecia querer espirar en los brazos de su amiga. É iba á descubrirse, impelida de su amor, que lo reducía á postrarse ante ella de rodillas, cuando Domitila solicita por el desfallecimiento de Eudoxia le rogó que fuese luego á traer agua para rociarla el rostro.

Contenido Damasio del ruego de Domitila, que le pedia el agua con instancia, se dió prisa en traerla, y con ella y mucho mas con lágrimas y tiernas espresiones pudo recobrarla, ayudada del encubierto amante, que la roció tambien el rostro con su enternecido llanto temiendo que muriese, y que su muerte la robase el fruto que se prometian sus esperanzas. Mas luego que la vió volver en sí, volvieron á jubilar la lisonjas de su amor en su entristecido pecho, y á fin de impedir que volviese Eudoxia á caer en igual deliquio, pensó en hacer desistir á Belisario de sus dolorosas demostraciones, en que continuaba, arrancándolo de la cama y del cadaver de Antonina que tenia abrazado.

Lo consiguió con sus exortaciones, y con la fuerza, de que tambien se valió, para llevarlo á un asiento que habia algo distante de la cama, donde lo dejó sentado. Le ocurrió tambien sacar cuanto antes del mismo cuarto el cadáver de Antonina, para quitar con su vista el fomento de dolor, que debia causar necesariamente á los que tanto sentimiento acarreaaba su trance. Fue para ello á llamar á los vecinos labradores, los cuales condescendiendo con sus ruegos dejaron el trabajo del campo, en que se empleaban, para ir á hacer este piadoso oficio al cadáver de una muger, poco antes la mas ilustre y rica del imperio, y ahora tan infeliz y tan pobre en su muerte, que causaba compasion á los mas miserables.

Eudoxía, mal recobrada de su desfallecimiento, estaba todavia en los brazos de Domitíla, que se esmeraba en confortarla y consolarla, cuando llegaron los labradores con Damasio. Advirtió este entonces con sus ademanes á Domitíla de las intenciones que tenia de llevarse el cadáver, de modo que Eudoxía no pudiese reparar en ello. Lo entendió Domitíla, y á pesar del dolor que la renovaba aquel postrer oficio hecho al cadáver de la difunta, cubrió de modo el rostro de Eudoxía con el suyo, que los labradores ayudados de Damasio pudieron llevarse el cadaver, sin que ella ni Belisario lo advirtiesen.

Hecho esto, no le pareció bien tampoco á Da-

masio diferir el entierro, recelando que Eudoxia, llevada de su dolor, fuese en busca del cadáver de su madre, luego que lo echase menos. Movidó de esto, indujo á los labradores á que le abriesen cuanto antes la huesa en el campo, lo que ellos ejecutaron ayudados tambien del mismo Damasio, y luego que la tuvieron abierta, depositaron en ella el cadaver, sin otras exequias, que las que sus compasivas manos y corazones le hacian. ¡O ambicion! ¡O fortuna! ¡ah! cuan diferentes honras prometiais á la que pocos dias antes desdeñando pobre á aquel mismo Damasio, reputandole indigno del casamiento de su hija, y haciendole poner en la cárcel, como reo de su ofendida presuncion, habia de tener en él el solo amparo en la tierra, y recibir de sus propias manos las honras postreras, despues de verse reducida, por su adversa suerte, á la mas horrible necesidad y miseria! ¡Y habrá quién á vista del infeliz tranee de la muger de Belisario se ensoberbezca en la grandeza y en los honores, solos préstamos de los caprichos de la fortuna? ¡Santa y noble moderacion, tú sola puedes hacer á los mortales mayores que su grandeza y fortuna, y superiores á su desgracia, si en ella los hace caer su contraria suerte!

EUDOXIA.

LIBRO CUARTO.

Despues que Damasio dejó enterrada á Antonina , volvió solícito á la casa y estancia , donde encontró á Belisario sentado en el mismo asiento en que le dejó. Habia sucedido á sus lamentos un triste silencio , con que mostraba dar atención á Domitíla , que teniendo todavia en su regazo á Eudoxía , la decia : vuestra madre pagó ya el tributo á la naturaleza y vos lo disteis tambien del justo dolor y llanto que su sensible pérdida os exígia. Todos sus males acabaron con su muerte. Nada os queda por que doleros ni lamentaros de ella. Teneis con vos á Domitíla , que no os ama , ni amará menos que aquella misma que os tuvo en el vientre. Habeis experimentado mi amor , Eudoxía , y me lisongo de haber tambien merecido vuestra apreciable correspondencia.

O amada Domitíla , le dijo la recobrada Eudoxía , si vivo , es solo por vuestros esmeros , y por efecto del amor que os debo : me restituisteis á la vida , y á mi amado é infeliz padre... Fuí infeliz , Eudoxía , dijo Belisario , rompien-

do su silencio ; tal vez se burló de mí la fortuna viendome oprimido de un justo dolor. El corazon de Belisario no se rindió al aparato y dolor del tormento , que lo privó de la luz del dia, cedió por pocos instantes al sentimiento de la pérdida de la buena compañera de su tálamo. Era mortal, y murió. El amor que yo la debia, y al que el suyo fue acreedor , arrancó de mi pecho los lamentos y quejas, que no me merecieron ni la pérdida de mis bienes y honores , ni la de mi vista, ni la pobreza y necesidad presente , á que me condenó la suerte.

Pero pagada ya la deuda de mi forzoso duelo, no le queda ya ninguna otra á mi corazon , mucho menos, dejándome el cielo á mi amada Eudoxia. Ven , pues, hija mia , deja que avive en tus brazos el tierno consuelo con que recompensa á mi sufrido sentimiento la memoria de tu posesion. Arbitro omnipotente de los mortales , dignate hacer duradero este mi gozo. Otro bien no le queda á Belisario en la tierra , que su hija virtuosa. Conservasela , pues , á un tierno padre, que os lo ruega con el mas sumiso y ardiente afecto , y que en la misma , y en su feliz recobro, reconoce el mayor don de tu piadosa beneficencia.

Eudoxia que sostenida de Domitila, obedeció á su padre que la llamaba , y en cuyos brazos hizo él aquella tierna oracion al Criador, luego que vió haberle dado fin, le dijo : recibo , padre mio , en esta vuestra tierna demostracion, no

pequeño alivio de mi sentimiento. Vuestra hija, en su miserable estado, echaba solamente menos á su amado padre, y se dolió justamente de la pérdida de su madre. ; Ah! no estrañeis si su memoria renueva otra vez el llanto... No, hija mia, no lo estraño, dijo Belisario. Reconozco á Eudoxía en sus espresiones y sentimiento. Aunque estoy sin ojos, te veo, hija mia. A la privacion exterior de mi vista compensa la del alma, en que quedan impresas tus facciones, y con ellas la imágen de tu virtud. El mayor de todos sus bienes le queda todavia á Belisario, y en tí lo posee.

Pudo la fortuna despojarme de todos aquellos bienes, con que engrandece, si se le antoja, al hombre mas bajo y ruin, en este risible teatro de la tierra; pero la fortaleza y la constante entereza del alma se exímieron siempre de los caprichos de la suerte. No le demos, pues, mas el gozo, de que oiga en adelante nuestras quejas y lamentos, y neguémosle la satisfaccion de que nos vea tristes y abatidos. Dejemos que se lamenten de ella los que engreidos en sus favores, se reputan viles, deshonorados é infelices, si los pierden. Belisario ni su hija no deben pensar así. Su mayor gloria, sus títulos mayores, y su mayor grandeza estan cimentados en su sentimientos: estos ennoblecerán, hija, nuestro presente estado, aunque infeliz y miserable, en esta pobre casa. De aqui no me sacaré ya, ni el sonido de la guerrera trompeta, ni los favo-

res soberanos. Verdad es, que no podré como el honrado Regulo, ni como el honesto Fabricio, arar ni sembrar el campo de mis mayores, pues la falta de la vista me lo veda; pero igualmente satisfecho que ellos, podré á la sombra de un árbol tratar con vos y con Domitíla de los afectos del alma y de las pasiones, y contigo tambien Damasio, si te dignares quedar en nuestra compañía.

Creia Belisario que Damasio estuviese allí presente, mas él que advirtió de antemano la falta de todo lo necesario en que estaban aquellos ilustres desgraciados, luego que notó que Domitíla continuaba en consolar á Eudoxía, se aprovechó de aquellos momentos para ir á proveer mesa y manteles, y los mas necesarios utensilios. No pudiendo, pues, responder ausente á lo que le decia Belisario, que le dirigió el discurso, respondió por él Domitíla, diciendo: que Damasio no estaba allí, que hacia poco que habia desaparecido. Mas temiendo Belisario que le hubiese desamparado, volvió á preguntar por él, y si sabia á donde habia ido, pues no podia persuadirse que les hubiese dejado del todo, sin prevenirselo antes, atendidas las pruebas, que le habia dado de su noble y generoso corazon.

Contestaronle lo mismo Eudoxía y Domitíla, que contaron el caso de los pendientes y del collar, que indicaba que sus sentimientos eran superiores á los del mendigo, como él lo era, aunque hijo de ricos padres, segun les habia

contado él mismo antes de ir á Constantinopla. De esta manera proseguian en hablar del ausente Damasio, comenzando á recelar haberle perdido, cuando lo ven entrar cargado de muebles y con una mesilla que traia sobre la cabeza. Quanto mas sensible se les hacia su pérdida, tanto mayor gozo les dió su impensada vuelta, con aquella nueva prueba de su compasiva y generosa atencion. Eudoxía y Domitíla, transportadas del tierno reconocimiento que les causó, acudieron á él, para ayudarle á descargar aquellos trastos.

Domitíla, que se adelantó á Eudoxía, luego que le vió entrar, fue la primera en decirle, al tiempo que le iba aliviando la carga: esta generosa atencion que usais, Damasio, con Belisario y con su hija Eudoxía, no solamente es acreedora al reconocimiento de los mismos, sino tambien á la veneracion que mereceis con un hecho, que acredita la grandeza de vuestra alma. Nada hay aqui que admirar, y mucho menos que venerar, Domitíla, le respondió Damasio: no hago, sino lo que hubiera hecho cualquiera otro en mi lugar. Sigo el natural impulso de la compasion que me mereció la desgracia de Belisario y de su hija, y el del aprecio que hago de la honra que me proporcionó la suerte de servir en su desgracia y miseria al hombre mas glorioso del imperio.

Belisario, oyendo esto desde su asiento, no pudo contenerse preguntando con vivo interes y

curiosidad : ¿es por ventura Damasio el que eso dice? Es Damasio le responde Domitíla, que vino cargado con los muebles que nos faltaban. Belisario entonces , abriendo los brazos le dijo: ven acá , Damasio, hijo mio , ven acá , deja que Belisario te manifieste con sus brazos el entrañable agradecimiento y aprecio que te debo. No reusó Damasio esta tierna demostracion de Belisario ; antes bien abrazandose con él , le decia: ¡ ah ! ¡ si supierais , Belisario, cuán grande recompensa es esta para mí , y mucho mas el título de hijo que me acabais de dar ! ¡ O cuanto empeñais mi corazon sensible y agradecido ! =

Si á tan poco coste puedo recompensar tus inestimables servicios , llamandote hijo mio , sabed, que Belisario á mas de dartelo, te tendrá siempre por tal , si quisieres quedar con él. = ¿ Si quisiera quedar con él ? ¿ Puede haber honor, ni dicha en la tierra, que anhele yo mas , que permanecer con vos , y que servirlos ? = Me haces enternecer , hijo mio. Empeñas sobremanera mi reconocimiento. Oyendo esto Endoxía , dijo inmediatamente á su padre: si deseais manifestar á Damasio vuestra gratitud , aqui teneis este collar de perlas , que fue la sola alhaja que me quedó. Si , hija mia , dijo Belisario , dadle acá , tendrá Damasio esta prenda de mi aprecio. Tomale , hijo mio , tomale. ¿ Qué yo lo tome ? dijo Damasio : no se envilecerán mis manos , recibiendo un dón que desmintiera el desinterés de mi afecto , aunque fuera para mí una dádiva

inestimable, no tanto por lo que vale, quanto por pertenecer á quien pertenece. Respetable Eudoxia, quedan ya sobradamente recompensados todos mis servicios: basta que os digneis aceptarlos y con ellos mi sincera voluntad, con que procuraré no desmerecer el título de hijo, con que me honró vuestro ilustre padre. Conservad, os ruego, ese precioso collar. De hoy en adelante emplearé con mayor teson mis brazos y mis sudores, para impedir que llegue el lance de veros necesitada á desprenderos de él.

¡ O mozo digno, exclamó Belisario, no solo de mi mas tierno aprecio, si tambien de que bese esas tus manos! Dálas acá; Damasio, hijo mio, deja que desahogue en ellas con mis labios la gratitud que me aviva tu noble desinterés. No, no lo permitiré jamas, Belisario, decia Damasio, apartando las manos que queria besarle Belisario. Mas este instaba con cariñosa porfia, diciendo: no me nieges, hijo, este consuelo. Confirmaré con esta tierna demostracion que te tendré siempre por hijo, y por hermano de Eudoxia. Hija, dame la mano, acercame á Damasio. No será tan desconocido en su magnánima compasion, que huya y reuse prestarse á la demostracion de quien se le declaró por padre.

No, no huyo, Belisario, dijo Damasio prostrandose de rodillas, antes bien prevengo aquí á vuestros pies, que esa demostracion como padre no os compete. Uniré mi rostro al vuestro: impriman en ellos nuestros lábios con mútua gra-

titud la dulce obligacion que la misma impone. Diciendo esto se abrazaban, y besaban Belisario y Damasio, haciendo enternecer á Eudoxía y á Domitíla, que con lágrimas en los ojos, veian y oian las demostraciones y espresiones tiernas, con que desahogaban los afectos de sus ánimos sensibles y reconocidos. Desprendiéronse de sus abrazos, no sin sentimiento de Damasio, por no haberse atrevido á servirse de aquella ocasion tan propicia para descubrirse á Belisario, temiendo que le fuese contrario, como Antonina, al casamiento con Eudoxía.

Mas como determinaba quedar alli con él, esperaba que se le proporcionaria ocasion para salir de estos recelos, y para indagar antes los sentimientos de Belisario sobre este particular; pues si le fuesen favorables, podria entonces descubrirse con mayor seguridad, que dejaria mas satisfecho su amor, y realzaria su ficcion. Animado de estas lisonjas, atendió á proveerles de sustento, á que hasta entonces no les habia dejado pensar la muerte de Antonina, cuyo cadáver echado menos de Eudoxía, le renovó las lágrimas, y el sentimiento que procuró disminuir Belisario con sus exortaciones, mientras Damasio fue en busca de la comida.

Con el motivo de haber él ido antes al campo á enterrar á Antonina, supo de los labradores que aquellas tres ó cuatro tierras, y un huerto que habia inmediato á la casa pertenecia á la difunta. Esta noticia le consoló mucho;

acordándole que aquel campo podia servir , aunque corto , á su subsistencia , sin verse necesitados á pedir limosna ; espediente forzoso , á que hubieran debido recurrir , sin aquellos campos y sin aquel huerto , donde quedaban algunas frutas , y alguna hortaliza , que trajo Damasio , y que les sirvió de comida aquel dia , sobre la mesilla que él mismo habia traído antes , y en que Belisario quiso tenerle á su lado , para darle nuevas pruebas de su estimacion y reconocimiento. Rebosaba de sublime satisfaccion y consuelo el alma de Damasio , no solo por las espresiones de Belisario , sino mucho mas por tener junto asi sentada á Eudoxía , pudiendo disfrutar sus ojos sosegadamente del dulce objeto de su amor , tierno y casto , y conocer las realzadas prendas de su bella alma.

Dió motivo para esto el discurso que movió Damasio , despues que desahogaron los afectos de su gratitud por el sustento que les habia traído , diciendoles él : consolaos , pues no somos enteramente infelices , estas frutas y hortaliza las traje del vecino huerto que os pertenece , con algunas tierras contiguas , como patrimonio de Antonina. Yo lo cultivaré con mis manos , y así sacaremos de ellos nuestra necesaria subsistencia , con lo cual pasaremos pobres sí , pero muy felices , si con ello nos contentamos. Aunque veo que ahora en los principios no os acomodareis facilmente á una comida y sustento tan parco , mucho menos estando acostumbrados á la esqui-

sita abundancia y riqueza, que alegraba á vuestras antiguas mesas.

Eudoxía, oido esto, fue la primera en decir: ningun atractivo tiene ya todo eso para mí. Toda mi antigua abundancia no la trocará, Damasio, por estas frutas, que provistas por vos, realizan vuestra generosa compasion para con mi padre. Domitíla acostumbró de antemano mi corazon al menosprecio de todos aquellos bienes y riquezas, de que nos despojó la fortuna. Y así os aseguro que no probé tan dulce satisfaccion en medio de mi antigua abundancia, quanto ahora en este escaso manjar, en compañía de mi recobrado padre, de mi amada Domitíla y de vos, Damasio, en quien reconozco un digno hermano, despues que mi padre os reconoció por hijo. Otro motivo de tristeza no me queda, que la pérdida de mi buena madre. Todas las demas memorias no podran entristecer á mi corazon, aunque reducida á ganarme el sustento con el trabajo de mis manos.

Damasio al oir esto, no pudo dejar de esclamar: ¡autor omnipotente de todo lo criado, que sois testigo de la admiracion y del gozo que infunden á mi pecho las sublimes espresiones de Eudoxía, querais poner fin á sus males, y á los de su digno padre, y hacer su presente estado el mas dichoso de la tierra! Dicho esto, iba á descubrirse, impelido de su enfervorizado afecto, haciendo á Eudoxía una amorosa demostracion, pero lo contuvo el respeto que exigió de

él el continente de su amada , y las lágrimas que vió asomadas á sus ojos , que tuvieron en freno los impulsos de su amor enardecido. Lo contuvo tambien la espresion que le hizo al mismo tiempo Belisario , para agradecerle de nuevo el empeño afectuoso en servirles , y cuidar en adelante de su sustento , trabajando los campos , como habia insinuado.

Avivaronsele con esto mucho mas á Damasio los deseos de quitar el velo á su ficcion , y de sacudir enteramente la molestia que sufría en llevar el rostro sucio y tizado , como de proposito lo llevaba , para no ser conocido , y mal arropado como iba con aquellos andrajos , que cuanto mas carecterizaban su miseria , tanto menos contribuian para grangearse el efecto y correspondencia de Eudoxía , como hubiera deseado y como le convenia para que tuviese su descubrimiento un exito mas feliz. No por esto perdió las esperanzas de que se proporcionase cuanto antes ocasion que todo lo combinase. Animado de estas lisonjas , luego que acabaron aquella parca comida , se despidió de ellos , diciendoles , que iba á buscar varias cosas que les faltaban.

Mas no quedandole dinero bastante para suplir todo lo necesario , que sus amorosos deseos le sugerian , vióse precisado á buscar expedientes en su fecunda imaginacion. El de pedir limosna , no podia prestar para tanto : las cosechas de los campos no podian tampoco serles de provecho por entonces , por estar en cierne todavia.

El huerto suministraba alguna fruta, legumbres y hortaliza; mas no habiendose ejercitado en su cultivo, veia que no podia salir bien de presto con su manifestado empeño, y recelaba que á la larga fuese dañoso aquel solo alimento á los que no estaban acostumbrados á él, por mas que quisiesen esforzarse en sus circunstancias á acomodarse á tales manjares con su heroica resignacion.

Tambien le ocurrió el servirse del precioso collar de Eudoxia, puesto que le era ya alhaja inútil, por cuanto no quiso llevarlo mas al cuello, desde la vez primera que se lo quitó para entregarselo al mismo Damasio, en lugar de los pendientes que Domitila le ofrecia. Mas antes que resolverse á este paso, á que sentia suma repugnancia, pensó en volver á Constantinopla y á la casa de sus padres, para tomar algunas alhajuelas que le pertenecian, con cuya venta podria suplir á la presente necesidad, y ver y abrazar á sus padrés, que estarian muy solícitos y afanados por su ausencia, no pudiendo ellos ignorar que habia salido de la cárcel que forzaron los amotinados.

Pensar y resolver esto fue todo un punto, tomando con gran aliento el camino de Constantinopla. Pero luego comenzaron á presentarsele vivamente las dificultades que encontraria para volver á la casa de Belisario, si llegaba á ver á sus padrés, que querrian saber de él los motivos de su ausencia y del trage infeliz de mendigo que lle-

vaba, que lo detendrian, y le impedirian finalmente la vuelta. Estas ocurrencias le retraen de su resolucion y le paran, obligandole á buscár nuevos medios, para deshacerse de las dudas y temores que le acometian, y suplir á la necesidad en que se hallaba. Tanto pensó y meditó sobre este afan, que al fin dió con un espediente que le pareció admirable y fue, que podria vender las cosechas en cierne á alguno de los ricos aldeanos de aquellos contornos, y mantenerse todos con el dinero que sacase de la venta, pues entretanto se ejercitaria en el cultivo del huerto y de los campos, y encontraria otros medios para subsistir.

Este feliz espediente, prendido de su imaginacion, le obliga á volver átras. Mas para no llegar vacio y desprovisto á la casilla, determinó ir á implorar la compasion de los labradores que trabajaban cerca de una grande alquería por donde pasaba, pidiendoles un poco de paja y sustento, que debia servir para el ilustre Belisario reducido al extremo mayor de miseria por su ingrata y cruel suerte. A estas añadió otras espresiones, con que movió la piedad de aquella gente, que sabia ya la desgracia de Belisario, dandole de buena gana, no solamente la paja, sino tambien abundantes comestibles, con que llegó cargado al suspirado asilo, donde lo recibieron Belisario, Eudoxía y Domítilla, con nuevas demostraciones de su enternecido reconocimiento á tan desinteresados y caritativos servicios.

En el tiempo que Damasio estuvo ausente fue á la casilla la labradora vecina, para dar á Eudoxia y á Domitila algunos lacticinios, en prueba de su gratitud y aprecio por los pendientes recibidos. Aquellos lacticinios y parte de los otros comestibles, que trajo Damasio, sirvieron de cena aquella noche. Sobre ella propuso Damasio á Belisario la ocurrencia que le vino de vender las cosechas de los campos á un rico labrador, añadiendole que habiendose informado sobre ello en la casa de campo donde le dieron la paja y los comestibles, le insinuó uno de aquellos labradores, que tal vez le compraria las cosechas un rico aldeano, llamado Scipion, que vivia retirado de la corte en la vecina villa de Astabia.

Aprobó Belisario el pensamiento de Damasio, agradeciendole sus perspicaces miras, que dieron materia para un discurso semejante al que tuvieron despues de la comida. Llegada la hora de ir á dormir, como reusase Belisario servirse de la cama, que era la sola que tenian, y prestada de los vecinos labradores, debió Damasio recoger la paja que habia traído, llevandola á otro cuarto, para que pudiese descansar en ella Belisario, y él en su compañía. Despidieronse á este fin afectuosamente de Eudoxia y de Domitila, que quedaron en la estancia en que habia fallecido Antonina, cuya memoria avivó á Eudoxia con las tinieblas de la noche toda la tristeza y sentimiento que probó en su trance, y que Domitila

no podia templar con sus razones , consejos y compañía , pasando toda aquella larga noche en continuo llanto.

No se eximió tampoco de llorar Damasio con el motivo de ayudar á Belisario á tenderse sobre la paja para dormir. Representósele tan vivamente el estado de gloria y de grandeza , en que habia conocido poco antes á aquel heroe memorable del imperio , reducido entonces á la mayor miseria y necesidad , debiendo servirse de aquella paja para descansar, como el mas menestero- so mendígo , que no pudo resistir á la conmocion del enternecimiento que le causó, prorrumpien- do en sollozos repentinos. Belisario, oyendole con sorpresa , le dijo: ¿qué te sucede, Damasio? ¿Qué significa ese repentino llanto? = ¡Ah! me quebranta el corazon la vista del infeliz estado, á que os redujo la inconstante y cruel suerte. ¡Suerte ingrata! ¡cómo es posible dejar de de- testarte, viendo al vencedor de tantos reyes, al grande Belisario, reducido por tus caprichos á reclinarse en tan humilde lecho! =

¿Y eso estrañas, hijo, en un soldado? el mis- mo Belisario, cuando mandaba á sus victoriosas legiones, dormia tambien muchas veces al cielo raso y sobre el desnudo suelo. Si no es otra co- sa la que te aflige, echate y duerme tranquilo y sosegado. Mañana iremos á vernos con ese ri- co aldeano, para proponerle la venta de las co- sechas, y si saliere vana nuestra tentativa, nos ingeniaremos en pedir limosna. Ves cuan encon-

trados van nuestros modos de pensar. Lloras y te afliges por verme descansar sobre esta paja, y yo lo contemplo con gran indiferencia. Esto no parece bien, Damasio, porque habiendo de dormir y vivir juntos los dos, conviene que pensemos, y sintamos del mismo modo. = ¡Ah! ¡si vuestros émulos y enemigos os viesen mirar con tal indiferencia vuestra desgracia! = Nada de todo eso hace al caso, hijo mio: no te afanes, por lo que no se afana Belisario. Lo que importa es, que reconcilies luego el sueño, pues hemos de partir temprano para vernos con ese aldeano que dijiste.

Calló Damasio, oyendo esto, conteniendo tambien por entonces los deseos que sentia de aprovecharse de aquel comenzado discurso para descubrirse á Belisario, á cuya instancia quiso obedecer para dejarle descansar. Luego que la siguiente aurora comenzó á dorar la tierra con sus plácidos resplandores, Eudoxía, que habia pasado en llanto aquella noche, salió con Domitíla de la casa, para tomar el aire de la mañana, y fueron á esparcirse en el vecino huerto, antes que Belisario y Damasio se despertasen. Este recreo, que le aconsejó Domitíla para que pudiese aliviar su afliccion, tuvo el efecto que esperaba en el ánimo de la desgraciada hija de Belisario.

Comenzó á serenarse su tristeza al eco armonioso de las aves, que con sus cantos saludaban á la nacida aurora, y á la vista de las flores, de

los frutos, y verdura, que le rendian deliciosos tributos á sus sentidos, borrando en ellos las tristes especies y pensamientos que la soledad y lobreguez de la noche fomentaron en su fantasía. Allí las sorprendieron poco despues de su llegada Belisario y Damasio, que las oyeron salir. Renovaronse las tiernas demostraciones y palabras de mutuo afecto y cariño, entre aquella amena frondosidad, en que tanto mas amable y hermosa pareció Eudoxía á los ojos de Damasio, cuyo amor se aprovecha de la crecida confianza con las prestadas atenciones y servicios, para hacerle mas afectuosas espresiones y ademanes, con pretesto de darle los buenos dias.

Despues de haberse entretenido alli un rato con apacibles discursos, dijo Belisario á Eudoxía y á Domitila, que habiendo resuelto el dia antes el ir á verse con el rico aldeano, para proponerle la venta de las cosechas, iba á ponerlo luego en ejecucion en compañía de Damasio, por cuanto no les quedaban otros medios para subsistir. Eudoxía, oido esto, aunque sentia separarse de su amado padre, cedió á la necesidad, y se le encomendó á Damasio; el cual aceptó con toda el alma aquella recomendacion, prometien-dola con no menor afecto todos los esmeros y el cuidado que le encargaba. Aseguróla tambien el mismo Belisario que asido á la mano del supuesto Damasio y apoyado á su baston, partió en busca de quien le adelantase los escasos medios para subsistir en la miseria.

¡Quién pudiera poner los ojos en tan triste espectáculo, viendo al conductor de victoriosos ejércitos, y cuyo nombre hacia temblar las naciones, conducido ahora él mismo por un roto lazarillo, para mendigar su sustento, sin contemplar con los ojos del alma la inestabilidad de la humana grandeza, juguete de los antojos de la fortuna! ¡Ni quién tampoco, uniendo el triste ejemplo de Belisario á los de tantos otros, querrá fomentar en su corazón el demasiado aprecio y confianza en los inciertos bienes y favores de la inocente suerte!

Luego que los interpuestos árboles robaron de los ojos de Eudoxía y de Domitíla la presencia de Belisario, á quien seguian con la vista, compadeciendo su desgracia, volvieron á la casilla, donde Eudoxía, con el motivo de la ausencia de su amado padre, se dejó apoderar de nuevo de su afliccion y sentimiento. Mas no le dió tiempo Domitíla para que los fomentase. Conociendo ella que procedia tambien en parte su tristeza de la ociosidad en que se hallaban, por falta de materiales é instrumentos de labor, con que pudieran entretenerle, le dijo así: la soledad y el ocio engendran naturalmente, amada Eudoxía tristeza y abatimiento, mucho mas en aquellos ánimos, en quienes, como al vuestro, les sobran los motivos para ello. Se suele decir que el alma no tiene mas dañosos enemigos que el ocio y la tristeza.

Verdad es, que nosotras nos hallamos sin te-

lar, sin rueca ó cosa semejante, y sin materiales con que ocuparnos. Mas siempre encuentra que hacer la muger que lo desea. La limpieza de una casa suministra siempre ocupacion, á la que no desdeña ninguna, y la limpieza suelen decir tambien, que es una de las principales prendas de nuestro sexo. Veis, pues, que esta casa nos ofrece hartos motivos para ejercitarla, asi en los techos entapisados de telarañas, como en su pavimento sembrado de basuras. Esta sea, pues, nuestra ocupacion, mientras vuelve vuestro padre; y nos servirá al mismo tiempo de remedio virtuoso contra la tristeza, la que siempre holgára estar mano sobre mano.

En las cosas pequeñas y humildes se echa de ver á las veces mucho mas el alma grande, que se acomoda á ellas sin bajeza, y con fuerte voluntad de sobreponerse con indiferencia á la suerte que intentó abatirla y entristecerla. Con esta firme resolucion voy á dar principio á la manobra. = No veo, Domitila, como querais llegar á los techos, aunque bajos. = Lo preví todo. Ahí en el corral ví tres ó cuatro cañas, que bien podrán alcanzar al techo; y en el huerto descubrí algunas matas, de las que suelen servir para hacer escobas. Aunque verdes servirán del mismo modo, atandolas á los cabos de las cañas, con que podremos limpiar los techos, y luego el suelo. Las paredes quedarán negras, porque así nos las dejaron los antiguos inquilinos, y la necesidad en que nos hallamos, no nos permite con-

prar lo necesario para enjalbegarlas.

Pero sabeis que la virtud sabe pasar, á mas de esto, sin tantos adornos, usa de ellos si los tiene, sino, está igualmente contenta de un modo que otró. Vamos, pues, á ocuparnos en esto.

El ejemplo de Domitíla, unido á sus consejos, empenó el ánimo de Eudoxia en aquella humilde ocupacion, que fortaleció mucho su virtud, acomodandose sin quejas y sin lamentos por su pérdida grandeza y comodidades á la necesidad, en que el destino la ponía. Mientras ellas se empleaban en esto, llegaron Belisario y Damasio á la villa de Astabia, y á la casa de Scipion. Era este señor de algunas haciendas, y aunque bastante rico, habia quedado harto pobre su familia, en cotejo de los muchos haberes que poseian sus mayores; pero cuanto era humano, generoso y compasivo, otro tanto presumia de su antigua nobleza, teniendo por cierto haberla heredado de los antiguos Scipiones Romanos,

Su abuelo desgraciado en la corte, se habia retirado á aquella aldea, donde él habia nacido y casado; aunque ya viudo solo le quedaba un hijo mozo de su matrimonio. Era el tal algo viejo, y acababa de saber la desgracia de Belisario. Oyó por lo mismo con gran sorpresa la llegada de Belisario á su casa, haciendole avisar de ella Damasio. Movido de la curiosa compasion, que le causó tal aviso, quiso ir él mismo en persona á su encuentro para recibirle, como lo hi-

zo, diciendole con afectuosas demostraciones; ¿qué es, ó desgraciado Belisario, lo que os trae á honrar la casa de Scipion? ¡Ah! no es posible miraros sin acusar de cruel á la fortuna, que redujo á tan infeliz estado al hombre mas aplaudido y glorioso de todo el imperio. Pero venid, sentaos, dejad que tenga el consuelo de manifestaros que aprecio la honra que me haceis, y cuyo motivo no alcanzo.

La fortuna, ó generoso Scipion, nos hace grandes ó pequeños á los hombres. Ella es la que señorea al suelo. Su favor me levantó sobre muchos, su contrariedad me redujo pobre, ciego y necesitado á venir á implorar vuestro favor. = ¿Mi favor? ¿en qué os puedo servir? Dadme motivo para manifestaros la complacencia que tendré en dejar satisfechos vuestros deseos, si á ello alcanza mi imposibilidad. = Esta misma fortuna que hubiera podido forzarme á venir á pedir os limosna me dejó unos campos y porcion de terreno, de donde pudiese sacar mi escasa subsistencia y la de mi hija Eudoxía: mas estando todavia atrasadas las cosechas, necesitaría de algun dinero adelantado, sobre su fianza. A este fin vengo á implorar vuestra generosa compasion. Si estais en grado de ejercitarla conmigo, podeis venir á ver los campos, y á tenor de lo que vos mismo apreciareis sus cosechas, me adelantareis lo que os parecerá conveniente, remitiendome en todo á vuestra honradez. =

¿Cómo si estoy en grado? es sobrada honra

para mí, el que hayais querido, ó Belisario, valeros antes de mi buena voluntad, que de la de otro que tuviera igual interes de afecto en servirlos. Vuestra desgracia es respetable para mí. Creyera hacer agravio á mí mismo, si dudase un instante en contribuir al alivio de una persona desgraciada que venero. Para ello no necesito tampoco de ir á ver los campos, como me insinuais. = Sobremanera empeñais, ó generoso Scipion, mi reconocimiento. Vuestra compasiva voluntad alivia el peso de mi desgracia, y quedará siempre impresa en el corazon del agradecido Belisario. = Aquí teneis esta cantidad, disfrutadla en compañía de vuestra hija Eudoxia, y dejad crecer las cosechas, sin tomaros afan en su fianza. = Quisiera tener, ó respetable Scipion, espresiones correspondientes á mi sumo agradecimiento. Os puedo asegurar que todos los premios y honores, que recibí de mano de la fortuna, no me dieron á probar tan puro gozo, y complacencia, cuanta es la que experimenta mi ánimo con vuestra generosa beneficencia.

Iba á proseguir Belisario en sus gratas espresiones, pero se las atajó Scipion, que no quiso oirlas, y que en vez de ellas le hizo instancias para que honrase su mesa. Escusóse Belisario con el cuidado, en que habia dejado á su hija Eudoxia, que estaria muy impaciente por su vuelta, si tardaba en verlo llegar. Con esto se despidió de él, renovandole las demostraciones de su vivo reconocimiento; con lo que tomó vuel-

ta á su casilla, muy gozoso por el feliz exito del sugerimiento de Damasio, que tampoco cabia en sí de gozo, por haber salido tan presto, y tan felizmente del ahogo en que se hallaba. Pudo así de camino proveer comida para aquel dia, con parte de la abundante cantidad que les entregó Scipion, con lo cual no vió reducida la mesa á las solas frutas y legumbres del huerto, á que hubieran debido ceñirse sin aquel generoso socorro.

Eudoxía y Domitila habian ya limpiado y aderezado la casa, segun sus circunstancias les permitian, y estaban esperando con ansia á Belisario y Damasio, á quienes víeron llegar de allí á poco, y los recibieron con tiernas demostraciones de gozo. Creció este con la relacion que les hizo Belisario de la generosa acogida que les dió Scipion, y de la liberalidad que habia usado con él, adelantandole el dinero sobre las cosechas. Esto dió materia, para que esplayasen sus ánimos con gustosos discursos, antes y despues de la comida, con que se disminuyó en parte la afliccion de Eudoxía, y se le avivó á Damasio el deseo que fomentaba de descubrirse. Creció tanto su confianza, que no pudiendo resistir mas tiempo á los impulsos que sentia, resolvió finalmente, buscando solo oportunidad en el discurso que hacian, para causar mas interesante y tierna sorpresa á su amada Eudoxía y á Belisario.

Pero la misma fuerte palpitation que sentia se lo

hacia diferir, y se lo estorbó un impensado accidente que debia servir para hacer su descubrimiento con mayor seguridad y satisfaccion del mismo. Dió ocasion para ello los afanes y congojas, en que estaban sus padres, no viendo comparecer á su hijo, desde que los amotinados abrieron la cárcel, en que sabian estaba detenido, sin poder tener tampoco ninguna noticia de él, á pesar de sus muchas diligencias y continuos desvelos para encontrarle. Ocurrióles por último espediente, enviar persona de su satisfaccion, para que espíase los contornos de la alquería donde sabian haber enviado el Emperador la familia de Belisario, porque siendo tan grande la pasion que Maximio tenia á su hija Eudoxia, pudiera haberle inducido el amor, ir á vivir cerca de donde ella vivia, y facilitar la pobreza de la misma el casamiento á que antes se oponia la presuncion de Antonina y su riqueza.

Avivandoles mas su paterno amor estas sospechas, que no les dejaba descansar, resuelven salir de ellas, valiendose á este fin de su fiel esclavo Evanio, á quien encargaron se informase en todas las alquerías vecinas á la casa de Belisario, si acaso habian visto, ó tenian noticias del mozo, y cuando esto no bastase, que viese por último de entrar en la misma casa de Belisario, para informarse de él, si por ventura le hubiesen visto.

El fiel Evanio, que habia criado á Maximio

desde niño, cumple escrupulosamente con el encargo de sus amos, dando todas las señas de Maximio, en las casas en que entraba, y diciendo su nombre, que el mismo se habia cambiado en el de Damasio, lo que Evanio no sabia. Mas siendo vanas todas sus atentas diligencias y pesquisas, resuelve por última tentativa entrar en la casa de Belisario, como se lo habian mandado, esperando que pudiesen darle alguna razon del mismo. Estaba cabalmente Maximio en el extremo lance de descubrirse á Belisario, cuando Evanio tocó á la puerta. Su inesperado llamamiento rompe los palpitantes anhelos de su amor, y le obliga á levantarse de su asiento para ir á ver quien era el que tocaba.

La turbacion y sorpresa que le causó la impensada vista de Evanio, á quien mucho amaba, le tiene mudo y suspenso, renovandole la palpitacion, que preocupó sus consternados sentidos sin dejarle preguntar, que queria ni á quien buscaba. La gran palidez que se apoderó de su sucio rostro á vista del esclavo, contribuyó para desfigurarle mucho mas á los ojos del mismo que le tenia presente, y le veia sin conocerle, preguntandole, si vivia allí Belisario. El disfrazado Maximio, echando de ver entonces, que Evanio no le habia conocido, confia y se asegura mucho mas en su disfraz, pierde todo temor, y para mayor disimulo, despues de haberle contestado, que vivia, y se hallaba allí Belisario, le introduce en la estancia, y le presenta al mismo.

Todos los criados suelen, por lo común, revestirse de los sentimientos y modos de sus amos, acerca de los estraños. Evanio manifestó en los suyos, los que fomentaban los padres de Maximio en la desgracia de Belisario, nacidos de los antiguos disgustos y etiquetas de familia á que dió motivo la altivez de Antonina, y de que estaba tan agena la grandeza del alma de Belisario. A pesar, sin embargo, del modo con que Evanio se presentó, no pudo dejar de rendirse al compasivo respeto, que le infundió la vista y presencia de aquel heroe, pobre, ciego y reducido á tal estado de miseria, en que lo veia en aquella habitacion.

Dejó no obstante de manifestar la compasion que sentia, para decirle, oyendole el mismo Maximio, que estaba presente, aunque con algun disimulo: no creo que ignoreis Belisario el grande amor, que tenia Maximio, hijo de Septímio, á vuestra hija Eudoxía, y que en fuerza de las estravagancias que le obligó á cometer su pasion, fue preso y puesto en la cárcel por recurso, que hizo para ello vuestra muger Antonina. Sus padres supieron haber salido de la carcel el dia del motin, mas no habiendole visto comparecer desde entonces, ni tenido ninguna noticia de él, á pesar de sus muchas diligencias, sospecharon si por ventura hubiese venido á veros, y me dieron el encargo de informarme, rogandoos primero, querais perdonar á sus paternos afanes y congojas la nota del indiscreto atrevimiento que

pudiera llevar sus curiosos deseos en mi mensaje.

Nada hay aquí que perdonar, respondió Belisario. Antes bien les debo agradecer tal encargo, pues me renueva la memoria de ese jóven digno de mi mayor aprecio y estimacion. Ojalá me hubiera permitido la fortuna manifestar á el mismo la gratitud que le debo, y que conservo á las generosas atenciones con que quiso mirar por mi bien. Pero ni la privacion en que estoy de la vista me concedió el verle, ni supe de él cosa alguna desde que me dijeron hallarse en la cárcel: ni sé que despues de salido de ella haya puesto los pies en esta casa, ni creo que Eudoxía haya tenido la menor noticia de él. No, padre mio, dijo entonces Eudoxía, no la tuve, ni sé cosa alguna de Maximio.

Que éco tan dulce y delicioso hacia toda esta escena en el ánimo del presente Maximio, oyendo la solicitud de sus padres, los descubiertos sentimientos de Belisario acerca de el mismo, y la aseveracion de Eudoxía en no haberle visto, ni tenido noticia de él, habiendole tenido presente de continuo. Creció su jubilo y satisfaccion, cuando Evanio, oida la sincera respuesta de Belisario y de su hija Eudoxía, les dijo: deberé pues volver para certificar cuanto antes á sus padres de lo que me asegurais, y perdonad de nuevo mi importuno encargo. Podeis, sí, asegurarlos de ello, replicó Belisario, pues ninguno ha estado conmigo, sino ese pobre mozo Da-

masio de la villa de Astabia, que ahí veís.

Maximio que procuraba recatarse de la vista de Evanio, oyendo el dicho de Belisario se turbó sobremanera; mucho mas cuando Evanio, en fuerza de aquel mismo dicho, puso los ojos en él, diciendo: la estatura es la misma, mas nada tiene que ver en lo demas con Maximio. No necesito, Belisario, de otras justificaciones. Quedad con Dios. Dicho esto, sin detenerse mas, parte el esclavo, aliviando Maximio con su ida el tumulto de efectos que le suscitó en su pecho, cuando fijó en él sus ojos. Reavivaronse en su ánimo la suma satisfaccion y complacencia con que lo consolaron las espresiones de Belisario, diciendo el grande aprecio que hacia de él, y la gratitud que le debia por sus miras y atenciones generosas.

No cabia en sí de gozo, prometiendole su amor la segura posesion de Eudoxia, si se descubria. Mas quiso permanecer todavia encubierto con su disfraz, deseando saber antes cuales eran los sentimientos de Eudoxia para con él, ya que estaba asegurado de los de su padre Belisario. No tardó en ver satisfechos sus deseos, pues apenas volvió la espalda el esclavo, se lo proporcionó Belisario, diciendo: ¡cuánto hubiera yo deseado, amada Eudoxia, poder manifestar á Maximio la gratitud que debia á sus afectuosas intenciones, y satisfacer al mismo tiempo vuestro afecto con su casamiento! Pero se mudó la suerte, y Dios sabe donde para Maximio.

El mismo Maximio sumamente enternecido al oír esto, se esforzó en decir con voz casi anudada á la garganta: ¿quién es, Belisario, ese mozo Maximio, á quien manifestais apreciar tanto? = Es un jóven de una antigua y noble familia de Constantinopla, el cual se enamoró de Eudoxia, y la pretendió en casamiento. Mas yo ignorando sus amores, la prometí á Basíides, hijo del general Basíides. = A ese mismo. = ¿Cómo es, pues, que no se efectuó su casamiento? = La suerte lo impidió con mi prision, y desvaneció la promesa de Basíides. = No lo extraño. De la desgracia huyen hasta los amantes. Raros son los que permanecen fieles en ella. ¿Mas cómo es que dijo el esclavo que Antonina hizo poner en la cárcel á Maximio? =

Antonina, que miraba con desden sus amores, le vedó la entrada en su casa, mas él habiendo sabido la desgracia que me amenazaba, se atrevió á entrar en ella disfrazado en mercader, y con el pretesto de vender á Eudoxia sus mercaderías, se fingió astrólogo y se la pronosticó, instandola para que me enviase luego secreto aviso, y la evitase poniendome en salvo. Mas fue inmediatamente descubierto, y puesto por ello en la cárcel á instancias de Antonina. = ¡Pobre Maximio! ¡Cuánto me interesa su suerte desgraciada! = Luego que supe esto, hice cuanto pude para obtenerle la libertad, mas no me fue posible conseguirlo. ¡Cuánto temo que haya perecido en el motin! =

¡Gran lástima sería! mas no puedo inducirme á creerlo, por cuanto sus padres lo hubieran sabido, y no le buscarían ciertamente con tan grande solicitud. Tal vez se habrá ido á otras tierras, temiendo ver efectuado el casamiento de Eudoxía con Basílides. Mucho lo habrá sentido Eudoxía, y lo sentirá todavía, si correspondia al grande amor de Maximio. Eudoxía, que oia en silencio y con alguna satisfaccion este discurso, respondió con modesto recato á Maximio, diciendo: lo amé, mientras me fue lícito amarlo. = Un natural afecto del corazon se exenta de toda prohibicion. ¿Mas segun lo que decís, habeis dejado de amarlo? = Maximio se hizo acreedor á mi eterno reconocimiento. = ¿Dudariais sin embargo de hacerle la entrega de vuestra mano y corazon, si se presentase á pedirnos por esposa? = Si en ello viniera bien mi padre, solo el fiel y generoso Maximio fuera mi esposo. Si yo viniera bien en ello? ¡Ojalá, dijo Belisario, pudiera darle yo esta prueba de mi reconocido afecto, concediendole la mano, que manifestais quererle entregar! ¿mas quién sabe, si os amaré del mismo modo pobre y desgraciada, como os veis, que rica y en la grandeza?

Por lo que habeis contado, dijo entonces el alborozado Maximio, infiero que Maximio permanece todavía constante en su amor. Tales pruebas, como las que os dió de su pasion, me confirman en mi parecer; y si Eudoxía deseara certificarse de ello, cuasi, cuasi me lisongearia de

traerla cabales informaciones. Conmovida Eudoxía del tono de confianza con que dijo esto Damasio, y de la sonrisa con que lo acompañó, comenzó á entrar en alguna sospecha, aunque sin imaginarse que Damasio pudiese ser Maximio, diciendole: ¿mas cómo lo quereis hacer? ¿sabeis por ventura el lugar en que se halla Maximio? ¡Ah! su hallazgo me sirviera del mayor consuelo. ¡O cielo! esclama Maximio, ¡vuestro mayor consuelo, Eudoxía! ¡ah! ¿cómo es posible llevar adelante tan molesta ficcion? Aquí, aquí á vuestros pies teneis, amada Eudoxía, á vuestro fiel y constante Maximio, con el falso nombre de Damasio. Diciendo esto se postra á sus pies quitandose de la frente el sucio pañuelo que la cubria, y confirmando con su ademán, y con las asomadas lágrimas de gozo la verdad de sus palabras.

Eudoxía, consternada de aquel imprevisto descubrimiento y del súbito júbilo, que le causó, apenas pudo acabar de proferir la exclamacion que arrojó, diciendo: ¿qué veo? ¡cielos! ¡Maximio...! = ¿Qué es? ¿Qué decís? ¿Maximio está ahí? preguntaba el regocijado Belisario. = Si, Belisario, aquí está, aquí lo teneis, le respondió el mismo Maximio. El que os servia con el nombre de Damasio, ese mismo era Maximio. Me valí de tal ficcion, para poder manifestar mejor á Eudoxía el amor eterno que me merecia. = ¡O luz de mis ojos! exclamó Belisario, este es el momento en que siento mucho mas ha-

berte perdido. Tengo á lo menos, incomparable Maximio, el consuelo de abrazarte, y de confirmarte con estos abrazos la gratitud que te debo como Maximio y como Damasio. = Y yo, glorioso Belisario, le decia Maximio, la suma, la inesplicable complacencia de agradeceros tal demostracion con el mas puro afecto de mi alma.

Dicho esto, se desprende de Belisario, y dirigiendo la palabra á Eudoxia, que no acababa de salir de su gozosa sorpresa: eterna prenda de mi dicha, la dice, aquí teneis para siempre á vuestro deseado Maximio, ese llanto aviva mucho mas la dulce confianza de mi amor enardecido. = ¡Dios mio! ¿Qué me sucede?... = Lo que os debiais prometer de quien confirmó su afecto con tales y tan repetidas pruebas. = ¡O generoso Maximio! ¡O único amparo y sustento de mi buen padre! = Dejad que postrado de nuevo á vuestros pies, os ame con el mas ardiente respeto, aunque en este vil traje de mendigo. = ¡Ah! levantaos os ruego. A mi me conviniera hacer esa demostracion á quien de tantos modos manifestó sus generosos sentimientos para con mi padre desgraciado.

Ven acá, Maximio, volvió á decir Belisario, ven, hijo mio, no quiero diferir el momento de confirmarte mi suma gratitud, dandote á mi hija por esposa. = ¡O Belisario! ¡ah! no puedo sino con lágrimas declarar la redundancia del sumo gozo, que no cabe en mi pecho con

tal promesa. = Todo se te debe, hijo mio; ven acá, Eudoxía, deja que confirme tu padre con tu mano la promesa que acabas de hacer á tan fiel y generoso amante. = Mano amada... ¡ah! el gozo me sufoca. = ¡O mi amado Maximio...! Tampoco puedo espresar lo que siento...

¿Cómo era posible que abarcasen sus corazones el exêso del gozo y del consuelo que los inundaba? Suplió á sus espresiones el llanto que caia de sus ojos. El mismo Belisario, en el colmo de su contento, sentia caer sobre de su corazon las lágrimas del júbilo, que no podia derramar por sus cegados ojos. Ni de ellas se eximió la atónita Domitíla, que unió tambien sus exclamaciones de asombrada admiracion á las de Eudoxía en el acto del descubrimiento, á que estuvo presente, y participaba de la dulce ternura de los amantes, en las afectuosas prendas que se daban de su mutuo amor y de su reconocimiento á Belisario, por haber puesto el colmo á sus ardientes deseos.

Puso fin Belisario á los afectos y espresiones con que desahogaban sus pechos, curioso de saber el modo, como se le proporcionó á Maximio encontrarse con él, cuando le sacaron de la cárcel, y el motivo de haber tomado el disfraz de mendigo, y de haber permanecido con ellos encubierto hasta entonces. Satisfizo Maximio, renovandole la memoria de lo que le contó salido apenas de la ciudad, sobre el encargo que le hizo Eudoxía de traerle nuevas de su padre,

y como se puso cerca de la cárcel á este fin. Hizo luego la relacion de la manera como le sacaron de la prision los amotinados, y que sabiendo él la causa del motin, y el lugar á que habian conducido Eudoxía y Antonina, sin detenerse, ni aun para saludar á sus padres, se vino en derechura á encontrarlas.

Mas que temiendo que Antonina no le permitiese servirla en la desgracia, le ocurrió tomar aquel disfraz de pordiosero, y fingir aquella historia con el nombre de Damasio, para no ser conocido, y obtener su amoroso fin. Manifestóles los grandes impulsos que tuvo varias veces de descubrirse, la turbacion y temores que le causó la llegada de su esclavo Evanio, que le proporcionó el descubrimiento, dandole ocasion para saber antes cuales eran los sentimientos de Eudoxía y de Belisario, acerca de él y de su casamiento, que era lo que deseaba saber antes que todo, para descubrirse con mas cumplida satisfaccion y gozo, como lo hizo.

Acabada la relacion, volvió á renovarle Belisario las espresiones de su tierna gratitud y afecto, exhortandole inmediatamente á que fuese cuanto antes á ver sus padres, á quienes tenia en tan grandes afanes y congojas por su ausencia, ni les difiriese el consuelo que probarian en verlo. Reusaba Maximio condescender con las instancias de Belisario, pues temia que sus padres le impidiesen su casamiento con Eudoxía. Prometió sin embargo hacerlo, luego que la

misma Eudoxía le manifestó el disgusto que le daría, si se negaba á los justos ruegos de su padre, y quedó en ejecutarlo al siguiente día.

No acababan de salir entretanto de la admiracion, que les renovaba la memoria de los dichos y hechos, que con él pasaron en el tiempo de su disfraz, que realzaba tanto su amor con aquellas ficciones, y se los hacia mucho mas apreciable. Pasaron asi aquella tarde, cuyos lances y discursos, que tanto empeñaban á todos, llegaron casi á borrar la memoria de su perdida grandeza, y la afliccion en parte, que conservaban, especialmente Eudoxía, por su difunta madre. Ni echaba ya ninguna otra cosa menos en su presente estado de pobreza. Hizoseles con esto mucho mas gustosa la cena que tuvieron, y pasó Eudoxía mas tranquila y descansada la noche, despues que renovó con Domitíla las pruebas del constante amor de Maximio, que manifestaban las excelentes calidades de su generoso corazon.

Amanecido el dia siguiente, y levantados todos Belisario exhortó lo primero de todo á Maximio, á que cumpliese la promesa, que le habia hecho, de ir á ver á sus padres. Aunque se le hizo de nuevo sensible á Maximio el separarse tan presto de su amada Eudoxía, debió cumplir con su palabra, pero les dijo, que le importaba sumamente á volver á tomar el disfraz de mendigo, pues no se presentaria de otro modo á sus padres. Aunque Eudoxía y Belisario

ignoraban los fines que en ello llevaba Maximio, vinieron bien de contado, en que le tomase; lo que ejecutó él con tanto mayor gusto, cuanto que la misma Eudoxia deseó ceñirle el pañuelo, y le ayudó á estender por el rostro las guedejas, con que volvió á parecer Damasio; aunque ¿cuán diferente á los ojos de Eudoxia, que recibia en su despedida las tiernas demostraciones de su descubierto afecto, y promesa de volver á verla cuanto antes?

Se la dió tambien á Belisario, el cual le abrazó de nuevo estrechandole á su seno, y dandole el dulce nombre de hijo, con que avivado su consuelo y satisfaccion, partió para la ciudad, dejando algo suspensa y afligida á Eudoxia con su partida, pues el amor comenzó á fomentar en su fantasía los temores, que los padres de Maximio pusiesen estorbo á su casamiento, como el mismo Maximio lo recelaba. Distrajola Belisario de estos pensamientos, rogandola que lo condujese al huerto á tomar el aire fresco de la mañana. Domitila fue tambien con ellos, y todos tres se sentaron bajo de una parra que los defendia de los rayos del sol.

Belisario, sentado sobre un terrazo bajo, vestido de grama, que le daba cómodo asiento, fue el primero en decir á Eudoxia y á Domitila sentadas á su lado: ¡ah! yo no puedo disfrutar con los ojos el hermoso espectáculo, que os deben presentar á los vuestros estos frondosos árboles y plantas con sus frutos y flores: pero

la imaginacion puede suplir á la falta de la vista. Con aquella me formo, tal vez, un espectáculo mas ameno y agradable, bien sí, como aquellos que se forman mucho mas en vision, que si de hecho las poseyeran.

Pero puedo tambien gozar, como gozo, el dulce canto de las aves, la suavidad del ambiente, regalado de zéfiro con los tributos que exige de las plantas y de las flores; y pruebo el contento de esta deliciosa paz y soledad, que tanto anhelaba mi alma en medio del tumulto de la guerra y de sus turbulentos desasosiegos y peligros, que buscan los hombres para adquirir honores, riquezas y gloria, como yo los busqué engañado de la aparente dicha que presentaban á mis ojos. Algun consuelo es, y grande tal vez alcanzar victorias, recobrar reynos y provincias, llevar reyes cautivos en triunfo, ser aclamado de los soldados y del pueblo, ver cundir la fama y gloria del propio nombre, y abundar de honores y de riquezas. Mas si debo decir ahora lo que siento, toda la satisfaccion y gozo que probé en esas felicidades así llamadas, no igualan al puro contento y complacencia que ahora prueba mi alma, en esta dichosa quietud, aunque olvidado del mundo, y condenado á la pobreza.

Eudoxía, hija mia, tu padre no es tan infeliz, cuanto lo puede parecer, y cuanto lo parece en la opinion de los hombres, que miden las desgracias ajenas por los anhelos de su ambicion,

y por las ideas que les formaron sus deseos de la dicha y fortuna. Pero si de hecho pudieran apreciarlas, como yo las aprecié por esperiencia, verian que la mayor satisfaccion y contento que acarrear, no equivalen á la dulce complacencia y consuelo que ahora disfruto, aunque privado de todos los honores y grandeza, de que antes abundaba, y aunque ciego y sentado sobre esta humilde yerba; pues ahora echo de ver que el corazon humano no es susceptible de mayor gozo y contento, que aquel que puede abarcar su pequeñez; y que esta no permite que la complacencia del mas illustre triunfo, sea mayor que la que prueba el alma con la vista de un ameno espectáculo de la naturaleza, exento de inquietudes, zozobras y peligros.

Desde que se apartaron los hombres del sencillo estado de la naturaleza, corrompieron su verdadera felicidad, fomentandose otra ideal y engañosa delineada en su fantasia por la codicia y ambicion que los indujeron á aguzar el acero, para oprimir á sus vecinos, pues con su vencimiento adquirian los campos, que ellos labraban, las ciudades, en que vivian; con lo cual se harian poderosos y alcanzarian el nombre de fuertes y de valientes. De aquí procedieron luego los honores, los triunfos, las insignias y timbres que dieron los soberanos para condecorar á los mas esforzados, y las larguezas y premios en haciendas para distinguirlos de los demas. ¿Qué mucho que naciesen deseos en los

otros de querer y desear, lo que veian que ensalzaba tanto á los que lo poseian? ¿Qué mucho que desamparasen los campos que cultivaban y revolvan con sus brazos y con fatiga, para acudir al son de los militares instrumentos, que los convidaban á la adquisicion de aquellos honores y nobleza?

¡O cuánto se engañaron, y cuanto se engañan los que así piensan todavía! ¡Ojalá pudiesen los hombres ver mi desengaño en el estado en que me veo, y en que les da en mí la fortuna un ejemplo terrible de la inconstancia de sus favores, y de aquella gloria y grandeza que ellos apetecen! Me vieran, sin embargo, mas contento y satisfecho aquí, á la sombra de estos árboles, que levantado sobre el carro del triunfo, en que conduje al cautivo Rey Gelimer y á su familia. Ni este puro contento nace solo en mí de verme aquí contigo Eudoxía, y con la virtuosa Domitíla, sino tambien de conocer que me devolvió la suerte al primitivo y sencillo estado del hombre, y á la vida que le señaló la naturaleza en este suelo.

Aquí me veo finalmente libre de los pesados, aunque ilustres cuidados de la guerra y del mando; de los trabajos y peligros que los acompañan; de las asechanzas de la envidia, que consiguió derribarme del asiento de gloria y de grandeza en que me ví levantado, en el de la necesidad, despojado de las riquezas que

parecian tan apetecibles á quien las anhela, y tan cortas y escasas, á quien las posee, y de los honores que tantas molestias y enfados acarrear; de todo finalmente lo que los hombres mas ciegos, que lo que lo estoy ahora, solicitan y anhelan, y que yo instruido de mi desgracia pospongo á esta dulce paz y sosiego, que me dan á gozar estos cortos campos y este huerto que nos dejó la fortuna. Espero, Eudoxía, que este mi desengaño contribuirá para que no echés menos nuestros demas perdidos bienes y grandeza, y para que dejen los mismos de fomentar tu tristeza en nuestra presente situacion, que aunque falta de comodidades, puede tambien vernos contentos y satisfechos.

Todo eso, padre mio, que decís, solo sirve para confirmar lo que Domitíla me enseñaba, antes de nuestra desgracia, diciendome: que la dicha verdadera del hombre no estaba fuera, sino dentro del ánimo, en que la cimentaba la virtud. Que esta daba mas sólido y permanente consuelo al ánimo, que todos los honores y riquezas, y que cuanto desean las pasiones. Que aun los mismos ricos, y grandes no podian ser felices sin ella. = ¿Te hallas, pues, hija mia, contenta en tu presente estado? = Tan contenta y satisfecha, que si no fuera por la afliccion que todavia me causa la memoria de la perdida de mi buena madre, no creo que la mas rica doncella, ataviada con las joyas mas preciosas, esté mas contenta que yo, privada de ellas, y

reducida á sustentarme con estas legumbres y hortaliza = Esto, á la verdad, no te lo enseñamos ni tu madre, ni yo. Bien haya la sabia Domitíla, que tan á tiempo te inspiró tan provechosas maximas.

Esos mismos consejos, dijo Domitíla, dados á otras doncellas, no hubieran producido el mismo fruto que en Eudoxía. Para formar el corazón á la virtud, contribuye tambien el carácter y el genio de la persona que se presta á las maximas de la sabiduría. Lo que Eudoxía supo apreciar y retener, otras doncellas tal vez lo despreciaran como cosa triste, inútil y seca, de que no pocas hacen befa, como cosa que no les compete. Sin embargo, dijo Belisario, contribuyen mucho los sabios consejos, y el modo con que se dan, para que el ánimo los reciba con provecho. Conviniera mucho que todas las doncellas tuvieran su Domitíla. Aseguro, que habria entonces genios mas dulces y moderados; mucho menos ambicion y vanidad, y mas honestas y suaves costumbres. Habria tambien mucho menos lujo, muchas mas casadas contentas, y mas felices y satisfechos maridos en sus casamientos.

Pero para ello, no veo Belisario, replicó Domitíla, que haya necesidad de Domitílas. Esas mismas sabias maximas y consejos, no las adquirí yo de otras mugeres, sino de mi buen marido Ancilio, como sabeis. Y asi creyera yo mucho mejor, que si hubiera muchos Ancilios,

hubiera tambien muchas Eudoxías. Verdad es, que vuestra hija Eudoxía podrá ahorrar á su marido esta enseñanza. . . . Un repentino llamamiento á la puerta de la casilla, que oyeron desde el huerto donde estaban, interrumpió el sabio y dulce coloquio de Belisario, Eudoxía y Domitíla que acudió la primera á ver quien era el que tocaba á la puerta. Y viendo un hombre anciano con otro mozo, vestidos ricamente, que le preguntaban por Belisario, los introdujo en el huerto, para presentarlos al mismo, sin saberle decir quienes eran.

Belisario, recibido su saludo, fue el primero en decirles que la ceguera hacia naturalmente curiosos á los que la padecian, que por lo mismo no estreñasen, si deseaba saber de ellos quienes eran, y en que podia servirles. Soy Lucio Scipion, Belisario, respondió el mas anciano, en cuya casa estuvisteis ayer, en la villa de Astabia. Belisario, oido apenas el nombre de Scipion, hizo ademan de levantarse, diciendo: á tan generoso bienhechor es corta cualquiera demostracion; dame la mano Eudoxía. Scipion conociendo por el ademan, que queria levantarse para recibirlo, se lo impidió diciendole: de cualquier modo, Belisario, me es un honor el ser recibido de vos. Antes bien si me lo permitís me sentaré aquí á vuestro lado. Muy enhorabuena, respondió Belisario, como querais; pues aprecio sumamente una visita, con que honrais, á quien por tantos títulos se os profesa reconocido. =

Ninguno de esos títulos iguala al que conseguí, dignandoos aceptar, Belisario, una pequeña demostracion del aprecio y veneracion, que me merecieron vuestras gloriosas hazañas. = Todas esas cosas, Scipion, pararon en humo y en tinieblas. = A la verdad os compadezco, viendoos reducido á un estado tan infeliz. = Lo contrario estabamos diciendo mi hija Eudoxía y yo, que no somos tan infelices, cuanto lo parecemos. = Me engañé, pues, en mi juicio, que me indujo á venir para proponeros un expediente, que pudiera aliviarnos en parte vuestra necesidad, si así vos, como vuestra digna hija Eudoxía no lo quisieseis reusar. = ¿Qué expediente es ese? No puede haber ninguno que proviniendo de vuestra generosa compasion, reusé Belisario, ni su hija, que antes bien no acepte con el mas vivo reconocimiento. = Lo propondré pues, mas antes me importa saber, Belisario, ¿si tuvisteis algunas noticias de mi antigua familia? =

No es posible, Scipion, en un número tan grande de ilustres familias, como contiene el imperio, conocerlas á todas, mucho menos á mí, que jamas anduve tras esas cosas, y que criado desde niño entre las armas en remotas provincias, no hubiera podido adquirir tales noticias, aunque lo hubiese deseado. Sin embargo no pongo duda alguna que sea muy antigua vuestra familia, ni porque lo sea, añadiré precio en mi concepto al expediente que deseais

proponerme. El corazón humano y benéfico es para mí el mas noble y el mas respetable. = Perdonad, Belisario. Siempre en el mundo, en todos tiempos y naciones, se hizo gran caso de la nobleza y antigüedad de las familias. Por la nobleza esponen los hombres su vida y sangre á los peligros de la guerra. Por ella se afanan en los empleos, y en la contratación. Por la misma son respetados y envidiados los grandes, de los que no lo son; ni creo engañarme, si pienso que vos mismo, empleado desde niño en el ejercicio de las armas, lo hicisteis solo para dar mayor lustre y mayores timbres á la nobleza, que heredasteis de vuestros mayores. =

¡O generoso Scipion! ninguna cosa me sirve de mayor desengaño de esas vanidades, que haberlas yo mismo experimentado. Sudé, es verdad, me afané, espuse mi vida á mil riesgos por esos mayores timbres de nobleza, y creo haber alcanzado alguno con las armas. Pero por lo mismo creedme Scipion, que el verdadero noble en la tierra, es el sabio que mira con indiferencia todos esos vanos objetos, porque andan los hombres tan ufanos y desvanecidos. En mis espediciones militares fuí testigo de proezas admirables de soldados razos, que les hicieron acreedores á la mayor nobleza, y sin embargo quedaron soldados rasos, ó gimen reducidos á la mendicidad, á pesar de mis recomendaciones, porque estas no fueron atendidas, y porque no dijo el Emperador: os hago no-

bles, pues no tiene otro origen la nobleza que estas tres palabras.

Por el contrario, ví otros viles y cobardes, que temblaban antes de ver el rostro al enemigo, levantados por el favor y la intriga á excelsos grados y empleos eminentes. De tal origen; habré de reputar tan estimable la nobleza de los descendientes que otro mérito, ni título tienen, para jactarse de ella, que la fecundidad de sus madres y de sus abuelos? No Scipion, Belisario no piensa así. = Pero cuando quedan pruebas auténticas de la antigüedad de familia, no veo porque se le deba negar el respeto y aprecio que merece, como las tengo yo de la mia, que reconoce su antiquísimo origen de los primeros tiempos de la república romana. Vano fuera decirlo de los Scipiones, que militaron en España, y de aquel Publio Scipion, que mereció ser llamado el Africano.

Otro Gneyo Scipion se halló alferez en el ejército de Pompeyo, y otro fue general de la caballería en Alemania en tiempo del Emperador Claudio, y así de otros que fuera importuno contar, hasta que uno de ellos pasó con Constantino á estas partes, donde mi familia conservaría sus antiguas preeminencias y honores, si mi bisabuelo Marco Scipion no se hubiera alejado de la corte por manejo de sus émulos, y obligado á retirarse á la aldea de Astabia, donde yo nací, aunque bastante rico para mantener el decoro de mi nacimiento. =

Veo por lo que me decís, que no hay hoy dia en el mundo familia mas antigua que la vuestra, pues ninguna podrá contar su origen desde los primeros tiempos de Roma. La vuestra es la sola que se eximió de la burla que hace el tiempo de esas antigüedades. Lástima es, que por manejo de la envidia haya perdido vuestro bisabuelo Marco Scipion sus honores y preeminencias, pues hoy dia os hallariais vos favorecido del Emperador, ó Gobernador de alguna de sus provincias. = Me basta, Belisario, que quedeis enterado de la antigua nobleza de mi familia, y nada se me da de esos honores y gobiernos que yo pospongo al partido que vengo á proponeros, sin cuyo motivo fuera muy odioso el mencionar la propia nobleza. = No veo, Scipion, que necesidad haya de ello para el partido que me quereis proponer. A la verdad acrecentais mi curiosidad.

No es bien, pues que difiera el satisfacerla. Sabed que tengo un hijo único heredero que es de todos mis bienes, y que traigo aquí conmigo, para ofrecerle á vuestro servicio. = A mi solo reconocimiento, pues lo debo tambien al hijo de quien se dignó socorrerme tan liberalmente en mi necesidad. = Cumplimientos á parte: sabed, que todos mis haberes estan á disposicion vuestra, como tambien mi hijo Mucio, si os dignais reconocerle por esposo de vuestra hija Eudoxia. = ¿De mi hija Eudoxia? ¿Qué decís? Por lo que á mi toca, Eudoxia fuera desde este

instante esposa de vuestro hijo Mucio, sino pusiese un invencible impedimento á mi gratitud el estar la misma prometida á otro. =

¿Prometida á otro? No lo creia. . . . ¿Se pudiera saber quien es el sugeto? = Aquel pobre, que me servia de lazarillo cuando llegué á vuestra casa. = ¡O cielos! ¿Qué escucho? ¿Qué decís Belisario? Os confieso que no son tan grandes mi admiracion y sorpresa, quanto la compasion y lástima, que me causa Eudoxía, al verla destinada á un vil mendigo. ¿Os pudisteis resolver á ello, Belisario? ¿Dar una Doncella tan ilustre á un desnudo pordiosero, cuando tantos nobles y ricos se tuvieran á honra el obtenerla, á pesar de su presente estado de pobreza? = ¿Qué le quereis hacer, Scipion? ese pordiosero fue el primero que la pidió, y la obtuvo, está ya prometida, y Belisario no puede faltar á su palabra. =

Permitidme no obstante que os advierta que vuestra hija Eudoxía, no habiendo tal vez dado su consentimiento, os ofrecerá justo motivo para desembarazaros de esa promesa. = Sin su espontáneo consentimiento, no hubiera yo dispuesto de lo que no puedo. Queda Eudoxía en libertad de decir sus sentimientos. = Mis sentimientos, padre mio, dijo la modesta Eudoxía, no son otros que los vuestros. Estoy prometida á Maximio, y Maximio será mi esposo. ¿Es ese por ventura el nombre de ese mendigo? preguntó Scipion. Ese mismo dijo Eudoxía. ¡Ah! perdonad, ilustre

doncella, si compadezco vuestra desgracia, esclámó Scipion. ¿Preferir un vil mozo, á quien pudiera sacaros del miserable estado, á que os redujo la fortuna? =

Cualquiera que sea mi estado, no tengo por- que envidiar en él á otros mas ricos y mas felices. Un pobre mozo puede hacer tambien feliz á la que no apetece ni honores, ni riquezas y que satisfecha de su presente fortuna sabrá acomodarse á ella. Debo no obstante pedir perdon de estos mis sentimientos, sobrado sinceros tal vez, á quien se declaró tan generoso bienhechor de mi padre necesitado y pobre. Mi reconocimiento siendo igual al suyo me obliga á confesaros, que si el pobre Maximio no hubiera empeñado de antemano mi afecto y correspondencia á su generoso amor, fuera acreedor á mi mano y corazon el que os dignais proponerme, y á que por lo mismo os quedo sumamente agradecida. =

En igual aprecio quedo á vuestras atentas expresiones; mas siendo así como decís, no debo acarrearos ulteriores molestias. Os deseo ese colmo de dicha que os prometeis con ese pobre mozo. A Dios Belisario. Dicho esto, y recibido el saludo de Belisario, que escusó los deseos, que tendria de aceptar su honroso partido, con la palabra dada á Maximio, partió algo resentido, al parecer, juntamente con su hijo Mucio, el cual no dejó oír su voz, ni aun para los saludos, que limitó á solos ademanes, aunque ma-

nifestó quedar muy prendado de Eudoxía, de quien no apartó jamas sus ojos. Este accidente dió motivo para nuevo discurso á Belisario, Eudoxía y Domitila, despues que partieron los Scipiones, bien agenos de imaginarse, que fuese capaz Mucio Scipion el mozo de usar con ellos de la baja venganza, que usó creyendo impedir con ella el casamiento de Maximio con Eudoxía, de la cual se iba muy prendado.

Dió ocasion para ello á Mucio el ser dependientes suyos y de su padre los vecinos labradores que prestaron la cama para Antonina. Esta particularidad sabida de Mucio, antes que llegase con su padre á tratar de su pretension con Belisario, le sugirió la especie despues de partido, que podria estorbar el casamiento de Eudoxía, si mandaba á los labradores que recobrasen la cama con cualquier pretesto, pues quedando sin ella y no teniendo medíos el pobre Maximio para proveer otro lecho semejante, seria obstáculo bastante, para hacer mudar á Eudoxía de determinacion forzada de la necesidad y miseria.

Esta especie estravagante y propia del corto alcance del jóven Mucio le obligó á separarse de su padre apenas salieron del huerto de Belisario, para poder ponerla en ejecucion, sin que su padre lo supiese, y así lo ejecutó, dando órden á los labradores, para que fuesen inmediatamente á traer la cama; que habian prestado á Eudoxía, amenazandoles de despedirles, si tar-

daban en obedecer, exigiendo al mismo tiempo de ellos, que se guardasen de decir que lo hacian por órden suyo. Los sencillos labradores ejecutan lo que les fue mandado, y acuden á la casa de Belisario para pedir la cama que necesitaban, pretestando la sobrevenida enfermedad á un hijo suyo. Eudoxía y Domitíla les entregaron sin ningun disgusto, ni sospecha la cama que les pedian sus dueños, y de que ellas no se habian aprovechado, por haber usado siempre de la paja que encontraron en la estancia. Partidos los labradores, se pusieron á aderezar su pobre comida no esperando en aquella mañana á Maximio.

Se encaminaba este entre tanto hácia la ciudad, trazando medios en su imaginacion, para entrar en su casa, y sacar las alhajas que tenia, sin que sus padres lo supiesen; pues aunque habia prometido á Eudoxía y á Belisario, que se presentaria á ellos para sosegar sus congojas, temia que los mismos estorbasen su casamiento, si lo ejecutaba. Mas no quadrandole ninguno de los medios que le ocurrían para poder entrar en su casa sin ser conocido, se hallaba sumamente perplexo á vista de la ciudad. Crecieron sus angustias, ocurriendole que no era posible que pudiese entrar en su casa con aquel trage de mendigo en que iba, porque habiendola visto el esclavo Evanio en la casa de Belisario con aquel mismo trage, lo reconoceria y contaria á sus padres el hecho, con lo cual

zozobraban mayormente sus intentos.

Tanto pensó, que al fin le ocurre vestirse de labrador, acordandose que hallaria este traje en alguna tienda de Constantinopla, y que lo podria comprar con el dinero que Scipion entregó á Belisario, y que Belisario le entregó á él, para los gastos que ocurrían. Pero para ejecutarlo quiso esperar la noche, para entrar con mayor disimulo, meditando lo que debia decir á sus padres para ocultarles el verdadero motivo de su ausencia, desde que los amotinados le sacaron de la cárcel, y como se debia de contener para que no le impidiesen la vuelta á la casilla de Belisario. Mientras iba él pensando en esto, Eudoxía y Domitila vieronse precisadas á aderezar la comida con los productos del huerto, y comieron amenizando Belisario aquellos pobres y escasos manjares con sus joviales razonamientos, de modo que parecia haber perdido enteramente la memoria de sus pasados bienes y grandeza.

Acabada la comida, deseó ir con Eudoxía y Domitila á un pequeño bosque, que hacia tambien porcion de aquella otra hacienda, donde sentados todas tres, con el motivo de alabar Eudoxía y Domitila su sombría amenidad comenzó á decir Belisario: aunque no puedo gozarla como vosotras me sucede lo mismo que esta mañana en el huerto, que me represento este bosque como uno de los mas amenos y deliciosos que ví cuando disfrutaba de la vista. Con esto

se puede disminuir la afliccion de su perdida. Vuestros sentimientos, le dijo entonces Eudoxia, nos sirven, padre mio, de grande alivio y consuelo. No sé como pudisteis hacer para sobreponeros á tantos bienes perdidos con esa heroica serenidad é indiferencia.

Te lo diré, hija mia, respondió Belisario: con la reflexion y con el desengaño que saqué de la esperiencia de las cosas humanas. Verdad es, que esto solo no basta para llevar con virtuosa resignacion la perdida de los honores, de las riquezas y de la vista. Pero mi ánimo, instruido de las desgracias de los mismos Reyes, que vencí, pudo sufocar la jactancia y presuntuosa satisfaccion que probaba en la prosperidad. Así humilladas y abatidas aquellas al golpe de la adversidad, pude hacer caminar, por decirlo así, mis sentimientos con pie firme sobre las ruinas que no me oprimieron enteramente. De este modo llegué tal vez al mismo término, á donde Domítla te guiaba con las reflexiones de la virtud y sabiduría, aunque por diverso camino; pues al cabo no es otra cosa la virtud, segun creo, que la fortaleza de los sentimientos del ánimo, con que nos sobreponemos á todos los objetos anhelados de las pasiones; á no ser que tenga que decir algo en contrario Domítla.

No supiera yo hacer mejor definicion de la virtud, dijo Domítla. Mas sin una alma grande, y sin luces y vistas superiores, me parece

que no es fácil al hombre adquirir esa heroica fortaleza é indiferencia que no acabamos de admirar en vos, y que tanto nos consuela y conforta. Si es así, continuó á decir Belisario, debo estar muy agradecido á quien se dignó infundir á mi alma esas luces y vistas superiores, como dón de la infinita sabiduría, la cual me suele dar materia de meditacion algunas veces que me hallo solo, ó que tardo á dormirme diciendome á mi mismo: ahora que es de noche, todos los mortales son ciegos, ó no ven como yo. Ellos pueden bien sí, servirse de luz artificial, pero sin ella todos somos ciegos en las tinieblas de la noche.

Las que yo padezco son continuas, pero por lo mismo dan mayor vigor á la luz de la imaginacion, con la cual levantandose mis pensamientos sobre todas las cosas de la tierra, los puedo poner mas vivamente en la eterna providencia, que con medios incomprensibles rige las cosas de los mortales, y los infinitos sucesos y accidentes de este mundo, aunque parezca que los abandone á los caprichos de la que llamamos fortuna, que reputamos adversa ó propicia, segun son los efectos que experimentamos de su favor ó inconstancia, y que redundan en perdida ó en la adquisicion de aquéllas cosas que deseamos los hombres, y que engendran en nosotros afliccion ó alegría.

Así quisieramos avasallar las eternas miras de la providencia á nuestros deseos, persuadiendo-

nos el amor propio, que hace cada cual un gran papel en la tierra, y que somos acreedores á que la suerte atienda á nuestra dicha, y tome particular empeño por ella. Hasta el pastor mas desconocido en los solitarios valles pretende tener derecho igual á las favorables suertes de la fortuna, como los mas grandes y poderosos en las cortes, y en las ciudades donde parece que tiene sus aras. Hácense por lo mismo muy risibles las quejas y los lamentos, la tristeza y desolacion de los desgraciados, en los males y desdichas que impensadamente les sobrevienen, como si la providencia les hiciese injuria y agravio en dejarles caer en ellas.

De esta manera mirandose solamente á si mismos, pagados solo de sí y de su existencia, en vez de reconocer en ella su pequeñez, su miseria y la insensatez de sus desvanecidas pretensiones, les parece al contrario, que todo debe obedecer á la importancia de su ser, que todo debe contribuir á su particular felicidad, segun les sugieren los deseos de su ambicion, y amor propio sin echar de ver, que semejantes á los insectos mueren y nacen como ellos, y estan sujetos por ley de naturaleza á todos los accidentes y combinaciones del órden del universo. El alma es inmortal y superior á las cosas terrenas; mas el cuerpo á pesar de las preeminencias y perfeccion de que se jacta, sobre el de los brutos salió como el de estos del lodo de la tierra y se animó al soplo del espíritu del Criador.

¿Qué mucho pues que un ser tan bajo, tan frágil y perecedero, esté sujeto al choque de todas las cosas que lo rodean, impelidas de los accidentes adversos ó favorables, que enlazados incomprensiblemente entre sí, las conducen al fin inevitable? ¿Y el hombre miserable y vano se atreverá á culpar la infinita sabiduria, porque lo dejó espuesto á las siniestras contingencias, regidas de las causas inferiores, á que su mano dió el primer impulso, y porque lo tratan, como trata el mismo á la sabandija, que por antojo la estruja con su planta? Estas y semejantes reflexiones me obligan á sufocar las quejas, y sacudir la tristeza en mi desgracia contemplandola, como cosa indispensable á quien vive en la tierra sujeto ahora al bien, ahora al mal, que uno á otro se suceden.

Así de la contemplacion de la pequeñez y miseria de mi ser mortal: paso á reflexionar sobre el ser eterno del alma capaz de los heroicos sentimientos, que forman la verdadera grandeza del hombre tanto mayor cuanto mas se sobrepone á las cosas, que mas anhelan y desean los mortales, y con cuanta mayor indiferencia y superioridad las mira. Pueden los demas reputarlo infeliz y miserable, por verlo pobre y abatido, segun el concepto que les hizo formar la ambicion y la vanidad; mas Belisario, aunque ciego y pobre, arrojado á la sombra de este solitario bosque, semejante al topo que se abriga en esos ribazos, no debe reputarse por eso de inferior

condicion al mismo, cuando lo aplaudian y acataban.

Un concurso propicio de accidentes me dió el mando de los ejércitos y victoriosas legiones; otra combinacion siniestra de aquellos mismos, me derribó del carro del triunfo y del asiento de la gloria, para arrojarme á las tinieblas de la cárcel y al pie del suplicio. El favor de la fortuna dió cuerpo á la opinion, y á la fama de mi nombre, mas la suerte adversa las hizo desvanecer del concepto de aquellos, que antes me hubieran ofrecido á porfia sus haberes cuando no los necesitaba, y que ahora reusarán talvez mirarme á la cara. ¿Pero creéis que se haya trocado por eso, ó envilecido mi carácter, y que mi condicion haya hecho mi ánimo inferior á lo que lo era antes en la grandeza y fortuna? Si todos os vieran con mis ojos, padre mio, no se hubiera mudado, dijo Eudoxia, la opinion que formaron de vos.

Siempre se midió la grandeza del hombre, dijo inmediatamente Domitila por los honores y las riquezas; ningnno la mide por sus sentimientos. La apariencia es el manto de la farza que la fortuna hace representar á los hombres en la tierra. Lo que ella hizo con vos despojando del manto luminoso de la representacion, tarde ó temprano lo hace tambien la muerte con todos. Así el sabio desde su rincon contempla con risa compasiva la vana representacion de los mortales, que sucesivamente desaparecen de

ella.... Interrumpió este discurso la llegada de la vecina labradora, la cual arrepentida de haber quitado á Eudoxía con falso pretesto, aunque por orden de su amo, la cama, venia á escusarse con ella.

Eudoxía luego que la vió comparecer, se levantó para manifestarle su reconocimiento. Contóle ella entónces el lance segun habia pasado, escusándose con el orden de su amo. Eudoxía la consoló diciendola: que la cosa no merecia que viniese á darles satisfaccion, pues estaba persuadida de su buen ánimo. Belisario, que oyó hablar á Eudoxía con una persona que llegó, preguntó quien era. Es Flacila, nuestra vecina, le dijo Eudoxía, que viene á disculparse de haberse llevado la cama. Bien venida Flacila, sentaos tambien vos, venid acá, dijo Belisario, no hay nada que perdonar. = Perdonad señor, sumamente lo sentí. = Aqui no hay ya mas señores. Todos somos honrados campesinos. Es este un estado mas antiguo que el de la señoría. Ea, dejemonos de excusas, y entretengamonos en buena conversacion. =

Podeis estar persuadido de mi sincera voluntad. = Lo estoy, Flacila, lo estoy. No se hable mas de la materia, pues es disgustosa para vos. Echemosla al olvido, y decidme de donde sois. = De la villa de Anape, para serviros. = ¿De Anape sois? Mucho me alegro de saberlo. Si no me engaño, está vecina de esa villa la casa de campo que se le destinó al prisionero Rey

Gelimer por domicilio. = Es así, allí vive aquel infeliz Rey; á quien vos trajisteis cautivo á Constantinopla. = ¿Y lo llamais infeliz? ¿Quién os parece que sea mas infeliz de los dos, el Rey Gelimer ó yo? = Vos. = ¿Yo? gustára de saber la razon. = Porque él salió de la cárcel con la vista, se le destinó una granja magnífica y esclavos, que le sirviesen, sin verse reducido como vos á necesitar de la agena compasion. =

¿Lo visteis alguna vez? = Varias veces lo ví, ya solo, ya acompañado, pero siempre triste y abatido, con la memoria de su perdido reyno y por el presente estado de cautiverio, á que la suerte lo redujo = ¿Y os parece que yo, aunque privado de la vista, y necesitado de la agena compasion, esté tan triste como él? = ¡O! no por cierto, ni de mucho. Antes bien, parece que no sentís vuestra gran desgracia, y que os hallais bien en ella. = No soy pues de mucho tan infeliz quanto Gelimer, pues de mucho no estoy tan triste, y me hallo bien en mi desgracia. = Mas no teneis un palacio tan lindo como él, ni esclavos como él tiene, ni estais bien tratado sino pobre. =

¿Segun eso poneis mi infelicidad en no tener lindo palacio, ni esclavos, ni tratamiento? = Todos dicen que sois mas infeliz que el Rey Gelimer, atendida vuestra pobreza y vuestra ceguera. = Veis pues como yerran todos en sus juicios: por quanto él con todas aquellas cosas vive triste y melancolico, y yo paso sin

ellas, á lo menos con indiferencia. Deseára sin embargo, que satisfacieseis á otra curiosidad, que me viene. Es á saber: ¿cuál de las dos desgracias os fuera menos sensible, la mia ó la de Gelimer, si la suerte os condenára á una de ellas? = Antes escogiera la de Gelimer, aunque triste. = Eso es prueba de que reputais su presente estado mas apetecible que el mio, dejándoos deslumbrar de la apariencia; porque ¿qué felicidad puede ser el vivir triste en la abundancia y riqueza? ¿No es mucho mejor vivir alegre y contento, aunque ciego y pobre, que Rey rico, triste y afligido? =

No por cierto. = El engaño que padeceis me hace sospechar, que no estais contenta con vuestro estado de labradora, y que deseais antes haber nacido rica ciudadana. = ¿Quién duda que valiera mucho mas? = No sé si Eudoxía será de vuestro parecer. ¡Ah! Flacila, padre mio, dijo Eudoxia, no sabe que las mas ricas ciudadanas viven tal vez tan descontentas, que llegan á envidiar á las mas pobres labradoras. = ¿Eso es posible señora? = No lo dudeis. Las riquezas, las galas, el atavío las infunden una apariencia de ufana jovialidad, que engaña á la vista, y da tal vez envidia á las pobres labradoras que las admiran, porque no ven las interiores desazones y graves pesares de sus ánimos, que las acibáran su aparente felicidad, y que las labradoras no padecen, ni conocen, aunque esteriormente parezcan infelices. =

Si fuera así como decís, bien estuvieramos en el campo. — Yo á lo menos me hallo mas contenta en él, que en la ciudad, y lo mismo ereo que le sucede á mi amada Domitíla: apreciamos mas nuestro presente estado aunque pobre, que el rico que perdimos. Asi es Eudoxia, dijo Domitíla. Pero no estraño que la parezca imposible á Flacila; pues dudo que haya ninguno que nos crea sobre nuestra palabra. — Si no lo viera confirmado con vuestra resignacion y paciencia en tantos y tales trabajos, no lo pudiera creer. Por lo mismo me fúe mucho mas sensible el órden de mi amo, de que os hice la confianza, por quanto pudiera desmentir las demostraciones de compasion y de afecto, á las cuales se hizo tan acreedora vuestra desgracia. Y para que veais que no procedió por falta de voluntad, aqui teneis estos pollos y estos huevos que suprirán á la gratitud, que conservo al precioso don de los pendientes, que me regaló Domitíla.

Eudoxia que no advirtió en la entrega de los pendientes, quando se la hizo Domitíla, sabiendola ahora por la ingenua confesion de la labradora, dió amorosas quejas á su amiga, diciendola: que perdonaba á su virtud aquella falta de confianza. Domitila respondió que no se acordaba ya mas de los pendientes, y que no su voluntad, mas el sentimiento, que ella habia manifestado, quando se los entregaba la primera vez á Maximio, fue causa de la falta de confianza,

que ahora notaba. Agradeció sin embargo á Flacila el regalo, que Eudoxía se escusaba de recibir, y que aceptó la misma Domitíla en atencion de la misma Eudoxía y de Belisario, que sabido tambien el regalo, porque preguntó, se lo agradeció á Flacila, que se despidió de ellos contenta y satisfecha.

Volvieron inmediatamente ellos á su casilla, esperando que volviese de un momento á otro el deseado Maximio, por ser ya tarde. Mas como no le viesen comparecer cerrada ya la noche, desconfiaron enteramente de su llegada hasta el siguiente dia.

EUDOXIA.

LIBRO QUINTO.

El atento é ingenioso Maximio, despues de haber esperado que llegase la tarde, cerca de la ciudad, pensando el modo como habia de fingir á sus padres el motivo de su larga ausencia, entró en Constantinopla luego que lo imaginó y fue á proveerse del sayo de labrador, que necesitaba para su ficcion. Con él se encamina á la casa de sus padres, pero sin darse á conocer sino al esclavo Evanio, á quien hizo llamar á

este fin. Evanio, que lo amaba tiernamente y que estaba sumamente solícito por no saber su paradero, luego que le reconoció, prorrumpió en tiernas demostraciones de gozo, abrazandole y besandole, como si fuese su recobrado hijo. Pero le contuvo Maximio diciendole: que importaba guardar gran circunspeccion en recibirle, por cuanto le iba la vida, si llegaba á ser descubierto, que por lo mismo le rogaba fuese á prevenir de esto á sus padres, antes de recibirlo.

Asustado con esto Evanio, reprimió su repentino júbilo y los ademanes con que lo manifestaba, dando cabida en su pecho á las temerosas dudas y recelos que le infundia, y que sobremanera lo angustiaban, creyendole de contado. Antes bien sin informarse del motivo, fue inmediatamente á avisar á los padres de la llegada de su hijo, en traje de labrador, diciendoles al mismo tiempo el encargo que le hizo sobre la precaucion y secreto que debian guardar en recibirlo, por cuanto peligraba su vida, si llegaba á saberse su venida. Los padres oido el impensado aviso, padecen el contraste del alborozo, del temor y de la consternacion, que al mismo tiempo les causaba. Impelidos sin embargo del gozo y del amor paterno salen ansiosos á verle y á recibirle, aunque contenidos en parte de los temerosos recelos que sentian.

Mas no pudiendose contener á vista de su amado hijo, cuya ausencia tantos afanes y desvelos les

costaba, prorrumpen en mil afectuosas demostraciones, tanto mas ardientes cuanto mas se esforzaban en reprimirlas para no ser oidos. Le introducen luego en una secreta estancia, donde despues de haber desahogado á su satisfaccion los reprimidos afectos, le preguntan el motivo de su ausencia, en que parte habia estado hasta entonces escondido, y porque le iba la vida si se sabia su llegada. El advertido Maximio, echando de ver que habia comenzado á prender en el ánimo de sus padres consternados el tramado ardid, le pone el complemento revistiendose de congojas y temores que no sentia, pero que realzaban su traje de labrador y los ademanes tristes que hacia, diciendo así:

¡ Ah! debí nacer bajo infausta estrella, pues desde que me reconozco, hallé siempre invencibles contradicciones á mis deseos, y tuvieron siempre fines desgraciados mis tentativas, especialmente en el de la salida de la cárcel, donde la altiva Antonina.... El llanto interrumpió su narracion agitando con él mucho mas el corazon de la madre, que ansiosa de oir lo que comenzaba á indicar Maximio, comenzó á decir angustiada: ¿qué es, hijo mio? ¿qué es lo que te aconteció? Acaba de sacarme del cruel afan que me causas. Apenas descerrajaron los amotinados (continuó á decir Maximio) las puertas de la cárcel, entran en ella con gran alboroto y vocería, poniendo en mis manos libres una espada diciendome, que jurase sobre ella, que

vengaria la patria de sus traidores y violadores de la justicia y de la inocencia.

Como yo nada sabia del motivo de la sedicion, ni de las pretenciones de los amotinados hice el juramento que exigian de mi. Me sacan inmediatamente de la cárcel con los otros presos, y me obligan ser cómplice en sus desafueros, hiriendo á los que su ejemplo, y voces me enseñaban que eran enemigos y como cayese desgraciadamente en nuestras manos Mondomio favorito del Emperador, ejecutamos en él las crueldades que habreis sabido, siendo yo el segundo que lo hirió mortalmente. ¡O cielo! ¡O desventurada de mí! exclamó la madre al oír esto. ¡Qué hiciste desdichado Maximio! diciendo esto deshaciase en llanto. Su padre Septimio sin prorrumpir en semejantes exclamaciones, aunque mas consternado que su muger, deseó saber de él, como habia podido escapar de las armas de Narses y de la carnicería, que los soldados hicieron en el pueblo sedicioso.

Advirtiendome luego yo mismo (continuó Maximio) la atrocidad de mi delito, me desvié de los amotinados aconsejandome el horror mismo del hecho á salir de la ciudad, y esperar en sus cercanias el exito del motin. Mas luego que supe el estrago que hacian en los ciudadanos los llegados soldados de Narses, me alejé á toda priesa de la ciudad, y despojandome de mis vestidos, pude tomar este sayo, que compré de unos labradores, y me fuí luego á otra parte

distante, donde logré entrar á soldada con un rico labrador. De allí vengo para sacaros de los afanes y afliccion en que os suponía estuviéseis, pero para volverme inmediatamente al mismo lugar, de donde no saldré mas, hasta que muerá el Emperador.

Crecieron las congojas y el sentimiento de la madre con esta breve, pero tan bien fingida relacion. No pudo tampoco contener su llanto el afligido padre conociendo el peligro que tenían así ellos como su hijo, si se llegaba á penetrar su venida; no supo por lo mismo oponerse á la resolucion de Maximio en partir inmediatamente, diciendo que para ello necesitaba de algun dinero, y de tomar las pocas alhajas que le pertenecian. Vino bien en ello el sensible padre, y despues que venció los sollozos y dolorosas oposiciones de su madre, arrancandose de sus brazos salió de la casa paterna, para ir á recóbrarse en el soportal de un templo, donde pasó la noche, no cabiendo de gozo su corazon por el exito feliz de aquella ficcion, que le proporcionaba volver luego á su amada Eudoxía, cuya dulce memoria alivió la incomodidad de aquella noche.

Pasóla en continuo desvelo pensando el modo como llevaria á la casilla los muebles de que se hallaban faltos, y que eran necesarios á su casamiento, y á la resolucion en que estaba de vivir en aquella casilla con Belisario, especialmente las camas, que determinaba comprar al

otro dia , con el dinero que le entregó su padre, y con el que sacaria de las alhajas, que hacia cuenta de vender, antes que tocar el dinero que le habia entregado Belisario. Necesitaba á mas de esto proveer instrumentos de labranza y todos los demas aperos, que requeria el cultivo del campo, en su nuevo establecimiento, determinado á seguir vida de labrador, para sustentar á Eudoxia y su familia con el trabajo de sus brazos.

Pensando esto y en la manera como podria conducir la carga á la casilla, le ocurrió que siendo utilisimo en una alquería un carro y un par de bueyes, los podria comprar á este fin y al mismo tiempo servirse de ellos para trasladar los muebles y los instrumentos de labranza, que habia de comprar. Amanecido el suspirado dia, antes de dejar la ciudad, quiso recorrer las tiendas para ver si encontraba camas hechas y los demas muebles y utensilios que debia proveer, y habiendolos hallado á su satisfaccion los dejó apalabrados para pagarlos cuando viniese por ellos con el carro. La compra de este y de los bueyes le parecia mas árdua para hecha de pronto como deseaba, pero confió salir con ella en una de las alquerías, en que estuvo el dia antes de entrar en la ciudad.

La intrepidez y el ingenio son comunmente favorecidos de la fortuna. Maximio llevado de sus deseos, se presenta al dueño de aquella alquería, en que habia puesto las miras, hácele

ver la necesidad, en que se hallaba de comprar un carro y un par de bueyes con todos sus aderezos, por comision que tenia para ello de su amo, que acababa de quedar sin los suyos en el incendio de su establo; le añade que su necesidad era tan urgente, que le daria lo que le pidiese, con cuyo precio podria él comprar otro carro á su satisfaccion, y otros mejores bueyes que aquellos que le vendiese.

Tentado el labrador de la oferta condescendió con las instancias de Maximio, entregandole el carro y bueyes que deseaba, y recibiendo el dinero que Maximio le entregó de buena gana, ansioso de la compra partió con ella muy alegre, aunque muy embarazado con la misma, por falta de experiencia en su manejo. Suplió á ella el amor que le hizo llegar felizmente á la ciudad, donde cargados los muebles que habia apalabrado, partió mas ufano, satisfecho y contento sobre su carro que Belisario en el suyo, cuando condujo en triunfo al cautivo Rey Gelimer y su familia,

Alguna molestia le daba el haber gastado en toda aquella compra el dinero que le entregó su padre, y parte del que conservaba de Belisario, á que no queria tocar; pero poniendo luego los ojos en sus brazos, y en la preciosa é inagotable mina del campo y la memoria en su buena Eudoxia, volvió á serenarse enteramente su ánimo, y á alegrarse su corazon, con el mas puro júbilo avivandosele las ansias

de llegar á ella para darla aquella nueva prueba de su amor ardiente, y de las atentas miras que llevaba en contribuir á la mayor comodidad y decencia, que cabia en el estado pobre, que habia resuelto abrazar por afecto y pasion de la misma.

No menos solícitos estaban Belisario, Eudoxia y Domitila por su llegada, no viendole comparecer tampoco aquella mañana en que lo esperaban; y entraron en sospechas de que sus padres le hubiesen impedido la vuelta. Ya casi desesperados de ella, acudieron al huerto para proveer la comida, cuando oyeron el ruido de un carro que paraba á su puerta. Movidas de esta novedad acuden á ver lo que era, y quedan sorprendidas de aquella carga, sin conocer á primera vista al boyero en trage de labrador, si el mismo no se diera á conocer al instante con la tierna demostracion que hizo á Eudoxia, que no esperaba ver comparecer con sayo de labrador, aunque galan y lucido, á quien vió partir en trage de sucio y roto pordiosero.

Grande fue entonces su alborozo, y el de Domitila, y no inferior el de Belisario cuando le dijeron lo que era y la carga con que llegaba Maximio. Animadas Eudoxia y Domitila de la tierna complacencia y satisfaccion que la infundian los cariñosos desvelos de Maximio, manifestados en aquellos muebles é instrumentos que les traia, quisieron ellas mismas

ayudar á descargarlos con sus brazos, sin querer para ellos llamar á los vecinos labradores, gustando de acomodarse á las circunstancias de su pobre situacion, y emplearse en aquel trabajo en apariencia humilde, que pudieran escusar con sus flacas fuerzas.

Lectores delicados, no creo que reputeis estas menudencias indignas de la pluma, aunque grosera, que retrata los virtuosos sentimientos de la hija de Belisario. El sabio pintó á la muger fuerte hilando lana, yo á Eudoxía doncella, poco antes ilustre, trasladando con sus brazos, no acostumbrados á tales usos, el lecho en que debe descansar su padre ciego y desgraciado. No olvidada del todo de sus perdidos bienes y grandeza, ¿qué esfuerzo de heroicos afectos debia dar impulso á sus delicados y tiernos miembros? ¿Qué sublime resignacion á las disposiciones de su suerte convenia que fortaleciese su ánimo para abrazar aquellas cargas, que parecia le indicasen que no esperase otra condicion mejor en su vida, que la que le ofrecia aquel pobre techo, á donde las trasladaba, no con ánimo triste ni abatido, sino con la mas serena complacencia, animada es verdad del amor, pero del santo amor, que sin la fortaleza de la virtud, no inspira tan heroicos sentimientos?

Aunque Maximio quiso oponerse á la resolucion de Eudoxía y de Domitíla en ayudarle á descargar las camas, debió ceder á su cariñoso

empeño, ateniendose al partido de cargar con los muebles mas pesados, trasladandolos á los cuartos sobre sus hombros. Hecho esto con algun trabajo, atendió á dar recobro á los bueyes en un pequeño establo, que habia á las espaldas de la casilla, mientras Eudoxia y Domitila acababan de aderezar la comida. Belisario informado de ellas de lo que Maximio habia traído, no acababa de admirar la constancia del amor de aquel mozo, así en todo lo que hizo antes para merecer la posesion de Eudoxia, como en lo que ahora hacia despues de haberla merecido, manifestando su determinacion en acomodarse á sus pobres circunstancias, y en aliviarselas en cuanto las suyas se lo permitian, prefiriendo la vida de labrador á todos los empleos de lustre, que hubiera podido obtener, atendida la nobleza de su familia.

Penetrado de estas reflexiones el ánimo de Belisario no pudo dejar de manifestar su aprecio y gratitud á Maximio con las mas tiernas demostraciones, luego que se le presentó el mismo, despues de haber puesto en cobro sus bueyes. Agradecióselas Maximio, enternecido de las espreciones de aquel ilustre ciego, y luego se sentaron á la mesa, en que deseó Belisario oir el modo como habia sido recibido de sus padres, y como habia comprado todos aquellos muebles. Hizole Maximio la relacion, animandola con tales pinturas de las situaciones en que se halló, y de los diversos afectos que hubo de sentir en

el recibimiento y vista de sus padres, que hacia revestir de ellos á los apasionados oyentes, que lo escuchaban con tanto interés, teniendoles pendientes de su discurso.

Pero en vez de contarles el ardid, de que se sirvió para ocultar á sus padres el verdadero motivo de su ausencia con la muerte de Mondomio, fingió otra relacion temiendo dar que sentir á Eudoxia y á Belisario, si les contaba llanamente lo que dijo á sus padres. Ciñóse su nueva ficcion á decir, que á fin de que aquellos lo dejasen volver, les habia pedido licencia para ausentarse de la ciudad por algunos dias, mientras le obtenian la necesaria seguridad por parte de la justicia, informandose primero si se habia liquidado su proceso; pues el temor de que le volviesen á poner en la cárcel, de donde le sacaron los amotinados, le obligó á salir luego de Constantinopla y á ir vago y pordioseando por las vecinas aldeas, mientras duraba el motin; que por lo mismo creia necesario volver á salir de la ciudad, hasta que la misma justicia le asegurase su entrada. Que en fuerza de esto, sus padres vinieron bien en que se ausentase, y le entregaron dinero con el cual habia comprado aquellos muebles, y el carro y bueyes, que habia traído.

Todos lo creyeron sobre su palabra, pero si no se verificaron los temores de Maximio en dar que sentir á Belisario y á Eudoxia, diciendoles la primera fingida relacion, que hizo á

sus padres, no por eso aprobaron la segunda, que les acababa de hacer á ellos; echando de ver que habia querido eludir en su relacion el que supiesen sus padres haber estado en la casilla con ellos y que volvia á la misma. Por lo mismo Belisario, á pesar de su tierno afecto y reconocimiento, y de la promesa que le hizo de darle á Eudoxia por esposa, determinó diferir el casamiento ó no efectuarlo, si primero no lo sabian sus padres, y si no venian bien en dar su consentimiento para ello.

Disimuló sin embargo su resolución por entonces para no afligir á Maximio, ni agrazarle la suma satisfaccion, que manifestaba en la menuda relacion, que les hacia de su viage y de sus compras, con las cuales le parecia haber allanado todos los obstáculos á su amor, lisongeandose que este le coronaria cuanto antes en el dispuesto tálamo del himeneo. Lleno de esta confianza, continuaba á disfrutar sobre mesa la suavissima compañía de Eudoxia, á cuyo lado estaba sentado, reconociendose ya esposo de la misma.

Solos vosotros amartelados amantes podeis comprender la suprema satisfaccion y consuelo de Maximio, seguro ya de poseer á una doncella tan amable, no menos ilustre por su nacimiento, que por la virtud, que añadia tan sublimes realces á las tiernas gracias y hermosura de su linda presencia; viendola olvidada de sus antiguas comodidades y riquezas, resignarse

con tanta modestia y blandura á su presente pobreza, acomodandose á ella con heroica fortaleza de ánimo, como tambien á las ocupaciones mas humildes, en que desdeñáran tal vez emplearse las mismas esclavas que antes tenia, estando seguro Maximio que en ellas y en su pobre situacion, le anteponia por esposo con firme y sincero afecto á los mas ricos señores del imperio.

Dejabase transportar el ánimo de Maximio del tiernísimo afecto que le avivaba aquella persuacion, aunque esta por su singular modestia y recato parecia no corresponder exteriormente con igual pasion, á la que él la manifestaba con sus tiernas demostraciones, bien que contenidas no tanto de la presencia de Domitila, cuanto del respeto y dulce veneracion que le infundia el recato de Eudoxía, sin dar presa alguna á las lisonjas de la pasion de Maximio. Antes bien las convertia en un afecto mas tierno y puro, dejando solo lugar en su ánimo al satisfecho gozo y consuelo que sacaba de la vista de su amabilísima modestia, la cual exigia los mas cariñosos afectos de su alma.

Disfrutó Maximio esta dulce complacencia al lado de Eudoxía, hasta que Belisario llamó toda su atenta sorpresa con la relacion que le quiso tambien hacer de la venida de los Scipiones padre é hijo, y de la peticion con que vinieron durante su ausencia. El tono jovial y festivo, con que Belisario se lo contaba, dismi-

nuyó en parte las congojas que le sobrevinieron al oirlo, y que se trocaron luego en mayor alborozo, oida la negativa, que así él como Eudoxia dieron á los descendientes del Publio Scipion, sobre la pretension del casamiento, de que redundó mayor aprecio á la virtuosa constancia del fiel amor de la doncella, y á la honradez y grandeza de ánimo de Belisario, que reusaban un partido ventajoso en las circunstancias de su desgracia.

Este caso avivando sumamente el reconocimiento de Maximio, le hizo prorrumpir en nuevas demostraciones de gratitud para con entrambos, hasta que la tarde ya entrada les acordó, que debian poner en orden los muebles traídos, acomodandolos á las respectivas estancias en que debian ser colocados. Emplearon en esta ocupacion el resto de aquella tarde, pudiendo así descansar Eudoxia en la nueva cama que habia de servir de tálamo á su himeneo. A este fin la compró Maximio, á mas de las otras que debian servir separadamente para Belisario y para él, antes que se efectuase el casamiento. Con esto durmieron todos con mayor comodidad y consuelo aquella noche.

Amanecido apenas el siguiente dia, Maximio, á quien el amor y el cuidado de su nuevo oficio despertaron presto, fue el primero en levantarse para conducir sus bueyes al pasto, encaminandose con ellos al vecino bosque. Convidado alli del apacible silencio de la mañana, y

de la quieta amenidad de aquel sitio, se sentó al pié de uno de los fresnos que lo formaban, creyendo que tardarian á levantarse Belisario, Eudoxia y Domitila. La vista de aquellos frondosos y silenciosos árboles, de los bueyes que pacian la crecida yerba, y el canto de las aves que daban el alborada al dia, empeñó poco á poco su meditacion, acordándole que Eudoxia con su casamiento le hacia dueño de aquel sitio y de todo aquel terreno, que aunque corto, bastaba á su parecer para mantenerse.

En fuerza de esta ocurrencia se decia á sí mismo: ¿qué mas puede desear un hombre en esta vida mortal, que tener asegurado su necesario sustento, y por compañera una amable y virtuosa esposa? Estas son las primeras necesidades de la naturaleza. Todo lo demas es consecuencia superflua de los deseos y antojos de las pasiones, fomentados de la ambicion y de la vanidad; bueno en parte si se posee, ó si se consigue sin tanto afan y solicitud, pero no con riesgos y peligros de la vida, como lo hacen los mas. ¿Qué le aprovechó á Belisario adquirir tantas riquezas, tan grandes honores y tan gloriosas distinciones? Agravaron su desgracia, y si la fortaleza de su excelso ánimo no le hubiera dado noble aliento para sobreponerse á su adversa fortuna, le hicieran el hombre mas infeliz y miserable de la tierra.

Verdad es que no acontecen á todos tales desventuras, y mueren los mas en el seno de la

gloria y grandeza que adquirieron ó que heredaron : mas tampoco llegan á ser grandes y ricos todos los que aspiran á ello y lo procuran. ¿Cuántas veces sucede tambien á aquellos mismos , cuya grandeza envidiamos , que trocáran de buena gana su rico estado con el de un labrador honrado , envidiando á su turno la tranquilidad y quieto señorío del campo ? A pesar de esto , no es de estrañar que ninguno de ellos deje el asiento de su grandeza y de sus estudiadas comodidades para acomodarse á las sencillas costumbres y vida del campo , porque á todos amedrenta la apariencia humilde , ni les es facil sobreponerse á la vanidad que los avasalla. Antes bien , inducidos muchos de ella y de sus engañosos alicientes , dejan la quieta soberanía que gozan en sus aldeas , metiéndose en la turbulenta carrera de la ambicion para obtener los honores y los empleos á que aspiran á costa de mil disgustos y pesares.

¡ Feliz mil veces aquel dia , en que el amor que la estimable Eudoxia suscitó en mi pecho , llegó consumir enteramente los deseos de distinguirme en cargos luminosos ! pues libre así de los peligros y de las desazones que los acompañan , me veo ahora sentado en este verde trono , aunque humilde , de la dicha pura , como lo es , para quien sabe apreciarle. Porque ¿ qué señor , por grande que sea , prueba tan suave satisfaccion y contento en sus adquiridos honores , quanto la que experimenta mi alma , mis

sentidos y potencias en este ameno templo de la naturaleza, á quien sirven como de columnas de su frondoso edificio estos troncos, de techo magestuoso sus verdes copas, de cantores que ensalzan la divina omnipotencia del Criador estas aves con sus dulces cantos, de rica alfombra esta florida yerba, en que pacen estos manos bueyes, que acrecientan mi pequeño señorío, lejos de la confusion y tumulto de las ciudades?

Aqui reina la paz suave, que aviva en mi pecho el aprecio de la resolucion tomada de mi amor, de desamparar la ostentacion y fausto de la ciudad, y de vivir aunque pobremente en compañía de mi buena Eudoxía. Aqui quedará tal vez sepultado mi nombre, sin títulos, sin honores, sin fama; pero al muerto, al cadaver yerto y frio del hombre mas ilustre; de qué le sirven tampoco todos sus adquiridos honores y timbres? Los heredan bien sí, sus hijos, ó sus descendientes; pero con el fin de trasladar mi nombre á los que tarde ó presto los tragará el olvido, habré yo de esponerme á riesgos que harán tal vez desvanecer antes los anhelos de mi ambicion?

No Maximio, esos son los falsos alicientes de la vanidad que prometen la dicha donde no se encuentra. Todos anhelan los haberes, las distinciones, la preeminencia sobre los demas; tal es la soberbia humana; mas todo eso ni satisface enteramente ni tranquiliza al corazon que lo disfruta. Aqui no niego, habré de re-

gar el suelo con el sudor de mi frente , esforzar mis fatigados brazos , endurecer mis atezadas manos con el trabajo , aguantar soles ardientes y rehacer mis exhaustas fuerzas con un pobre y parco alimento ; mas sudaré para mantener á mi Eudoxía , á mis dulces hijos si los tuviere , no para manchar barbaramente la tierra con la sangre de los enemigos , ó con la mia en la batalla.

Aguantaré los calores , los sentiré ; mas podré recrearme libremente cuando se me antojare á la sombra de un árbol , sin que el imperioso sonido de la trompeta me obligue á continuar la marcha , á pesar de las inclemencias de los tiempos , solo para ir á esponer mi pecho á la herida ó á la muerte , ó para darla por ageno capricho. Endureceré mis manos en el cultivo de la tierra ; pero para que me rinda mi honesta subsistencia y la de mi familia , no para abrir fosos y trincheras , que habrian de ser tal vez mi sepulcro. Denodaré mis brazos y mi cuerpo en una provechosa y honrada fatiga , mas no en las evoluciones militares ni en los demas duros trabajos de la milicia , en que rara vez , y raros consiguen los premios y los honores que se prometen.

Sudaré y trabajaré , pero sin servirles anhelos sin dura dependencia y sin las demas importunas desazones é inquietudes que siguen á los , empleos y cargos de lustre. Sudaré y trabajaré ; pero qué rico ocioso en el seno de su

ufana holgazanería , se atreverá á decir , que es mas dichoso sin hacer nada mas que lo que hacen las estatuas con resortes, que Maximio que suda, que se afana y trabaja por el glorioso Belisario , héroe desgraciado del imperio, y por su amable y virtuosa hija que endulzará mis fatigas? ¿qué aliviará los males inevitables de la vida , y que con su virtud y amable consorcio pondrá el colmo á mi tranquila felicidad, sin todos esos vanos y desasosegados bienes que envío en hora mala?

Esto iba diciendo consigo mismo Maximio, muy ageno de esperar el precioso instante de ver comparecer á Eudoxía sola sin Domitila y sin Belisario. No es posible espresar los dulces afectos que suscitó en su pecho la graciosa presencia de su amada en aquella soledad á la sombra amena de aquel bosque y á la suave quietud del alba. Nada de cuanto puede pintaros la imaginacion hubiera podido causarle igual sorpresa ni tan gustosa, cuanto la modesta y amable hija de Belisario. Alegróse tambien ella de encontrar á su fiel amante sentado al pie de aquel árbol frondoso, paciendo delante de él con quietud los mansos bueyes.

Ella fue la primera en decirle: Maxímio, suponía mi padre que hubieseis venido, á apacentar los bueyes, y me envia á llamaros. = Amada Eudoxía, aqui me teneis embelesado de este amenísimo templo de la naturaleza, donde

solo echaba menos vuestra presencia. = Muy de mañana os habeis levantado; mi padre os oyó, cuando sacabais los bueyes del establo. = El alba comenzaba á rayar en el horizonte. Pero doy por bien empleada mi madrugada, no solamente por la dulce contemplacion en que estuve, sino tambien por la suma complacencia que me grangeé con ella de vuestra inesperada vista. Venid acá, Eudoxía: haced este dia mucho mas delicioso para mí con vuestra dulcísima compañía. Sentaos, reina de mi voluntad, en este blando asiento que no tiene porque envidiar á los dorados de los palacios, y disfrutad tambien por un poco la apacible amenidad de este sitio.

= Me sentaré por un instante para oír la contemplacion en que estuvisteis. ¿Qué era, pues, lo que meditabais? = Estaba ponderando la gran ventura que me adquirió el amor con la feliz vida que me llevaré aqui en compañía vuestra. = Tuvimos la misma meditacion; y al mismo tiempo tal vez. = ¿La misma tuvisteis? ¡ah! no sabeis Eudoxía, cuanto regala á mi alma esa ingenua y no exigida declaracion. Ella me asegura de la conformidad de nuestros genios y afectos, de donde dimana la firme y mas dulce correspondencia. Pero no sé si habiendo vos tenido la misma meditacion, la tuvisteis tambien del mismo modo. Iba yo haciendo el cotejo de la dicha que prometen á los hombres la ambicion y vanidad en las ri-

quezas, en los honores y en la ostentacion, con la que promete nuestro presente estado, aunque pobre y humilde en apariencia. No sé, pues, si el amor os sugirió esta misma meditacion, y del mismo modo que yo la tuve. =

No podeis dudar, Maxímio, del constante afecto que os profesé desde mis tiernos años. = No sé si el vuestro fue siempre tan constante como el mio. ¡ Ah! esto fuera querer pretender sobrado. = Siempre fue igualmente constante. = ¿ Mas y el casamiento con Basílides? = ¿ Qué quereis significar con eso? = Que Basílides puso tal vez tregua á un amor, que sin aquel estorbo hubiera podido prometermelo siempre mio. = ¡ Ah; no sabeis cuanto costó esa tregua á mi corazon! La virtud sola recabó lo que no hubiera obtenido Basílides aunque fuera el árbitro del imperio. = ¿ Tanto pudo esa cruel virtud? ¡ Ah; perdonad, Eudoxía, esa indiscreta expresion á mi amor, que no me dejó advertir, que ese mismo costoso triunfo realza vuestros amables sentimientos. Permitid, prenda de mi dicha, que les dé con mis labios en esas manos el tributo que les debo. =

No por cierto, Maxímio, no lo permitiré. = ¡ Ah! me desdije sobrado presto del título de cruel, de que casi me arrepentí de haberla dado. = No es ser cruel el ser recatada. = Es ser cruel el negarse con tal severidad á una inocente demostracion del amor mas puro. Si acaso se me negó por falta del debido acatamiento,

aquí mismo de rodillas , os ruego , Eudoxía , me permitais este obsequio que os rinde vuestro prometido esposo. — Maxímio , me obligais á romper un honesto y suave entretenimiento , ó volved á tomar vuestro asiento , ó sino parto. —

No , no , hermosa Eudoxía , basta la insinuacion de vuestra voluntad , para que Maxímio á pesar de la privacion de lo que mas deseaba , os obedezca rendido. ¡ Ah ! vuelvo á tomar mi asiento , puesto que así lo mandais... Vosotros , solitarias plantas , solos testigos de mi sumision , si acaso lo admirais , como admirais el severo recato y modestia de Eudoxía , haced que vuestra asombrada admiracion contribuya á la mas pura felicidad de nuestros corazones. ¡ Ah ! ¿ qué veo ? ¡ triste de mí ! ¿ quereis partir Eudoxía ? ¿ No basta la palabra de Maxímio para asegurar enteramente á vuestra virtud de mi tierno respeto ? — Mi padre me espera y mi tardanza le tendrá tal vez solícito. Podemos encaminarnos juntos ácia casa. — Vamos pues. Mas ved ahí á vuestro padre , que viene con Domitíla.

Era así , que venia Belisario , acompañado de Domitíla que fue el primero en decir antes de llegar á ellos : ¿ dónde estan mis hijos ? Aquí nos teneis , Belisario , dijo Maxímio , disfrutando esta amena soledad , donde tratábamos de la dicha de nuestro pobre estado en cotejo de la pasada grandeza. — Buen argumento es para el amor ; aunque no sé si todo amor se acomodaria á vuestro cotejo. ¿ Qué os parece , Domitíla ?

— Lo que puedo decir es: que el amor recaba á las veces lo que no consigue tal vez la virtud. Aquel hace bajar á algunos del estado superior, en que les hizo nacer la fortuna á otro inferior y pobre. Pero á la larga engendra arrepentimiento, como efecto de inconsideracion, si no suple la virtud, haciendo sobreponer el ánimo á los bienes exteriores y comodidades, de que el amor se priva.

Por esto no es de estrañar que hallen tan grande oposicion en el mundo los casamientos, reputados desiguales, culpándolos tal vez con justa razon la vanidad y el interés, por cuanto raras veces ó casi jamas efectua la virtud tales casamientos. Y si esto llegase á suceder, pocos se persuaden que pueda la virtud suplir los bienes de que se halla falta en su pobreza, y que el mundo admira y aprecia en tanto grado.

Sufren por lo mismo, y aconsejan tal vez los padres á sus hijos á que abracen antes un estado pobre y celibe en los claustros, que un pobre casamiento, porque en este se resintiera su vanidad; y la opinion que ennobleció la pobreza voluntaria en los claustros, la suele vituperar en un casamiento aunque virtuoso. No hay duda que la pobreza se consagra en los claustros á la deidad, que es el título que la ennoblece á los ojos de la ambicion; mas la virtud de los corazones amantes; no puede consagrarse del mismo modo á la deidad en un

santo casamiento , prefiriendo ellos con heroica fortaleza y á la vista del mundo el trabajo y los sudores de la industria para sustentarse ?

Tal contemplo mi casamiento con Eudoxia, dijo Maximio , estando yo empleado en el cultivo del campo , y lo pensaba antes conmigo mismo sin ocurrirme esos claustros. Pero prescindiendo de todo eso , no sé que haya á mi parecer estado mas apetecible y tranquilo que el de un labrador dueño de sus campos , aunque los cultive con sus propias manos sin que tenga que ver en su dicha esa virtud que tanto encareceis ; pues sin ella viviré del mismo modo aqui en el campo , libre de los disgustos , molestias y desazones , que los ambiciosos experimentan en las ciudades.

Atendido el caracter de las cosas humanas , no sé dijo Domitila , que pueda el hombre gozar sin la virtud esa paz y dulce tranquilidad , que aqui os prometeis. Convengo en que la vida del campo es preferible á los empleos y honores ciudadanos , teniendo mayor proporcion para eximirse de los pesares y enfados que estos traen. Mas sin las maximas de la ciencia moral , soy de parecer , Maximio , que no se puede disfrutar la dicha en el campo tan largo tiempo , quanto pensais. — ¿ Por qué no ? = Lo diré. El ánimo se halla sosegado , satisfecho y contento cuando no siente ninguna cosa que lo disguste , entristezca

y moleste. Aquí en el campo, no tienen á la verdad los labradores, tales ni tan frecuentes causas de pesares y disgustos cuantas se padecen en las ciudades; mas no por eso faltan tampoco aquí ocasiones de graves y amargas pesadumbres y aflicciones.

No pretendo comprender entre ellas, las que se originan de los males, de que no puede eximirse la naturaleza humana, y que alteran ó destruyen la paz y contento del alma. Nacen á mas de aquellos frecuentes disgustos en las familias, y suelen tambien ocasionar muchos otros los vecinos. El hombre, en cualquiera parte está siempre rodeado de males que le acechan. ¿Veis, Maximio, este bosque, que con su sombría y apacible amenidad nos recrea y embelesa la vista? ¿Estas ufanas y espesas copas que dan tan gustoso abrigo á las aves que nos consuelan con sus cantos? ¿Mas allá aquellos panes que comienzan á trocar su verdor en la preciosa amarillez, que os promete el sustento casi asegurado? ¿Esas parras, cuyos racimos parece se quieren desprender con su peso para ofreceros su dulce licor? ¿Aquellos frutales, que dejan asomar sus sazonados frutos? ¿Este dia finalmente, que con su pura luz regocija y ameniza la variedad de estas plantas, que contribuyen para hacer mas apetecible la dicha del campo?

Pues toda esta hermosura y amenidad puede

trocarse en motivos de graves pesadumbres y de la mayor afliccion, si llega una nube á lanzar su granizo, que lo arrase todo en un momento á vuestros ojos, sin dejar ni legumbre ni yerba ni hoja que llegar á vuestra boca, reduciéndoos á la mendicidad. ¿Qué será entonces de la dicha que siempre os prometiais tan segura en el campo? = ¿Y os parece que me seria tan sensible mendigar por Eudoxía y por Belisario? = Si fuese asi, dichoso vos. Pero advertid, Maximio, que suele el amor representar facil de antemano, lo que en el lance solo puede hacer de algun modo llevadero la virtud, mucho mas á quien no se acostumbró desde niño á tales ocupaciones y estado, ni hecho sus hombros al grave peso de la necesidad. =

Segun eso, vuestra celebrada virtud, ¿es el supledichas de la vida? = Eso os lo puede decir Eudoxía tan bien como yo. = No hay duda, dijo entonces Eudoxía, que sin las máximas de la sabiduría y sin el egercicio y estudio de las mismas, dificilmente puede resistir el ánimo al dolor y afliccion, nacidos de las desgracias, especialmente de aquellas que padecen los labradores, que son de las que tratábais, y que sin la fortaleza de los sentimientos de la virtud, no pueden dejar de amargar ó destruir enteramente la dulce paz y felicidad que os prometeis, Maximio, en el estado que quereis abrazar. El ánimo cede naturalmente

al mal que le desagrada, y á la tristeza y abatimiento que se le sigue y le desazona. Conviene, pues, que se le fortalezca con las máximas de la filosofía moral, para no ceder fácilmente á los males que frecuentemente sobrevienen, ni abandonarse al dolor y pesares que ocasionan. =

Me confirmais, dijo Maximio, que esa ciencia moral es el curalotodo. ; Mas cómo se aplica tal medicina. ? = Gustaré de satisfacer á vuestra pregunta: se aplica, formandonos del mal y de la desgracia ideas diferentes de aquellas que comunmente se forman los hombres, y que en vez de fomentar el temor de los males por venir, nos acostumbremos á mirarlos con indiferencia. Para esto conviene sofocar primero los anhelos de la codicia, de la vanidad y de la ambicion, el amor demasiado á las cosas propias, y los temerosos recelos de que no nos sucedan las por venir á grado de nuestros deseos y esperanzas; porque de lo contrario se origina la falsa opinion que nos formamos de los males. Asi rectificada esta, y moderados aquellos afectos, se nos harán mucho menos sensibles las desgracias.

Las pasiones nos hacen concebir sumo aprecio á todos los bienes exteriores; los anhelan, los buscan, se desasosiegan por conseguirlos, se inquietan si les faltan, se desesperan si los pierden, ó si no les pueden alcanzar. La moderacion al contrario, ó por mejor decir la mo-

ral filosofía enseña al ánimo á poner su mayor aprecio en los bienes interiores, cual es la paz del mismo, su sosiego, el señorío que puede adquirir de sus vanos deseos, esperanzas y temores le enseña á mirar todos los bienes exteriores como préstamos de la fortuna que esta puede quitar, y á no inquietarse ni resentirse, si despues de poseidos los mismos, los perdiere. Puede ahora vuestro corazón, enardecido del amor, mirár con menosprecio la pobreza y mendicidad, en caso que la suerte llegase á talar los campos y destruir vuestras cosechas; mas no sé si permaneciera firme esa vuestra indiferencia, si la suerte misma os matase los bueyes, incendiase la casa, os robase los comprados muebles, ó lo que...

— Basta, Eudoxía, basta; os entiendo con la sola insinuacion. Eso prueba que el hombre mientras vive en este valle de miserias, anda sugeto á disgustos y pesares inevitables, en medio de la que reputa su mayor dicha. — Eso mismo prueba tambien que conviene, y es casi necesario al hombre el estudio de la filosofía moral, cuyo fin es la virtud, para hacer menos sensibles los males y pesares inevitables de la vida. — Podeis sin embargo decir sobre eso lo que queriais, no me persuadireis que la virtud recave disminuir el dolor y la afliccion del hombre en lo que vivamente siente. — Si padeciéndolos vivamente os debeis hallar

mejor, no tengo mas que decir; pues si despreciais el remedio convendrá que Eudoxia, vuestra compañera, se arme tambien, á mas de la conformidad necesaria en sus propios males, del sufrimiento y paciencia para soportar tambien el peso de vuestras acrecentadas inquietudes y desazones. =

Es decir, que Maxímio, quiera que no, debe comprender ese estudio de la virtud. =

Esa no se enseña, ni se aprende por fuerza, sino cuando el hombre es niño. En el adulto con el auxilio de Dios, y una inclinacion y docilidad á los consejos y máximas de la sabiduría, que destruyen poco á poco las preocupaciones de los siniestros afectos del ánimo, engendrados de las pasiones, y que fortalezcan los buenos sentimientos contra los adversos accidentes de la suerte, de modo que estas no pueden alterar tanto la dulce tranquilidad del alma, y la dicha de la vida aqui en el campo tambien, donde no podrá permanecer tampoco sin la virtud. = Amable Eudoxia, triunfais de todos modos del corazon de Maximio. Lo veo; me rendiré... pero los bueyes se salen del bosque, quieren sin duda beber. Voy á sacarles agua.

¡ Válgate Dios por los bueyes que nos interrumpieron tan útil y gustosa conversacion! (esclamó Belisario) pero en fin tendremos tantas ocasiones para volverlas á emprender. Podemos volver á casa. Como querais, padre mio,

dijo Eudoxía. La misma condujo de la mano á su padre, tratando del discurso que acababan de tener, en que se le comenzaron á dar lecciones á Maximio, para perfeccionar los sentimientos de su excelente corazon que se dejaba llevar de su intrépida franqueza, y que lo induciria á cometer acciones que Eudoxía no aprobaba, como la de su ficcion y engaño, que uso con sus padres. Admirabán sin embargo el gusto y la propension, con que se empleaba en las humildes ocupaciones, aunque tan nuevas para él y tan ajenas de su nacimiento.

Sobre esto continuaban á tratar Eudoxia, Belisario y Domitila, despues de llegados á su casilla, cuando Maximio, recobrados sus bueyes, entró diciendo: no todo debe ser resonamientos de virtud. La vida exige tambien su sustento; y para ello conviene hallar medios y ponerlos en egecucion. Tenemos ya todos los necesarios instrumentos ó los principales, y el precio de las cosechas que nos entregó Scipion, con que nos podremos mantener sin temor de que el granizo nos cause pesar por este año, teniendo ya el dinero en el bolsillo. Queda por ver, dijo Belisario, si el que nos alargó el dinero viene á exigirlo de nosotros. — No hay ya que exigir. A contrato hecho, finiquito de querer. — No hicimos tal contrato, hijo: Scipion puede venir á pretender el dinero que nos prestó. —

Si es así, yo soy de parecer que se lo devolvamos, aunque deba venir el granizo y la piedra. No quisiera retener el dinero de estos bellacos. = Soy de contrario parecer, Maximio, porque haciendolo así, manifestaríamos nuestro orgulloso resentimiento, que fuera efecto de ingratitud al favor apreciable, que nos hizo Scipion, con el cual nos sacó del ahogo en que nos hallabamos. Aunque su pretension sobre Eudoxía y el hecho de su hijo Mucio indiquen miras opuestas á la beneficencia, que usó con nosotros, debemos no obstante apartar de ella toda sospecha contraria, y abstenernos de darles títulos ofensivos, que tal vez no les competen.

Por consiguiente no nos está bien tampoco añadir á nuestro desprecio el sonrojo de restituírle el dinero, que tan generosamente nos entregó, no pudiendo tener entonces Scipion ninguna mira de interés. El mejor espediente me parece ser no tocar el dinero, para que en caso que venga á exigirlo, se lo podamos devolver. = Léjos estoy Belisario de oponerme á vuestra determinacion; pero conviene que os advierta, que si dejamos de servirnos de ese dinero, convendrá que pensemos en otros medios, para que nos podamos sustentar hasta que las cosechas esten en estado de venderse. No veo otro espediente para ello, que el ir yo á ganar el jornal, ora sea en el cultivo del campo, ora carreteando con los bueyes. =

¡ Ah! Maximio , conmueves sobremanera mi corazon! No en valde aborrecen tanto los hombres la miseria y la necesidad. Lo que ninguna pena me diera ejercitar por mi mismo , me la causa el oir que quieres , hijo , ejecutarlo por mí. = Ninguna pena os debe dar , pues no me la dá á mí; antes bien tendré complacencia de cultivar la tierra para sustentaros á vos y á Eudoxia. Sosegaos , Belisario; poco á poco con la virtud , que Eudoxia nos predicó , irémos dando asiento á las cosas , haciendo las unas despues de otras , corrigiendo las que se erraren , y perfeccionando las bien hechas. El esfuerzo y la voluntad no faltan , que es lo principal. Tampoco suele faltar jornal á quien lo busca , y desde luego voy á ello. El destajo en el campo no requiere gran estudio.

No iréis solo , Maximio , dijo entonces Eudoxia , podrán tambien mis manos manejar el hazadon. Maximio sumamente conmovido al oir la animada resolucion de Eudoxia , exclamó: ¡ ah! ¿ cómo teneis valor para decirlo , si á Maximio le falta para oirlo sin conmocion? ¿ Eudoxia jornalera? ¿ reducida á cavar la tierra con esas manos...? ¡ O cielo ! No no lo permitiré Maximio. = Lo mas lo hizo la suerte , lo menos lo podrá hacer la hija de Belisario. Haré lo que compete á mi presente estado , y lo que exige la necesidad. La virtud ennoblece cualquier oficio , y la buena voluntad alivia cualquiera trabajo. No iréis pues sola ,

Eudoxía, dijo Domitila: quiero participar tambien de ese honroso trabajo.

Qué es esto, hijos, exclamó Belisario, ¿os quereis ir, y dejarme aqui solo y abandonado á mis tinieblas? No padre mío, respondió Eudoxía. Vendreis con nosotros á donde encontremos jornal, allí descansareis á la sombra de algun árbol, mientras nosotros trabajaremos. ¡O fortuna! exclamó el enternecido Belisario; ¿estabas por ventura en acechanza de este momento, para ver flaquear el ánimo de Belisario al contemplar la dura necesidad á que espones, no á él, sino á su hija Eudoxía? mas no, hija mia, antes que oponerme á esa noble resignacion y fortaleza de sentimientos, los sigo: llevadme á algun ribazo del camino ó alguna de las vecinas aldeas, donde pueda mendigar tambien mi sustento, implorando la agena conmisericordia. A un ciego es solo permitido y decente esta forzosa necesidad.

Asi proseguian en este contraste de ternísimos afectos acompañados de lágrimas, que les sacaba, no la fuerza de su desventura, sino la compuncion de sus corazones, cuando oyeron tocar á la puerta. Aunque Maximio se hallaba sumamente conmovido y con el llanto asomado á los ojos, acudió á ver quien era el que llamaba. ¡Mas cual fue su sorpresa, cuando vió ante sí á Lucio Scipion, que preguntaba por Belisario! El discurso que habian tenido poco antes de él, le suscita la idea á

su vista, que viniese á exigir el dinero que les habia adelantado. ¿Cómo podia imaginarse que fuesen mas nobles y mas generosas las intenciones, con que llegaba aquel honrado anciano?

Le introduce sin embargo á la presencia de Belisario, aunque con modo seco y desabrido. Recibióle al contrario Belisario con atentas expresiones, rogando á Eudoxía le diese asiento. Scipion le acepta con urbanidad y lo agradece, luego comenzó á decir así: no creo que estrañaréis, Belisario, la venida de Lucio Scipion á vuestra casa, despues del descomedido proceder de mi hijo Mucio contra vuestra respetable hija Eudoxía. Debierais antes estrañar que haya tardado tanto en venir á daros la debida satisfaccion, ó por mejor decir, á fin de quitar las sospechas que hubiera podido hacer recaer sobre mi buena voluntad y sobre mis sinceras intenciones. Mas solo lo acabo de saber accidentalmente, lo que por lo mismo agravó mi pesadumbre y sentimiento. ¡O Scipion! ¿qué es lo que decís? ese accidente no merece, le dijo Belisario, satisfaccion ninguna. Vuestra beneficencia no dejó lugar á sospechas contra vuestros nobles y desinteresados sentimientos. =

Tales puedo prometerme que fueron siempre los míos. Por lo mismo me fue mucho mas sensible el bajo proceder de mi hijo, que no sé como llegó á perder el seso á tal grado, que

pensase poder obligar á Eudoxía á que le tomase por esposo, poniendo tan leve é indecoroso obstáculo á su establecido casamiento. Arrepentido sin embargo el mismo de un hecho tan ruin, lo llenó de verguena tal, que me dijo no atinar el camino para venir á pedir os perdon. Mas si pude condescender con su justa verguena, no pude dejar de venir yo en persona á pedir os por él perdon, como os lo pido; pero para prueba de su arrepentimiento me suplicó hiciese á vuestra Eudoxía esta pequeña demostracion. Espero Eudoxía, que dignandooos aceptarla, manifestareis concederle el perdon, que os pide por mi medio.

Eudoxía encogida al ademan que Lucio Scipion le hizo, presentandole un bolsillo, se retrajo con modestia diciendole: perdonad, Scipion. No necesita vuestro hijo de comprar, ni á mí me está bien el vender un perdon, que le concediera de grado, si me hubiese dado motivo para ello. = Ninguno de estos titulos debe llevar, Eudoxía, esta demostracion de la arrepentida voluntad de mi hijo, á quien vuestra recusacion dejará ciertamente sonrojado. Ni creo, os sufrirá el corazon tomar esta venganza, aun de aquel que os agravió. A lo menos espero que si lo reusais aceptar en nombre de mi hijo, no lo desdeñareis en nombre de un padre honrado y compasivo, que os lo presenta. = Estoy sobrado persuadida de vuestra honradez y conmisericacion. Y si es esta la que dá mo-

tivo para que me hagais este generoso presente, no acertais, Scipion, en el objeto que mas que Eudoxia lo merece. Yo puedo ganar mi sustento con el trabajo de mis manos, sin aceptar demostraciones, que no me competen. =

Perdonad ó ilustre y discreta doncella, si no acerté en el objeto que con tan noble desinterés me indicais. Belisario, la insinuacion de vuestra hija creo que no me hará errar. Espero que dejareis satisfecha la compasion que debo á vuestra desgracia. = ¿Qué es esto, generoso Scipion? ¿qué me quereis? = Que os digneis aceptar esta pequeña cantidad de dinero igual á la que os entregué á título de compra de las cosechas. = Aquella pues fue á título de compra de las cosechas, y esta ¿qué título debe llevar? = Esta quita el título á la primera, y os hace dueño de disponer de una y otra como querais.

¡O cielo! me confundís, ó magnanimo Scipion. Vuestra noble generosidad no deja ningun justo arbitrio á Belisario, pobre, ciego y desgraciado, para reusar lo que de ningun modo aceptaria, si vuestra singular beneficencia no tuviera empeñada de antemano mi eterna gratitud y reconocimiento. ¿Con qué expresiones os lo podré manifestar? = No recibo ninguna, Belisario. Mi mayor satisfaccion es, que os hayais dignado recibir esa prueba de mi sincera voluntad. Esto me basta, y parto.

= Eudoxía, hija, suple por tu padre, que está sin vista, la gratitud que debo, y que tú debes tambien á un dón que has reusado. =

Padre mio, no puedo suplir de mejor modo, viendoos tan generosamente socorrido por tal bienhechor, que doblandole las rodillas, y besando la mano benéfica, que alivió vuestra pobreza: permitid pues, generoso Scipion, que reconozca en esa mano... Eudoxía postrada de rodillas decia esto alargando la mano, para que Scipion le cediese la suya. Mas Scipion aturdido, confuso y sumamente compungido de aquella demostracion de Eudoxía, no sabia donde volverse, diciendo: Eudoxía, ¿qué haceis? ¡Cielo! no lo permitiré, me despedazais el corazon. Alzaos. Permitid, le decia Eudoxía, que quite la nota del poco aprecio que hizo tal vez mi ánimo de vuestra beneficencia. Quitada está, quitada está, le decia Scipion medio sollozando; este llanto, que me arranca vuestra gratitud y vuestra suma dignacion, os sean prueba del aprecio que me merece. Alzaos, os ruego, ilustre doncella, ó sino me postro tambien de rodillas. ¡Ah! ¡con tales sentimientos, cómo podeis dejar de hacer mucho mas ilustre vuestra desgracia que vuestra grandeza!

Dicho esto, y besada la mano á Eudoxia, sin que esta pudiese besar la suya, partió Scipion, cayendole las lágrimas de los ojos, y

dejando no menos enternecidos á Domitila y Maximio, presentes á aquella escena, con que Eudoxia echó el sello al sumo y tierno amor, que profesaba á su padre desgraciado. El enternecimiento de Maximio creció con la admiracion que le causó la generosidad inesperada de Scipion, tan opuesta á lo que se figuró cuando le vió comparecer. En fuerza de esto, fue el primero en decir luego que salio Scipion: ahora veo que la providencia mira tambien por nosotros. ¿Cómo podia esperar tal prueba de ello por tal mano, y despues de tal hecho?

Convendrá Maximio, dijo Belisario, que vayamos á su casa á manifestarle nuestro tan justo reconocimiento. = Esto haré yo de muy buena gana. Lucio Scipion se hizo acreedor á eso, y á mucho mas. Me acaba de hacer el hombre mas venturoso de la tierra. ¿Qué decís, Eudoxia, de tan generosa beneficencia? A la verdad, respondió Eudoxia, no la acabo de admirar. Ni me obligó tanto á postrarme de rodillas el motivo de sacarnos de la necesidad de ir á ganar el jornal, quanto el de eximir á mi buen padre de ir á pedir limosna, como deseaba. = El cielo remunere tu buen corazon, hija mia. = ; Ahora si que me rio de veras de todos los honores y riquezas de la fortuna! Veamos que cantidad.

¡Cuidado Maximio, dijo Eudoxia, de engreiros con ella! ; Por ventura no manifestais sobra-

do aprecio al dinero? ¿Cuánta mas pura satisfacción y consuelo nos hubiera acarreado esa misma cantidad, si fueran pagas de jornales?— No por cierto. ¿Cuántos jornales hubieramos de haber hecho, antes de llegar á juntar este dineral? ¡Bien haya mil veces la generosidad de Scipion! Pero para que veais, Eudoxia, que no me dejo engreir de una vana jovialidad, y que esta no borró la especie del granizo, sabed que mi mayor contento procede de las prudentes medidas, que puedo tomar con este dinero, para precaver las desgracias, que nos pueden sobrevenir.

Los consejos de la virtud son buenos, no lo niego, mucho mas cuando con ellos se alivian las desgracias, mas estas no siempre se pueden desviar con solos virtuosos consejos, pues para esto conduce mucho mas el no encontrarse el hombre desprovisto de medios y especialmente de este, con que acaba de manifestar Scipion su ánimo incomparable, y que sugirió á mi gozo un plan de economía, que voy á proponer. Es este, que con aquella primera cantidad, á que se dignó quitar Scipion el dudoso titulo que nos embarazaba, suplamos á los gastos de nuestra manutencion, entretanto que lleguen á su sazón las cosechas, pues ya no nos vemos necesitados ni á pedir limosna, ni á buscar trabajo á destajo. No por eso pretendo eximirme de emplear mis brazos. Lo que no haré en campos ajenos, lo ejecutaré en estos que nos pertene-

cen, y que requieren tambien el cultivo. Así sin tocar á esta otra cantidad que nos acaba de entregar, la tendremos de repuesto, para que en caso que venga el granizo, no nos veamos en angustias, ni necesitados á vender las cosechas en cierne, ni á echar solamente mano de la virtud de la resignacion. Esta quedará tambien guardada para cuando nos falte otro mejor arbitrio.

¿Os agrada, Belisario, este plan? ¿Teneis algo que oponer, amable Eudoxia? Mostrais, hijo, respondió Belisario, haber sacado doble provecho de los consejos de Eudoxia. Todo va bien, gracias al cielo y al generoso Scipion. Nada me queda que oponer, Maximio, dijo tambien Eudoxia. Solo os debo acordar, que puesto que ni Domitila, ni yo entramos en ese plan económico, no por eso nos debemos tampoco eximir de la economía interior que requiere una familia. La ocupacion del hogar nos deja hartas horas ociosas para la labor, y no tenemos ni materiales, ni instrumentos para ejercitarla. = No me habia ocurrido eso. Iré á proveerlo sobre la marcha. Pero para eso será preciso defraudar algo de la cantidad que resolvimos tener de repuesto. No importa. A lo presente conviene que atendamos, antes que á lo por venir. =

Sin tocar á esa cantidad, podremos suplir á ella con la venta del collar de perlas que me queda; pues me es alhaja inútil, no debiendola

ya llevar. = ¿Y por qué no? esa ha de ser vuestra gala el dia que nos corone el amor en el altar del himeneo. = No por cierto, Maximio; es gala que no me compete. Desdijera de mi presente estado el adornarme con ella, y desdijera mucho mas de la solemnidad del dia de nuestro casamiento. Aquí la teneis; llevadla á vender, y con lo que sacareis de su venta suplirémos á las cosas mas necesarias, que nos faltan. Las joyas y galas dicen solo bien á los que les sobran medios para gastarlas. = Permitidme sin embargo, amada Eudoxía, que os advierta que no podeis disponer de esa joya sin el beneplácito de vuestro padre, =

Teneis mucha razon. ¿Os parece bien padre mio, que vendamos este collar de perlas que de nada nos sirve? = Haz hija, lo que mejor te parezca, convente con Maximio. = Mi parecer es que se venda; pero Maximio reusa convenir en ello. Quiere que se distinga la hija de Belisario desgraciado y pobre, con esta sarta de huevos de concha, á quienes hizo preciosos su sola rareza. = ¿Cuántos motivos para humillar mi pretension! Uno solo bastaba Eudoxía, para rendirme á vuestra declarada voluntad. Venga esa sarta de huevos, se venderá. = Tomadla. = ¡Ah! si supieran los hombres el gran aprecio que adquiere este collar, desdeñado de Eudoxía, cuánto mas rico volviera á casa Maximio!

Dicho esto besó con tierno y respetuoso ade-

man el collar que Eudoxía le entregó, determinando ir á venderlo á la ciudad, despues de la comida. Aderezaronla Eudoxía y Domitíla, mientras Maximio fue á proveer lo que les faltaba. Dispuesta ya, se sentaron á comer libres sus corazones de los padecidos afanes, de que les habia sacado la liberalidad de Scipion, que renovaron en sus discursos, mientras duró la comida. Acabada esta, Maximio fue á uncir sus bueyes al carro; y convenidos en los materiales é instrumentos, que les habia de proveer para emplearse en la labor, partió para Constantino-
pla mas triste y pesaroso Maximio que las otras veces, no solo por dejar á Eudoxía, sino tambien por haber de vender el collar precioso á que se resistia, pareciendo que presintiese su alma la desgracia, que le habia de suceder con su venta.

Poco despues que partió Maximio, quiso Belisario volver al bosque, á donde lo acompañaron Eudoxía y Domitíla. Allí con el motivo de la complacencia que probaban en aquella apacible soledad, renovaron la conversacion sobre la dicha de la vida del campo y de los labradores, en cotejo de la de los ciudadanos. Confirmóse en ello Belisario, diciendo: á la verdad, ¡cuánto mas dichoso hubiera sido yo, si hubiese nacido labrador, y ejercitado la labranza desde mis tiernos años en estos mismos campos, sin nombre, sin fama, y sin honores! á lo menos no me hallára despojado de ellos, despues

de haber padecido tantos afanes y peligros para alcanzarlos.

Pareceme por lo mismo, que lo yerran todos aquellos, que nacidos entre la libre y amena frondosidad de los campos, ansian dejar la dichosa quietud de su estado, para ir á encerrarse en las grandes ciudades, ahagados de su ostentoso trato y de los ruidosos divertimientos que solicitaron sus desvanecidos corazones. Porque reconociendose con alguna riqueza y nombre que heredaron de sus mayores, y que los hacen príncipes en las aldeas, se figuran que podrán igualar á los que lucen, y hacen eco en las ciudades, sin echar de ver, que en lugar de ir á ser aplaudidos, como se los pinta la vanidad, van solo á ser tildados y tal vez escarnecidos, y á perder la soberanía de su rancia nobleza y la preciosa tranquilidad y paz del campo, para meterse en los forzosos disgustos y desazones, que engendra el turbulento y malicioso trato ciudadano.

Alegran, á la verdad, á primera vista los divertimientos urbanos, la pompa y la ostentacion, en que parece que los ánimos de los señores y de los ricos no caben de gozo y de satisfaccion, haciendo alarde de costosas galas, de modas, de gastos, que dan tanto realce á la opinion de su nombre y riquezas, que solicitan las pasiones de los que los admiran dar aquellos tributos á la fortuna y á la gloria, que los levantó sobre los demas. A esto añaden los con-

cursos en las fiestas así públicas, como particulares, los juegos, las numerosas y lucidas visitas, los saraos y todas las demas cosas, que dan alma y tono al trato y vida ciudadana con el lucimiento.

Todo esto, á la verdad, falta en el campo; y aquellos que lo probaron en las ciudades, y se acostumbraron á ello, creen que no puede haber contento, donde aquello falta. De aquí nace la desvanecida opinion que forman de los labradores, llamándolos y creyendolos infelices, porque privados de urbanidad, de oficioso trato, aburridos de sí mismos, abrumados de sus fatigas, reducidos al solo trato de las bestias y animales caseros, sin luces, sin conocimientos, sin crianza, que agrava su miseria é infelicidad. Ni reparan en tratarles con desprecio, si algunas veces se encuentran con ellos, siendo así que son los hombres mas útiles á la patria, los mas respetables por consiguiente, y me atreviera á decir los mas nobles, por mas que se altere al oirlo la necia presuncion y vanidad.

¿Mas quereis ver el aprecio que se merecen todos esos vanos divertimientos del trato de los ciudadanos y toda su ufana cortesía? Oidlo. ¿Os habeis hallado algunas veces en las magníficas concurrencias del circo, del teatro y en las demas fiestas, en que todos quieren lucir á porfia? ¿Mas cuán pocos son los que reparan en los móviles de su vano lucimiento y en el gran vacío y triste aturdimiento que dejan en

el ánimo todos esos magníficos espectáculos, luego que sucede la quietud del retiro á su bullicio y boato? ¿Cuán pocos son los que se eximen de las solicitudes y congojas, que causan las depuestas galas y vestidos con que lucieron, gastados antes de ser pagados, ó que no se pagan tal vez sino con nuevos pesares y desazones á pesar de la jovialidad y falsa risa que procuran ostentar, y que se convierte en mas amarga tristeza?

No son solos estos disgustos y tristeza los que sacan de esos vanos divertimientos. Son muchos mas los daños, que causan al ánimo nacidos de los medios viles y rateros, de que se valen para distinguirse; de las miras sordidas, maliciosas y faltas de honradez que llevan, y con que se arruinan. Pero es mas poderosa que todo eso la vanidad que los junta, y la curiosidad que los arrastra á los concursos de ostentacion.

Quien mira á bulto un grande espectáculo, queda embelesado y sorprendido de complacencia, al ver la brillante y magnifica apariencia que ostentan los concurrentes; la diversidad de los trages, de los colores, y gustos con que se adornan; la cantidad y precio de las joyas y adornos con que lucen; las voces y gritos de alegría con que resuena el circo, y que hacen resaltar el embaído contento en los semblantes, de modo que al verlo, no es de estrañar que esclame algun necio desvanecido. ¡O bienaventurada cultura de los hombres, que supo producir un

espectáculo tan admirable! Bajen los Dioses del Olimpo á disfrutar lo que allá les faltaba. ¡O buen Homero! ¡valia la pena de hacer bajar á Jupiter, y á Juno sobre la cumbre del Ida, para que admirasen el furioso enojo de Aquiles y el esfuerzo de Diomedes? ¡Este sí que es espectáculo digno de los ojos celestiales!

La apariencia tal lo representa. Pero si vieran los ánimos de los que en junto forman este espectáculo, ¡ó cuán lastimosa y miserable vista nos presentarian! ¡cuán mentirosa su risa, cuán falso su contento! La carrera de los carros y caballos, el remedo del triunfo, su ostentoso aparejo y lucimiento tienen, no hay duda, embobados y divertidos los ánimos, pero para agravar despues mucho mas sus corazones, siendoles entretanto cebo de todas sus pasiones. Crecen de este modo las rivalidades y emulaciones de los poderosos, que dan á gozar á otros lo que ellos no gozan, y lo que á mas de desperdiciar sus riquezas, les acarrea enfados, pesadumbres y molestias inseparables de la ostentacion.

Se aviva así la envidia de los que no siendo tan poderosos como aquellos, no pueden ostentar ni lucir como ellos, lo que irrita y entristece sus fantasias, y acrecienta su sentimiento y dolor, y las quejas interiores contra la suerte que les hizo infelices, por no poder hacerse admirar, como ellos admiran á los mas ricos. De

aquí toman cuerpo las ansias por medrar y levantarse, que los inducen á tentar todos los medios y caminos para llegar á donde ven con envidiosa ambicion llegados otros, fomento principal de las desvanecidas emulaciones del uno y del otro sexo, en su ensalzado trato y comercio social urbano.

Puestos de este modo en impetuoso movimiento las pasiones, sufocan la sinceridad y honradez de sus ánimos y de sus efectos. Las fingidas amistades se truecan en mayores odios y rencores. Sus conversaciones solo hallan pábulo en argumentos maliciosos, vanos é insulsos en su trato embustero, que les sujeta á continuas importunidades, que les acarrea amargas pesadumbres, y les hace víctimas de sus estudiadas etiquetas. Se añaden á esto las malvadas ó maliciosas invenciones, con que obran, las solapadas fuerzas y servicios, que se venden, y los engaños y traiciones, que se hacen con sus falsas demostraciones, de que proceden otros infinitos daños y males, que se ocasionan, necesarios frutos de esos jactados bienes de la urbana sociedad, tan celebrada y preferida á la honrada sencillez y á la dulce quietud de la vida del campo.

¡Pero cuán diferente espectáculo, y cuánto mas delicioso y agradable nos ofrece en él la naturaleza á los que con ojos sabios lo contemplan! No entiendo indicar solamente este ameno ensanche de los campos, de la diversidad de sus

verdores, que tanto recrean el alma, bajo las sombras placenteras de los árboles, amenizadas de los varios cantos de las aves; ni la silenciosa y dulce tranquilidad, que aquí reyna, lejos del enfadoso ruido de las ciudades, de la tristeza, que infunde la estrechez de sus calles y asombrados caseríos: hablo tambien de la suave paz y sosiego de los ánimos de los labradores, exêntos de los estímulos de la ambicion y de la vanidad, y léjos de los ejemplos, que las fomentan.

Ellos, á la verdad, no prueban la ufana y altanera satisfaccion, que infunde el trage rico y costoso, ni las ansias de ser considerados y aplaudidos; pues esta misma falta es un bien verdadero para los que no la echan menos, ni conocen los estímulos de la presuncion, ni la servidumbre, del miramiento que aquella requiere, para llevar esa vana apariencia, y en conservarla, no menos que los desvelos y cuidados que cuesta el mantenerla. Los labradores no rien, ni se hartan en opíparos convites; ni prueban los diversos gustos de los estudiados manjares, ni de vinos forasteros; pero tampoco estan sujetos á las dañosas consecuecias de la sociedad y destemplanza que se les siguen. Ellos no tienen tampoco mullidos y delicados lechos con ricos adornos; pero duermen mas tranquilos y descansados sueños, aunque sea sobre desechados rastrojos.

Sudan bien, sí, y trabajan al resistero de los

soles mas ardientes, pero acostumbrados al sufrimiento y á la fatiga sienten mucho menos sus trabajos, que los ricos y ociosos el peso de su desidiosa holganza, aunque en el seno de la abundancia y de buscados placeres. Ellos no conocen lucidos concursos, ni ostentosos divertimientos, pero tampoco se les da cosa alguna por no conocerlos, ni se apesadumbran y entristecen como aquellos, que los echan menos con afliccion, quando les faltan.

Su exterior desaliñado y pobre manifiesta, á la verdad, la rústica crianza que tuvieron; pero en su exterior encogimiento se echa de ver la honrada sencillez y caador de sus corazones, exêntos de la solapada malicia de los ciudadanos, y de los fraudes y engaños que traman estos, cubriendola con las embusteras espresiones de su trato y cortesanía! O cuánto mas felices fueran los habitantes de los campos, si supiesen apreciar su estado, libre de todos los disgustos y molestias, que son el acibar de la vida urbana! Pero al sabio aprecio, que les falta, suple la naturaleza, infundiendo en sus corazones un plácido y continuado contento, que es el cimiento de la dicha de la vida.

No ciñera á esto solo mi discurso; pero vosotras estareis cansadas de oirme. No, padre mio, dijo Eudoxia, antes bien vuestro razonamiento queda corto á la complacencia y consuelo, que me daba en oirlo; especialmente sacando de él mucho mayor aprecio del estado á que nos re-

dujo la suerte y mayores deseos de ejercitarme en el trabajo del campo, si se me proporcionase ocasion de ello. Bueno seria, dijo entonces Domitila, poner en práctica vuestros deseos; á este fin me ocurre, que pudieramos ir á ejercitarnos en una especie de trabajo voluntario, arrancando la cizaña de los trigos, con lo cual comenzariamos á experimentar nuestras fuerzas en las labores del campo. De muy buena gana me emplearia en ello, respondió Eudoxia, sino fuera por no dejar solo á mi padre. Nada importa eso, dijo Belisario. Sabeis que á mis solas me entretengo con mis pensamientos, á quienes jamas les falta materia. Id á vuestro trabajo, que si no os tragere ganancia, os servirá de recreo y de mayor utilidad que mi discurso.

Eudoxia oido esto, obedeció á la insinuacion de su padre, y fue con Domitila á ensayar sus fuerzas en el propuesto trabajo. Sus manos delicadas, no acostumbradas á tales esfuerzos, se resintieron luego de los que hacian para desarraigar las crecidas yerbas y maleza; luego la molestia misma de aquel ejercicio, y el embarazo que les daba la situacion, metidas entre los espigados panes, aceleraron su cansancio, despues que juntó una brazada de malas yerbas. Y aunque volvió con empeño á la fatiga, hizole nueva traicion el cansancio, obligandola á que lo manifestase, como lo hizo, diciendo á Domitila: no sé como me hubiera ido en este trabajo, si lo hubiera debido hacer

por necesidad, para ganar el sustento. El cansancio, amada Eudoxía, dijo Domitíla hubiera sido necesario y natural, y lo que mas es, os hubierais hallado muy embarazada en comenzar. Todas las cosas, aun aquellas que no requieren estudio, piden ejercicio y práctica. Sin esta, cede al peso mas leve la mas firme voluntad. No en vano os convidé á esta ocupacion, para que hicieseis en ella esperiencia de vuestras fuerzas, pues siempre es gran ventaja el emplearse en estas cosas con buenos sentimientos, sin probar en ellas ficcion ó abatimiento de ánimo. = Antes bien os aseguro, que ningun divertimento ciudadano me causára tan pura satisfaccion y complacencia, cuanta la que saco de este ejercicio, aunque inútil. =

¿Inútil lo llamais? Lo parece á la verdad, y se reiria de nosotras cualquiera, que nos viese tan afanadas en limpiar un campo de su maleza, que se hizo refran de las cosas mas árduas. Pero á buena cuenta, este ejercicio es la escuela de nuestras fuerzas, en que comenzamos á ensayar nuestros cuerpos y ejercitarlos en la fatiga. A mas de esto impedimos, que las yerbas arrancadas se reproduzcan de sus semillas en el año siguiente, en daño del trigo que se ha de sembrar; y con ellas sacais tambien el consuelo y satisfaccion que decis, que yo reputo por no poco provecho. Parece tambien inútil por otra parte este trabajo, por quanto nos ejercitamos en él por poco tiempo, y es nada la maleza que

heinos sacado, en cotejo de la que dejamos; pero para quien no tiene otra cosa que hacer, no es tan inútil esta ocupacion que podremos dejar para otro dia si os hallais cansada. =

Algo cansada estoy, pero podemos descansar y volver despues á nuestro trabajo. = No tenemos necesidad de ello por ahora; á mas de que comienza á caer la tarde, y vuestro padre querrá tal vez volver á casa. = Vamos pues á encontrarlo. Hicieronlo así, y hallaron á Belisario sentado al pie del árbol, donde le dejaron, en postura meditativa, la que él mudó luego que las oyó llegar, para preguntarles como les habia ido en su ocupacion campesina. La respuesta de Eudoxia y de Domitila, dió motivo para otro ameno discurso, en que se entretuvieron con gran consuelo en el bosque, hasta que la obscura noche les hizo retirar á la casilla, lisongeandose de ver llegar cuanto antes á Maximio con los materiales é instrumentos para la labor, que le encargaron.

Con esta intencion y deseos llegó entretanto Maximio á la ciudad en su carro, dirigiendose á una tienda de un rico platero, que le pudiese comprar luego las perlas, seguro de que sus padres no le conocerian, aunque le encontrasen. En vez de ellos vió accidentalmente á su amigo Flavio, que fue el que le confió la desgracia de Belisario. Impelido del gozo que le dió su vista, no teniendo por que recatarse de él, paró sus bueyes y se le descubrió, haciendole

sucinta relacion de su ausencia, del lugar en que se hallaba fuera de la ciudad, de su tratado casamiento con Eudoxía y del motivo porque volvía, que era el de la venta del collar de perlas, que Eudoxía le entregó.

Alborozado de su encuentro, prendado de la confianza que le hacia, quiso Flavio acompañarlo hasta la tienda del platero, á donde se encaminaba, para tener el gusto de conversar con él, como lo hizo, deteniendose en la misma tienda para ver el remate de la venta. Presentó Maximio á este fin al dueño el rico collar de perlas. Mas este sorprendido de ver aquella preciosa alhaja en manos de un villano, que tal parecia Maximio, entró luego en sospechas, si sería aquella una de las joyas, que dias antes robaron á un Senador, y de que la justicia hizo prevenir á todos los mercaderes, para que denunciassen toda alhaja sospechosa, que se les presentase en venta. Vióse obligado el platero en fuerza de esto á dar parte de sus sospechas al tribunal, lo que pudo ejecutar, valiendose con otros pretextos de los mozos, que tenia en la tienda, y haciendo esperar á Maximio, sin que él pudiese sospechar cosa alguna, hasta que los llegados alguaciles se le echaron encima y le prendieron con gran sobresalto y susto de Flavio, que con él se entretenia.

No fue menor el asombro y triste aturdimiento de Maximio al verse atar sin saber el motivo por que lo prendian, y al verse poner

atado sobre su mismo carro, y llevado públicamente en él hasta la cárcel, sufriendo aquella ignominia con mucho mayor dolor, acordándose de su Eudoxia y de su collar perdido.

Le esperaban aquel mismo dia Belisario, Eudoxia y Domitila muy agenos de su desgracia, y no dudaron que llegase en el siguiente con los instrumentos y materiales. Pero desvanecidas sus esperanzas en aquel y otros dias, comenzaron á entrar en sospechas de que le hubiese acontecido algun funesto accidente, ó que sus padres le hubiesen hecho detener ó impedidole la vuelta. Eudoxia sobre todo se dejó apoderar de todos los temores y tristes recelos, que suele infundir el tierno amor en tales circunstancias, mas á ninguno ocurría que el collar de perlas pudiera ser causa de tan penosa ausencia y de la desgracia, que el mismo Maximio padecia.

Mostrabase muy solícito y afligido Belisario, por el grande aprecio y cariño que le habia merecido, y por el grande alivio y amparo que en él tenia, echando de ver á cada paso la falta que le hacia, especialmente hallandose solo con Eudoxia y Domitila, que por su caracter y circunstancias no podian suplir la falta de muchas cosas, ni con sus deseos solos, ni con la fuerza de sus brazos delicados. Nada era la pérdida del carro, de los bueyes, del dinero y del collar, en que ninguno ponía su pensamiento, en cotejo de la perdida del solo Maximio,

de sus atentos oficios y de su cariñosa diligencia, con que los sacaba de todos los ahogos, y con que prevenia sus necesidades y menesteres; y nada de todo esto en cotejo de la correspondencia del tierno cariño de Eudoxia, á que ella habia dado honesta y virtuosa soltura, con la esperanza de su vecino casamiento.

No podia por lo mismo poner fin á sus lágrimas y desconsuelo, á pesar de los consejos de Domitila, que se esmeraba en aliviar su dolor y la fiera incertidumbre, en que se hallaba, viendo pasar varios dias, sin saber el paradero de su fiel amante y sin saber de quien valerse para salir de las tormentosas dudas, que la angustiaban. Pudieran servirse de los vecinos labradores, como lo hacian en otras cosas, sirviendoles ellos con sumo afecto y cordialidad; ¿mas á donde enviarlos para saber nuevas de Maximio, sino á la casa de sus padres? pero esto era cabalmente lo que no les estaba bien, aunque sugiriesen á los vecinos labradores algun estratagemá, para que sin nota se informasen, si por ventura se hallaba detenido en casa de sus padres, y si ellos eran la causa de su ausencia.

Mas lo que Belisario y Eudoxia no se atrevian hacer en sus angustias, lo hizo Flacila, ofreciendose á ir á la ciudad, para certificarles si de hecho se hallaba Maximio en casa de sus padres, pues esta era su mayor sospecha, persuadiendose que ningun otro accidente hubiera po-

dido retardar tanto su vuelta, sin hacerlas saber el motivo de su ausencia. No pudo dejar de manifestar Eudoxia su sumo aprecio al ofrecimiento de Flacila, abrazandola con lágrimas y agradeciéndola con tiernas espresiones tan singular servicio. Y aunque Belisario, á pesar de su reconocimiento, estaba indeciso de aceptar la oferta de la labradora por justos rēcelos, venció la determinacion de la misma, encaminandose á la ciudad á este fin, con que avivó la confianza de Eudoxia, á quien entretanto se le hacian siglos los momentos de la tardanza de Flacila.

Pero la vuelta de esta solo contribuyó para agravar mucho mas su dolor, no pudiendo ya dudar, por la relacion que les hizo Flacila, de que Maximio no se hallaba en casa de sus padres, ni habia puesto los pies en ella, desde la última vez que estuvo disfrazado en labrador, segun se lo habia asegurado el esclavo Evanio, á quien se lo preguntó con el pretesto de venderle unos pollos que habia llevado á este fin. Creció con esto el llanto y desconsuelo de Eudoxia y el sentimiento de Belisario, llegando casi á desesperar de volver á ver á Maximio, pues no sabian atinar ningun otro motivo de su ausencia, sin atreverse á poner dudas en los honrados sentimientos del mismo, ni en la constancia de su amor. ¿Cómo era posible que recayese sospecha alguna ofensiva, en quien tales y tantas pruebas les habia dado de amor tan puro y tan desinteresado?

¡Ah! ¡Si ellos supieran que Maximio se hallaba preso! ¡Si tuvieran noticia del dolor y melancólica desesperacion, á que se habia entregado su ánimo en aquel seno del oprobio! De los continuos sollozos y lamentos con que hacia resonar sus negras paredes, repitiendo de continuo el dulce nombre de su amada Eudoxía entre aquellos horrores y tinieblas, que agravaban su mortal abatimiento. Fiado sin embargo en su inocencia, no viendo en sí ningun delito digno de aquellas penas é ignominia, sino el solo engaño que usó con sus padres, se persuadia que estos habiendo sabido que se hallaba con Belisario, le habian hecho prender. Esto confortaba su ánimo, sin salir de sus penosas dudas, hasta que pasados muchos dias fue llamado al tribunal. Allí infiriendo por la preguntas que el juez le hacia sobre el collar de perlas, que era este el motivo de su prision, aunque respiró aliviada su inocencia, se irritó mucho mas contra su adversa suerte.

Temiendo no obstante las consecuencias funestas, que pudiera tener su supuesto robo, si no confesaba enteramente la verdad y todas las circunstancias que lo acompañaban, dijo que habia recibido aquel collar de la hija de Belisario, para que lo vendiese, como lo podian confirmar la misma Eudoxía y Belisario. Declaró á mas de esto, que no era labrador como lo parecia el trage, sino hijo de Septímio, de cuya casa se habia ausentado en fuerza de la pasion,

que tenia á la hija de Belisario , á quien servia , movido á compasion de su desgracia. Sorprendido el juez de la declaracion de aquel supuesto reo , no dudó de la verdad de lo que decia ; pero para certificarse , quiso hacer presentar primero el collar de perlas al Senador robado , para que reconociese si era alhaja que le faltase.

Asegurado por el Senador que aquellas perlas no le habian pertenecido , resolvió el juez pasar á las otras pruebas que le faltaban para corroborar la verdad de la declaracion , es á saber : si era el preso hijo de Septímio , y si la hija de Belisario le habia entregado el collar para vender. Para lo primero fue preciso hacer comparecer en el tribunal á Septímio , comunicandole antes el juez , en atencion á su nobleza , el motivo porque era llamado. El triste y sensible padre , que vivia en continuas angustias por su hijo ; desde el dia en que este le contó el embuste de la muerte de Mondomio , temiendo que cayese en manos de la justicia , estuvo á punto de desfallecer de dolor , cuando recibió el aviso del juez , rogandole que se presentase á reconocer á su hijo preso.

Agravaba mucho mas su fiero sentimiento la sospecha del feo delito , sobre el supuesto hurto del collar que el juez le insinuaba , haciendole estar indeciso , si se presentaria á la cárcel para declarar reo á su hijo con su paterno testimonio. Mas siendole forzoso obedecer , se encaminó tras-

tornado de su dolor y angustias al tribunal, á que se presentó. Mas luego que reconoció á su hijo atado y traído como malhechor, en el mismo traje de labrador, con que se le presentó en su casa, no pudo resistir á la fuerza del sentimiento, que lo privó de repente de sentidos, sin poder contestar con la voz á lo que mejor que con ella confirmaba su desfallecimiento.

Dióle tiempo el juez para que pudiese volver en sí; y luego que confirmó ser aquel su hijo Maximio, se le dió libertad para que se restituyera á su casa, dejando allí mucho mas consternado y afligido á Maximio, á quien llevaron otra vez al calabozo, faltando la declaración de Eudoxía y de Belisario sobre la entrega del collar, para declararle enteramente inocente y darle la libertad. No pudiendo comparecer en el tribunal Eudoxía y Belisario, por reputarse desterrados por el Emperador al sitio en que se hallaban, hubo de ir el juez en persona á tomarles declaración.

Tuvo entretanto harta ocasion Eudoxía para experimentar que los consejos y máximas de la virtud, aunque cuestan ponerse en práctica en las cosas mas sensibles, contribuyen sin embargo para alivio de ellas. Así su corazon se habia enteramente conformado con las disposiciones del cielo, desconfiada de volver á ver su perdido Maximio, cuando llegó el juez á la casilla preguntando por Belisario y por su hija Eudoxía. Cabalmente se hallaba ella delante de la casa,

ocupada con Domitila y con la labradora Flacila en limpiar las legumbres, que habian recogido. Belisario estaba cerca de ellas sentado sobre una piedra, que habia bajo un manzano, y apoyado en su baston.

Reconoció luego el juez á Belisario, ni pudo dejar de compungirse á tal vista; pero no conocia á Eudoxia, ni se podia imaginar que fuese la misma aquella á quien se lo preguntaba, empleada en aquella humilde ocupacion. La llegada y vista inesperada del juez y su pregunta le infundieron luego algun temor atento á Maximio; y aunque algo turbada, respondió ser ella Eudoxia, y que allí tenia á su padre Belisario. Disimuló el juez el enternecimiento y compasion, que le causó la vista de una doncella poco antes tan rica y tan ilustre, forzada de la suerte á emplearse en aquel humilde trabajo, diciendola que tenia que hablar con ella y con Belisario.

Eudoxia acudió entonces á prevenir á su padre, y á darle la mano para conducirle á la casa; donde sentados, fue el primero el juez en preguntarles, si habia estado con ellos un mozo llamado Maximio? Necesitó Eudoxia de todo el esfuerzo de sus virtuosos sentimientos, para no desfallecer á tal pregunta. Respondió Belisario haber estado con ellos algunos dias, pero que no le habian vuelto á ver desde que se encaminó á la ciudad á vender un collar de perlas, única alhaja que le habia quedado á su hija Eu-

doxía de su antigua fortuna. El juez, oido esto, preguntó á Eudoxía, ¿si caso que viese el collar de perlas, le reconoceria? A esta pregunta no pudo disimular Eudoxía el sobresalto, la turbacion, los temores y dudas, que padecia por el paradero de Maximio sin saber acertar en lo que responderia al juez.

Este, reparando la consternacion de la doncella, la hubo de renovar la pregunta, á que satisfizo ella, diciendo que le reconoceria si lo viese. El juez le presentó entonces el collar que conoció Eudoxía con angustiada sorpresa, diciendo ser aquel mismo, el que le habia entregado á Maximio. Mas aunque sentia vivísimas ansias de saber, como habia llegado á manos del juez, ni se atrevió á preguntarlo, ni el juez la sacó de la acerba incertidumbre, en que quedaba, sino que se despidió inmediatamente, diciendo: que puesto que lo reconocia por suyo; que allí lo tenia, que se sirviese de él. Con esto volvieron á suscitarse de nuevo en el pecho de Eudoxía los afanes y temores por su desgraciado amante, sospechando con razon, que aquel podia haber sido causa, que cayese en manos de la justicia.

A pesar sin embargo de sus afanadas dudas, nacia en su corazon las lisonjas de volver á verle, pues no en vaide el juez se habia tomado la pena de venir con formalidad á pedirles declaracion, atento á Maximio y sobre la entrega del collar hecha al mismo. Veia Eu-

doxía , no sin asomo de gozo , confirmadas estas sus lisonjas por su padre Belisario , que fomentaba mayores esperanzas que su hija de ver comparecer cuanto antes á Maximio , imaginandose una equivocacion semejante , á la que sucedió en la venta de las perlas , que sin duda dió motivo á su prision por sospechas de que fuese hurto , atendida la belleza y grandeza de las perlas , llevadas á vender por un boyero , cuando apenas el Emperador mismo tenia otras semejantes.

Mientras crecian con mayor gozo de Eudoxía estas sospechas , confirmólas el juez luego que llegó á Constantinopla dando la libertad al inocente Maximio , y haciendole entregar el mismo carro y bueyes , en que quiso fuese públicamente conducido hasta la tienda del platero en que fue preso , para hacer así mas pública su inocencia , á que parece tener justo derecho el honor de todo reo preso por solas graves sospechas , y que le debe restituir toda bien regulada justicia.

Acabada la ceremonia , como estuviese sumamente ansioso Maximio de hallarse en su entera libertad , para volar ácia su amada Eudoxía , atendió á esto solo , dandose priesa en salir cuanto antes de la ciudad sobre su recobrado carro , sin atreverse á dejarse ver de sus padres , á quienes suponía sumamente resentidos , despues que su padre le vió aherrojado en la cárcel , aunque se hubiese publicado su inocencia. Pudo

así llegar en poco tiempo al término suspirado, y en hora que Belisario, Eudoxía y Domitíla habian dejado la casilla, y se encaminaban al bosque, de que distaban poco.

Eudoxía, que tenia siempre presente á Maximio, lisongeandose de verlo comparecer cuanto antes, presintió que fuese el mismo al ruido del apresurado carro que oia, sin poderle ver por impedirselo los interpuestos árboles. Mas reconociendole al instante por las voces que daba, llamando á Eudoxía y á Belisario, acudieron desaladas á su encuentro Eudoxía y Domitíla, sin acordarse una y otra enagenadas del gozo, que dejaban solo y deseparado á Belisario. Maximio al verlas, sin esperar que parasen los bueyes, salta del carro y corre á precipitarse en los brazos de Eudoxía, sin que esta pudiese defenderse del abrazo que le dió, llevado del impetu de su júbilo, diciendo: á tantas y tan mortales angustias padecidas, permitid, amada Eudoxía, esta demostracion del amor mas constante y puro. ¿Mas qué fue todo lo pasado en cotejo del consuelo y satisfaccion presente?

Con iguales espresiones, mal pronunciadas del sumo gozo que probaba, correspondió Eudoxía á su recobrado amante, que la dejó para ir á hacer demostracion igual con Belisario, que de algunos pasos atras lo llamaba, conociendo por sus voces y por la de Eudoxía, que era el que llegaba. Abrazaronse estrechamente los dos, dandose los dulces nombres de padre y de hi-

jo , con que mutuamente desahogaban el júbilo de sus corazones por su recobro. Luego entraron todos juntos en la casilla , deseosos de saber de él la desgracia, que le habia sucedido y la pérdida del collar. Hízoles él la relacion , con que satisfizo á su ansiosa curiosidad , y acabó de disipar de sus pechos las dudas y afanes, que por tanto tiempo los habian angustiado , sustituyendo en vez de ellos el sumo consuelo, que esperimentaban en su llegada.

EUDOXIA.

LIBRO SËXTO.

Cuanto fueron mas tiernas las demostraciones, con que Eudoxía y Belisario manifestaron su afecto y amor á Maximio , tanto mas creció la confianza del mismo y las ansias de poseer á su amada Eudoxía , de suerte que resolvió no dejar enfriar la memoria de sus padecidas penas , sin hacerlas servir de medio, para ver efectuado cuanto antes su casamiento. No quiso á este fin que llegase el siguiente dia , sino que con el motivo de conducir á Belisario á su estancia , despues de la alegre cena que tuvieron , le habló de esta manera.

Fuera muy ageno , Belisario , y no menos impropio de la confianza y seguridad, que puse en la promesa, que me hicisteis de concederme á

Eudoxía por esposa, el renovaros los títulos que pudiera yo alegar para hacerme reconocer por acreedor á una gracia tan singular. Joya tan preciosa, cual es Eudoxía, no reputaré jamas haberla merecido con mis servicios, sino por exceso de vuestra bondad y por la dignacion con que quisisteis concedermela por esposa. Pero prometida ya, permitid, que alegue todas mis pasadas angustias y trabajos, para que no dilate poner el colmo á mi mayor y mas ansiada felicidad.

Todas las circunstancias de nuestro estado y de la situacion en que nos hallamos, hacense otros tantos intercesores de mis ardientes deseos. Habitamos bajo un mismo techo, permitiendome la confianza, que os dignasteis hacer de mis honrados sentimientos y de mi respeto para con Eudoxía, no menos que de la virtud de la misma. Mas esto cabalmente se convierte en mayor pena de la pasion, que tanto mas arde y sufre, cuanto de mas cerca tiene el estimable objeto, que la aviva, sin llegar á poseerlo enteramente. A trueque de conseguirlo, volviera á pasar de buena gana por toda la ignominia y oprobrio que padecí, si solo de este modo pudiera obtenerla.

Iba á proseguir Maximio su discurso, pero Belisario le interrumpió, diciendo: hijo, yo no esperaré á mañana á poner el colmo á vuestros deseos, ni para ello necesitaré de elocüente razonamiento sugerido del amor, sino que desde el instante en que os quitasteis el disfraz de Damasio,

y en que os prometí á Eudoxía por esposa, os la hubiera concedido, si debiera atender solamente á los impulsos de mi afecto reconocido. Mas este no es el solo árbitro de mi voluntad. Mis mismos deseos deben estar sujetos á las conveniencias, que nos imponen las leyes de la sociedad, de la patria y de la naturaleza. Ellas me advierten que sois hijo de Septimio, y que dependeis de su paterno querer, el cual es anterior al vuestro, y tambien al mio y al de Eudoxía. Puede esta disponer de su corazon y yo confirmar su voluntad con la mia. Una y otra os son favorables. Teneis ya mi promesa, y Belisario no la revocará jamas. Pero conviene, hijo mio, que obtengais antes el beneplácito de vuestro padre.

¡O cielo! ¿qué escucho? exclamó Maximio con dolor, ageno de oir tal proposicion. ¡Ah! Belisario, ¿cómo podia esperar yo de vuestra boca este funesto rayo? = Mas ¿por qué hijo? = ¿Podéis ignorar la oposicion, que manifestaron mis padres á mi declarado amor para con Eudoxía, aun cuando ella se hallaba en su mayor fortuna? ¿Y quereis, que condesciendan ahora con mi pretension, en su mayor desgracia y pobreza de vuestra hija? = Si ha de durar pues su oposicion, Maximio, os lo digo con dolor, tampoco yo puedo permitir vuestro casamiento. = ¡O dia el mas funesto para mí, cuando esperaba que fuese el mas fausto y alegre de mi vida! ¡Ah! Belisario, cubrís de tinieblas mi corazon, y amargais cruelmente á mi alma. =

¡O Maximio! no sabes cuanto padece tambien mi corazon con este forzoso sacrificio, que exigen de mi voluntad las leyes de la patria y de la naturaleza, que os insinué. = ¡Mas esas leyes donde estan? La patria autorizando mi edad competente, concedió el derecho á mi corazon para que se determine á la eleccion del objeto, que mas me agrade. Otra no es tampoco la ley de la naturaleza, que solicita mi pasion. Aunque esta y aquella me sometan á la autoridad y voluntad de mis padres, no por eso les dan tambien el derecho de oponerse á la eleccion, cuyo derecho conceden las mismas á los hijos. = El derecho de la eleccion es de estos, no hay duda; mas debe quedar subordinado á la aprobacion de los padres. Estos deben ser los jueces de aquella. La pasion no puede ser juez en causa, que la interesa y deslumbra. =

En causa, en que debe tener parte el amor y el dichoso estado de los hijos, estos solos deben ser los jueces de ella. = El amor, Maximio, no conoce siempre su verdadero bien y felicidad, aunque tal lo parezca. La pasion se engaña por lo comun en sus propias elecciones, especialmente en las que son mas libres. = ¡Y cuánto mas no se engañan y mas comunmente la vanidad, el interes y la ambicion de los padres en los casamientos de sus hijos? ¡Cuántos de estos se ven víctimas sacrificadas al antojo de sus padres, que forzaron su eleccion, haciendo el amor de los hijos dependiente de sus vanas etiquetas y capri-

chos? Si debe ir á razones, no espereis, Belisario, que quede en ellas corto el elocüente amor de Maximio.=

Las razones sirven, no hay duda, para convencer al entendimiento; pero deben callar ellas ante la primera de las leyes, cual es la subordinacion de los hijos á los padres.= Nada tiene que ver la autoridad de los padres sobre la honesta eleccion de sus hijos en el casamiento. Podrán bien, si, valerse de su autoridad para impedir la ejecucion, mas serán responsables de sus fatales consecuencias, ni podrán jamas forzar la voluntad interior de los hijos, ni su inclinacion, ni afecto.= Ni es posible tampoco, si de grado no se convence y se somete la voluntad. Esta es cabalmente la obligacion de los hijos.= ¿Obligacion debe ser someterse á lo que el amor repugna? = ¿Y á las leyes del cielo no repugnan las pasiones? ¿Se habrán de eximir por eso de someterse á ellas y de obedecerlas? En fin perderemos el tiempo en disputas. Breve pues. Venid con el beneplácito de vuestros padres, y Eudoxia será vuestra.

¡Ah! ¡por qué no me mandais antes purgar la tierra de sus monstruos, y pasar á nado, no ese vecino estrecho de Abído, como Leandro, sino el ancho mar, en que Jove abrió á Europa el temible y honroso sendero! esto me fuera mas facil, que obtener el consentimiento de mis padres á mi casamiento con Eudoxia. Mas ya que á fuerza de imposibles debo llevar adelante mi amor,

tentaré de hacer lo que de mí exigís. ¿Pero podré saber, cuál será el premio que ha de obtener su ejecucion? ¿Si mis padres se niegan, cuál será entonces vuestra determinacion? = La heroica constancia de vuestro amor obtendrá tal vez, lo que ahora os parece imposible. = ¿Mas si es tanta mi desventura, que no consiga de ellos, lo que tan facil os parece, que decidireis? = No debo acrecentar la desconfianza que manifestais. Belisario es honrado, no faltará á su honradez. = ¿O infeliz de mí! os entiendo Belisario. ¿Cruel destino el de Maximio, hecho el dechado mayor en la tierra de la constancia y fidelidad del amor!..

Dicho esto prorrumpe en llanto, y se ausenta de la estancia, dejando solo á Belisario en la suya, y haciendo rezonar con sus sollozos la casilla. Eudoxia y Domitila, que no se habian acostado todavia, conmovidas de aquellos repentinos sollozos y lamentos, acuden afanadas á saber la causa á la estancia de Belisario, que les dijo el motivo. Eudoxia sumamente enternecida, sintió impulsos de ir á consolar al lloroso Maximio y unir sus lágrimas con las del mismo, pero detenida de su modestia sufocó los impulsos de su ternura, sacrificándolos á su decoro. Suplió por ella Domitila, la cual temiendo que la resentida pasion de Maximio le indujese á algun arrojio, aconsejó á Belisario á que fuese á consolarle. Vino bien Belisario en lo que Domitila le aconsejaba, y conducido por la misma, se sentó junto á la cama, en que Maximio se habia tendido, continuando en sus inconsolables lamentos.

Belisario, asiendole de la mano, le dijo: ¿qué viene á ser esto, Maximio? ¿á qué fin esta pueril afliccion? = ¡O Belisario, no querais agravar la desesperacion, en que me veo y que vos mismo causasteis! Abandonadme, os ruego, á mi dolor y á mis crueles penas. Mucho mas piadosa será para mí vuestra crueldad, que estas demostraciones y que los inútiles consejos, con que pretendereis en vano darme algun consuelo. = Maximio, hijo mio, ¿es posible que nazcan tales espresiones de vuestro noble corazon, y qué vuestro pecho ceda tan facilmente á un inconsiderado sentimiento? = ¡Inconsiderado lo llamais? Y que mal peor, aunque sea la misma muerte y los horrores del calabozo, en que me ví, pudierais acarrearame, que el hallar pretextos tales, para negarme lo que tan solemnemente me teneis prometido, despues que...; O desventurado Maximio! =

Hijo, lo que te tengo prometido, te lo vuelvo á prometer. Eudoxia será tuya, ó no lo será de ningun otro. = ¡Ah! no me dejo deslumbrar de palabras especiosas, cuando se exigen de mí hechos tan imposibles, para no alcanzar jamas lo que á tal coste se me promete! = ¡Hecho imposible llamais el obtener el consentimiento de vuestros padres? Eres su hijo, Maximio; y creo que no serán ellos tan crueles como pensais, ni vos hijo tan descomedido con ellos. Nada os debiera costar un paso tan justo. Si despues de dado se niegan ellos á vuestra honesta pretension, tendreis entonces motivo para abandonaros á vuestro sen-

timiento. Mas antes de saber su voluntad, pareceme un desacierto el entristecerse y desesperarse tanto, como lo haceis, anticipandoos una afliccion, que no tiene motivo asegurado y cierto, sino en vuestro engañado concepto; y á mas de esto sois causa de que Eudoxía lllore y se entristezca. =

¿Eudoxía llora? ¿Y yo soy el motivo de su llanto? ¿O lumbreras del cielo! ¡Ah! ¡no podiais, Belisario, encontrar alivio mas eficaz á mi dolor y desesperacion! = Venid pues á consolarla. = No es posible resistir á tan delicioso embite. = Aquí me teneis. Diciendo esto, dejó Maximio la cama, y conduciendo el mismo á Belisario fueron á la estancia, donde se hallaba Eudoxía con Domitila. Maximio, al verla en ademan triste y dolorido, se le inclina en postura respetuosa, y la dice con ternura, que si la obstinacion que acababa de manifestar á la declarada voluntad de Belisario era causa de su sentimiento, venia á borrarla con nueva determinacion de rendirse á su insinuacion mas leve, y que asi la declarase.

Eudoxía sin descomponer su aspecto triste y serio le respondió, que se habia dejado llevar de sus desacertados sentimientos mal aconsejados de su pasion, y que no era la sola voluntad de sus padres, la que ponía estorbo á su casamiento, sino tambien la nota del engaño que habia usado con ellos, y cuya memoria renovada la tenia desazonada y afligida, por cuanto desacreditaba la honradez y entereza de su corazon, que solo podia purgar, pidiendo perdon á sus mismos padres de

tal proceder. Conmovido mucho mas Maximio de esta nueva y terrible pretension de Eudoxia, aunque se le hacia mucho mas sensible, respondió sin embargo que habia prometido obedecer á lo que le insinuase, y que la mantendria la palabra: que antes bien la pondria entonces mismo en ejecucion, si la noche le permitiese ponerse en camino, pero que la veria cumplida al dia siguiente.

Belisario dió entonces en tono festivo las gracias á Eudoxia por haber recabado con dos palabras, lo que él no habia podido con mil razones, y dandoles las buenas noches, se retiró con Maximio, resuelto á cumplir al otro dia con la promesa, que fue causa de la desasosegada noche que pasó, temiendo que sus padres se negasen á su peticion. Amanecido el siguiente dia y levantados todos, se despidió de ellos para ir á verse con sus padres, como habia prometido, y diciendo á Eudoxia con los ojos empañados del llanto, que iba á darle la mayor prueba de cuantas hasta entonces le habia dado de su constante y ardiente amor; que sola su voluntad manifestada podia darle esfuerzo para ejecutar tan sensible separacion: luego profiriendo una dolorosa exclamacion contra su cruel destino, se salió precipitadamente llorando, y tomó á pie el camino de la ciudad.

Pero al paso que se iba acercando á ella, fatigaba su fantasia, pensando el mejor modo como pudiera salir bien de aquella empresa, la mas terrible de cuantas hasta entonces habia acometido,

y aunque su pensamiento acostumbrado á tramar engaños, le aconsejaba á urdir otro igual entonces, lo desechaba como cosa reprendida y afeada por Eudoxía; pues tan grande fue la impresion que hizo en su ánimo el justo y honesto reproche de su amada. Resuelto pues á proceder con sinceridad, que no le sugeria medios á su satisfaccion, esperaba que su misma obediencia le sacaria felizmente de aquel lance, y que sus padres cederian á sus ruegos. Mas al estar ya cerca de su casa, le acometió tal repugnancia de llegar á ella, que estuvo á punto de volver atras, recurriendo á sus embustes.

Representósele vivamente la indignacion de sus padres por haberle visto preso en la cárcel por ladron; el desfallecimiento al verle atado; la ficcion que habia usado con él de la muerte de Mondomio, y finalmente todo lo que mas podia acobardarle y retraerle, para que no se presentase á él. Pero por otra parte, lo retraia mucho mas la falta de la palabra, dada á Eudoxía, de pedir perdon á sus padres; el no saber que decirles á ella y á Belisario, si volvia sin haber cumplido con su promesa, y la negativa que seguramente tendria del mismo y de Eudoxía, acerca de su casamiento; que al contrario podia esperar ver efectuado, si sus padres apiadados de su desgracia, venian bien en perdonarle lo pasado y en consentir en su matrimonio.

Los vivos impulsos que le dió esta lisonja, hizo atrapelar con todos sus reparos, y dió con-

sigo en el zaguan ; viendole allí accidentalmente un esclavo , hizo que llamase á su fiel Evanio. Llegado apenas este, le reconoce, pues llevaba el mismo trage de labrador que antes , y le dice muy afligido : ¡ó Maximio! ¿qué habeis hecho? ¿á Evanio debia tocar el dolor de haceros saber el órden, que nos dió á todos vuestro padre , de no recibiros de ningun modo, antes bien de echaros de casa , si comparecierais? Dicho esto prorrumpe en llanto , dejando aturdido á Maximio, que no sabia que responder á tan impensada y cruel intimacion. ¡O Eudoxia , á que terrible lance espuso tu virtud á tu fiel amante!

A su aturdido sentimiento y confusion sucedió sin embargo la confianza que un hijo arrepentido no podia dejar de poner en el amor paterno, que le hizo esperar poder merecer con su llanto el perdón de su padre. Para esto deseó saber de Evanio, si sus padres se hallaban en casa. Oyendo que se encontraba sola su madre , nada le pudo contener, para que no tomase la escalera , y penetrase en las estancias de su madre, hasta presentarse á la misma. Sorprendida esta y conmovida de la vista repentina de aquel mozo labrador, pues no le permitió conocer luego á su hijo la turbacion , le dijo muy alterada: ¿qué quereis? ¿á quién buscais? y llama al instante á una de sus esclavas.

Aunque se acobardó á vista de su madre alterada la atrevida confianza de Maximio , no le faltó aliento á su respeto, para ponerse de rodi-

llas, como lo hizo, y levantando las manos, la dijo: ¡ó madre mia! no reconocéis á vuestro hijo el infeliz Maximio? Como pintar los encontrados afectos y movimientos, que caracterizaron de repente el corazon de la madre, la sorpresa, el amor, la indignacion, el desden, el enojo trocado en cruel frialdad, que señoreó á los demas sentimientos, y con que oido apenas el nombre de su hijo, y reconociendole en aquel trage, le respondió, ya levantada de su asiento: no tengo ningun hijo llamado Maximio; os engañais mozo. Cualquiera que seais, volved á salir por donde venisteis. Nada teneis que ver aquí.

A tantos rayos, disparados á una de la boca de una madre, no pudo resistir el sensible corazon de Maximio, y hubiera desfallecido, si el sobrevenido llanto no hubiera contribuido á desahogar su dolor, diciendo entre sollozos: ¡ó madre mia! ¿no reconocéis al arrepentido Maximio, que os pide perdon con el mas tierno y respetuoso rendimiento? El amor de hijo es el que me trajo á obtener de vuestra maternal piedad el perdon, que os vuelvo á pedir con estos ardientes sollozos.

Mientras esto decia sollozando Maximio, le lanzaba la madre terribles miradas llenas de acerba indignacion; y sin darle respuesta, dijo á la esclava que compareció á su llamamiento: intimad á ese mozo atrevido, que se guarde de volver á poner los pies en esta casa. Esto dicho, vuela la espalda y entra en otra estancia que cerró

tras sí, dejando en su humilde postura al triste Maximio, que en vano imploró su piedad con los brazos levantados; pero desistió, luego que la esclava le dijo que no tenia que esperar piedad de sus padres, que le habian desheredado. ¡Ah! lo veo, dijo Maximio. ¡Mas no quiera el cielo tratarles como tratan ellos á su hijo, que otra cosa no les pide que el perdon de sus desaciertos!

Dicho esto se sale, poniendo su memoria en Eudoxia, resuelto de volver á ella en derecho, para hallar algun alivio á su dolor, y si le desechaba tambien ésta, darse la muerte. Con esta determinacion sale exasperado con paso violento de las estancias; baja la escalera sin acordarse, ni de Evanio, ni de su padre, cuando al tiempo de ir á salir del zaguan, se encuentra con su padre Septímio, que entraba en casa. A su inesperada vista cubrese al instante de tinieblas el ánimo de Maximio, mas casi sin advertir en lo que hacia, impelido de la confianza de su amor filial, postrase de rodillas en el suelo á los pies de su padre, y con las manos sobre el pecho, en ademán muy humilde y llorando, le dice: ¡ó padre mio! teneis á vuestros pies al arrepentido Maximio, á quien acaba de desechar su propia madre, negandole el perdon que solo la pedia, como os lo pido tambien á vos, padre mio.

Fuese efecto de la sorpresa, ó de lo que debia hacer el padre, viendo repentinamente ante si de rodillas á su hijo, se paró un instante, mirandole sin desplegar sus labios. Mas luego determina-

do en su indignacion y desprecio , puso la mano en la faltriquera , y sacando una moneda como limosna, que se da á un mendigo desconocido, no se la entregó en las manos, sino que la dejó caer en el suelo , y prosiguió su camino , dejando á Maximio mas horriblemente consternado y confuso en aquel acto de cruel y desapiadada misericordia, que su misma madre en el arrogante desprecio, que le manifestó.

A vista de esto nació en el ánimo de Maximio un vivo resentido despecho , mezclado de enojo y de indignacion, que le enjugó el llanto. Procuró sin embargo sofocarlo en fuerza del respeto y amor, que tenia á quien debia su ser. Mas reconociendose luego oprobiosamente desamparado de su padre, que continuaba en subir la escalera, se levanta despechado , y desdeñando recoger la moneda que le tiró en el suelo , sale de la casa y de la ciudad , tomando el camino de la casilla de Belisario , que regaba con sus rabiosas lágrimas , arrojando quejas contra los que le habian tratado peor que si le fueran estraño enemigo.

Pero luego la imágen de Eudoxía se le presentó á la mente, como sol , que disipó las tinieblas de su horrible confusion y de su rabioso sentimiento y que avivando su confianza le hacia apresurar el paso , lisongeandose que el mismo cruel desden y desamparo de sus padres contribuiria para que ella y Belisario se apiadasen de él y de su desventura. Con estas lisonjas continuaba su camino , mientras Eudoxía le esperaba

solícita por el éxito de su ida á la casa de sus padres. Aunque Maximio se esforzó en disimular el sentimiento que traia, tomando de prestado una aparente jovialidad, para no afligir á Eudoxia, pero no iba acompañada, como las otras veces de los transportes de alborozo y vivo consuelo que manifestaba, cuando se le presentaba de vuelta.

Por lo mismo nacieron en el corazon de Eudoxia afectos encontrados á su vista; mas predominó la complacencia de verlo otra vez, y la confianza que le daba de traer buen despacho, no por otro motivo que por verle de vuelta. Confirmó el mismo Maximio esta lisonja diciendole con alegre despejo: Eudoxia, Maximio es vuestro. Ninguna cosa impide ya á mi amor la posesion que tanto me costó. Creyendo de contado Eudoxia por estas espresiones, que sus padres hubiesen condescendido á su casamiento, aunque por otra parte le parecia imposible, deseó que la sacase de estas dudas, rogandole contase el modo como sus padres le habian recibido cuando se les presentó. Esto mismo mostró tambien desear saber y oir Belisario.

Convirtiósese entonces de repente la fingida alegria de Maximio en no esperado llanto, en que prorrumpió con sorpresa de Eudoxia y de Belisario, diciendo entre sollozos; ¡ó Belisario, no le queda otro padre á Maximio que el padre de Eudoxia! Espero que no desechareis á quien tantas pruebas os dió de su amor y de su ardiente ternura. Belisario, á pesar de la sorpresa que le cau-

só el llanto de Maximio, le respondió: siempre te miré como hijo, Maximio: ¿por qué quieres que ahora te deseche? ¿qué significa ese discurso? Maximio respondió continuando en su llanto: mis padres me han desheredado y echadome de su casa, ni quieren saber mas de mí. No me queda en la tierra otro amparo que vos, ni otro bien que Eudoxía. Si este pierdo, si vos me desamparais tambien, no me queda otro expediente que la muerte para poner fin á una vida, que sin vos y sin Eudoxía me será aborrecible. =

¿Tus padres te han desheredado y echadote de su casa? cuéntame como ha sido. Por el tono de admirada compasion con que Belisario le preguntó esto, echando de ver Maximio que el padre de Eudoxía no estaba ageno de condescender con sus deseos, le contó con confianza mas enérgica el desdénoso y cruel recibimiento de sus padres con todas las circunstancias, que lo acompañaron. Penetrado de compasion Belisario, no menos que Eudoxía, que le oia en triste silencio, le abrió inmediatamente los brazos, diciendole: ven acá, hijo; ven al seno de Belisario, que te ha sido y te será siempre padre, en premio de tu constante y sincero amor. Y puesto que tus padres no quieren saber mas de tí, no debo ya diferir mi promesa, y con ella el cumplimiento del gozo á tus deseos. Eudoxía, hija mia, ven acá tambien; deja que entregue tu mano á Maximio, que tan merecida la tiene. Aquí tienes, Maximio, á tu esposa. Belisario te dá prenda con ella, que te se-

rá buen padre, aunque pobre y desgraciado.

¿Quién sabrá espresar la súbita mutacion de la mayor afliccion, que probaba Maximio, en el mas vivo y sublime gozo, que le infundió Belisario con aquella inesperada demostracion, con que ponía el colmo á la suspirada felicidad del amante de su hija? ¿Ni quién la tierna y dulce sorpresa de esta, al oír á su padre que la llamaba, para declararla esposa de Maximio con la entrega de su mano? Maximio enagenado de alborozo, esciama: ¡ó cielo! ¡nada, nada mas me queda que desear en la tierra! ¡ó momento el mas dichoso de mi vida! testigo este tierno llanto, que me saca mi sumo reconocimiento á la mayor prueba de vuestro amor, con la mano de Eudoxía, que beso y adoro postrado aquí de rodillas ante el padre, que me la entrega.=

Ea pues, consolaos hijos míos; deja Maximio, que te manifieste tambien con este abrazo mi gozo y los deseos, que alimento de vuestra mas pura y constante fidelidad. Este es tu esposo, Eudoxía; tu padre te lo entrega, seguro de que su amor y tu virtud suplirán á las riquezas, de que me despojó la fortuna, y en que no os puedo dejar heredados. Vanos fueran otros consejos: y así levantaos, hijos y comencemos á tomar las disposiciones, para que cuanto antes se celebre solemnemente vuestro casamiento. No pudo contener Eudoxía el llanto, que le exigieron el gozo y ternura, que le causó el amoroso y breve discurso de su buen padre, á quien agradeció aquella prue-

ba de su cariño , interrumpiendola las espresiones de Maximio , con que no acababa de manifestar su sumo reconocimiento y gozo á Belisario y á la misma Eudoxía , á quien abrazó luego Domitíla , dandole sus mas tiernos parabienes acompañados de lágrimas de júbilo y de complacencia.

Maximio fuera de sí de contento fue inmediatamente á la aldea mas vecina , para prevenir lo necesario á la celebracion de su casamiento , que determinaron solemnizar al siguiente dia , convidando para ello á los vecinos labradores , de quienes habian tenido tantas muestras de afecto y de compasion. Comparecieron estos en la casilla , antes que amaneciese , para acompañar los esposos á la vecina aldea. Estaban ya todos levantados ; con esto se encaminaron alumbrados del resplandor de la luna , que con su dulce claridad parecia envidiar el gozo de aquella comitiva. Eudoxía no llevaba otro adorno nupcial , que el rico collar de perlas salvado del naufragio de su grandeza y del riesgo y desgracia , que habia corrido de nuevo , poniendoselo por complacer á su esposo Maximio.

La misma quiso tambien tener la complacencia de conducir por su mano á su ilustre padre , hasta que llegaron al templo , donde se efectuaron sus desposorios , no sin declarada ternura y llanto de todos los presentes á vista de las sagradas ceremonias , acordandoles estas que aquella doncella , que poco antes hubiera visto su ca-

samiento solemnizado con la mayor pompa y con las aclamaciones y honores del pueblo y de los grandes del imperio, en nada ahora se diferenciaba de una pobre labradora, aunque ella prefiriese su presente estado al de sus perdidos honores y riqueza. Acabada la ceremonia, fue el primero Belisario en abrazar á sus hijos; recibieron luego los parabienes de los circunstantes y volvieron á su casilla, donde se renovaron con mayor libertad y ternura las demostraciones de su matuo contento.

Pareció que la fortuna, arrepentida de su cruel inconstancia, esperase lo ejecución del casamiento de Eudoxia y de Maximio para hacer entera prueba de sus heroicos sentimientos, y en recompensa de su virtud y constancia en los trabajos padecidos hacerles probar de nuevo su favor, lo que rara vez acontece. Ni quiso retardarles el consuelo que podrian probar, sino que se valió de Flavio, aquel mismo amigo de Maximio, que fue el primero en comunicarle la desgracia de Belisario, para participarles tambien las disposiciones de la corte en favor del mismo. Nada sabia Flavio del efectuado casamiento de Maximio con Eudoxia, aunque habia sabido su vuelta á la casilla, despues que salió de la cárcel declarado inocente; mas como este mismo caso de su prision, divulgado en Constantinopla, dió tanto que hablar en ella, asi de él, como de Eudoxia y de Belisario, dió tambien ocasion á Flavio para oír decir á sus padres que el Emperador es-

taba persuadido de la inocencia de Belisario y resuelto á devolverle cuanto antes sus honores y riquezas.

Oido apenas esto , nada pudo contener á Flavio para no ir á participar á Maximio esta alegre noticia, que tanto le podia consolar, como tambien al mismo Belisario y á su hija Eudoxía. Muy ageno estaba Maximio de ver comparecer á su amigo Flavio, habiendo ya puesto en olvido la ciudad, empeñado solamente su ánimo en su presente estado campesino, y en lo que exigia de sus industriosos desvelos la dignidad de esposo de Eudoxía , la cual acababa de poner el colmo á su dicha. Fue por lo mismo mejor su sorpresa, viendo comparecer á Flavio, que despues de haberle abrazado, le dice la fausta noticia que traia.

Maximio , transportado del gozo, no quiso diferirsela á Eudoxía y á Belisario, haciendo que la oyesen de boca del mismo Flavio. Agradecíronsela aquellos ilustres desgraciados, sin manifestar otro alborozo por ella , que aquel que debian á la atencion del que se habia tomado aquel trabajo para participarsela. Belisario habia resuelto acabar sus dias en el campo , aunque la fortuna le restituyese su antigua grandeza y honores , prefiriendo en su corazon aquel apacible estado de vida campesina al bullicio de la ciudad y á las molestias y disgustos de la corte, de la cual acababa de recibir tan terrible desengaño. Tuvo motivo con esto Flavio de admirar sus

sentimientos en aquella pobre situacion y alojamiento en que lo veia, no menos que el amor de Maximio, en preferir aquella vida humilde en compañía de Eudoxia al noble estado, en que le hizo nacer la fortuna, aunque no muy rico. Dióle no obstante los parabienes por su casamiento con Eudoxia y á todos dejó en esperanzas de que se mudase su suerte.

Partido Flavio, Belisario que estaba muy ageno de fomentar tales esperanzas y que deseaba llegase el momento para ir á manifestar á Scipion la gratitud, que conservaba á su beneficencia, le acordó á Maximio la obligacion, en que estaban y con la cual les era forzoso cumplir cuanto antes. Remitieronlo para el siguiente dia, agenos de encontrar la novedad, que oyeron con sorpresa y sentimiento de haber muerto su hijo Mucio, de resultas de una caida de caballo que le derribó en un foso. Sintió sumamente Belisario esta inesperada nueva, que le tuvo suspenso y dudoso si le haria avisar de su llegada, temiendo agravarle su dolor. Mas movido de los deseos de consolarle, si podia, le hizo pasar el recado de su llegada.

Aunque el affligido Scipion no se dejaba ver de ninguno, luego que oyó la llegada de Belisario, mandó fuese acompañado á su estancia. Estaba en ella el mismo á obscuras y la hacia resonar de sus sollozos, especialmente cuando llegó á él Belisario conducido de Maximio; á quienes fue el primero á decir llorando amargamen-

te: ¡ó Belisario! soy el hombre mas infeliz de la tierra! ¡Acabo de perder al hijo único que tenia, en quien se acaba enteramente la familia de los Scipiones, despues de haber subsistido de padres á hijos por tiempo inmemorial! ¡O qué golpe funesto! ¡O desdichado de mí! ¡Esto debia tocarme á mí, ver acabada una familia tan antigua!

De esta manera proseguia Lucio Scipion lamentandose de su suerte, haciendo recaer su dolor sobre la estincion de su familia, que mil veces repetia, sin casi mencionar el amor de su hijo. Belisario, despues de haber dejado que desahogase su sentimiento, le dijo: tomo toda la parte que debo en vuestro justo dolor, ó generoso Scipion, reconocido sumamente como lo estoy á vuestra singular beneficencia. Hubiera deseado venir antes á manifestaros mi agradecimiento, mas no lo pude hacer, no teniendo quien me acompañase. Lo hago solo ahora, en que puedo, aunque sumamente afligido por la desgracia de vuestro hijo Mucio, de que nada sabia. = ¿Cómo? ¿No llegó á vuestra noticia la muerte de mi hijo Mucio Scipion? =

No ciertamente. Sin duda los vecinos labradores se recataron de darmela, para no affigirme, ni agravar mi desgracia, que sino me engaño, es algo mas dolorosa y sensible que la vuestra = ¡Ah! Belisario ¿qué decís? No, no sabeis lo que es perder un hijo único, en quien se acaba para siempre una familia ilustre. = No perdí á la verdad ningun hijo único, pero perdí mis riquezas, los

honores y la vista y me halló sin ella , reducido á la miseria y pobreza, que hubiera sido mas terrible, si vos no me hubierais socorrido. = ¡Terribles males! ¡Grande desgracia á la verdad! Pero permitid, que os diga , que nada tiene que ver con la pérdida de un hijo único y con la estincion de una familia como la mia.

La mia no será de mucho tan ilustre como la vuestra ; pero se acaba tambien conmigo y mucho antes se acabaron las familias de Régulo, de Fabricio , la del gran Pompeyo , las de los Césares , la de Trajano , la de Theodosio y las de los mayores hombres del mundo. Nada hay duradero en la tierra : las mismas ciudades , los mas fuertes y soberbios edificios caen y desaparecen del sitio, que ocupaban. Es lástima , no hay duda , que se acabe vuestra familia ; pero me parece que debierais sacar antes motivo de algun consuelo que tan grande aficcion , por lo mismo que ha durado tanto , llevando vos en ella tantas ventajas á las de los hombres mas ilustres, que duraron tanto menos. Yo me figuré siempre, que mi familia comenzase y acabase conmigo. Ni nuestros mayores , ni nuestros descendientes somos nosotros. Para vos , para mí se acaba el mundo, cuando acabamos. ¿Qué interés tan grande podeis tener en que dure , ó no , vuestra familia despues de vuestra muerte? =

¡ Ah! teneis razon , Belisario. A las veces una palabra sola desengaña mas que mil razones. Pruebo gran consuelo en otros ; y por lo mismo,

gustaria que quedaseis aqui conmigo por algunos dias. Vuestra compañía me serviria de gran alivio y consuelo en la triste soledad, en que me veo. = Si debiera ser así, me alegraria de poder contribuir á vuestro alivio, para manifestaros en ello mi reconocimiento; pero temo que un ciego os será antes de embarazo que de consuelo. = No lo creais, Belisario, antes bien me hareis en ello un singular favor y gracia, que os pido. = Ea pues, Maximio, podeis ir á casa y avisar á Eudoxía de mi quedada con el generoso Scipion. = ¿Maximio se llama ese mozo? = Maximio se llama, y acaba tambien el pobre de padecer una desgracia semejante á la vuestra. Sus padres le han desheredado y cual lô veis, es hijo de Septimio de familia Senatoria. =

¡O cielo! ¿qué decís? ¿hijo de Septimio? ¿y este le ha desheredado? = Así es. = ¡Ved los accidentes de este suelo! Vuestra desgracia y la mia, Maximio, podian repararse de algun modo, dejándoos yo heredado en mis bienes y tomando vos mi apellido de Scipion. Desde ahora mismo, dijo el alegre y sorprendido Maximio, quiero llamarme Maximio Scipion, aunque no me dejeis sino parte de vuestra hacienda. = No, no, toda entera, para que podais mantener el lustre de tal nombre. = El cielo os lo remunere, tanto mejor para mí y para mi esposa Eudoxía que estará muy agena de esperar esta fortuna. = ¿Cómo? ¿Eudoxía es vuestra esposa? ¿no me dijisteis, Belisario, que la queriais casar con aquel

mendigo, que os servia de lazarillo? =

Cabalmente aquel roto mendigo, que visteis, era este mismo Maximio, que aquí veis vestido de labrador, y que tomó aquel disfraz para servirme en mi desgracia y merecer á Eudoxia con su constante amor. = No estraño ya pues, que me la negaseis para mi infeliz hijo Mucio, cuya muerte. . . . ; ah! perdonad, si su renovada memoria renueva tambien mi llanto y mi dolor. = Os debe ser sensible tal pérdida. Mas puesto que quereis declarar heredero vuestro á Maximio, os debeis hacer cuenta de haber encontrado en él al hijo perdido, pues os puedo asegurar que no degenerará de tal padre y bienhechor. Así lo espero; pero ya que habeis resuelto quedar aquí conmigo y que Maximio se halla casado con vuestra hija Eudoxia, pudiera tambien volver aquí con ella, pues así no quedaria en pena la misma por vuestra ausencia, y yo tendria el consuelo de disfrutar su amable compañía. = Como querais Scipion, pues es siempre nuevo favor, que añadís á los que tengo ya recibidos. Voy pues volando, dijo Maximio, á satisfacer á vuestros deseos, ó generoso Scipion, para traer cuanto antes á Eudoxia.

Dicho esto, parte Maximio fuera de sí de contento por aquella repentina é inesperada fortuna, que le avivaba las ansias de llegar cuanto antes á la casilla, para comunicarsela á Eudoxia. Pero llegado á ella, no encontró ni á Eudoxia, ni Domitila. Sorprendido de aquella novedad,

las buscó en el huerto y en el bosque , las dió voces por los vecinos campos, todo en vano. Acudió á la casa de los vecinos labradores, donde sosegó sus temores el viejo labrador , diciendole que su hija Flacila se las habia llevado á la dehesa real , que estaba algo distante, á donde habia de ir ella á ver una hermana suya , muger que era de uno de los jardineros de aquel sitio, y que sabiendo que él y Belisario se habian ido á la aldea á ver á Scipion, quiso Flacila aprovecharse de aquel entretiem po para conducir las á los reales jardines.

Era así, que Eudoxia y Domitila importunadas de las instancias de Flacila, que les dijo estar vicino aquel sitio , se habian ido con ella , persuadidas que Belisario tardaria en volver aquella mañana. Todas ignoraban que se hallase cabalmente el Emperador en aquel sitio, á donde dejó de ir despues que hizo edificar un palacio magnífico cerca de la playa del mar Euxino y en sitio mucho mas delicioso que aquel, donde entonces se hallaba. Sea que el Emperador Justiniano fuese á él accidentalmente , ó con intencion de hacer que se le proporcionase el encuentro con Belisario, con el motivo de aquella cercanía, pareció que la fortuna hiciese servir la determinacion de Flacila para resarcir sus agravios, conduciendo á Eudoxia á aquel sitio y proporcionandola el encuentro con Justiniano.

Debia pasar ella , Domitila y Flacila por un espeso bosque comprendido en aquel real sitio,

para llegar á la habitacion del jardinero, á donde se encaminaban. El Emperador acababa de salir solo y sin acompañamiento, queriendo solazarse con libertad por aquel bosque, que estaba inmediato á su palacio. Convidado allí de la caída de una fuente, que se despeñaba con grato murmullo, bajo la sombra de altos fresnos se sentó junto á ella; donde desahogaba su ánimo de los graves cuidados del imperio con aquellas dulces imágenes de la naturaleza, que le hacian tal vez envidiar la suerte de aquellos, que gozaban aquella deliciosa quietud, que recreaba á su augusto pecho, y viendo llegar aquellas tres labradoras, deseó usar con ellas de la familiaridad, que le permitia el sitio y el trage casero y de confianza que llevaba, de modo que no pudiera ser conocido por Emperador.

Luego, pues, que iban á pasar por cerca del lugar donde estaba sentado, fue el primero en decirles; ¿muchachas á donde vais por aqui? ¿Debeis venir de léjos, pues os veo acaloradas? De algo léjos venimos, respondió Domitila, y vamos á ver á Faustino jardinero de este sitio. = No le encontrareis. Acaba de pasar por aquí con su muger, y por aquí volverán á pasar. Sentaos aquí entretanto y descansad bajo esta deliciosa sombra. Oido esto por ellas, consultan mutuamente en sus rostros lo que debian hacer, y mostrandose todas deseosas de aceptar el embite de aquella persona que no conocian, lo ejecutan, diciendo Domitila, nos podemos sentar entre tan-

to. El Emperador fijando entonces en ella los ojos y en Eudoxía les dirigió la palabra, diciendo: ¿no parece que vosotras dos seais labradoras?

Si no lo parecemos, lo somos, responde Domitila; gracias á la fortuna, que nos proporcionó este honesto y quieto estado, aunque humilde. = ¿Gracias le dais, por haberos reducido á estado de labradoras? No lo comprendo: ¿pues qué erais antes? = Yo soy viuda de un oficial, que sirvió al Emperador bajo las órdenes de Belisario en la guerra de Africa contra Gelimer, eif que perdió la vida: y esta mi buena amiga, es hija del mismo Belisario. = ¿Hija de Belisario.? = Del mismo. = A la verdad, quedo sorprendido. . . . ¿Y su nombre? = Eudoxía, respondió la misma entonces. = ¿Dónde dejasteis á vuestro padre? = Fue á dar gracias á un rico aldeano, que le socorrió y alivió su pobreza. = ¿Tan necesitado se hallaba? = Tanto que nos vimos en estado de ir á mendigar nuestro sustento. =

¡Ah! quien lo hubiera creído jamas de un hombre tan singular. A la verdad experimentó muy ingrata á su fortuna. = No lo estrañeis: quien experimenta sus favores, está tambien espuesto á probar sus crueles reveses. = Mucho debisteis sentir la pérdida de vuestros bienes, de vuestros honores y comodidades. = Ninguna cosa de esas echamos menos en nuestro estado presente de pobreza. Antes bien vivimos mas quietos y contentos en ella, que en la grandeza que perdimos y en los palacios que habitabamos. = Doncella;

me interesa vuestro discurso. Por lo mismo me permitireis que os diga, que no sé comprender, como podais vivir mas contentos en la pobreza que en la riqueza y abundancia, mucho mas, teniendo Belisario vuestro padre tantos haberes, como dicen que adquirió con sus victorias. =

La virtuosa resignacion en la desgracia y la constancia del ánimo en padecerla suplen á todos los bienes perdidos. De su falta puede sacar el alma mas pura satisfaccion que aquella, que infunden naturalmente las riquezas á quien las posee. = No acabo de admiraros. Dudo que vuestro padre Belisario se esplice así, especialmente acerca del Emperador, que le condenó á esa pobreza, en que os veis. = Os puedo asegurar que jamas oí de su boca queja alguna contra el Emperador. Su ánimo es mayor que su pérdida grandeza y honores, para que se abatiese á quejarse de haberlos perdido, aun con su propia hija. Su misma ceguera y pobreza le hacen mas respetable en su desgracia, que coronado de laurel sobre el carro del triunfo, en que presentó al Emperador al cautivo Gelimer y su familia. Léjos de quejarse del Emperador, no me acuerdo haberse oido nombrar jamas. =

Mucho es, despues que hizo al imperio tan señalados servicios, y que el Emperador se los pagó tan mal; pues oí decir que le hizo privar de la vista. = Es así; pero mi padre conocia muy bien al mundo y á la corte, y lo que mas es, la inestabilidad de las cosas humanas, para

dejar de preveer el exceso de los males, á que le podia condenar la fortuna, y para estrañarlos despues de venidos sobre su corazon aunque honrado é inocente. = Mas el Emperador ¿se certificó de su culpa, antes de condenarle á la cruel privacion de la vista y de todos sus bienes? = Nada de todo eso interesa ya á mi padre; ni creo que se cuide tampoco de ello; sino que atiende á acabar sus dias en la tierra con tranquilidad de ánimo, pasandolos con fuerte resignacion en su estado presente.

Diciendo esto Eudoxía, advirtió que llegaba á pasar cerca de donde estaban Maximio, con paso muy apresurado, sin reparar él que estuviese allí Eudoxía y Domitíla, medio encubiertas de la frondosidad que rodeaba el sitio de la fuente, hasta que Eudoxía admirada de verle interrumpió su discurso con el Emperador para llamarle, diciendole: Maximio, Maximio, ¿qué sucede? ¿qué es de mi padre? ¿dónde le dejais? Maximio repara entonces en ella y se acerca diciendola con transporte de gozo, sin hacer caso del Emperador, que estaba allí con ellas: albricias Eudoxía, albricias: Lucio Scipion acaba de declararme heredero, en vez de su hijo Mucio, que murió. El mismo nos espera en su casa, donde quedó vuestro padre Belisario. Desde que mis padres me desheredaron, parece que la fortuna se esmera en colmarme de favores.

El Emperador admirado de la llegada de aquel lindo mozo, que aunque en traje de labrador

no lo parecia y que hablaba con tal confianza con Eudoxía, estrañó por lo mismo oír que le hubiesen desheredado sus padres, y movido á curiosidad, le dijo: ¿vuestros padres os han desheredado? ¿por qué motivo? Pero Maximio ansioso de volver cuanto antes con Eudoxía, sin querer perder tiempo en dar respuesta cabal al Emperador, que le pareció algun rico aldeano de aquellos contornos, le respondió: eso es largo de contar y no hay tiempo que perder. Vamos Eudoxía, que Scipion y Belisario nos esperan. Venís cansado, segun parece, dijo entonces Eudoxía, por lo mismo descansad un poco. Esperamos á Faustino y á su muger, y pueden tardar poco en llegar. =

Descansemos pues un poco. A la verdad estoy rebentado. El ansia de daros cuanto antes la noticia de la herencia de Scipion, me hizo apresurar el paso. El quedó pasmado, cuando supo que era yo aquel mismo mendigo, que servia de lazarillo á Belisario y se maravilló mucho mas al oír que era hijo de Septimio y marido vuestro. Mucho mas maravillado el Emperador al oír esto, le volvió á decir á Maximio: ¿hijo sois de Septimio y estais casado con Eudoxía? ¿segun eso debeis ser aquel mismo Maximio, á quien pocos dias hace pusieron en la cárcel en Constantinopla por el supuesto hurto de un rico collar de perlas? = Ese mismo soy, como veis, declarado inocente de ese hurto. = ¿Y qué se hizo el collar de perlas? Oí decir que era precioso. =

El juez, certificado que pertenecía á Eudoxía, se lo devolvió y ella lo tiene. = ¿Lo teneis ahí Eudoxía? mucho lo deseára ver. =

Aquí lo tengo, respondió Eudoxía, y sacandolo de la faltriquera, en que lo llevaba, se lo presentó al Emperador, el cual admirado de ver la grandeza de aquellas perlas, dijo: precioso collar es por vida mia. De buena gana lo compraria, si me lo quisieseis vender. No es collar para vos, respondió entonces Maximio; vale mucho mas de lo que os pensais. = Eso no lo debeis decidir vos, sino el dinero. Por ahora me hallo sin él, pero si lo quisieseis traer mañana, os contaré todo el precio que me pidais, sea cual fuere. Os esperaré en este mismo lugar. Si quereis prenda de mi palabra, ahí teneis este bolsillo, que servirá de socorro para Belisario, por cuya desgracia me intereso.

Sorprendido Maximio de la generosidad de aquella persona, que no conocia y que le presentaba el bolsillo para socorro de Belisario, lo creyó otro Scipion y lo recibió, diciendole: el cielo remunerere vuestra beneficencia. Se lo entregaré á Belisario y mañana vendremos á traer el collar. Mas Eudoxía, penetrada de reconocimiento para con aquella persona que socorria á su padre, quiso manifestarle su gratitud, diciendole en ademán de ofrecerle el collar para que lo aceptase: el collar aquí lo teneis, quedaos con él y os servirá de prenda de mi reconocimiento á la generosidad, que os habeis dignado de usar con mi buen

padre. = No, no : traedlo mañana y me dariais mayor complacencia, si trageseis tambien á vuestro padre, á quien deseo cónocer. Fuera yo mismo en persona á verle, si no me detuviese aquí un negocio importante. Mañana os esperaré en este mismo sitio y á la misma hora; quedad con Dios.

Decia esto el Emperador, puesto ya en pie para partir luego, como lo ejecutó, queriendo evitar la vista del jardinero á quien vió venir de léjos, para que no le descubriese á Eudoxia y á Maximio, á quienes deseaba ocultarse, puesto que no le habian conocido, dejandoles sorprendidos con la generosidad, que acababa de usar con ellos. Llegó luego la hermana de Flacila con su marido, con quienes no quiso Maximio detenerse, deseoso de volver á casa de Scipion, como lo hizo en compañía de Eudoxia, de Domitila y Flacila encaminandose primero á la casilla para conducir á Eudoxia y á Domitila en el carro con sus bueyes, que habian quedado en el establo y que quiso llevar tambien consigo, no teniendo quien cuidase de ellos.

Unciólos pues al carro, y colocadas en él Eudoxia y Domitila partieron para la aldea de Scipion, que les esperaba con no menor solicitud que Belisario, los cuales se alegraron de su llegada y de oír el encuentro, que habian tenido con aquella persona, que tan generosamente les habia socorrido. El agradecido Belisario mostró deseos de ir á dar las gracias á tal bienhechor,

que queria conocerle, remitiendolo para el siguiente dia y hora, que les habia insinuado. Tuvo motivo de complacerse Eudoxía por las sinceras demostraciones, que le hizo Scipion, ofreciendole su casa y hacienda, como si fuese propia, pues la reconocia como hija. Agradecióle ella el exceso de tan grande beneficencia, con que ponía fin á la desgracia de su padre Belisario, sacandole de las estrecheces y necesidades, juntamente á ella y á su marido Maximio.

El sabio no preferirá la mendicidad y pobreza á una honesta medianía, pero si á ella le redujere la suerte, la llevará con fuerte resignacion y constancia, aunque se halle mejor con una decente conveniencia, que con la falta de lo necesario para el sustento de la vida. No de valde pues se consolaba Eudoxía con la generosa acogida de Lucio Scipion, que le ofrecia su casa y sus haberes, destinados ya en herencia por adopcion á su marido Maximio: mas en vez de abandonarse como este al excesivo contento y júbilo por ello, contenia al contrario su complacencia con el freno de la moderacion, acordandose siempre de la incertidumbre de la posesion de los bienes de este suelo, espuestos á perderse de un momento á otro.

Fue tambien de grande alivio para el doliente Scipion la llegada á su casa de Eudoxía y de Maximio, cuya vista borraba en parte la memoria de su perdido hijo Mucio. Mas como habian dado palabra de comparecer al otro dia en el

bosque y de conducir á Belisario, no se pudo oponer á su ida, obteniendo que se quedase con él Domitila, que no era esperada, para que le ahorrase el atender á los cuidados caseros, mientras ellos volvian. Vino tambien en ello de grado Domitila para complacer al buen viejo, que se lo rogó, y ellos partieron en el mismo carro de Maximio y conducidos de sus bueyes, que él se complacia de regir, mereciendole particular aficion y cariño, como principales medios de su subsistencia, como tambien por los afanes que le habia costado su compra.

Llegaron asi al bosque y al lugar, donde ya los estaba esperando el Emperador, en el cual advirtiendole Maximio, sin conocerle, paró los bueyes y bajó del carro para dar la mano á Eudoxia y á Belisario. Conmovióse sumamente el Emperador al ver á aquel ciego ilustre, reducido por él á tal estado de pobreza, bajando á tientas del carro y necesitado de agena mano para llegarse á él. Disimuló sin embargo su conmocion y la ternura, que le causó viendo á la hija, que conducia á su padre por la mano, mientras Maximio desuncia los bueyes, para que paciesen por aquel recinto del bosque. Luego que Eudoxia y Belisario se acercaron al Emperador, fue este el primero en darles la bienvenida á que ellos correspondieron.

Eudoxia dijo entonces á su padre, ser aquella persona con quien hablaban, la que le habia generosamente socorrido el dia antes; Belisario, oi-

do esto, le dirigió la palabra, diciendole: os agradezco, amigo, la generosidad, que habeis querido usar conmigo ausente, la que al tiempo, que me acarrea suma complacencia, me deja con el sentimiento de no poder conoceros, por quanto ni Eudoxía ni Maximio me supieron decir quien sois, ni mi ceguera me permite conoceros. No querais negarme á lo menos el consuelo de saber vuestro nombre. Nada importa que lo sepais, respondió el Emperador. Me basta saber que hayais aceptado mi buena voluntad, y que vuestro reconocimiento me haya proporcionado el gusto de conoceros, como mucho lo deseaba, atendido el gran renombre, que os adquirieron vuestras victorias.

Y Ese gran renombre, amigo, (pues no sé que mejor nombre daros) bien podeis ver en lo que ha parado.=; Ah! lo veo.=; A la verdad fue bien injusto para con vos el Emperador! = Antes bien es digno de compadecer. Los jueces no son injustos, porque condenan y obran segun las delaciones, que se les hacen.= Mas hay delaciones tales, que llevan en sí mismas la falsedad manifiesta. Por tal reputo la que se os hizo de querer alzaros con el reyno de Italia.= Todo eso, amigo, lo olvidé ya; nada me puede interesar ya en esta vida, mas que mi buena hija Eudoxía y su marido Maximio.= Sin embargo me parece que os debiera interesar tambien vuestra inocencia y vuestra pérdida fama.= Sin la satisfaccion de mi propia inocencia, fuera yo el

hombre mas infeliz y miserable de la tierra. Es ella sola la que no me deja ser tal. Mi fama creo que no se perderá tan facilmente como pensais. =

No lo digo por las victorias alcanzadas, sino por lo que os imputaron de quereros alzar con el reyno de Vitiges. = ¿Y puedo dar mejor justificacion de no haber soñado en pretenderlo, que el no haberlo ejecutado? Me bastaba para ser rey, el haberlo querido ser. Si Belisario no lo fue, es solo porque no quiso. Un ánimo honrado, aunque fuerte, no será jamás usurpador. = No obstante, segun me dijeron algunos oficiales, desobedecisteis á las órdenes del Emperador, que os mandó hacer la paz con Vitiges y vos continuasteis la guerra, tomando á Ravena y haciendo en ella prisionero al mismo rey Vitiges y su familia. = No me dieron tiempo para justificarme de esa acusacion. Estaba para dar el asalto á la ciudad, cuando me llegaron, ó por mejor decir, cuando me entregaron las cartas del Emperador. Hice entonces lo que otro general en iguales circunstancias, diferí abrir el pliego hasta despues de la victoria. =

¿Cómo es pues, que el Emperador dió crédito á estas imputaciones y os condenó por ellas sin oiros? = La respuesta á eso solo os la puede dar el Emperador. = Grande debió ser vuestro resentimiento contra el mismo, por privaros, siendo inocente y no siendo oido, no solo de vuestros honores y riquezas, sino de la vista

tambien y por condenaros á la mendicidad. = Ciertamente que en ello no me hizo un gran beneficio , pero nada de todo eso debe estrañar el que como yo es llevado de la fortuna á la cumbre de la mayor gloria. Desde allí nos amenaza mas ruidosa caida. ¿Y qué dijerais , amigo, si todo eso lo padecí porque quise y porque preferí mi cierta condenacion á la nota de la usurpacion del reyno, que tan facil me era conseguir? =

Mucho me interesára que me aclaraseis eso. Lo aclararé yo, dijo entonces el impaciente Maximio, que hacia rato los oia sin hablar , despues que desunció los bueyes. La desgracia de Belisario la supe yo mucho antes que él llegase á Constantinopla y si él no la supo , la debió á lo menos sospechar. ¿Vos supisteis la desgracia de Belisario? me parece imposible , le dijo el Emperador. = Ahí vereis como van las cosas. Las saben antes los que mas imposible parece que las sepan. = ¿Y cómo lo supisteis? = ¡ Oh! eso sí que no lo sabrá , ni aun el mismo Emperador , aunque lo quisiese saber. Fue un secreto que me confió un amigo mio , y que ha de quedar depositado para siempre en mi pecho. = Pero si el Emperador desease saberlo , ¿bien creo que se lo descubririais? =

No por cierto. A mas de que fuera gran bajeza en el Emperador , el querer saber un secreto confiado por un amigo , pues me obligaria á cometer una traicion y á faltar á mi palabra. =

¿Y qué dijera el Emperador si os oyera? = Si pensase como debe, me tendria por honrado y fiel amigo. = De ese mismo parecer soy yo. Y no dudo que si oyese el mismo á Belisario, como yo le oí, le restituyese su gracia. = Os aseguro, dijo Belisario, que nada de todo eso me interesa. Jamas ví mejor la vanidad de todos esos bienes y honores que despues que me faltó la vista. Contento y satisfecho ahora en el estado, á que me redujo la suerte, no anhelo salir ya de él, mucho menos despues que vos y el generoso Scipion me lo hicisteis mucho mas llevadero con vuestra beneficencia. =

Pero lo que no deseais para vos, lo debéis querer por vuestra hija Eudoxia. = Me hallo igualmente contenta que mi padre, dijo Eudoxia, en mi presente situacion. Aunque no puedo negar que me holgaria, de que el Emperador le restituyese su sola gracia sin honores y sin riquezas. = Si es así, pudiera yo ser el medianero. = ¿Vos el medianero? = ¿Pues qué os parece que no lo pueda ser? = Fuera menester tener con él una gran privanza. = ¿Y no la pudiera yo tener ó valerme de algun medio para ello? Os dije ayer que deseaba comprar el collar de perlas, como os lo compraré. Con ei motivo, pues, de hacer de él un regalo á la Emperatriz Theodora, ¿no pudiera interceder por vuestro padre Belisario, haciendo ver su inocencia?

Son muy de apreciar vuestros deseos, mas no

es tan facil como os parece la ejecucion. = ¿No? quiero probarla. Vamos á casa; quiero daros prenda con el precio de las perlas, que os haré entregar. Belisario, dad acá la mano, quiero usurpar á vuestra hija Eudoxia este piadoso oficio. = Como querais. = Esperad, dijo entonces Maximio ya levantado, que ponga mis bueyes al carro, pues no los quiero dejar á la ventura en esta dehesa, y así podeis venir todos en el carro, si vuestra casa está algo léjos. = Habrá quien cuide de ellos, respondió el Emperador. Vamos todos juntos y á pie, pues estamos cerca de mi casa. = Vamos en hora buena, dijo Maximio: aquí quedan carro y bueyes sobre vuestra palabra.

Dicho esto, se encaminan todos, conduciendo el Emperador de la mano á Belisario, queriendo compensar, con esta demostracion honrosa, los males á que le habia condenado. Continuaba á conversar con el mismo por el camino, acompañandoles Eudoxia y Maximio, muy agenos de pensar que aquella persona fuese el mismo Emperador. Este, que desde el dia antes esperaba á Belisario, lo tenia dispuesto y combinado todo para el honor que le queria hacer, ignorando los cortesanos sus intenciones. Llegados al palacio, Eudoxia y Maximio comienzan á asombrarse, viendo á los guardas hacer tales acatamientos á la persona con quien iban. Creció su admiracion, cuando entrados ya en el palacio, acudieron los grandes á reverenciarle á porfia.

Maximio, reconociendo entonces al Empera-

dor, comenzó á temblar, acordandose de lo que acababa de decirle con tanta libertad en el bosque. Eudoxia, que tambien lo reconoció entonces, aunque sentia haberle tratado con tanta familiaridad sin conocerle, tenia por otra parte motivo de complacerse, viendo que hacia tan grande honor á su padre Belisario, á quien continuaba en llevarle por la mano. Mas este, que nada veia, ni sabia en que lugar se hallaba, continuaba en hablar con el Emperador, con la misma familiaridad y confianza que por el camino y en el bosque, hasta que el Emperador, estando ya presentes los cortesanos, les preguntó, si conocian aquel ciego. Todos á una responden afirmativamente dandole el título de augusta magestad.

Reconociendo entonces Belisario al Emperador, exclamó atónito, sorprendido y confuso: ¡cielos! ¿dónde me hallo? ¿no fue por ventura el Emperador el que se dignó conducirme aquí? Eudoxia y Maximio, sacadme de esta mi asombrada incertidumbre. Sí Belisario, le respondió el Emperador, fue el Emperador mismo el que se entretuvo con vos en el bosque, y el que os condujo aquí por la mano, y á vista de estos sus vasallos, para declararos inocente y resarcir de algun modo los males que os hizo padecer, por haber dado facil oido á sus malos consejeros. Aunque tarde, tengo no obstante la dulce satisfaccion de hacer justicia á vuestro mérito sin par y á vuestra fidelidad.

Belisario, oído apenas esto, postróse de rodillas, diciendo: Señor, la sumia dignacion, que acabais de usar conmigo, recompensó sobrado los males y desgracia de Belisario. De buena gana volviera á pasarla, á trueque de probar la suma complacencia y gozo, que redundan en mi ánimo de vuestra augusta bondad y clemencia. No creo tener porque arrepentirme de los sentimientos, que os manifesté sin conoceros. Segura mi conciencia del respeto y de la estimacion, que os conservó mi ánimo á pesar de la contraria suerte, espero de vuestra augusta piedad, que solo tendreis que perdonarme la libertad y confianza, que no me la hubiera tomado, sino me hubiese faltado la vista. =

Alzaos, Belisario, le respondió el Emperador asiendole el mismo de la mano. Nada queda por perdonar, sino el orden, que privó de la vista á mi mas ilustre y glorioso vasallo. Ojalá, que la autoridad que os restituye vuestros honores y bienes, pudiera tambien manifestar su poder en restituiros la vista. El daño no es solo vuestro; lo es tambien del que os lo causó á vos, á sí mismo y al imperio. Luego dirigiendo la palabra á Eudoxia, que estaba sumamente confusa y enternecida: y vos virtuosa Eudoxia, quedais acreedora á la beneficencia del Emperador por el desinteres, con que quisisteis entregarle vuestro precioso collar. Tengo ya dado orden para que os sea recompensado, como tambien para que vuestro marido Maxi-

mio no pierda sus bueyes, ni eche menos la honradez del Emperador sobre sus secretos.

La enternecida Eudoxía agradeció con lágrimas al Emperador su suma bondad y clemencia para con ella y para con su padre; y el turbado y atónito Maximio se postró de rodillas para pedirle perdón de su atrevimiento. El Emperador le hizo levantar, y puso el colmo á su beneficencia, haciendo que Belisario, Eudoxía y Maximio le siguiesen á Constanti-
noplá en su comitiva, habiendo enviado órdenes el día antes, para que le dispusiesen la propia casa que antes habitaban, y les fuesen restituidas sus haciendas y honores. Así entraron en ella todos tres, asombrados de aquella im-
pensada y repentina mudanza de la fortuna, que tan al vivo les representaba en aquel he-
chò su inestabilidad.

Divulgóse luego por toda la ciudad la llegada de Belisario y de su hija Eudoxía en la comitiva del Emperador, que le habia restituido su gracia, sus perdidos honores y grandeza, y acudieron á porfia señores y plebeyos á manifestarles su contento, y á darles los parabienes por su mudada suerte. Agradecian Belisario y Eudoxía tales demostraciones con su voluntad y sincero aprecio, pero sin dejarse deslumbrar de aquellos obsequios y favor presente, que no borraba de su memoria la padecida desgracia. Solo Maximio disfrutaba con toda el alma de aquellos honores, alegrándose con ellos

su amor , por haber acertado en la eleccion de tal esposa , y por la constancia con que venció todos los obstáculos , que se oponian á su passion ardiente , la cual parecia obtener ahora de todos ellos el triunfo mas cumplido.

Estaban entre tanto muy solícitos Lucio Scipion y Domitila , por no ver comparecer en todo aquel dia á Belisario , Eudoxia y Maximio. No pudiendo sosegar tampoco la noche , en que los esperaban , sin tener noticia ni aviso alguno de los mismos , resolvieron ir los dos en el siguiente dia al mismo sitio , donde sabian los habia de esperar la persona , que habia socorrido á Belisario. Llegados con gran solícitud al bosque , como supiesen el caso acontecido con el Emperador , que habia restituido su gracia á Belisario y conducidole consigo á Constantinopla , se pusieron inmediatamente en camino de la ciudad ansiosos de congratularse con ellos.

Sorprendieronles de hecho con su inesperado arribo , por cuanto Eudoxia , no olvidandose de su amada y fiel amiga , acababa de enviarla un mensaje , para participarle la novedad que les acontecia , y para que fuese cuanto antes á Constantinopla. Fue con esto mucho mas gustosa su llegada , dandose mutuamente las mas tiernas pruebas de su constante y virtuoso cariño las dos amigas y compañeras. No fueron menores las demostraciones , que se hicieron Scipion y Belisario , y las que le hizo tam-

bien Maximio, á quien habia declarado heredero suyo. Contribuyó esto para que Scipion aliviase su ánimo del duelo y tristeza, que conservaba por la muerte de su hijo Mucio, complaciendose sumamente por la nueva fortuna de Belisario, la que hacia mucho mas dulce y agradable la compasion, que le habia manifestado en su desgracia, y las generosas demostraciones con que habia procurado aliviarsela.

Faltaba para colmo del consuelo de Eudoxia, que los padres de Maximio restituyesen tambien en su gracia á su hijo. Los deseos que tenia de probar cumplido gozo con tal reconciliacion, le sugirieron valerse de Scipion, para que fuese á interceder con sus padres. Aceptó de muy buena gana este encargo Scipion, y pasó inmediatamente á casa de Septimio, que estaba enfrente de la de Belisario. Esta misma intermediacion les habia proporcionado el saber, no solamente la llegada de Belisario, sino tambien la de su hijo Maximio casado ya con Eudoxia y cortejado del Emperador, lo que trocó enteramente los ánimos de sus padres para con él: pero avergonzados y confusos ahora por el cruel tratamiento y desapiadados modos, con que habian recibido á su hijo, no osaban ser los primeros en manifestarle los deseos, que tenian de verle y abrazarle.

Se lo proporcionó la llegada de Scipion, que entrando en su casa, les hizo avisar, que tenia que comunicarles dos importantes noti-

cias. Ellos sospechando lo que era, le reciben inmediatamente, y juntos los tres fue el primero en decirles: que sabia que tenian un hijo llamado Maximio, á quien habian echado de su casa y desheredado, y á quien él habia acogido en la suya y adoptado por hijo y heredero. Que el mismo habiendo casado con Eudoxia, hija de Belisario, habia venido con ellos á su antigua casa, y habia sido atendido del Emperador. ¡Quién se lo habia de pensar! exclamó la madre oyendo esto. Veis pues, continuó á decir Scipion, que no conviene que los padres se desnaturalicen con sus hijos, como lo hicisteis vosotros por tan frívolos motivos. La fortuna puede hacer felices á los que hizo desgraciados; y es malo atender antes á ella, que á los efectos y sentimientos de la naturaleza. No quisisteis saber de vuestro hijo pobre, lo echasteis de vuestra casa, porque no le queriais ver casado con la desgraciada hija de Belisario, y ahora creo os tendreis á grande honra el devolverle vuestra gracia y paterno cariño.

Bien se pueden recibir tales lecciones, dijo entonces Septímio, de quien quiso acoger á Maximio, y declararle su hijo y heredero, por lo mismo hacedme mas gustosa vuestra mediacion para devolverle la gracia, que me pedís y que deseo. Aquí me teneis Scipion, pasaré con vos á casa de Belisario para abrazarle. No os está bien, Septímio, dijo enton-

ces la madre, el ir vos á casa de Belisario. Como padre debeis esperar que venga vuestro hijo Maximio á pedirnos la gracia que desea. ¡ Ah! Dantíla, exclamó Septímio oida su pretension: ¿ no vino ya el mismo Maximio á pedirnos esa gracia, que cruelmente le negamos? Ved aquí el poder de la vanidad y de la ambicion: pobre y amante de Eudoxía, lo desechamos y desheredamos: y ahora honrado del Emperador nos tenemos á mucho el reconocerle por hijo. Vuestras antiguas etiquetas con Antonina envolvieron insensiblemente mis sentimientos, y me indujeron á degenerar de padre con Maximio. ¡ Cuán barbaramente lo traté, cuando se me postró de rodillas! Mas para que pierdo tiempo en quejas, que me retardan el momento de abrazarle. Estoy con vos, vamos allá.

Dicho esto, se levanta Septímio, y se encamina con Scipion á casa de Belisario, dejando mortificada su muger Dantíla, aunque no menos deseosa de ver á su hijo Maximio. Este que estaba esperando las resultas del encargo de Scipion, luego que le vió venir con su padre Septímio, salió á su encuentro y se precipita en los brazos de su padre, llevado de la ternura de su afecto, y del consuelo que le causaba su venida. Septímio estrechándole á su seno, le decia llorando: perdona, hijo mio, perdona el cruel exceso á que arrastró á tu padre la vanidad, pues la desmintió la

naturaleza en el corazón paterno. La misma te vengó de nuestro proceder indigno. Decia Maximio llorando tambien, que no le quisiese mencionar mas tales cosas; sino que le dejase disfrutar de la entera complacencia y dulce satisfaccion, que le restituia con su devuelto cariño.

Usó Septímio de las mismas espresiones de arrepentimiento con Eudoxía y con Belisario, que quisieron salir tambien á su encuentro y le introdujeron en sus estancias, donde quedaron borrados los antiguos disgustos y quejas, substituyendo en vez de ellas los mas afectuosos cariños con motivo de su próspera fortuna. Tardó poco á confirmarlas Dantila, madre de Maximio, que no pudo sosegar quedando sola en su casa, sin ir tambien á reconciliarse con su hijo y con Eudoxía; con cuya venida se renovaron las lágrimas y las espresiones de sentimiento por lo pasado, dandose mutuamente nuevas prendas de permanente amistad y de cariñosa benevolencia. El corazón de Eudoxía, casi insensible al gozo por su restituida grandeza y honores, gozaba sumamente de la reconciliacion de los padres con el hijo, que era lo único que le quedaba por desear.

Mas el Emperador Justiniano no satisfecho de las honrosas demostraciones que hizo á Belisario, quiso dar tambien testimonio público de su inocencia, enviandole á llamar por medio de dos señores principales de su corte. El pueblo, sabido

esto, llenaba las calles curioso de ver aquel ilustre y desgraciado ciego, devuelto á la gracia del Emperador; y con el murmullo de sus voces y con las continuas espresiones de cerca, manifestaba el tierno alborozo que todos probaban, y que les merecia su cambiada fortuna.

El Emperador, que esperaba á Belisario, en medio de su espléndida y lucida corte, luego que llegó á su presencia, fue el primero en decirle: no es facil, ó fiel é ilustre Belisario, que pueda precaver siempre el que gobierna las malignas insinuaciones de los que abusando de la confianza del príncipe, atienden antes á las miras particulares de sus malvadas pasiones, que á los derechos de la justicia y á la gloria del imperio. Mas si yo inducido de sus perversos consejos creí sostener tales derechos y gloria en vuestra desgracia, esta misma exige de mí, que conocida la verdad de vuestra inocencia, dé público testimonio de ella á todo mi pueblo, restituyendoo mi amistad, mi estimacion y gracia, y con ella todos los bienes y honores, de que logró injustamente despojaros la envidia.

Belisario oido esto, respondió: Señor, vuestra piedad augusta pone el colmo á la satisfaccion de mi reconocimiento. Mas puesto que os dignasteis exceder en honrarme con tal demostracion, esta realzará siempre la grandeza de vuestros piadosos sentimientos. Vuestra gloria y la del imperio me interesaron siempre mucho mas que mi fortuna. Mi desgracia no consiguió disminuir ni

mi concepto , ni mi aprecio de vuestra clemencia y justicia ; ni estas creo que tuvieron parte en lo que fue antes efecto de mi adverso destino , que de vuestra voluntad . De hoy en adelante Belisario ciego no echará ya menos la luz del dia . ¿ Qué cosa mas estimable pudieran ver mis ojos en la tierra , que lo que acaban de oír mis oídos ?

No le dejó pasar adelante el Emperador , diciendole : que si la falta de la vista le impedia conducir ejércitos , no le impediria el ser su consejero en el gobierno , para lo cual le habia llamado á la corte . Belisario , que enseñado de la desgracia , anhelaba solamente su retiro y sosiego , oyó con algun disgusto el nuevo honor , con que queria condecorarle el Emperador . Manifestóle sin embargo el aprecio que hacia de tal honra ; pero le rogó quisiese dispensar á su edad de un peso que no podian llevar sus fuerzas , y que le permitiese ir á pasar los pocos dias que le quedaban de vida en la quietud del campo , que era lo que solo competia á un ciego inválido y trabajado y lo que solo ansiaba .

Tales fueron sus respetuosas instancias , que el Emperador se vió precisado á condescender con ellas , dandole todos los honrosos cargos , de cuyo ejercicio le eximia . Agradeció Belisario este favor con vivas espresiones , y se despidió para volver á su casa , como lo hizo , entre las aclamaciones del pueblo , que concurría á darle los parabienes , y á manifestarle el sumo aprecio y

concepto que conservaba á la memoria de sus gloriosas hazañas. Recibieronle con mayor satisfaccion y mas cumplido gozo Eudoxia, Domitila, Maximio y el buen Scipion, á quien Belisario manifestó luego la gratitud, que conservaba á sus favores, haciendole un precioso regalo y ofreciendole la granja, que habia determinado ir á habitar, en caso que quisiese ir á vivir con él, ó bien que si gustaba de quedar en la ciudad le hacia dueño de la propia casa que dejaba. Agradecióle Scipion sus generosos ofrecimientos, pues queria volver á cuidar de sus haciendas, prometiendole de ir á pasar con ellos algunas temporadas en la granja, que habia escogido para su morada.

Estaba esta sita en un parage delicioso sobre la playa del mar Egeo. El vasto terreno, que dominaba, servia antes de la desgracia de Belisario, de deleyte y de ostentacion sin particular utilidad en sus varios vergeles y bosquecillos que le hermozeaban, y en las costosas fuentes y estatuas, que le servian de magnífico adorno. Nada de todo esto podia ya empeñar la modestia de Belisario. Aunque nõ eran inferiores en magnificencia otras granjas, que poseia y que se le devolvieron, prefirió esta por su mayor salubridad y por estar mas distante de Constantinopla. Eudoxia, Maximio y Domitila fueron sus solos compañeros, llevando consigo pocos esclavos que le sirviesen, no queriendo ya dar cosa alguna á la ostentacion en aquel delicioso asilo de su desea-

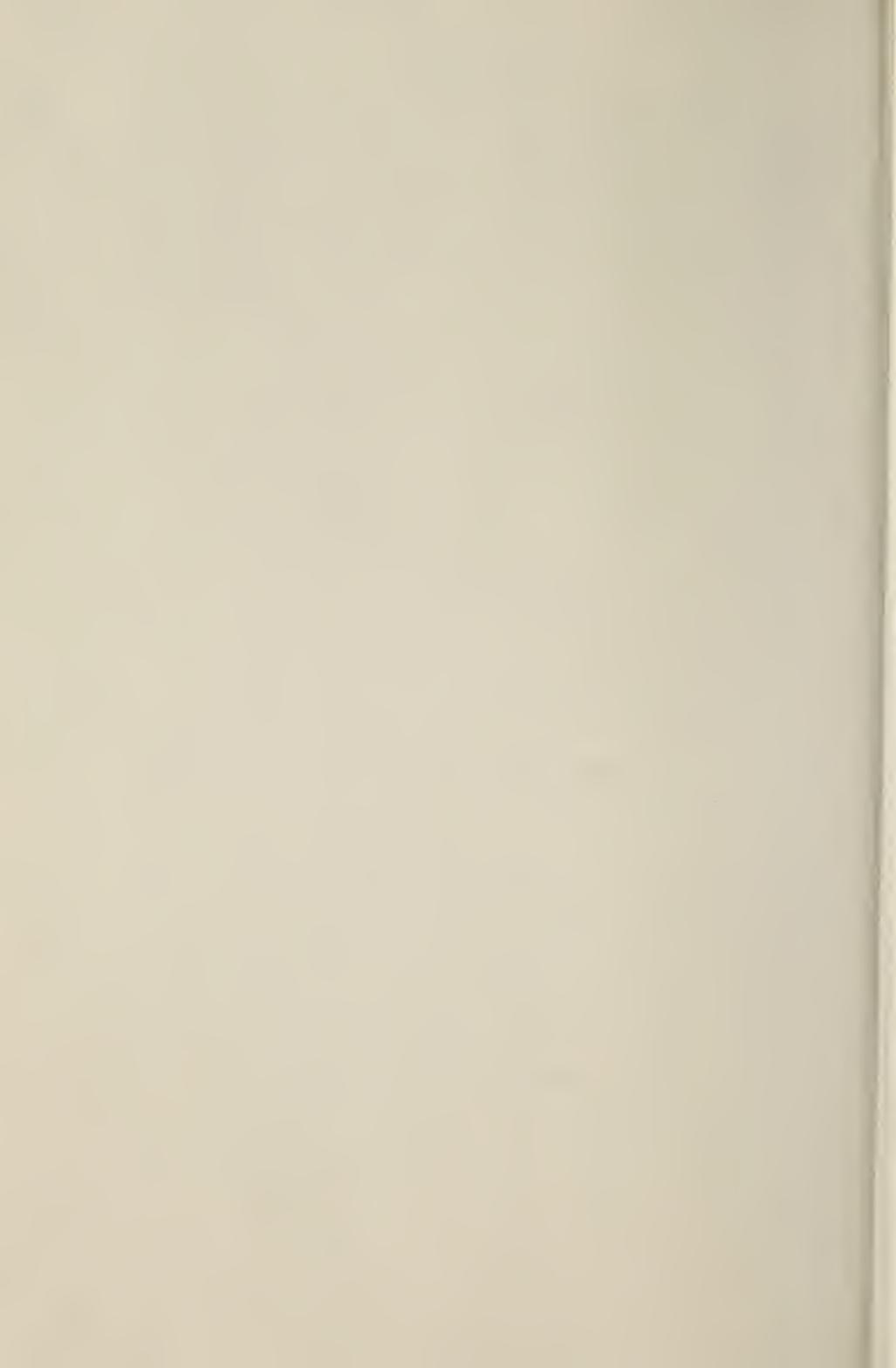
da tranquilidad, que le hizo tan apreciable su adversa fortuna.

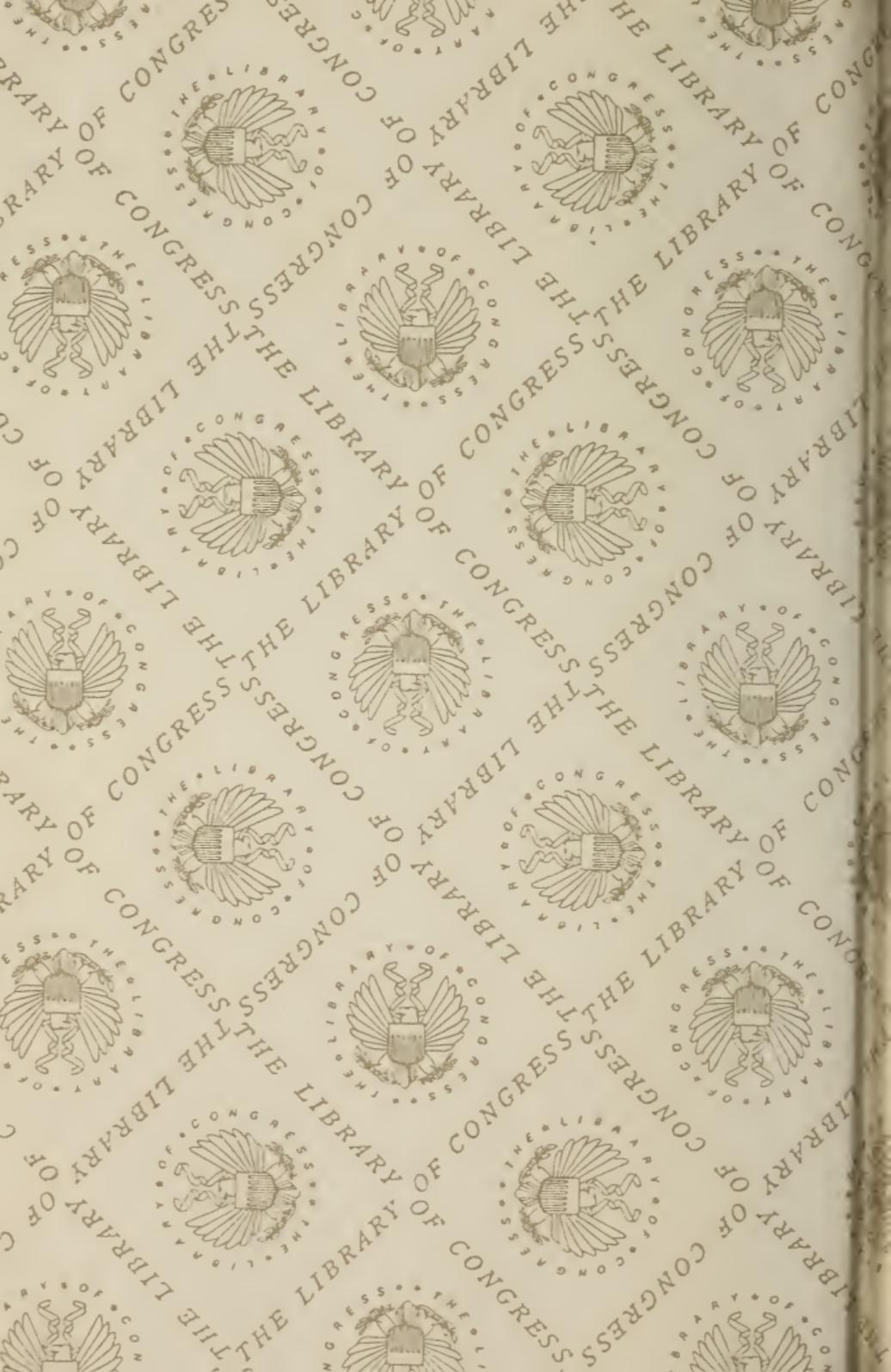
La misma contribuyó para consolidar la ternura y constancia de los amores de Eudoxía y de Maximio, y para que esté se prestase á las máximas y consejos de la virtud, luego que su vivo genio, no encontrando obstáculos que vencer, se tranquilizó con la posesion de su amable esposa, que cada dia se le hacia mucho mas estimable, y que con sus callados ejemplos de moderacion y dulzura, antes que con sus consejos, perfeccionaba insensiblemente los sentimientos de su marido. ¿Cómo podia dejar de ser bueno Maximio en tal escuela, ni echar menos los honores, que les devolvió la fortuna y que él pospuso á la quietud del campo? Así mientras otros inducidos de los ciegos anhelos de la vanidad y de la ambicion desamparan sus antiguos solares, para ir á gozar del trato y divertimientos en las ciudades, Eudoxía y Maximio, instruidos de la desgracia, buscaron en el campo su mas deliciosa y apreciable morada, lejos de los continuos disgustos y mareos de la sociedad, vacía de sólido provecho y llena de disgustos y congojas.

¡Cuán dulce era para Eudoxía aquél tranquilo estado de vida, en la posesion de su buen Maximio, en compañía de su glorioso padre y de su amada Domitíla! Así presentó la virtud en Eudoxía á todas las doncellas, susceptibles de honesta enseñanza, un ejemplar digno de

imitacion por sus virtuosos sentimientos, que preservaron su corazon de la vanidad y engreimiento en sus riquezas y abundancia, fortaleciendola para llevar con resignacion y tranquilidad la pérdida de todos sus honores y grandeza.

FIN.







LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 548 3